

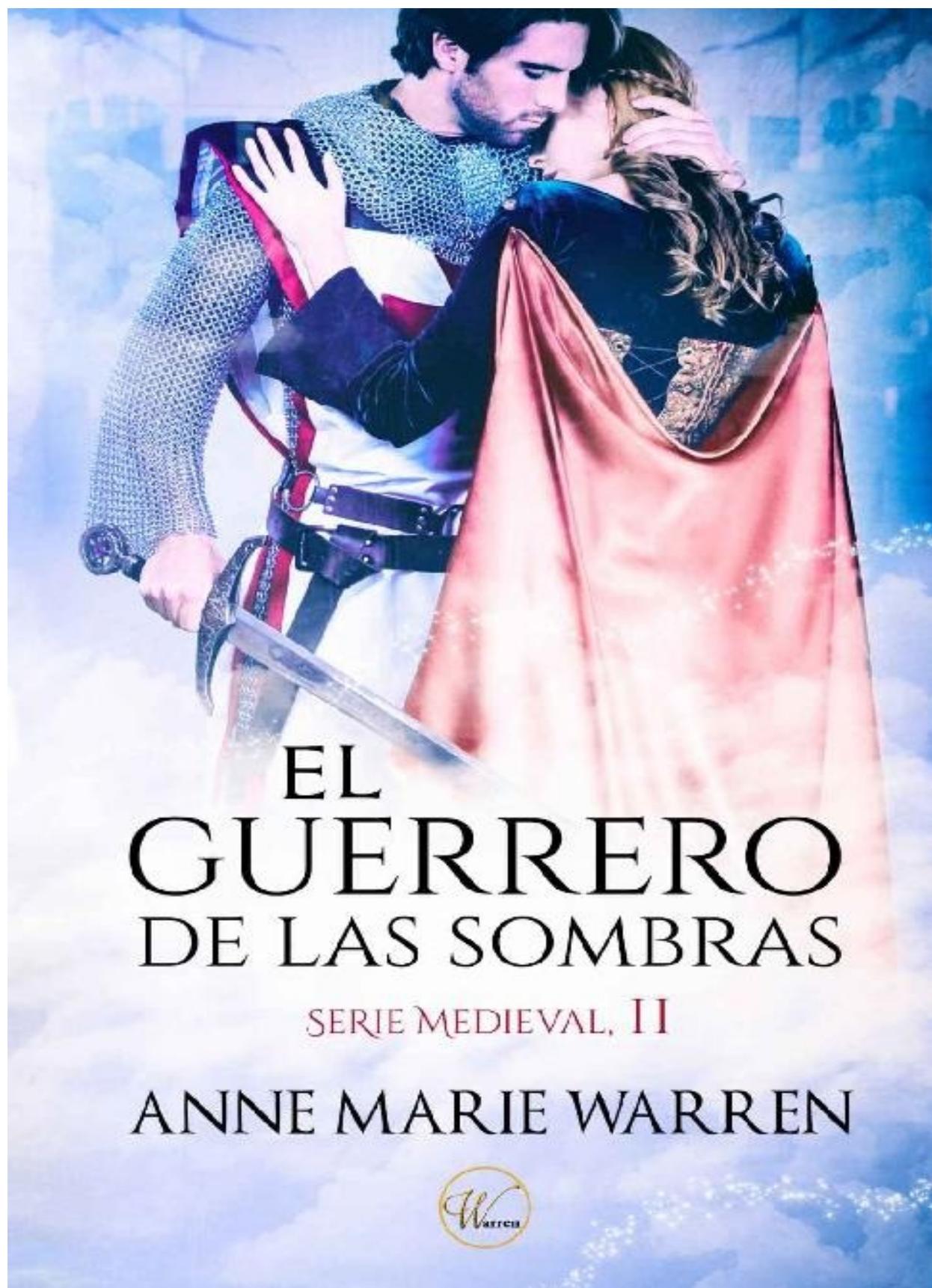


EL
GUERRERO
DE LAS SOMBRAS

SERIE MEDIEVAL, II

ANNE MARIE WARREN





EL
GUERRERO
DE LAS SOMBRAS

SERIE MEDIEVAL, II

ANNE MARIE WARREN



EL
GUERRERO
DE LAS SOMBRAS

SERIE MEDIEVAL, II

ANNE MARIE WARREN



© Anne Marie Warren
EL GUERRERO DE LAS SOMBRAS
Serie Medieval, 2

© **Corrección: Sandra Campos**

© **Diseño de portada: Alexia Jorques**

© **Maquetación y edición: Teresa Cabañas**

Para más información acerca del autor y de sus obras, visita:

<https://lashermanaswarren.blogspot.com.es/>

Gracias por comprar este ebook.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia, a pesar de estar basada en costumbres y forma de pensar de la época en que está ambientada.

*Para mi familia.
En especial para mi sobrina Sandra;
Por tu ayuda y por ser la luz en la oscuridad.
Por tu fuerza y valentía, pero sobre todo,
Por ser la mujer más maravillosa que he conocido.*

ÍNDICE



[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA NO TE PIERDAS](#)

[PRÓXIMAMENTE](#)

[OTRAS NOVELAS DE LA ESCRITORA](#)

[NOTAS](#)

CAPÍTULO 1



“La maldad de las personas no se ve reflejada en la fealdad de un rostro, sino en el oscuro corazón de quien no ama”.

Anne Marie Warren

Lochalsh, Tierras altas de Escocia, 1202.

Castillo de Gleann^[1]

El gemido de los heridos que ocupaban buena parte del gran salón de los MacLead era espeluznante, y solo una mujer decidida y de gran corazón podría soportarlo.

Por eso a nadie le extrañó que Maisie MacLead se encontrara en medio de esta barbarie cuidando a todo aquel que estuviera lastimado, ocupando el lugar de su madre al haber fallecido esta hacía años y ayudando a la curandera con sus remedios.

Gracias a la dulzura y a la determinación de la muchacha se había ganado el corazón y el respeto de su gente, más aun cuando tras los últimos ataques del clan vecino de los Matherson estos se habían convertido en sus enemigos. Ningún MacLead sabía las causas de estas hostilidades, pero desde que estas habían comenzado unos meses atrás las desgracias no habían dejado de asolar sus tierras.

El acontecimiento más desdichado desde que estos enfrentamientos comenzaron fue la muerte en el campo de batalla de su hermano Connor, no solo por ser el único heredero del laird, sino al tratarse de un hombre al que todos querían y honraban. El dolor que Maisie sintió desgarrándole el pecho solo fue comparable a la pena que sufrió su padre, el cual no podía creerse que un guerrero experimentado como su hijo cayera ante la espada de Gordon; el laird

de los Matherson.

Desde su muerte la pena había acompañado a los MacLead, que ya no veían esa rencilla como una más de las muchas que todo buen Highlands tenía contra sus vecinos, pues ahora era considerada como una lucha a muerte donde el honor y la venganza impulsaba al clan a levantar sus espadas.

La ofensiva contra los Matherson para derramar la sangre de sus enemigos había impulsado a su padre a liderar la marcha, a pesar de su avanzada edad, convirtiéndose en una presa fácil para cualquiera de sus enemigos. Por ese motivo, Maisie aguardaba angustiada las noticias sobre su padre, ya que había regresado buena parte de la avanzadilla pero aún no se sabía nada de su líder y de sus más fieles hombres.

Williams MacLead, laird del clan, era un guerrero valeroso y amado por su pueblo, que hacía años había dejado de lado su lozanía pero no su determinación y su sentido del deber. Era sabido por todos el amor que procesaba a su hija Maisie y a su primogénito Connor, pues siempre se había volcado en ellos y en demostrarles el lugar que ocupaban en su corazón.

Por otra parte, Connor había sido un orgullo para su familia, al tratarse de un muchacho despierto y de amplia sonrisa que siempre se había preocupado por el bienestar de los demás, convirtiéndose en un digno heredero del laird. Había sido educado desde pequeño como guerrero, demostrando con los años y la práctica que tenía una inteligencia y una destreza que le convertían en un admirable adversario.

Había llegado a este mundo tras muchos abortos por parte de su madre, considerándose su nacimiento como un milagro al presentarse cuando la esperanza de tener un hijo había desaparecido, aunque más inesperado fue el nacimiento de su hermana Maisie unos años después, pues llegó de improviso trayendo consigo una gran alegría.

Tras la muerte de Connor el clan se había sumido en una gran tristeza, que pronto fue sustituida por un deseo de venganza y por consiguiente en una nueva incursión. Un ciclo que todos sabían que no traería nada bueno, pero la sangre derramada les exigía que combatieran por el honor de los guerreros caídos en el campo de batalla.

Y ahora, rodeada de heridos y moribundos Maisie se preguntaba si el ansia de venganza había valido la pena, y si el ángel de la muerte se había saciado ya

con las víctimas caídas o si aún le quedaba alguna otra alma de la que apoderarse.

Nada más pensar en ello se santiguó para no atraer a la mala suerte, y un escalofrío le hizo comprender que su estado de nerviosismo se debía a la tardanza de su padre en regresar al castillo, pues solo podía significar que algo malo había sucedido.

—Señora —la llamó una de las siervas con respeto, pues desde la muerte de Connor ella era la nueva heredera, y porque tras la pérdida de su madre había ocupado su puesto como castellana a cargo de la gestión del castillo—. Meg me ha mandado preguntarle si va a cenar ahora o va a esperar un poco más.

—No. Comeré en la cocina cuando haya terminado de atender a los heridos y sepa del regreso de mi padre.

—Muy bien, señora —le respondió para después retirarse.

Maisie sabía que todos se preocupaban por ella y la cuidaban con cariño, pero no le parecía correcto ponerse a cenar habiendo tanto trabajo por hacer. Además, le resultaría imposible tomar un solo bocado estando tan preocupada por su padre, ya que la incertidumbre de su retraso le hacía notar el estómago cerrado.

Sabía que debía mostrar fortaleza y calma aunque lo que más deseara fuera retirarse a su cámara a llorar, pero conocía su deber como la única autoridad que había en esos momentos, y no pensaba salir corriendo para esconderse como si fuese una niña, por mucho que lo deseara.

A su vez sentía la necesidad de cuidar a los hombres que aún podían ser salvados, pues conocía a cada uno de ellos y no permitiría que esa barbarie se cobrara más víctimas si podía evitarlo. Por ello no pensaba descansar hasta que todos fueran debidamente atendidos, aunque para ello tuviera que aguantar sus náuseas ante la visión de tanta sangre, y de tantas heridas que coser con sus propias manos.

Precisamente en esos momentos estaba vendando a un guerrero que había sido herido en un costado, cuando se escuchó el aviso de las trompetas anunciando el regreso del laird, y su corazón no pudo evitar encogerse al saber que pronto descubriría el motivo del retraso de su llegada. Aunque un presentimiento hacía rato se había instalado en su pecho, avisándola de que algo malo estaba a punto de suceder.

Nerviosa, Maisie no supo qué hacer, pues su cuerpo se había quedado paralizado al no sentirse preparada ante una mala noticia, y por ese motivo simplemente miró hacia la puerta del gran salón que se encontraba entornada. El silencio en la estancia pronto se volvió opresivo, pues todos los allí presentes se habían quedado paralizados a la espera de la llegada de su laird.

Una parte de ella quería salir corriendo para acabar de una vez con la incertidumbre, pero esa sensación de que algo no estaba bien le impedía dar un solo paso. Sentía la boca seca y el cuerpo le temblaba, mientras escuchaba como un grupo de caballos llegaba al patio y se paraban ante la torre del homenaje^[2].

De pronto notó como alguien se colocaba a su lado, y escuchó la voz de Ralfe que le decía:

—No te preocupes, seguro que no le habrá pasado nada.

Le hubiera gustado darle alguna respuesta para agradecerle su preocupación, algo muy frecuente en él, pero a cada segundo que pasaba más nerviosa se sentía y era incapaz de reaccionar.

Ralfe era un hombre que solo contaba con un año más que ella, es decir, tenía veinte veranos, y tras haberse caído a un pozo a los diez años se había quedado tullido al romperse la cadera. Desde entonces su vida había cambiado al tener grandes dificultades para caminar, ya que se movía como si todo su cuerpo fuera un bloque rígido, impidiéndole montar a caballo y llevar una vida cotidiana, además de sufrir fuertes dolores en la cadera y cansarse enseguida.

Por suerte, su madre había sido la curandera del castillo hasta su muerte, hacía ya tres años, y lo había cuidado hasta conseguir que poco a poco sus piernas pudieran soportar su peso. El corazón de Ralfe siempre había sido amable y generoso, por lo que Maisie le tenía un gran cariño llegándole a llamar primo aunque su parentesco fuera lejano.

Tenerlo en esos momentos a su lado le fue de gran consuelo, al estar segura que el retraso de su padre era debido a alguna tragedia. Estaba a punto de decirle que agradecía sus palabras, cuando la gran puerta de roble se abrió de golpe, apareciendo ante ella el lugarteniente^[3] de su padre, llamado Alec, que se quedó mirándola paralizado en el umbral como temiendo dar un paso más.

Maisie habría jurado ante el mismo Dios que sintió como su corazón se detenía por unos segundos al verlo, para después comenzar a latir de nuevo con mucha más fuerza. Al mirar a los ojos de ese hombre, que siempre estaba junto a

su laird dispuesto a defenderlo con su propia vida, supo que algo horrible había sucedido.

Le hubiera gustado ir a su encuentro y zarandearle para que le dijera dónde estaba su padre, pero no fue necesario que lo hiciera al ver como este se apartaba para dejar paso a tres de sus hombres que portaban el cuerpo de su señor.

Si no hubiera sido por Ralfe, que la sujetó a tiempo, se hubiera caído al suelo, pues la impresión de ver en este estado a su padre había sido demasiado para ella.

Inmediatamente Alec se adelantó para colocarse a su lado, y con voz tranquilizadora y cargada de dolor le dijo:

—Aún está vivo.

Maisie trató de que la esperanza no se desvaneciera a cada paso que los portadores acercaban despacio el cuerpo ensangrentado a la gran mesa, pues cuanto más veía de cerca el estado en que se encontraba su padre menos creía que sobreviviera.

—Papá —apenas logró decir una vez que se acercó a él, y con un gesto le pidió a Ralfe que se apartara un poco para darles privacidad.

—Mi pequeña —consiguió decir el laird.

—Papá, Moira te curará —intentó no prestar atención a las heridas que mostraba su cuerpo, pero cuando la actual curandera retiró la camisa y dejó al descubierto la barriga abierta de su señor, no hizo falta más palabras para saber que la hora de su muerte estaba cerca.

—Lo siento señora, pero... —Moira no pudo seguir hablando, pues su experiencia como sanadora le decía que ese hombre no podría escapar de su destino por mucho que lo intentara.

Maisie asintió ante Moira al comprender que no se podía hacer nada para salvarlo, y sabiendo que serían sus últimos instantes junto a su padre le agarró su mano fría dispuesta a permanecer a su lado.

—Maisie —la llamó su padre.

—Estoy aquí, papá.

—Lamento dejarte sola —le dijo mirándola con cariño, como lo había hecho desde que por primera vez la cogió en brazos tras su nacimiento.

—No estaré sola papá, tendré a Moira, a Alec y...

—Debí cuidarte mejor, debí haberte buscado un marido.

Maisie sonrió, pues desde que cumplió los diecisiete años su padre no había insistido en que se casara al necesitarla como señora del lugar. Y es que tras la muerte de su amada esposa Deidre nada había vuelto a ser igual para él, y ahora lamentaba haber sido tan posesivo con su hija negándole la posibilidad de formar su propia familia.

—Sabes que nunca te hubiera dejado —le aseguró ella llevándose la mano de su padre a la mejilla, intentando sentir por última vez su tacto.

—Lo sé, siempre serás mi pequeño y obstinado milagro.

—Papá... —le llamó llorando, pero la pena le impidió seguir hablando.

—Pero no tienes de qué preocuparte, pronto vendrá la ayuda.

Maisie se sorprendió al no saber a qué se refería, pues no había oído hablar de la llegada de algún aliado. Es más, desde que el enfrentamiento con los Matherson había comenzado, por alguna dudosa razón todos los pactos con otros clanes vecinos parecían haberse roto, al no haber obtenido contestación las numerosas misivas que les habían sido enviadas pidiéndoles su ayuda.

—¿Quién tiene que venir? —le preguntó recelosa.

—Avisé a un inglés amigo de tu hermano poco antes de que este muriera. Connor temía que algo nos pasara y acabaras sola, y confiaba que con la ayuda de ese hombre lograríamos acabar con los Matherson —con cada palabra que pronunciaba se hacía más evidente que las fuerzas le iban abandonando, pero había demasiadas cosas pendientes por decir para permanecer en silencio.

—Pero papá, es un extranjero, ¿cómo va a ocupar tu lugar?

—No Maisie, mi lugar lo ocuparás tú. Él fue un cruzado que sirvió al rey Ricardo^[4] y sabrá cómo manejar a los hombres para conseguir vencer a los Matherson, pero a partir de ahora tú serás el nuevo líder de los MacLead.

Maisie se sorprendió, a pesar de saber que con la muerte del laird ella sería quien ocuparía su puesto, al ser la única pariente consanguínea que quedaba con vida. Pero lo que de verdad llamó su atención, fue que no confiara la misión de proteger sus tierras a uno de sus hombres, sino que se la diera a un desconocido.

—No sé si podré... —se vio sobrepasada por las dudas al verse ante una

situación que la desbordaba.

—Eres mi hija y como tal podrás hacerlo. Yo confío en ti y el pueblo te adora.

—¿Pero por qué ese hombre? ¿Por qué no puede hacerlo uno de los nuestros?

—Tu hermano me aseguró que con su única presencia pondría fin a esta lucha, y encontraría a quien se haya detrás de todo esto al tener experiencia a la hora de resolver problemas.

Se sintió asustada al tener frente a ella una responsabilidad tan grande, pues no se sentía preparada para enfrentarse a la soledad de no tener a su padre, y además tener que lidiar con las rencillas de los Matherson, un posible traidor y un desconocido en quien tendría que confiar.

—No temas pequeña, no vas a estar sola, ya que el clan te quiere y te respeta y se alegrarán de tener un laird justo en quien confiar. Tú solo tienes que dejar que ese hombre te aconseje y conseguir que tu corazón y tu razón trabajen juntos.

—Intentaré ser tan buen laird como tú lo has sido, aunque no creo que sea acta para dirigir a los hombres a la guerra cuando solo deseo la paz.

Su padre sonrió, pues conocía muy bien a su hija y sabía que su dulce carácter no encontraba sentido a esta lucha.

—Conozco tu gran corazón, Maisie, y por eso estoy seguro de que lo harás bien. Eres una mujer inteligente y sé que solucionarás cualquier problema que se te presente. Pero recuerda, lo primero que debes hacer es descubrir quien provocó esta disputa y...

La tos impidió que siguiera hablando, y Maisie se sintió culpable por hacer que sus últimos minutos de vida fueran más dolorosos.

—No te preocupes papá, los MacLead saldremos adelante.

Su padre sonrió y le apretó la mano con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—Una cosa más, pequeña. Ese inglés es conocido como La Sombra y nos han llegado muchos rumores sobre su persona, pero no debes juzgarle sin conocerlo, pues tu hermano confiaba en él y debemos honrarle. Prométeme que

le darás una oportunidad.

Maisie estuvo a punto de reprocharle que metiera a un extranjero en sus tierras para solucionar sus problemas, pero su padre moribundo le estaba pidiendo que confiara en ese individuo por lo que no le quedó más remedio que asentir. Lo haría por su padre y su hermano, aunque cada parte de su ser le gritaba que no le necesitaba para sacar adelante a los suyos.

—Y ahora, ya va siendo hora de que me reúna con tu madre.

—Pero...

Quería decirle que estaba aterrada y no la dejara, aunque sabía que sería injusta con él si le pedía algo que le era imposible, pues solo estaba al alcance de su creador salvarle, e implorarle que se quedara con ella solo le aportaría más dolor a sus últimos momentos de vida.

—No te preocupes hija mía, eres una mujer fuerte y sabrás salir adelante. Confía en tus instintos y desconfía de aquellos que se muestran sumisos.

Sintiéndose confusa por sus palabras decidió dejarlas a parte hasta que pudiera pensar en ellas más detenidamente, y llorando al ver como la muerte se iba aproximando a su padre le dijo:

—Te quiero, papá.

Notando como su respiración se ralentizaba, al costarle cada vez más tomar aire, Maisie se quedó junto a él en completo silencio mientras seguía sosteniendo su mano y rezaba por su alma. Nadie en el gran salón se atrevió a hacer ningún ruido, dejando que los últimos instantes entre ellos fueran íntimos.

Pasados unos minutos la cara del que hasta entonces había sido su laird se relajó, y mostrando una leve sonrisa dijo apenas en un susurro:

—Deidre, amor mío, por fin volvemos a estar juntos —fue entonces cuando dio su último aliento de vida y expiró su última bocanada.

Sin poder evitar llorar Maisie agachó la cabeza, sabiendo que justo en ese instante ya no volvería a ser la de antes. Jamás podría volver a ser esa muchacha alegre y confiada que se había ganado el respeto y el cariño de todos con su sonrisa y su charla amable, pues ahora, aunque seguiría cuidándoles como llevaba haciendo desde que ejercía como castellana^[5], además tendría que liderarlos siendo su apoyo y su ley sin dejarles ver sus inseguridades y sus miedos.

Una misión para la que no se sentía preparada, pero que a pesar de ello debía asumir.

Sabiendo que el momento para las debilidades ya había pasado y ahora debía aparentar fortaleza, como así se lo había pedido su padre, se agachó para besarle en la frente jurándole que no le defraudaría, y tras cerrarle los ojos y respirar profundamente para apartar el nudo que sentía en la garganta, se volvió tratando de que no se le notara el temblor de su cuerpo, y contempló a los reunidos en el gran salón.

Solo entonces se dio cuenta de que muchos de los guerreros que durante años habían acompañado a su padre y a su hermano se habían acercado para custodiar a su laird hasta el final, y se habían mantenido en silencio para dejar privacidad a su hija y así pudiera despedirse de él.

Observó cómo cada persona que se encontraba presente se hallaba cabizbaja y pesarosa, siendo evidente el gran respeto y consideración que el clan tenía por el que hasta ahora había sido su laird. Solo algunas mujeres emitían algún sollozo que rompía el silencio, y Maisie agradeció esa muestra de cariño al querer estar a su lado compartiendo su dolor.

Resultaba evidente que todos habían escuchado como desde ahora sería la nueva líder del clan, y agradeció que ninguno de ellos pusiera alguna objeción ante su nuevo cargo. Pero a pesar del apoyo que todos mostraban no se sentía preparada en ese momento para asumir esa función, y deseó salir corriendo para poder gritar su pesar y no regresar hasta que su corazón no le doliera tanto.

Pero como nueva laird sabía que lo que ella deseara no importaba, pues ahora por encima de todo estaba su gente y su deber hacia ellos. Tratando de apartar su pena se irguió frente a los allí presentes, e intentando sonar firme les dijo:

—El laird ha muerto...

Pero cuando fue a continuar las palabras se negaron a salir de su boca, al sentir como le faltaba el aire y comenzaba a nublársele la vista.

—Dios lo tenga en su gloria —terminó de decir por ella Ralfe, el cual se había colocado a su lado dándole su apoyo.

Ella trató de sonreírle para agradecerle su ayuda, pero le fue imposible conseguirlo.

Se acordó de cuando era pequeña y jugaba como una más entre los niños del clan, persiguiendo a su hermano y a Ralfe por todas partes y cuidando a sus gatitos. Le hubiera gustado que esos años de felicidad nunca hubieran acabado, para no encontrarse sola como lo estaba ahora, y a la espera de la llegada de un desconocido para tratar de frenar tanta muerte.

Pensó en los Matherson y en que cuando se enteraran de la muerte de su padre encrudecerían sus ataques, al creer que como mujer no sabría liderar a los MacLead. Sintió rabia al estar convencida de que más de uno pensaría que con ella como líder estarían acabados, y se propuso demostrar que era capaz de mantener el control de sus tierras a pesar de haber nacido con el sexo equivocado para ello.

No era ingenua y sabía que necesitaba de un guerrero fuerte que se ganara el respeto de los hombres y los guiara en el campo de batalla, pues solo entonces, cuando los MacLead hubieran demostrado su fuerza, sería el momento para hablar de paz, ya que si lo hacían ahora sus buenas intenciones no serían tomadas en serio al ser vistas como una debilidad.

Sabía, por tanto, que dependía de ese caballero inglés al que llamaban La Sombra, y sintió la necesidad de salir del gran salón para olvidarse de todo. Una debilidad que solo le duró unos segundos, pues no estaba dispuesta a dejarse vencer tan pronto.

—Moira, ocúpate de que mi padre es limpiado y preparado para el entierro, y asegúrate de que todos los heridos son atendidos hasta que regrese.

La mujer, de unos cuarenta años y que ocupaba el puesto de curandera del castillo asintió, y se retiró para cumplir sus deseos sin decir una palabra.

—Meg —volvió a hablar Maisie, dispuesta a dejar claro que pretendía cumplir con sus obligaciones de líder, aunque solo fuera una mujer—. Cuida de que todos los hombres coman algo, y tú Ralfe encárgate de que alguien avise al sacerdote.

—Si quiere, mi señora, puedo ocuparme de ese asunto —intervino el hermano Gregory, que ocupaba el puesto de administrador en el castillo desde que hacía años fue enviado desde el monasterio de Ratisbona^[6] para ayudar al laird con las cuentas.

—Como quiera —le contestó al amable monje, que a pesar de ser un hombre retraído que solía pasarse los días metido en sus manuscritos, y de tener

una apariencia endeble y bajita, siempre se mostraba servicial con ella.

Sin más cosas que hacer por el momento, Maisie se alejó dispuesta a pasar unos instantes de soledad en su cámara, al necesitar derramar las lágrimas que luchaban por salir dejando así libre su dolor. No podía demostrar cualquier clase de inseguridad delante de su gente, pues si quería ser respetada como líder debía mantenerse firme y serena, aun en un momento tan difícil como este.

—Mi señora —la llamó Alec cuando ya se disponía a subir las escaleras que conducían a la planta superior donde se encontraba su recámara.

Maisie se detuvo y se giró para mirarlo, sabiendo que las palabras del hombre de confianza de su padre serían importantes.

—Me gustaría decirle que cuenta con nuestro apoyo y que estamos orgullosos de que seáis la nueva líder.

A ella le costó contener las lágrimas, pues sabía lo mucho que sus palabras significaban, más aun cuando los presentes asentían en silencio.

Desde que tenía uso de razón había considerado a Alec como parte de la familia, tratándolo más como a un tío que como a un subordinado. Fue por ello que decidió que como nueva líder mantendría cerca a quien habían servido fielmente a su padre, no solo porque eran gente de confianza, sino porque de esa manera demostraría que era una mujer inteligente que no pretendía cambiar la forma de llevar el clan, pues eso sin duda asustaría a más de uno poniéndola en su contra.

—Gracias, Alec —y mirándolo a los ojos le dijo—: Me gustaría que fueras mi lugarteniente, como antes lo fuiste de mi padre.

—Será un placer, mi señora —le respondió emocionado por su petición.

Agradecida, Maisie colocó su mano en el hombro de Alec como muestra de su afecto y gratitud, para después girarse y seguir su camino hacia la planta superior, donde se prepararía para pasar la noche de vigilia en la pequeña capilla custodiando el cuerpo sin vida de su padre. Tras ella dejó a los presentes sumidos en quehaceres y murmullos, mientras contemplaban a su laird muerto sobre la mesa y a la hija de este saliendo de la sala.

Acababa de empezar una nueva etapa para ellos, aunque en realidad daría comienzo cuando el inglés al que llamaban La Sombra llegara para ayudarles. Hasta entonces toda clase de especulaciones nacieron a causa de su nombre, y

durante las semanas que le esperaron la expectación de su llegada fue en aumento.

Tanto que incluso se llegó a decir que La Sombra llegaría al castillo de Gleann cuando el mismísimo demonio le dejara salir del infierno.

CAPÍTULO 2



Cinco semanas más tarde.

Bajo el frío viento y la tenue cortina de lluvia, Rohan Glaymore divisó a lo lejos el castillo de Gleann, el cual se alzaba majestuoso en medio del verde valle que se extendía ante sus ojos.

Montado sobre su magnífico caballo negro de batalla, con su capa oscura cubriendo la totalidad de su rostro y de su cuerpo, y con el porte de un hombre que no temía a ningún adversario, daba la impresión de ser un auténtico Nuckelavee^[7] en busca de las almas perdidas del páramo, más aun cuando la noche estaba a punto de caer sobre él, y los más supersticiosos creían ver en cada sombra a las criaturas que atormentaban sus sueños.

Sin embargo para otros, al observar su sombría silueta cabalgando bajo la lluvia, les hacía recordar a los guerreros que protagonizaban las grandes leyendas, los cuales eran capaces de hazañas difícilmente superables.

Tal era la expectación que estaba generando su llegada entre los vigías MacLead que los observaban desde las almenas, que todos ellos dudaban de lo que ciertamente les estaba mostrando sus ojos, y se preguntaban si aquel que se les acercaba vendría en busca de desafíos, o si por el contrario se trataba del caballero que estaban esperando.

El sonido a lo lejos de un cuerno anunció a Rohan que su llegada ya había sido descubierta, y aceleró la marcha al estar deseando alcanzar su destino después de un largo viaje.

—Parece que ya nos han divisado —le dijo el hombre que desde hacía varios años cabalgaba a su lado y que se hacía llamar John, aunque en realidad su verdadero nombre era Ishmael Solomon.

Se trataba de un judío converso que decidió acompañar a Rohan desde que

este le salvó la vida, y desde entonces, allá en Constantinopla, le había jurado lealtad y ofrecido su amistad. John no era un guerrero curtido en el campo de batalla, sino que se trataba del hijo mayor de un comerciante que por amor había traicionado a su familia, a sus raíces y a su Dios.

Por ello, se había visto obligado a dejar cuanto había conocido antes de que su propio padre pusiera fin a su vida, encontrando en Rohan no solo al hombre que lo salvó de ser lapidado por impío, sino a una salida a un futuro incierto.

Desde que estaba con Rohan lo había enriquecido con sus artes en los negocios al ser un excelente comerciante, pero sobre todo al tener una mente despierta que siempre buscaba soluciones, además de poseer un corazón enamorado que le metía en problemas, y una cara bonita que le hacía conseguir los favores de las damas.

—En realidad, saben de nuestra presencia desde hace bastante —le anunció Rohan sin inmutarse, pues su experiencia y su sexto sentido le confirmaban cada una de sus sospechas—. De hecho, llevan siguiéndonos desde que atravesamos la frontera de los MacLead.

John miró hacia ambos lados tratando de parecer disimulado, aunque no pudo ver a nadie que les estuviera siguiendo. Su alta estatura; aunque no tan alta como Rohan, lo hacía parecer un guerrero, pero el manejo de la espada, así como sus reflejos, estaban muy lejos de poder equipararse a un hombre ejercitado en el arte de matar.

Pero John tenía unos cuantos dones que Rohan apreciaba, y es que su lealtad solo era superada por su inteligencia. Por ello, Rohan no se extrañó cuando su amigo decidió permanecer callado para no levantar sospechas, y le siguió de cerca como llevaba haciendo desde que meses antes habían salido de Constantinopla.

Manteniendo el paso pronto estuvieron lo suficientemente cerca para que los vigías pudieran apreciar mejor los detalles de los intrusos, comprobando que cabalgaban sin llevar un estandarte que los presidiera, ni lucían ningún emblema sobre su escudo. Un detalle bastante importante, pues se les hacía difícil saber si esos dos guerreros que se acercaban eran amigos o enemigos, al no indicar a qué clan pertenecían o en todo caso bajo qué rey luchaban, ya fuera escocés o inglés.

—¿Quién va? —se escuchó la voz profunda de Alec procedente de las

almenas.

Sin molestarse en mirar en la dirección de donde procedía esa pregunta, Rohan se limitó a detener su caballo, para después contestar con igual rotundidad a la voz que le había preguntado.

—Soy sir Rohan Glaymore y he sido llamado por tu señor Williams MacLead.

Ni siquiera se dignó en dejar al descubierto su rostro, el cual seguía protegido de miradas curiosas gracias a la capucha de su capa, y dejando así una sensación de intranquilidad en los hombres que lo observaban desde las murallas.

—¿Sois el inglés al que estábamos esperando?

—Solo puedo aseguraros que soy el inglés al que se le pidió venir para ofrecer su ayuda.

El silencio se apoderó de todos los presentes hasta hacerse opresivo, consiguiendo que Rohan comenzara a perder la poca paciencia que aún le quedaba ante esos escoceses desconfiados. Resuelto a acabar cuanto antes volvió a dirigirse a la voz que le había preguntado:

—Si ya no nos necesitáis y si tanto teméis dejarnos entrar, entonces volveremos por donde hemos venido.

Y sin más se dispuso a dar media vuelta a su montura, esperando que recapacitaran y les permitieran entrar.

—Esperad, si como decís sois sir Rohan Glaymore entonces seréis recibido.

La única contestación fue un suspiro, pues lo que menos deseaba en ese momento era ponerse a discutir bajo la lluvia y más con la noche empezando a caer sobre ellos. Aun así tuvieron que esperar unos minutos hasta que el puente levadizo fue bajado y el rastrillo alzado para dejarles paso, consiguiendo que el humor de Rohan empeorara por la demora.

Pero no por ello abandonó la prudencia que durante tantos años le había acompañado, y comenzó a avanzar alerta por si cambiaban de opinión y su presencia no fuera bien recibida. Al fin y al cabo se trataba de escoceses y todo el mundo sabía de lo impredecibles e intratables que eran, por no mencionar lo desconfiados que se estaban mostrando.

La expectación que causó la llegada de los dos hombres resultó bastante evidente, ya que en cuanto los jinetes aparecieron en el patio enseguida fueron rodeados por un buen puñado de guerreros MacLead que los miraban recelosos. Incluso las mujeres y los niños parecían querer retarlos con la mirada, consiguiendo que Rohan sonriera levemente ante la perspectiva de ser atacados por ellos.

Una lucha demasiado injusta, si se tenía en cuenta que Rohan se había pasado cuatro años^[8] de su vida luchando contra feroces sarracenos, que habían ofrecido su alma a su Dios con la excusa de matar infieles; un pretexto que también usaron los cristianos.

Ante la visión de un clan con tanta ferocidad, y de personas valerosas que eran capaces de enfrentarse sin miedo a cualquier enemigo, se preguntó por qué su amigo Connor, al que tanto le debía y hacía tanto que no veía, le había mandado llamar pues no parecía que necesitaran de su ayuda. Más aún cuando las luchas ya habían cesado para él hacía un par de años, y ahora más que soldado era un simple comerciante en Constantinopla junto a John.

Pero además de darse cuenta de que el castillo estaba bien defendido, no fue hasta que avanzó más hacia el fondo que no se percató del silencio y la tensión que reinaban en el lugar. También descubrió que la mayoría de las miradas recaían en él, al ir vestido de negro y llevar el rostro tapado.

—Me parece que no se fían de ti —le dijo John en voz baja, cuando se hubo colocado a su lado tratando de parecer desenfadado.

—Yo diría que no se fían de nadie —le contestó Rohan sin dejar de mirar al frente ni de aminorar la marcha.

—Pues parece que yo les gusto —aseguró su amigo, mientras le guiñaba un ojo a una de las muchachas que se le habían quedado mirando y ahora sonrojada le sonreía.

Rohan soltó un gruñido ante las palabras de John, pues como era habitual cada vez que entraban en un sitio nuevo, era él el que se llevaba las miradas hostiles y John el que se quedaba con las sonrisas.

—Algún día se te empezarán a caer los dientes, te saldrá barriga y las muchachas dejarán de sonreírte —afirmó Rohan rotundo.

John tuvo que contener una carcajada ante este comentario, y a pesar de estar rodeados de guerreros recelosos, no pudo evitar contestar a su líder:

—Mientras no se me caiga otra parte de mi cuerpo que las hace muy felices, no tendré problemas.

Rohan no pudo evitar sonreír al escuchar a John, consiguiendo que los MacLead los mirasen aún más recelosos, al verlos tan tranquilos mientras estaban rodeados y en seria desventaja.

Solo cuando llegaron a las escaleras que presidian la torre del homenaje la comitiva se detuvo, siendo recibidos por el hombre de mayor confianza del nuevo laird.

—¿Sois sir Rohan Glaymore? —quiso asegurarse Alec consiguiendo que Rohan rechinara los dientes, al estar cansándose de asegurarle a ese hombre quién era.

—Así os lo he dicho antes y así os lo confirmo —atestiguó sin moverse del caballo.

—Entonces sed bienvenidos al castillo Gleann y perdonad nuestra desconfianza, pero hacía tanto que les esperábamos que ya pensábamos que no vendrían.

A Rohan le pareció percibir un tono de reproche en su voz, pero no estaba dispuesto a seguir conversando con ese hombre sobre temas que solo le correspondían a él y al laird, por lo que decidió permanecer callado.

Alec esperaba que el recién llegado mostrara su rostro y el evidente mal humor que trataba de disimular, pero tuvo que conformarse con su silencio demostrando con ello tener una considerable templanza, un detalle que gustó al curtido escocés, pues solo un guerrero con experiencia y autodomínio podría conseguirlo.

—Si me acompaña al interior podrá ponerse cómodo, mientras espera a mi señora.

Aunque Rohan se extrañó que fuera una mujer quien lo recibiera no dijo nada, y simplemente bajó de su garañón para seguir en silencio a ese hombre. Ni siquiera se quitó la capucha de su cabeza para dejar al descubierto su rostro, ni dio ninguna orden para que alguien se ocupara de su montura, dando a entender que estaba por encima de esos pequeños detalles, o que estaba acostumbrado a que le sirvieran sin necesidad de dar órdenes.

Sin más, Rohan y John avanzaron adentrándose por el gran salón, el cual

olía a limpio y a romero, a pesar de la lluvia que caía fuera y que parecía no importar a nadie, pero que embarraba todo y por ello complicaba la tarea de tenerlo en condiciones.

La estancia que encontraron resultó de buen tamaño, y se notaba la antigüedad de muchas de las reliquias que colgaban de sus paredes; como escudos, espadas y tapices, así como del cuidado que se tenía de ellas. El gran salón tenía unas dimensiones considerables, y contaba con todas las comodidades que cualquier hombre pudiera desear, como una amplia chimenea y unos cómodos sillones frente a ella.

Ansioso por tomar una copa de vino caliente se adentró en la sala como si fuera el dueño del lugar, pues la seguridad de sus movimientos hacía creer que se hallaba en un ambiente familiar y no en un sitio ajeno.

—Si lo deseáis podéis tomar asiento mientras os sirven algo de comer —le dijo Alec en tono servicial, aunque sin dejar de lado la reticencia.

Rohan no le contestó ni se movió de donde estaba, pues le parecía una falta de respeto acomodarse sin haber visto al laird de esas tierras, o en su ausencia a esa mujer que le habían dicho que le recibiría, por lo que permaneció de pie en su sitio a la espera de la dama.

Por su parte, Maisie se encontraba intranquila desde que le habían informado de su llegada, pues sabía que necesitaba la ayuda de ese desconocido para restablecer la paz en sus tierras. Como había temido desde la muerte de su padre las hostilidades con los Matherson se habían recrudecido, al pensar estos que como mujer no podría guiar a sus gentes, por lo que no la creían capaz de liderar al clan y su supuesta debilidad estaba costando la pérdida de vidas y de posesiones muy valiosas.

Sabía que solo tenía dos posibilidades para salir de este aprieto, y la que más aceptaba era la de recibir por un tiempo la ayuda del inglés, antes de tener que casarse para que un hombre liderase a los MacLead, ya que esa opción la encadenaría para siempre y ella amaba demasiado su libertad.

Pero al bajar por las escaleras y descubrir la presencia de un oscuro individuo en medio del gran salón, ya no estuvo tan segura de que la solución a sus problemas fuera tan sencilla, pues temía que un guerrero con semejante apariencia no se tomaría a bien recibir órdenes de una dama. Aun así estaba dispuesta a hacerse valer ante su presencia, demostrándole que su condición de

mujer no la hacían inferior para liderar a los MacLead.

Aunque no la escuchó bajar por las escaleras Rohan sí sintió cómo su nuca se erizaba, señal inequívoca de que alguien le estaba observando e inmediatamente se tensó poniendo su cuerpo en alerta, ya que los años de entrenamiento y lucha nunca podrían ser olvidados.

Dejándose llevar por los instintos que tantas veces le habían salvado la vida se volvió con un movimiento ágil quedando ante las escaleras, pero sobre todo, ante la imagen de una mujer que se había detenido en el último escalón y que ahora le miraba curiosa.

La sorpresa al verla lo dejó sin aliento, no solo porque la encontrara tremendamente atractiva, sino porque le miraba sin miedo ni recelo, algo a lo que no estaba acostumbrado que sucediera ante el escrutinio de una dama. Fue entonces cuando recordó que aún llevaba la capucha de su negra capa cubriendo su rostro, y se maldijo por hacerse unas ilusiones que nunca llegarían.

Estaba acostumbrado a que hombres, mujeres y niños se asustaran al verle alejándose sin mostrar la más mínima educación, pues solo veían en él la fealdad de su rostro. Pero por alguna extraña razón al comprobar cómo ella le miraba sin miedo ni recelo le había dado un ápice de esperanza, al creérla diferente a los demás, pues había pensado haber encontrado al fin a alguien que se mostraba ante él sin temor.

Desilusionado y enfadado consigo mismo, se preparó para la reacción que seguro vendría, y colocándose ante ella se retiró la capucha que protegía su cara de curiosos y blasfemias, dejando ante la desconocida la maldición que durante toda la vida le había acompañado, pues esta le había marcado desde su nacimiento.

Pero la reacción de ella no fue la que hubo esperado, pues, aunque fue evidente su sorpresa al delatarla sus ojos, no emitió ningún grito, ni se santiguó, ni mucho menos se apartó de él, como sí ocurrió con las otras personas que se encontraban en el gran salón, cuando un murmullo de voces se alzó y los sirvientes se retiraron temerosos saliendo a toda prisa de la estancia.

La verdad era que a Rohan no le importó la reacción que tuvieron las demás personas, pues apenas si recaía en su presencia, pero sí que estuvo pendiente de cada movimiento y gesto de la desconocida que lo miraba directamente a los ojos, como si lo estuviera provocando a que buscara algo más

contundente con que horrorizarla.

Rohan estuvo a punto de sonreír ante la bravura de la muchacha, y se dijo que con solo haberla conocido el largo viaje desde Constantinopla había valido la pena. Aun así no pudo sentirse martirizado por la cruz que llevaba arrastrando y que nunca podría quitarse, pues aquello que le causaba su mayor tormento estaba pegado a su piel.

Se trataba de una mancha de color chocolate que ocupaba su mejilla izquierda, extendiéndose desde la base de su ojo hasta la barbilla. Un signo inequívoco de que su alma procedía del mismísimo infierno, según la Santa Iglesia, y por ella era considerado un engendro que debía ser temido y aniquilado.

A pesar de todo, él había tenido suerte al ser el segundo hijo de un poderoso conde inglés, pues este tuvo los medios para esconderlo nada más nacer, y cuando fue un muchacho, la iglesia no se atrevió a acusarle de herejía y ahorcarlo al temer las repercusiones de su poderoso progenitor.

Su padre, por así llamarlo, lo había mantenido con vida a petición de su cariñosa esposa, ya que esta no podía evitar amar al hijo aunque este hubiera sido marcado por Satanás. Durante años ella fue la única persona en el mundo que se atrevió a tocarle, y a permanecer a su lado hasta que la enfermedad lo dejó definitivamente solo al llevarse a su madre y con ella toda esperanza de ser amado.

No solo tuvo que lidiar con la soledad y el rechazo, sino con el temor y la repulsión de quien lo miraba. Hasta hoy, cuando la muchacha de largos cabellos del color del trigo y de unos ojos que recordaban al brezo verde, lo había mirado sin demostrar todas esas reacciones de rechazo a las que estaba acostumbrado.

Maisie había aparecido en el gran salón dispuesta a demostrarle a ese hombre su coraje, pero jamás hubiera pensado que se encontraría ante la presencia de un individuo maldito, a juzgar por la marca de su rostro.

Verlo frente a ella con su enorme cuerpo la hizo darse cuenta de que se encontraba ante un fornido guerrero, que con solo su presencia era capaz de hacer temblar hasta al más valiente de los hombres. Si además se tenía en cuenta su rostro marcado, su pose belicosa y su mirada fría, así como esos ojos del mismo color de la noche y de la capa que le cubría, nadie podría culparla de pensar que se encontraba ante un demonio implacable capaz de helar la sangre

de cualquier adversario.

Tenía que reconocer que no había imaginado que un inglés tuviera una presencia que impresionara tanto, pero su sorpresa fue mayor cuando el caballero dejó al descubierto su rostro, pues aunque lo tenía marcado por una enorme mancha, sus ojos negros le mostraron un interior tan cargado de sufrimiento y de soledad que la dejaron desolada, aunque tuvo que atravesar la frialdad con que los envolvía para poder acceder a su interior.

En sus largos años de vida siempre había tenido el don de poder ver en lo más profundo de los corazones con solo mirar a los ojos, y este caballero guardaba tanto dolor que la conmovió, como también observó que no albergaba ninguna clase de maldad, aunque sí mucho amor aún por entregar.

Sin querer mostrar al desconocido que había descubierto sus secretos más íntimos, se limitó a mantenerle la vista recreándose en la belleza de sus ojos negros, como también se fijó en sus cabellos oscuros, su mandíbula cuadrada y sus labios llenos, dándose cuenta de que su apodo de La Sombra era muy acertado.

—Señor, me imagino que vos debéis ser el amigo de mi hermano Connor y al cual llevamos tiempo esperando.

La dulce voz de la mujer sacó a Rohan de sus amargos recuerdos, e intentó mirarla como si contemplarla y tener una conversación con ella no fuera la cosa más increíble que le hubiera pasado en años, sintiéndose como embrujado por su presencia, ya que no podía remediar apartar su mirada de esos ojos que lo observaban de forma directa.

—Así es, mi señora. Soy sir Rohan Glaymore, ¿y puedo preguntarle a quién tengo el honor de conocer?

La mujer hizo una graciosa mueca con su boca, como si hubiera estado esperando esa pregunta y estuviera deseosa de contestarle y ver la reacción que tendría, aunque después de haber visto como ella no le repelía nada de lo que le dijera podría desconcertarlo más.

—Soy Maisie MacLead, señora de estas tierras —le dijo con tono orgulloso, esperando que él la mirara con recelo al ostentar ese título y ser mujer.

La verdad es que Rohan no pudo evitar dejar de pestañear durante unos segundos, debido a la sorpresa de saber que esa menuda mujer era la que lideraba al clan de fieros guerreros. Aunque bien pensado, solo una persona con

su determinación y estoicismo podía ser la indicada para esa tarea, pues había demostrado con creces poseer estas virtudes al no temerlo como lo habían hecho todos los demás.

Aun así, esperaba no haber expresado sorpresa en su rostro, pues no quería desairarla después de lo valiente que había sido su comportamiento. Pero a juzgar por el brillo de sus ojos pareció que a ella le agradó que no se perturbara, ya que le dedicó una sutil sonrisa y comenzó a avanzar por el salón hasta colocarse a escasos dos metros de él.

—Permítame que le ofrezca nuestra hospitalidad, sir Rohan.

Manteniéndole la mirada, y al encontrarse más cerca de esa hermosa dama que cada vez más le sorprendía, Rohan pudo ver que no se había equivocado en sus conclusiones, pues ella seguía sin mostrar ni un ápice de miedo o asco mientras lo contemplaba, al aparecer solo en su rostro unos destellos de curiosidad.

Maisie había esperado que el caballero no notara su nerviosismo, pero estar ante un hombre de semejante tamaño y fortaleza le hacía sentirse pequeña, aunque supiera de antemano que a su lado estaría segura pues así se lo decía su don.

Pero algo en la forma de mirarla empezó a intranquilizarla, pues era como si quisiera ver en lo más profundo de su ser o como si quisiera conocer todos sus secretos. Sir Rohan tenía una forma de mirar directa que haría temblar hasta al más seguro de los hombres, y que estaba consiguiendo que sus piernas comenzaran a flaquearle por su escrutinio, como si fuera una chiquilla que estuviera recibiendo una reprimenda.

Se percató de que ambos permanecían en silencio en medio de una estancia casi vacía, pues en ella solo se encontraba Alec que se mantenía cerca receloso, y otro caballero al que nunca antes había visto y que debía de haber venido con sir Rohan.

Le enfureció que sus sirvientes se hubieran atrevido a ser tan mal educados al salir espantados tras ver el rostro de su invitado, haciendo quedar al clan como un atajo de cobardes que se escondían como si una simple mancha les asustara. Se dijo a sí misma que tendría que tener una seria conversación con ellos y con todos sus hombres, para que no temieran a algo tan absurdo y que solo la Iglesia calificaba de maligno.

Con todo ello, y más por permanecer callada se sintió como una tonta, al no saber qué más decir a pesar de ser una mujer con una buena educación y experiencia a la hora de recibir invitados. Solo podía decir en su defensa que estar tan cerca de ese hombre estaba consiguiendo que sus pensamientos se centraran en observarle, y dejara a un lado su deber como señora del castillo al no mostrarse hospitalaria.

—Espero no estar importunándola.

La profunda voz de sir Rohan la hizo salir de su ensimismamiento y comprendió que debía hacer algo inmediatamente, antes de quedar ante él como una mujer débil de mente y de carácter.

—En absoluto sir Rohan, tan solo estaba recordando que no podremos servirle una cena caliente y en abundancia, ya que hace una hora que hemos cenado y los fuegos deben de estar apagados —tuvo que mentir para salir del aprieto, aunque era cierto que le sería difícil servir un refrigerio en condiciones.

—No debe preocuparse, tanto mi acompañante como yo tomaremos lo que crea oportuno por esta noche.

Debía reconocer que sir Rohan parecía un caballero educado que sabía cómo manejarse ante situaciones complicadas, y se alegró de poder contar con su ayuda, aunque en un principio había estado reticente a tener a un extraño dando órdenes en sus tierras.

—En ese caso, permitidme que os deje por unos instantes para encargarme personalmente de que seáis debidamente atendidos.

—Por supuesto, señora.

En realidad se trataba de una excusa para poder alejarse un momento de él, pues a cada minuto que pasaba su mirada se hacía más intensa, y el calor que empezó a sentir en su cuerpo estaba empezando a sofocarla.

Debía reconocer que era la primera vez que sentía algo así, pero sir Rohan poseía algo en sus ojos que te hacían desear perderte en ellos, y a la vez te hacía enrojecer por la forma tan intensa con que te observaba. Era sin lugar a dudas un hombre misterioso, que la estaba haciendo sentir un estremecimiento tan insólito que solo podía pensar en alejarse de él antes de que lo notara.

Sin tiempo que perder Maisie le hizo una reverencia, y se alejó con paso seguro aunque por dentro estuviera temblando y deseara salir corriendo. No

podía dejar de recordar su profunda voz y esa mirada que sabía que aún la recorría, pero por nada del mundo estaba dispuesta a volverse para comprobar si sir Rohan la seguía contemplando.

En cuanto entró a la cocina pudo respirar aliviada, y sin tiempo que perder se apoyó en la puerta ya cerrada para tomar un poco de aire. Sabía que sus temblores no eran a causa del miedo, pues no había nada en esos ojos negros que la hicieran temer, y aun así no podía dejar de pensar en ellos y en lo que estos le habían hecho sentir cuando la observaban.

No sabía qué pensar de ese hombre que había llegado ante ella oscuro como una sombra; como su apodo bien decía, y que a pesar de su rostro marcado indicando que estaba maldito su don le había mostrado a un caballero justo, leal, solitario y receloso, pero sobre todo con un corazón lleno de dolor y de amor para ser entregado.

Esta extraña combinación intrigó a Maisie, al resultarle curioso que la sensación de calidez que percibía en su interior rivalizara con la fría mirada que primero le mostraba, como si así se asegurara el mantenerle lejos de él y no averiguaras cómo era en realidad, o dicho de otra manera, como si hubiera levantado un muro para mantener alejado al resto del mundo y así permanecer a salvo, viéndose Maisie como una intrusa al haber descubierto su secreto.

Sin lugar a dudas la llegada de ese hombre cambiaría no solo el resultado de las hostilidades, sino también su vida, si dejaba que esa confusa sensación que le hacía arder se extendiera por todo su cuerpo.

CAPÍTULO 3



No podía dormir.

Como cada noche desde que su padre falleció y la oscuridad cubría el páramo con su manto, las pesadillas se adueñaban de sus sueños impidiendo que descansara con tranquilidad.

Pero esa noche, además, con la llegada de sir Rohan al castillo y tras descubrir esa mirada que tanto la había conmovido, le resultaba imposible dejar de pensar en él, al intentar descubrir por qué había experimentado una sensación tan fuerte ante su presencia.

Tenía que reconocer que se trataba de un hombre atractivo, a pesar de la marca que ocupaba buena parte del lado izquierdo de su rostro, pero había algo más en él que la inquietaba al sentirlo tan cerca, y al poder percibir esa parte tan íntima que solo ella era capaz de ver en algunas personas.

Descubrir esa parte oculta la había hecho considerarse como una vulgar ladrona, pues sin su permiso se había adentrado en sus secretos descubriendo sentimientos que mantenía escondidos. Saber que podía averiguar sus emociones con solo mirarlo a los ojos la hacían estremecer, a pesar de estar acostumbrada a ver en el interior de algunos de los corazones que la rodeaban.

Fue debido a este extraordinario y peligroso don de ver en el interior de las personas que sus padres le prohibieron hablar a cualquiera sobre ello, por miedo a que la trataran con temor o recelo si se descubría, y acabara pasando el resto de su vida en soledad. Por eso llevaba toda la vida callando el regalo divino que el cielo le había otorgado, al querer respetar la decisión que por su bien habían tomado sus padres.

Pero por alguna extraña razón los demás miembros del clan no le habían impactado tanto como sir Rohan, y por eso se sentía tan confusa ante ese temblor que le había provocado, y sobre todo, ante ese anhelo que sentía de volver a

verlo.

Estaba convencida de que no se trataba de ningún sentimiento enamorado, pues sabía de sobra que era una mujer práctica que no creía en el amor a primera vista, ni en encuentros sobre amantes que te hacían perder la razón. Sin embargo, allí se encontraba subida a las almenas contemplando las estrellas, mientras se preguntaba qué le había pasado horas atrás en el salón para hacerla sentir ese estremecimiento tan fuerte con una sola mirada.

Cubriéndose con su gruesa capa de lana suspiró resignada, sabiendo que esta sería la primera noche de otras muchas donde su pensamiento le llevaría hasta ese oscuro guerrero.

En otra parte del castillo, mientras la mayoría descansaba en sus jergones y los vigías observaban la lejanía, Rohan se levantó de su cómoda cama para salir a tomar el aire al exterior. Por alguna sorprendente razón la imagen de Maisie volvía una y otra vez a su memoria, haciéndole recordar cada pequeña parte de su rostro, como su boca carnosa, su nariz respingona y unos ojos verdes que lo habían hechizado.

Necesitaba despejarse cuanto antes para poder dejar de comportarse como un muchacho enamorado, que al ver una cara bonita se atontaba con ella haciéndole perder el sentido común. Algo de lo que Rohan estaba muy lejos de ser, pues a sus veintiocho años y con una vida tan dura a sus espaldas, no podía considerarse un hombre propenso a las cursilerías.

Suspirando subió a las almenas en busca de paz esperando poder pasear en soledad por el adarve^[9], mientras dejaba que su mente se calmara, así como dejaba enfriarse ese repentino calor que le había producido por todo el cuerpo el simple recuerdo de esa mujer.

No tardó mucho en llegar a lo alto de las almenas, encontrando una noche tranquila, un cielo estrellado y frente a él, a solo unos metros, la inconfundible silueta de la mujer que perturbaba su cuerpo y sus pensamientos. Esa misma muchacha que lo había alejado del sueño y de la que parecía que no podía escapar.

Como guerrero acostumbrado a reaccionar en cuestión de segundos, pudo haberse dado la vuelta y haberse marchado por donde había venido sin ser visto, buscando otro lugar donde relajarse para encontrar el descanso que tanto necesitaba. Sin embargo, por alguna extraña razón su cuerpo permaneció

inmóvil, reacio a dejar atrás la visión más perfecta que jamás hubiera visto.

Ante él se encontraba Maisie mecida por el viento y cubierta por la noche, con el cabello suelto revuelto por el aire y con el rostro alzado mirando al cielo. Aunque la veía de lado y no podía ver la expresión de su rostro, se la imaginó con los ojos cerrados y una sonrisa embelleciendo su cara mientras dejaba que la brisa la acariciara.

Por primera vez en su vida sintió el repentino deseo de rezar para pedir a un Dios, cuya existencia no creía, que detuviera el tiempo para poder estar eternamente ante esa musa que le hacía desear cosas imposibles.

No supo cuánto rato estuvo parado ante ella observándola en silencio, al estar tan absorto que ni el cansancio ni el frío dejaron su huella en él. Quizá fuera ese ensimismamiento lo que impidió que reaccionara a tiempo, cuando un vigía de las almenas causó un ruido sordo, consiguiendo que Maisie se girara en su dirección y le descubriera contemplándola.

Por suerte en esta ocasión sí pudo reaccionar con prontitud, y antes de que se percatara del tiempo que había pasado parado mirándola perturbado por su visión, se puso en movimiento y se dirigió con paso seguro hacia donde ella se encontraba.

Nada más acercarse se dio cuenta de que le contemplaba sorprendida y algo recelosa, pensando quizá que el encuentro no había sido fortuito. Una idea que tenía que aclararle, pues no quería que ella, por muy hermosa que fuera y por mucho que la deseara, se creyera que estaba interesado en conquistarla. Aunque debía confesar que era algo que se le había pasado por la cabeza, cuando la vio girarse y dedicarle su mirada de gata.

—Buenas noches, mi señora

—Sir Rohan, creía que ya se había retirado a descansar —le dijo Maisie cerrándose mejor la capa, como si intentara poner una barrera entre ambos, o como si estuviera protegiendo su cuerpo de él.

Algo completamente cierto, pues Maisie había sentido al verle como si una lengua de fuego gigante la envolviera y oprimiera su corazón.

Verlo parado mientras la contemplaba en silencio la había puesto nerviosa, al no saber cuánto tiempo había estado observándola y que pudo estar pensando mientras tanto. También se dio cuenta, por la forma tan intensa con que la miraba, que había experimentado alguna clase de atracción al verla, haciéndola

sentir incómoda al notarse desnuda ante él. Aunque por otro lado, debía reconocer que le gustó que ese hombre tan curtido por la vida y tan cargado de experiencias se hubiese fijado en ella.

Aun así, debía mantener la cabeza en su sitio y no dejarse llevar por tontos sentimientos, que solo podría reportarle problemas tanto a ella como a su gente. No debía olvidar que lo más importante en ese momento era hacer ver a sus enemigos que su clan era fuerte, para así poner fin a los enfrentamientos con los Matherson y llevar la paz a sus tierras. Una dura misión que no podía dejar atrás por el simple hecho de quedar cautivada por un desconocido, que la olvidaría en cuanto terminara su trabajo y se marchara.

—Lo cierto es que me gusta comprobar que todo está en orden antes de retirarme —le mintió, pues no podía admitir cualquier debilidad que tuviera.

—Entiendo —dijo ella con una voz que parecía desilusionada, mientras volvía su rostro para observar la lejanía, y Rohan sonreía levemente al percibir su decepción.

Quizá había creído que él había ido a su encuentro tras no poder conciliar el sueño, y que al encontrarla se le había acercado para hablarle de lo hermosa que le parecía. Al recapacitar en ello su sonrisa desapareció, pues era cierto todas esas suposiciones, menos que había ido en su búsqueda y que pensaba decirle a la cara lo mucho que le gustaba.

Disgustado consigo mismo por ser tan estúpido quiso cambiar el curso de sus pensamientos, y dejar de desear acercarse más a ella para comprobar si ese olor a lavanda procedía de su cabello o del páramo.

—¿Y vos, no podíais dormir? —le preguntó tratando de averiguar si el hecho de que estuviera ahí se debía a una costumbre o a su llegada.

—Padezco de su mismo mal, ya que antes de irme a dormir me gusta comprobar que todo está en orden —le comentó mostrando una leve sonrisa.

Rohan estuvo a punto de decirle que en ese caso podían quedar cada noche para hacer la ronda juntos, hasta que recordó que hacía solo unos minutos había decidido mantener a esa mujer, que tanto le perturbaba, lo más alejado posible de su lado.

—Es una costumbre que tenía mi padre y quiero mantener en su nombre. Además, también me gusta permanecer un rato a solas para poder meditar sobre lo acontecido en el día.

Se notaba la tristeza en su voz, y Rohan estuvo a punto de olvidarse de todo lo que había decidido para cobijarla en sus brazos y consolarla.

Sintiendo cómo los brazos le pesaban al no poder dejarse llevar por sus deseos, permaneció quieto reprochando la debilidad que mostraba ante su presencia, y preguntándose por qué todo era tan distinto con esta mujer.

—Sir Rohan, me gustaría disculparme por la extraña acogida que ha tenido en Gleann, pues le aseguro que los MacLead somos gente buena que no solemos mostrarnos tan mal educados —prosiguió diciendo cambiando así de tema.

Se notaba por el tono de su voz que realmente estaba afligida, como también resultaba evidente por su forma de esquivar la mirada al pedirle disculpas que verdaderamente se sentía avergonzada. Para ser sincero Rohan no recordaba la última vez que alguien le había pedido perdón por su comportamiento, y debió admitir que le encantó la sensación que sintió al escucharla.

Le hubiera gustado decirle que no debía preocuparse pues estaba acostumbrado a los desplantes de las personas, pero su orgullo le impidió aparecer ante ella como una víctima.

—No debe preocuparse, es normal que la gente actúe de esa manera al verme —le dijo tratando de parecer despreocupado y acercándose un poco más a ella.

—Pero no es educado. Le aseguro que hablaré con ellos para que no vuelva a suceder algo parecido. No pienso aceptar que se escondan de usted como si fuera peligroso.

Rohan no pudo evitar alzar una ceja ante lo que acababa de escuchar, pues si de algo estaba convencido era de su apariencia fiera. Para él era normal que la gente se apartara asustada y se santiguara, pues sabía que su alta estatura, su ancho y musculoso cuerpo, sus ropajes negros, su actitud tosca, su mirada fría y la marca de su cara, le convertían en un individuo que hacía temblar hasta al más fiero de los guerreros.

Por eso, que esa menudita mujer de cabellos rubios y mirada dulce lo viera de otra manera, le llamaba la atención, pues si alguien los viera juntos no tardaría en dar la alarma por temor a que le hiciera algo malo a su señora.

Una idea que no estaba muy lejos de la realidad, pues cuanto más cerca estaba de ella y más la escuchaba, más le costaba portarse como un caballero.

Maisie por su parte estaba tan nerviosa al tenerlo tan cerca que no podía permanecer callada, y llevaba un buen rato diciendo incoherencias. Se sentía una muchacha inexperta que sudaba ante la cercanía de un hombre, y aunque era cierto que no tenía experiencia en el amor, hacía unos cuantos veranos que había dejado de ser una niña.

Le hubiera gustado hablar sobre temas inteligentes, pero por su cabeza solo pasaban cientos de preguntas referentes a cosas íntimas sobre su vida o sobre él, que por educación no podía pedirle que le contase; como por ejemplo por qué le atraía tanto, o por qué a pesar de ser tan grande y oscuro no le daba miedo.

Por suerte la voz de Rohan la sacó de sus pensamientos y pudo volver a mirarle, aunque algo sonrojada.

—Creo señora, que usted es la primera persona que encuentro en mi vida que no me considera peligroso. Debo estar perdiendo facultades con los años.

Ante la sonrisa pícaro de Rohan, que le daba a su rostro un aire menos misterioso y amenazador, Maisie supo que no le había ofendido, pero se sintió aún más incómoda al darse cuenta de que debía estar quedando como una estúpida que no sabía nada del mundo.

—Seguro que ha conocido a más mujeres que no le consideran peligroso.

Nada más decirlo se arrepintió de sus palabras, pues la forma de mirarla cambió en el acto, volviéndose más penetrante y seria. Una mirada que recordaba a la de un feroz lobo contemplando a un tierno cordero.

—Usted es la primera —confesó deseando perturbarla con su respuesta, pues por alguna razón que no entendía quería provocarla hasta hacerla perder el control.

La garganta seca de Maisie le hizo quedar en silencio por unos segundos, mientras su corazón galopaba en su pecho y sus manos se apoyaban en la muralla que estaba pegada a su espalda, como si intentara empujarla y así conseguir más espacio entre ambos.

—Yo...

—No debe tenerme miedo, no voy a comérmela —aunque sus ojos y su cercanía decían lo contrario.

—No le tengo miedo —consiguió indicar, y trató de erguirse para

demostrar que no mentía.

—Entonces, ¿por qué tiembla?

—Yo...

Centrando todos sus esfuerzos en encontrar una respuesta, le dijo lo primero que le pasó por la cabeza y parecía tener sentido.

—Tiemblo porque hace frío —y para demostrarle que era una mujer decidida a la que no le asustaba continuó diciendo—: No crea sir Rohan que me impresiona. He conocido a muchos hombres como usted y no puede engañarme.

—¿Como yo? —le preguntó encantado al verla tan apurada y enrojecida.

—Sí, como usted. Caballeros que utilizan su aspecto gallardo para turbar a las mujeres —señaló, alzando la voz e irguiéndose para hacerse la ofendida, hasta que al observarle notó que la sonreía satisfecho y trató de recordar sus palabras, para comprobar si había vuelto a decir algo que la dejaba en ridículo.

—¿Mi aspecto gallardo, señora? —le preguntó divertido y muy interesado en su respuesta.

Cuando se dio cuenta de que ella se había quedado en silencio, no dudó en seguir hablando, sobre todo para seguir provocándola y hacer que la conversación fuera cada vez más interesante.

—¿Se refiere a que mi cuerpo puede provocar alguna clase de reacción inapropiada en las mujeres?

—Me refiero a que al ser tan grande...

Maisie se sintió perdida al no saber qué contestarle para no parecer tonta o para no insultarle, pero siguió con la mirada bien alta y con pose orgullosa para no hacerle ver que la estaba perturbando. Se preguntó dónde se metían los Matherson cuando los necesitaba para salvarla del ridículo más espantoso de su vida, y si no fuera porque no era una cobarde hubiera puesto cualquier excusa para alejarse de él en ese preciso instante.

A cada momento que pasaba Rohan notaba cómo esa mujer se metía cada vez más en problemas. Estaba convencido de que si no se callaba pronto le enseñaría como con un beso podía asustarla de veras, pues era evidente por su forma de hablar y de comportarse que no entendía de hombres, ni sabía dónde se estaba metiendo.

Sabiendo que tenía que hacer algo para impedir que todo esto se les escapara de las manos, y que acabara cometiendo una locura, Rohan se armó de valor para poner fin a la conversación más agradable que había tenido en su vida.

—Lamento si la he perturbado, pues ese no era mi propósito, pero si así ha sido le pido humildemente que me perdone.

Toda la bravuconería y la intranquilidad de ella desaparecieron volviendo esa mirada de corderito que tanto le había gustado a Rohan, aunque debía admitir que esa otra faceta guerrera le había impresionado y excitado bastante.

A Maisie le hubiera gustado tirarse por la muralla para acabar su sufrimiento, ya que sabía que había perdido los nervios y había dicho un buen puñado de cosas de las que se arrepentía. Cada vez que recordaba cómo le había alzado la voz acusándolo de conquistador se ponía más colorada, volviendo otra vez al punto de sentirse confusa y tonta.

—Usted no debe disculparse —comentó mientras se miraba las manos y las estrujaba—, he sido yo la que le ha vuelto a...

—No. No me pida perdón. Sus palabras han sido como un soplo de aire fresco para mí, por lo que le pido que no se arrepienta de ellas.

Maisie se extrañó de su petición y alzó el rostro para mirarlo a la cara. Ante ella tenía a un hombre que le estaba hablando con total sinceridad, y que la contemplaba con un brillo en los ojos tan intenso que consiguió tranquilizarla en el acto.

Por alguna razón que no entendía observarlo tan orgulloso y satisfecho la hizo sentirse bien, al darse cuenta de que con sus torpes palabras había aligerado parte de la carga que ese hombre guardaba en su interior. Se percató que ante él no había quedado como una estúpida, sino como una mujer que ante la cercanía de un hombre se ponía nerviosa, algo que al parecer había agradado mucho al caballero.

Sintiéndose serena al saber que le había reconfortado le dedicó una sonrisa, que caldeó el corazón de Rohan e hizo que sus ojos brillaran aún con más fuerza.

—Entonces dejemos las cosas conforme están y quedemos como amigos —le pidió ella consiguiendo que Rohan volviera a sonreír.

Se dio cuenta que desde que conocía a esa mujer había sonreído más que en todo el último año, a pesar de que a sus veintiocho años había vivido de todo y hace un par de horas que la había visto por primera vez.

—Será un placer, mi señora.

Durante unos minutos ambos permanecieron en silencio al saber que cualquier cosa que dijeran podía poner fin a esa paz que habían acordado, y simplemente se quedaron uno junto al otro sin sentirse incómodos por permanecer callados.

El sonido de uno de los vigías anunciando el cambio de guardia les avisó que la noche estaba avanzando rápido, y antes de que sus hombres comenzaran a sospechar que podían estar haciendo tanto tiempo a solas en las almenas, Maisie decidió marcharse para intentar dormir un rato.

—Si me disculpa, se está haciendo tarde. Espero verlo mañana después del amanecer y si así lo desea, le podría enseñar el castillo y sus cercanías.

—Estaré encantado, señora Maclead.

Durante un eterno segundo ninguno de los dos quiso poner fin a su encuentro, pero la fuerza de voluntad de Maisie fue más fuerte y acabó haciendo una inclinación de cabeza a modo de saludo para marcharse.

Con cada paso que dio más notó que una parte de ella se quedaba junto a ese hombre, que con solo mirarla podía hacer que perdiera la cabeza y comenzara a comportarse como una tonta. Se dijo que al día siguiente con la luz del sol todo sería diferente, pues ahora que no le tenía delante pensó que lo más seguro es que fuera la noche la que había provocado esa reacción en ella.

Convencida de que con la salida de los rayos de luz vería las cosas de forma distinta se fue a su cuarto, deseando poder cerrar sus ojos y no ver en sus sueños a ese hombre de cabellos negros y mirada oscura que tanto la alteraba. Un deseo que no se cumplió a pesar de haber rezado en más de una ocasión por ello.

Mientras tanto, Rohan se quedó mirando a las estrellas que Maisie estaba contemplando antes de que él llegara, comparando su brillo con sus ojos, y dando las gracias al destino por poner en su camino a una mujer como ella, capaz de poner a su alcance cosas que creía imposibles. Solo esperaba que los rayos de luz no le hicieran ver que todo había sido un espejismo, y todo volviera a ser tan tedioso como lo era antes de conocerla.

Solo el tiempo lo diría, y ahora sabía que solo ella podía traer algo de luz a su tenebrosa vida.

CAPÍTULO 4



Con la llegada de los primeros rayos de luz Maisie y Rohan se reunieron como habían acordado la noche anterior, cuando ambos habían coincidido en lo alto de las almenas y bajo el manto estrellado habían dicho cosas que, con el sol besando el cielo, se les hacía vergonzosamente atrevidas. La diferencia era que a él el recuerdo de todo lo que se había dicho en ese encuentro le regocijaba, y sin embargo a ella le atormentaba al haber sido tan impulsiva.

Por eso ahora, al tenerlo tan cerca y evocar cada una de sus palabras, Maisie no se atrevía a mirarlo a los ojos y decidió actuar como si nada hubiera sucedido. Mostrándose distante y decidida dejó a Alec a cargo del castillo, y tras formar un pequeño grupo de guardias para que les acompañaran, se dispusieron a emprender la marcha montados sobre sus caballos.

Durante toda la noche Rohan no había dejado de recordar la forma con que Maisie lo había mirado, y cómo le había dirigido más de una sonrisa que le había puesto alas a su corazón.

Debía reconocer que verse a través de sus ojos le había encantado, al hacerle sentir un hombre normal y corriente que era capaz de coquetear con una dama hermosa. Algo que jamás había hecho en su vida, pues solo en Tierra Santa había encontrado a mujeres dispuestas a permanecer a su lado sin mostrar temor y por propia voluntad, algo que en Inglaterra rara vez ocurría ni siquiera pagando.

Pero esa mañana el comportamiento de la dama había cambiado al mostrarse distante ante su presencia, consiguiendo que se le estuviera amargando el buen humor con que había amanecido. No entendía a qué se debía ese cambio hacia él, pero le ponía furioso haber perdido esa conexión que pareció percibir la noche anterior.

Por eso, tras pasar un rato en silencio, fue él quien se atrevió a hablar y a mostrarse tan esquivo como lo estaba siendo ella, ya que no quería hacer el tonto al demostrar lo mucho que su cambio de conducta le estaba afectando.

—¿Desde cuándo os atacan los Matherson? —le preguntó, aunque ya le había informado Alec sobre todo lo referente a esa disputa la noche anterior, cuando se quedaron a solas mientras cenaban.

—Hace unos ocho meses. Al principio solo fueron pequeñas escaramuzas para robar ganado, como suele ser normal en las Highlands.

Rohan no pudo disimular su sorpresa al escucharla, al no parecerle normal que los clanes se robaran entre ellos y nadie dijera nada, ya que el robo en el país del que venía era considerado algo serio y por una sola onza de pan te cortaban la mano como forma de castigo.

Aunque al parecer a Maisie no le pareció oportuno darle explicaciones, ya que siguió contándole lo que había sucedido sin prestarle mucha atención, como llevaba haciendo toda la mañana, pues ni siquiera se dignó a mirarle a la cara mientras le hablaba.

—Pero por algún motivo que no conseguimos descubrir se volvieron más atrevidos, al adentrarse más en nuestras tierras y matar a alguno de nuestros hombres.

—¿Nunca les dijeron sus motivos?

—No, no han querido reunirse para llegar a un acuerdo o para dar explicaciones.

—Es extraño, nadie desea una guerra si no es por una buena causa.

—Eso mismo pensaban mi padre y mi hermano.

Continuaron en silencio y sin que ella le mirara directamente a los ojos, provocando que por la cabeza de él pasaran mil ideas que explicaran su comportamiento, pero sobre todo, que echara de menos esa cercanía que había experimentado la noche anterior, cuando solo habían sido un hombre y una mujer hablando bajo las estrellas.

Pero lo que Rohan no sabía es que Maisie se sentía incapaz de mirarlo debido a la vergüenza que sentía, pues cada vez que recordaba lo que había dicho la noche anterior el rubor teñía sus mejillas y le era imposible mirarle.

—Su lugarteniente me contó anoche que en ambos mandos han sufrido numerosas pérdidas.

Maisie se preguntó cuántas cosas más le habría contado su lugarteniente a sus espaldas, sin tener en cuenta que como laird del clan era ella la que tenía que mantener esa conversación, o por lo menos que se llevara a cabo bajo su presencia.

Se recordó que Alec era un hombre ya mayor que debía estar acostumbrado a hacer las cosas a su manera, por lo que le costaría habituarse a la idea de que ahora una mujer era su laird. Se dijo a sí misma que debía tener paciencia con él hasta que comprobara su valía y viera en ella a un líder como lo había sido su padre. Por ese motivo, y por el respeto que sentía por él, Maisie decidió pasarlo por alto y continuó hablando con Rohan.

—En efecto, si esta enemistad continúa por mucho tiempo, tendremos serias dificultades para tener los hombres necesarios para defendernos y llevar los campos.

—Hay cosas que no consigo entender en todo esto.

—Somos Highlanders sir Rohan, y no creo que un inglés logre entendernos.

Rohan notó el orgullo con que fueron dichas esas palabras, y al contemplarla descubrió que el brillo de sus ojos había vuelto a ellos.

—Creo mi señora, que ni ustedes mismos se entienden.

Con esas palabras consiguió que por fin lo mirara de frente, dándose cuenta en ese instante de lo mucho que había echado de menos esa mirada intensa, que le demostraba que lo veía a él como realmente era y no como solían verlo todos los demás, juzgándole por su marca de nacimiento, como si esa mancha fuera la causante de su forma de ser y no su corazón.

Pero esa manera de contemplarlo duró apenas unos segundos, y de nuevo volvió esa mujer que prefería mantener las distancias.

Fue entonces cuando empezó a percibir como si alguien los estuviera observando, llegando hasta él una sensación de peligro que más de una vez le había salvado la vida. Al observar a su alrededor comprobó que estaban lo suficientemente cerca del castillo para que esa mirada pudiera provenir de algún vigía, que descontento al ver a su señora tan cerca de él le estaba acechando sin

muy buenas intenciones.

Aun así con disimulo se fijó en cada detalle que les rodeaban, buscando ese peligro que podía notar pero no ver por ningún sitio. Se dio cuenta de que tenía muchas cosas pendientes por hacer para asegurar más el castillo, y decidió que esa tarde cuando saliera con Alec para que le enseñara el bosque y sus cercanías tendría que ponerlo al corriente.

Pensar en Alec le hizo recordar algo que le había comentado la noche anterior, y creyó que quizá Maisie podría decirle más cosas sobre ese asunto.

—Alec me contó que tienen problemas en el castillo —sorprendida frunció el ceño al no saber a qué se refería, por lo que Rohan continuó hablando—: Me dijo que desde hace algún tiempo están desapareciendo suministros del almacén.

Dándose cuenta de que Rohan se estaba esforzando por mantener una actitud amigable, y que sus preguntas estaban destinadas a ayudar al clan, decidió relajarse un poco ya que tampoco quería que él pensara que no le gustaba su compañía.

—Así es, los robos empezaron poco después de que mi padre diera la orden de que se almacenara en el castillo las provisiones para el invierno, como medida de precaución por si las robaban los Matherson.

—Un hombre muy inteligente su padre.

—Así es, él fue una persona extraordinaria en todos los sentidos.

—Me hubiera gustado conocerlo. Connor fue uno de mis mejores amigos cuando estuve en Londres, y según me contó, siempre le enorgulleció que le compararan con su padre.

Maisie sonrió iluminándosele la cara, dejando claro lo mucho que les quería y lo importante que habían sido para ella a lo largo de su vida.

—Así es. Connor fue el orgullo de mi padre y cuando él murió...

A causa del dolor que aún sentía por su pérdida no pudo continuar hablando, al notar como la congoja cerraba su garganta.

—Lamento haberle traído malos recuerdos —se apresuró a decir, pues por nada del mundo quería ser el causante de su pena al no poder soportar ver sus lágrimas.

—No se disculpe por hacerme recordar a las personas que siempre llevaré

en mi corazón, porque ellas son las que me dan la fuerza que necesito cada día para seguir adelante.

Celoso de esas personas que tanto significaron para ella se mantuvo en silencio, al desear desesperadamente tener a alguien que lo quisiera tanto como ella les había amado, y poder ser uno de los muchos afortunados que encuentran el amor.

Se dio cuenta de que para conseguirlo sería capaz de cualquier cosa, como también descubrió que nunca antes había experimentado algo parecido pues este deseo había surgido al conocerla.

Tratando de cambiar de tema, ya que no quería seguir pensando en lo que ella le hacía sentir o anhelar, y también para dejar a un lado la tristeza que les envolvía, Rohan le preguntó:

—¿Está muy lejos la aldea?

—No, nos estamos acercando. Solo tenemos que cabalgar a buen paso durante un cuarto de hora y la tendremos a la vista.

Él asintió volviendo a mirar a su alrededor, sin poder quitarse de la cabeza que le estaban observando, y notando cómo esa sensación de peligro que tantas veces le había salvado la vida iba en aumento.

Queriendo dejar atrás ese lugar que no le inspiraba nada bueno instó a cabalgar a Maisie a buen ritmo, con la excusa de terminar cuanto antes y llegar pronto al castillo.

Como ella le había asegurado, a los pocos minutos ya empezaron a escucharse las voces de los campesinos que provenían de la aldea, pues al parecer estos se habían dado cuenta de su llegada y ya habían comenzado a agruparse en las afueras.

Mientras se acercaban aminoraron la marcha, y Rohan tuvo tiempo de ver que el lugar consistía en un grupo de más de cien casas repartidas por el valle y el bosque, quedando a poca distancia del castillo para así poder refugiarse en él en caso de un ataque. También pudo distinguir en el prado al ganado que mugía tranquilo y a un buen puñado de ovejas que pastaban más lejanas.

Se notaba aun de lejos que las viviendas eran sólidas y construidas con buenos materiales, como también era evidente la buena calidad de las ropas de todas las gentes ahí reunidas. Se percató de que el clan MacLead debía ser más

próspero de lo que en un principio había pensado, pues si el castillo era magnífico, sus gentes con su apariencia saludable y bien cuidada dejaban claro que esas riquezas estaban bien repartidas.

Una vez que llegaron hasta donde estaban los aldeanos reunidos, Rohan comprobó que aunque campesinos y artesanos también eran hombres de armas, pues a la mayoría de ellos los había visto esa mañana temprano en los entrenamientos. Recordaba sus ceños fruncidos cuando se había presentado ante ellos como el hombre que ahora estaba a cargo de las defensas del castillo, y como se habían mostrado reticentes a obedecerle al considerar que un inglés, o como la mayoría le llamaba *sassenach*^[10], no podía enseñarles a mejorar su manejo de la espada.

Una lucha a la que tendría que enfrentarse cada día, y por el alboroto y ceño que ahora mostraban, se temía que tampoco les agradaba que entrara en sus dominios.

—¿Es la única aldea de las cercanías? —le preguntó Rohan mientras se acercaban sin demostrar que estuviera nervioso al saber que era el causante del revuelo.

—Hay otras dos a medio día de viaje, una hacia el sur y otra hacia el este.

Sin más palabras la comitiva se mantuvo en silencio, y justo cuando estuvieron al alcance de todas las miradas, las voces se convirtieron en gemidos y luego en un atronador silencio interrumpido tan solo por el graznido de los gansos, el cloquear de las gallinas y algún que otro ladrido.

A lo largo de su vida Rohan había vivido esa misma experiencia cientos de veces, pero esta fue la que peor le hizo sentir. Se dijo que debía estar acostumbrado a esas miradas de odio y desprecio en cuanto descubrían su marca en el rostro, pero al estar acompañado de Maisie y al querer ser ante ella como un hombre más, ese comportamiento lo estaba hiriendo profundamente.

Con cada paso que daba más notaba el aguijón de ser diferente, siendo la excusa que siempre usaban las personas que se creían superiores a él para repudiarlo y así ser odiado por todos. Maldijo por haber creído que su condición de hereje había quedado atrás al haber llegado a Gleann, y al haber conocido a su señora, pues aunque ella no le había juzgado como los demás su clan sí lo estaba haciendo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo única que era ella, y de cómo

había echado de menos a lo largo de su vida una persona tan especial.

Conforme se adentraron hasta llegar al centro de la villa, donde se encontraba una plaza presidida por la posada, sus gentes les empezaron a rodear con clara hostilidad, al mismo tiempo que Maisie se sentía cada vez más avergonzada por su reacción, al darse cuenta que la marca en el rostro de Rohan les hacía creer que se trataba de un endemoniado.

Le dolía el desprecio con que lo miraban, consiguiendo que se enfureciera al saber que lo consideraban un hombre malvado por el simple hecho de tener el rostro marcado. Aunque tuvo que recordarse que si no fuera por su don ella no habría visto la bondad de su interior, y probablemente también estaría temblando recelosa de colocarse frente a él.

De todas formas había esperado que la noticia de su llegada hubiera tardado unos días en extenderse, para así haber podido preparar a sus gentes respecto a la marca de su invitado, esperando con ello que no se mostraran tan supersticiosos con él. Pero en este caso el tiempo había corrido en su contra, pues en una sola noche todo el clan se había enterado de la presencia del extranjero maldito, y ya le habían juzgado sin ni siquiera conocerle.

Aun así no pudo soportarlo por más tiempo, y reaccionó conforme se lo dictaba su buen juicio y su corazón.

—¿Qué os sucede? ¿Acaso nunca habéis visto a un inglés?

Uno de los hombres dio un paso al frente colocando sus brazos en jarras, y sin dejar de mirar a Rohan le respondió a su señora:

—A un sassenach como él, no.

—¿Como él? ¿Acaso los MacLead temen a un hombre de buen tamaño?

Por un momento todos quedaron en silencio, pues su orgullo les impedía decir públicamente que temían a un desconocido, más aún si este era un inglés, y más todavía si sus miedos se debían a una superstición.

—No es su tamaño lo que no nos gusta de él —respondió otro de los hombres que se encontraba más atrás.

—Entonces, ¿qué es lo que os hace quejaros como si fuerais viejas y no guerreros?

Un silencio incómodo se extendió por toda la aldea, pues ninguno quería

contestar a su señora, más cuando ella se encontraba cómodamente colocada junto a ese hombre sin dar muestras de sentirse angustiada. Si ahora, delante de una mujer asumían sus temores por una señal de brujería, su hombría quedaría reducida a la nada y ninguno de ellos estaba dispuesto a asumirlo.

—¿Acaso tenéis miedo a la mancha de su rostro? —les preguntó en voz alta a modo de desafío, ya que todos sabían que esa era la causa de sus recelos pero ninguno se atrevía a admitirlo.

—El hermano Gregory nos ha dicho esta misma mañana que no es un hombre sino un ser maligno del infierno —respondió una mujer refugiada en las sombras a modo de defensa.

—¿Y lo habéis creído? ¿Confiáis más en ese monje que en vuestra señora?

—No es eso —dijo otro adelantándose—, pero el hermano Gregory nos aseguró que caería sobre nosotros una desgracia tras otra mientras él permaneciera aquí.

La rabia de Maisie fue más que evidente para todos aquellos que la miraron, pues con cada palabra que escuchaba más le hería la sangre de furia.

—Me estáis diciendo que mi hermano Connor y mi padre confiaron en un hombre que traería la destrucción a su clan. ¿Al mismo clan al que dieron sus vidas?

Al verla tan agitada Rohan no aguantó más, pues también era su honor lo que estaba en juego.

—Mi señora, permitidme que me ocupe personalmente de este asunto.

—Lo siento sir Rohan, pero es el buen criterio de mi familia lo que se está poniendo en entredicho en este momento.

Maisie estaba tratando de contener las lágrimas, pues llevaba toda la mañana con los sentimientos enfrentados a causa de la cercanía de Rohan, y lo que menos necesitaba ahora era encontrarse con los reproches de su clan.

—Señora, sentimos si la hemos insultado, pues no pretendíamos hacerlo —le dijo pesaroso el primer hombre que antes le había hablado.

—No me habéis insultado a mí, sino al que había sido vuestro laird durante tantos años, el mismo hombre que os lo dio todo, incluso la vida de su propio hijo.

Sin poder soportar por más tiempo el dolor que estaba sintiendo, Maisie giró su caballo y poniéndolo al galope se dirigió al castillo para tratar de aplacarse, y en especial, en busca del monje que con sus miedos y estúpidas creencias estaban volviendo a su clan en contra del hombre que había venido a ayudarles.

Rohan por su parte no se había sentido tan furioso en toda su vida, pues las absurdas calumnias de un hombrecillo débil estaban causando un temor innecesario. Le dolía sobre todo ser el causante de este malestar, pues era lo que menos necesitaban en este momento, al tener que medir sus fuerzas con los Matherson y cualquier distracción podía llevarlos a la derrota.

Mirando a las gentes ahí reunidas que aún le miraban con recelo, se irguió orgulloso en su montura, para demostrarles que ante ellos se encontraba un guerrero y no un demonio, aunque su fría mirada y su voz ronca así lo mostrara.

—He venido por petición de un buen hombre que confiaba que juntos acabaríamos con los Matherson. Pero ahora está en vuestras manos la derrota o la victoria, solo tenéis que decidir a quién seguís, si a vuestra señora que está dispuesta a entregaros todo, o al miedo que os ofrece ese monje.

Y sin más se marchó siguiendo el camino que había emprendido minutos antes Maisie, dejando a las gentes de esas tierras pensando sobre lo que había dicho. Sabía que ante ellos tenían una decisión difícil, ya que el miedo que la Iglesia ejercía era muy poderoso, pero esperaba que sus corazones de guerreros se impusieran a los absurdos prejuicios de una creencia impuesta.

Aunque debía sentirse humillado ante lo que acababa de vivir, y debería marcharse sin importar lo que les pasara a ese clan de desagradecidos, no podía remediar sentirse orgulloso de esa mujer que lo había defendido tan ferozmente, aunque sabía que en gran medida a quien defendía era a su padre y a su hermano por haberlo llamado.

Aun así, le había encantado verla tan espléndida sobre su caballo, cuando se había erguido para defender aquello en lo que creía y por deferencia lo había defendido a él.

Por primera vez comprobó lo que era sentirse orgulloso, pues esa mujer le había demostrado a todos los presentes que en su interior había una fuerza tan poderosa, que sería capaz de aplastar a cualquier guerrero que se interpusiera en su camino.

Una fuerza que nacía de su corazón y de sus convicciones, y que le demostraban que el hombre que poseyera su amor sería el más afortunado del mundo.

CAPÍTULO 5



Con un enfado que haría sacudir hasta las mismísimas piedras del castillo de Gleann, Maisie llegó cabalgando dispuesta a encontrar al hermano Gregory para dejarle claro un par de cosas.

Se sentía tan enojada por cómo estaba manipulando a sus gentes en contra de alguien que no se merecía sus insultos, que no estaba segura de poder contenerse y hacer alguna locura.

De hecho, era por todos bien sabido que los MacLead eran un clan de fuertes temperamentos, pero además, su familia poseía un genio que te hacía desear estar bien lejos cuando este estallaba. Por suerte, también contaban con una paciencia a prueba de santos, y una prudencia que les hacía pensar bien las cosas antes de lanzarse de cabeza.

Pero por algún extraño motivo, que el hermano Gregory menospreciara y humillara a sir Rohan diciendo esas mentiras sobre él, aprovechándose de lo supersticioso que era su clan, le había llevado a un punto de irritación que muy pocas veces había experimentado.

Si bien era cierto que había puesto como excusa que se lo tomaba como algo personal al estar de por medio su padre y su hermano, una vocecita dentro de ella le decía que había mucho más oculto que en realidad no se atrevía a averiguar, y prefería engañarse al decirse que lo hacía al defender una causa justa.

Como un torbellino entró en el castillo dejando a todos desconcertados, al no saber a qué se debía su repentina llegada y su visible agitación.

—¿Sucede algo, Maisie? —le preguntó Ralfe cuando esta bajó de su montura y pasó airada por su lado.

—¿Sabes dónde está el hermano Gregory? —le inquirió sin ni siquiera

detenerse, haciendo que él tuviera que esforzarse por seguirla, pues su cadera maltrecha le impedía caminar con normalidad y mucho menos correr.

—Me parece haberlo visto entrando en el almacén hace unos pocos minutos —y esforzándose por mantenerse tras ella le siguió preguntando—: ¿Tiene algo que ver con los Matherson?

—No, tiene que ver que ese hombre, sea monje o no, es un bocazas —y sin más se adentró en la torre del homenaje cerrando las puertas tras ella y dejando afuera a un atónito Ralfe.

Justo en ese momento Rohan había desmontado de su caballo y se le estaba acercando a buen paso, sin que este se hubiera dado cuenta pues estaba absorto contemplando la puerta que se le había cerrado ante las narices.

—¿Qué te ha dicho la señora?

La profunda voz de Rohan le sobresaltó, pues no esperaba que por detrás apareciera alguien. Al parecer el caballero tenía las mismas prisas que la dama, pues sin pararse a escuchar su respuesta siguió caminando dispuesto a llegar cuanto antes a donde se encontrara Maisie.

—Me ha preguntado dónde estaba el hermano Gregory —le respondió apresurado cuando este se alejaba.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que en el almacén —consiguió decirle antes de que le diera con la puerta en las narices, como había hecho hace escasos segundos su prima.

—¿Qué es lo que sucede? —la voz de John hizo que volviera a encogerse por el susto, como había sucedido con la llegada de Rohan.

—Creo que alguien se ha metido en un buen lío —le dijo cuando John se puso a su lado mirando a la puerta cerrada con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—Porque desde que conozco a Maisie nunca la he visto tan enfadada.

John se echó a reír más tranquilo, al saber que el alboroto tenía que ver con temas personales y no con algún ataque sorpresa de los Matherson.

—En ese caso me marchó, no vaya a ser que se escape una colleja para mí.

Mostrando una amplia sonrisa John le dio una palmada en la espalda a

Ralfe, la cual estuvo a punto de tirarlo al suelo, consiguiendo que este frunciera el ceño mientras John se alejaba tan tranquilo silbando.

—Maldito judío y maldito inglés entrometido —farfulló Ralfe, mientras se daba la vuelta para alejarse lo más posible de la bronca que le esperaba al pobre hermano Gregory.

Por su parte Maisie, lejos de calmarse conforme los minutos iban pasando, su enfado iba en aumento, consiguiendo que a su paso los sirvientes se apartaran de ella extrañados al verla tan alterada. Era muy raro ver a su señora en semejante estado de excitación al comportarse normalmente de forma afable, menos cuando era más joven y su hermano la provocaba con sus bromas.

Pero Maisie no podía evitar enfurecerse al comprobar cómo ciertas personas eran capaces de engañar y manipular a otras haciéndolas creer que era por su propio bien, cuando en realidad lo único que buscaban era dominarlas en nombre del amor, el deber o la fe.

Por eso ahora estaba dispuesta a defender a su padre, a su hermano y a Rohan, pues hacía tiempo que había dejado de ser una ilusa que creía en toda clase de cuentos, ya que ahora reconocía lo que era una invención creada para humillar y lo que era real. Sabía que Rohan no era un ser maldito por mucho que se negaran a creerla, ya que se trataba de una invención creada para mantener a la gente temerosa y sometida, y eso era algo que no iba a permitir que sucediera.

El portazo que Maisie dio al llegar al almacén consiguió que al hermano Gregory se le cayera la cuartilla donde apuntaba los datos, y se girara asustado para averiguar qué estaba pasando.

—Me gustaría que me dijera por qué va diciendo esas mentiras por el clan sobre sir Rohan —le preguntó sin más, pues su humor no estaba para juegos.

El hermano Gregory se sorprendió ante la precipitada aparición de su señora, pero más le llamó la atención el evidente enfado que mostraba. Por ello decidió ser prudente para asegurarse de que se le acusaba, y con semblante tranquilo le preguntó:

—¿Qué mentiras señora?

—Que está maldito —le respondió sin más y dispuesta a presentar batalla.

—Es que lo está —le aseguró convencido de lo que decía, a pesar de la mirada fría que ella le dedicó.

Fue en ese preciso momento cuando Rohan llegó, y al escuchar las palabras del monje se quedó quieto sin atreverse a entrar en la habitación, pero pendiente de todo lo que se decía en ella.

—¿Cómo puede decir algo tan horrible de un hombre que ha venido a ayudarnos? ¿Acaso no se ha dado cuenta que desde que está aquí los Matherson apenas se adentran en nuestras tierras y no se ha producido más muertes?

—Eso es porque los Matherson también temen al diablo y no se atreven a acercarse.

El don de Maisie le estaba mostrando que el hermano Gregory realmente creía lo que estaba diciendo, al ver en Rohan a un ser venido del infierno para causar el mal allá por donde fuera. Podía percibir la mezcla de temor, odio y recelo que albergaba el monje, cuando en él solo debería haber perdón, amor y misericordia.

Exasperada Maisie no pudo controlarse por más tiempo y soltó todo aquello que llevaba guardando en su corazón, pues cada vez que veía cómo alguien del clan se alejaba de Rohan, se santiguaba al verlo, temía tocarlo o simplemente mirarle, le entraban ganas de gritarles que antes de juzgar a ese hombre por una simple mancha se juzgaran a sí mismos.

—Sir Rohan no está endemoniado, es la iglesia quien lo dice por el simple hecho de haber nacido con una mancha en el rostro.

—Es la marca de Satanás —gritó exaltado el hermano Gregory llevándose las manos a la cruz que colgaba de su cuello—. Está maldito como lo estarán todos aquellos que se acerquen a él.

—Eso es una ridiculez, ¿o va a decirme que también están malditas las personas zurdas o las que tienen un lunar en el cuerpo?

—No se burle de la obra del diablo o vos también acabaréis maldita si os seguís negando a ver su maldad —le dijo acercándose a ella—. Tenéis que rezar por vuestra alma y permitir que quememos a ese ser impío, o de lo contrario todas las almas del clan acabarán en el infierno.

—Callaos —gritó ella alejándose unos pasos de él al empezar a asustarse pues acababa de percibir el miedo que surgía del interior del monje volviendo su corazón frío.

Un miedo que podía ser muy peligroso en manos de un miembro de la

iglesia, pues podía encender una chispa que provocaría un amotinamiento del clan contra sir Rohan poniéndolo en serios problemas.

—Le prohíbo que siga diciendo esas cosas sobre nuestro invitado.

—Es la verdad mi señora, y Dios lo sabe —le afirmó él santiguándose.

—No meta a Dios en esto cuando es su miedo el que habla —le aseguró señalándole con el dedo índice—. Le aviso que no voy a permitir que se siga injuriando a un hombre inocente, y menos aún bajo una acusación tan absurda. Le recuerdo que fueron mi padre y mi hermano quienes llamaron a sir Rohan pidiéndole su ayuda, como también fueron los que le contrataron como administrador de Cleann. No haga que me replantee el ofrecimiento y prescinda de sus servicios.

Se dio cuenta de que debía permanecer fuerte y decidida ante él, pues de lo contrario seguiría extendiendo rumores contra Rohan, y sus gentes dejarían de ver el bien que podía proporcionarles para centrarse solo en las habladurías.

—Pero señora, no puede hacer eso —le dijo retrocediendo unos pasos, pues no quería perder el privilegio de servir en una buena casa en vez de estar recluido en un monasterio, más aun cuando ingresó en la casa de Dios no por devoción sino para salir de la miseria.

—Puedo hacerlo y lo haré, y recuerde que está injuriando a un lord inglés que ayudó al rey en las cruzadas. No sería muy inteligente de su parte hacer enfurecer a un noble, menos aun cuando vos sois un pobre monje sin recursos.

Maisie esperaba que esta amenaza surgiera efecto, al ver que estaba provocando a un hombre poderoso que podía pedir su cabeza al acusarle de algo tan grave. Que las acusaciones fueran verdad o mentira no importaba cuando había dinero y posición de por medio, pues solo los poderosos conseguían con sus monedas que se hiciera su justicia.

—¿Pero y si ese hombre extiende el mal por el castillo? —insistió el monje al estar convencido de que Rohan estaba maldito.

Algo que no se le podía reprochar, pues desde su mismo nacimiento las gentes de esas tierras eran educadas a temer todo lo que era diferente, y cualquier pequeño detalle para ellos era considerado como algo demoniaco. Solo esperaba que Rohan tuviera la oportunidad de demostrarles lo equivocados que estaban al prejuizarle, y vieran con sus propios ojos que era un hombre honesto, servicial, justo y valeroso.

Virtudes que un endemoniado no podría exponer por mucho tiempo, pues si realmente fuera algo dañino y malvado como ellos aseguraban que era, su negro corazón terminaría rebelándose dejando su verdadera naturaleza al descubierto.

—¿Acaso puedes probar que ha hecho alguna clase de mal a alguien del clan? —le preguntó sabiendo de antemano que el hermano Gregory no tenía ninguna prueba contra el comportamiento de Rohan.

El monje solo pudo agachar la cabeza y negar lentamente, pues se estaba dando cuenta de que su señora defendía sin escrúpulos a ese hombre y sería peligroso para él ponerse en su contra. Al fin y al cabo ella era ahora la que mandaba en el clan, y por lo tanto su palabra era ley.

—Entonces te prohíbo que digas una sola palabra más en contra de sir Rohan, hasta que encuentres una prueba de que está causando algún mal en Gleann.

—Y si encuentro esa prueba podremos ajusticiarlo.

—Si encuentra esa prueba escucharé su consejo y decidiré según lo crea conveniente —estaba de más decir que jamás permitiría que lo enjuiciaran y menos aún que lo mataran, ya que lo máximo que haría era avisarle para que se marchara cuanto antes de sus tierras.

—Entonces así lo haré, mi señora.

Maisie percibió el cambio en el interior del monje, al ver ahora una clase de temor diferente en él. Se podía decir que lo que más sentía de él era preocupación por lo que podría pasarle, y Maisie esperó que ese miedo le hiciera ser más cauto y permaneciera callado.

Aun así quiso asegurarse de que había entendido las consecuencias que tendría si en algún momento molestaba o injuriaba a Rohan, pues era demasiado importante lo que había en juego.

—Pero recuerde una cosa hermano Gregory, si viene a mí con una falsa acusación, o sin que las pruebas sean sólidas, será usted el enjuiciado por injuriar a un caballero del rey, y eso hermano, significa la horca.

El hermano Gregory asintió asustado, pues no le gustaba la idea de pasar a ser el acusado. De sobra era sabido por todos que los castigos eran muy severos, sobre todo para los más pobres, para poder mantener la paz en una época de

continuas revueltas.

Por ejemplo, una mujer que fuera acusada de adulterio tendría como castigo ser quemada, o un ladrón recibiría latigazos por su crimen, y después sería expulsado de su clan perdiéndolo todo y quedando expuesto al hambre y la muerte en el camino.

—Le traeré esas pruebas, mi señora.

—Pero hasta entonces, ni una palabra más sobre maldiciones o herejías. Y mucho menos quiero que siga diciendo que sir Rohan es el demonio.

—Como desee mi señora, solo espero que Dios nos ayude a encontrar la verdad.

—Yo también lo deseo, hermano Gregory, por el bien de todos.

Sabiendo que la conversación ya había acabado el hermano Gregory se marchó cabizbajo, tal vez pensando en todo lo que podía perder si cometía un error con ese hombre. Mientras, ella solo pudo quedarse ahí temblando de miedo y de rabia, esperando que el temor que le había infringido a ese monje sirviera de algo, pues había demasiadas cosas en juego; como por ejemplo su corazón.

No sabía muy bien por qué se había alterado tanto al escuchar las acusaciones del monje contra Rohan, pero le resultaba imposible oír esas mentiras y permanecer callada. Era su deber como señora de esas tierras defenderlo, aunque hubiera más de por medio que se negaba a reconocer.

Además, era la primera vez que imponía su autoridad amenazando con un castigo severo, y aunque no le había gustado nada hacerlo, sabía que era el único camino para atajar el problema. Percibía que en el interior de Rohan no había ningún demonio, no solo por su don, sino porque su corazón también se lo decía y notaba la necesidad de ponerse de su lado.

Se sentía enfadada por la forma de pensar tan supersticiosa de sus gentes, que creía en toda clase de leyendas y cuentos, así como en hadas, brujas y duendes. Aunque no podía reprochárselo pues ella misma también creía en todos ellos desde la cuna, pero sobre todo creía en la inocencia de Rohan pese a las acusaciones.

Al otro lado de la puerta, observándola en silencio; pues ella se encontraba de espaldas a él absorta en sus pensamientos, Rohan se sentía orgulloso de esa magnífica mujer que lo había defendido con uñas y dientes. Era la primera vez

que alguien que no fuera su madre lo había protegido, y por eso le había calado muy a fondo al haber sido hace ya tanto tiempo.

Había estado escuchando en secreto pues no se había atrevido ni a moverse, por miedo a que se percataran de su presencia y las acusaciones se las dijeran a la cara. Sabía que había sido cobarde de su parte quedarse escondido, pero no se sentía preparado para permanecer frente a ella mientras le llamaban cosas tan horribles como engendro del demonio.

Por ello se había mantenido aparte, pero ahora, al tenerla ante él temblando a causa de la excitación del momento, no podía dejarla sin agradecerle todo lo que estaba haciendo por él, pues le estaba enseñando un mundo donde el odio y el terror no siempre estaban presentes.

Como una sombra que acechaba en la oscuridad Rohan decidió acercarse despacio, hasta colocarse a un escaso paso de distancia de su espalda. Con la boca seca y un millón de cosas que decirle, pero sobre todo con un deseo embriagador por tocarla, inspiró el olor a bosque y sándalo de su cabello y sin más le susurró:

—¡Gracias!

La reacción de ella no se hizo esperar, pues se asustó al no haberle escuchado entrar en el cuarto. Incapaz de moverse simplemente se quedó ahí quieta sintiendo su cercanía, ya que el calor de su cuerpo le indicaba que casi podía tocarla. El recato le decía que debía apartarse de él unos pasos, pero el deseo que experimentó por sentirlo aún más cerca fue más fuerte y terminó quedándose quieta.

—Me ha asustado —consiguió decir, aunque su voz sonara apenas como un murmullo.

—Lo lamento, mi señora —la voz ronca de Rohan, que ahora parecía como de terciopelo, comenzó a deslizarse por su cuerpo como si fuera una caricia, creando una necesidad en ella que jamás había experimentado y no sabía cómo definirla.

Con el vello de punta Maisie trató de serenarse, para no quedar como una estúpida que ante la cercanía de ese hombre se deshacía sin más. Podía imaginar perfectamente su postura y su aspecto físico, pues desde su llegada siempre iba vestido pulcramente con calzas^[11] de cuero, túnica larga y botas altas, todo ello de color negro. Un dato que a nadie se le había escapado y quizá por eso, y por

su sigilo, le habían apodado La Sombra.

Si además se tenía en cuenta su tez morena, quizá a causa del sol que le había tostado la cara en oriente, así como sus ojos penetrantes, profundos, fríos y oscuros, su boca siempre sería que hacía más severos los rasgos de su rostro, y su cuerpo grande, alto y musculoso, no era de extrañar que muchas personas le temieran nada más verle, aunque ella nunca lo había hecho.

Dándose la vuelta pues los detalles de su cuerpo se empezaban a marcar en su mente, le contempló espléndido ante ella, tan seguro y arrogante como la primera vez que lo vio en su gran salón.

—¿Por qué me da las gracias? —consiguió preguntarle para tratar de sacar de su cabeza su imagen sexual, aunque al tenerle ahora ante sus ojos para recrearse su excitación iba en aumento.

—Por defenderme.

—Es lo menos que pude hacer por vos después de todo —le dijo para tratar de quitarle importancia.

—¿De todo? ¿A que “todo” os referís, mi señora? —le preguntó con voz insinuante y una mueca en su boca que parecía el inicio de una sonrisa.

Maisie se puso mucho más nerviosa al tratar de pensar a qué se refería con esa cuestión, pues tenía la mente demasiado confusa para pensar con claridad, al evocar una y otra vez imágenes de ellos dos juntos y a solas.

—¿A qué se refiere? —no pudo resistirse a preguntarle, aunque una parte de ella temiera su respuesta.

Rohan sonrió, para después acercarse un paso más, consiguiendo que ella dejara de respirar. Estaba tan cerca que podía sentirlo a pesar de no estar tocándola, percibiendo el olor a cuero y a hombre de su cuerpo, así como a un deseo prohibido que se le antojaba excitante.

Sintió como sus piernas le flaqueaban y sus manos le pedían a gritos poder tocarle, al ver en sus ojos que él también estaba luchando contra el anhelo de su cercanía. Sus labios se abrieron al percibir el aliento de él sobre ellos, y cerró los ojos mientras permanecía a la espera de experimentar lo que era sentir la caricia de un beso.

Pero cuando la necesidad de rozar sus labios estaba llegando a su fin, pues ambos se habían inclinado lo suficiente como para besarse, la voz de Ralfe

llamándola les devolvió a la realidad.

—¿Maisie? ¿Estás ahí?

A Rohan le hubiera gustado cerrarle de nuevo la puerta en las narices y continuar por donde lo habían dejado, pero la expresión de espanto de Maisie le indicó que su intento de besarla había finalizado, quedando solo en un deseo frustrado que no estaba seguro que pudiera volver a repetirse.

Rohan pensó que el pavor que vio en su cara era debido a que había sido él quien había intentado besarla, sin darse cuenta de que su reacción fue debida a la vergüenza que sintió al ser descubiertos, y no a que se arrepintiera de estar a punto de dejarse seducir por él, pues ella lo consideraba un hombre digno de sus besos.

Menospreciando su valía, Rohan se alejó de ella para darle la oportunidad de que huyera de su lado, sintiendo como algo en su pecho se rompía causándole un dolor más intenso que mil flechas musulmanas.

—¡Ah Maisie, estás aquí! Te están buscando en la cocina.

La voz de Ralfe sonó con un toque de enfado que no pudo disimular, consiguiendo que Maisie se excusara y saliera a toda prisa del almacén, mientras Rohan observaba a Ralfe con una mirada capaz de asustar hasta al más valiente de los hombres.

El enfado de Ralfe era intenso al saber perfectamente que estaban haciendo esos dos a solas en esa habitación apartada, por lo que le mantuvo la mirada todo lo que pudo. Rohan tuvo que admitir que los tres segundos que Ralfe aguantó su escrutinio fueron todo un desafío, pero cuando le vio agachar la cabeza se dio cuenta de que había ganado una batalla importante.

—¿Alguna otra cosa? —le preguntó Rohan sin dejar de mirarlo, consiguiendo que Ralfe se pusiera aún más nervioso y fuera evidente su deseo de marcharse.

—Ninguna —le contestó mirando hacia la puerta, y sabiéndose perdedor del reto, se marchó cabizbajo a un lugar donde responder con su furia a esa mirada tan penetrante que le había atravesado hasta asustarle.

Al verle partir, Rohan se preguntó qué hubiera pasado si ese hombre no los hubiera interrumpido, y decidió irse al río a darse un baño de agua bien fría para calmar una parte de su cuerpo que se había calentado demasiado.

Solo esperaba que la próxima noche el recuerdo de ese beso que nunca llegó le dejara dormir y no le mantuviera en vela hasta el alba.

CAPÍTULO 6



Una semana más tarde.

Tratando de mantener la mente ocupada con el trabajo, Maisie se afanaba por olvidar la excitante sensación que sintió ante la cercanía de Rohan, y el repentino estremecimiento que advirtió al notar el suave roce de sus labios.

En más de una ocasión imaginó qué hubiera sucedido si Ralfe no los hubiera interrumpido, o si el destino los hubiera vuelto a colocar en semejante situación. Pero desde ese día Rohan se había mostrado más distante al creerse impropio, teniendo cuidado de no quedarse a solas en su compañía.

A su vez Maisie sabía que él se sentía indigno respecto a ella, al poder percibir sus inseguridades, como también veía crecer una sensación dulce y apacible en el corazón del fiero guerrero. Lo notaba en su interior cada vez que lo miraba, dándose cuenta de que comenzaba a considerarla como algo valioso que había dado un soplo de aire fresco a su vida.

Esa idea la hacía sentirse feliz y al mismo tiempo asustada, ya que no estaba segura de entender cuáles eran sus propios sentimientos, como tampoco sabía hasta qué punto él estaba dispuesto a entregarse a ella.

Estaba al corriente de que llegado el momento debería marcharse dejándola sola en un mundo que nunca volvería a ser el mismo, ya que gracias a él había descubierto una nueva forma de entender lo que significaba importar a alguien.

Sumida en estas ideas no notó que Ralfe había entrado en el cuarto donde se encontraba sentada tras el escritorio, pues había decidido pasar el resto de la mañana revisando las cuentas que el hermano Gregory registraba.

—Espero no molestar —le dijo Ralfe cuando se dio cuenta de que no se había percatado de su presencia.

—¡Oh, no! ¡Entra! —le indicó cerrando el libro de cuentas que tenía abierto ante ella—. En realidad ya había terminado.

Ralfe se adentró unos pasos en ese pequeño cuarto anexo al gran salón, donde el hermano Gregory solía permanecer horas enteras realizando sus cuentas, y donde todas las anotaciones del castillo estaban guardadas.

Como responsable de los MacLead una de las tareas de Maisie era supervisar los gastos e ingresos de sus tierras, para garantizar que durante todo el año no faltara de nada a las gentes de su clan. Debía asegurarse que hubiera suficiente alimento para todos cuando llegara el invierno, y que las semillas estuvieran preparadas para ser sembradas en primavera, entre otros muchos pequeños detalles que tenía que tener en cuenta tanto para mantener el castillo, los campos o las aldeas.

Una función que desde la llegada del monje había resultado más sencilla, pues pese a sus supersticiones y su forma de pensar arcaica, el hermano Gregory era muy responsable con su trabajo y nunca habían tenido problemas con las finanzas de la propiedad.

—¿Querías decirme algo? —le preguntó Maisie una vez que se había levantado y guardado los registros sin que él le hubiera dicho nada.

—Venía a avisarte de que han vuelto a robar en el almacén —le comunicó con voz tranquila, como si fuera normal que a menudo les saquearan las despensas del castillo.

Sobresaltada se le acercó unos pasos, y de forma natural lo primero en lo que pensó fue en Rohan.

—¿Lo sabe sir Rohan?

Si a Ralfe le molestó que solo se le ocurriera preguntar si ese hombre lo sabía no lo demostró, pues lo único que hizo fue cambiar el peso de su cuerpo a la otra pierna y contestarle:

—Él ya está ahí revisándolo todo.

Sin esperar más tiempo Maisie asintió y se dirigió con paso decidido al almacén, el cual estaba muy cerca de donde ellos se encontraban, sin ni siquiera mirar hacia atrás para comprobar si Ralfe la seguía.

A pesar de la corta distancia Ralfe no pudo seguir sus rápidas pisadas, y pronto se quedó rezagado y maldiciendo por tener que soportar de por vida una

cadera deforme que lo había sentenciado a ser un lisiado. Sabiendo que ella ni siquiera se daría cuenta de su presencia decidió retirarse, dejándola en compañía de ese hombre que a pesar de ser una abominación se había ganado más que su respeto; algo que él jamás podría conseguir y que ya ni se planteaba.

Sin que Maisie percibiera esa amargura en él, como tampoco había sido capaz de intuir durante años todo el dolor que guardaba en su corazón, llegó en pocos minutos a donde se había producido el robo, y comprobó que en efecto Rohan ya estaba ahí junto con su inseparable amigo John.

—Sir Rohan —le llamó para hacer notar su presencia—. Ralfe me ha informado de que ha habido otro robo.

Cuando Rohan se volvió para mirarla pudo notar como por unos segundos su mirada se dulcificaba, para volver enseguida a mostrar esa otra expresión fría y distante a la que ya todos estaban acostumbrados.

—Así es, mi señora. Al parecer esta noche han vuelto a introducirse en la fortaleza, y se han llevado algunas cosas que aún tenemos que determinar.

—Pero, ¿no habíais dejado a dos hombres de guardia? —le preguntó esperando que no notara su nerviosismo al tenerlo delante y el sonrojo que seguramente mostraba.

Un tenso silencio que no auguraba nada bueno se instaló en la estancia, dando a entender sin necesidad de palabras que la contestación a esa pregunta no iba a gustarle.

Sin poder mirarla a los ojos, pues sabía que ella sufriría por sus gentes y porque sentía que había fallado en asegurar el interior del castillo, Rohan observó los sacos de harina amontonados a un lado, y tratando de no parecer débil le respondió con voz firme:

—Están muertos.

—Pero...

—Los hemos encontrado dentro del almacén, escondidos entre los fardos.

Maisie, que hasta el momento se encontraba contemplando a Rohan expectante por saber qué había sucedido, giró la cabeza hacia la izquierda donde se encontraban los sacos, y era donde Rohan acababa de dirigir su mirada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que algunos de estos estaban manchados de sangre, sintiendo cómo la bilis subía por su garganta.

Había estado tan ensimismada ante la presencia de Rohan, que no se había dado cuenta de ese estremecimiento que sentía cuando entraba en un cuarto donde había muerto alguien. Su madre le había dicho que posiblemente eso se debía a que su don le hacía sentir cuando había habido alguna clase de emoción desgarradora, pues cuando alguien moría en paz, como había sido el caso de su padre, apenas notaba la presencia de alguna fuerza rodeándola.

Sin embargo, ahora que estaba más abierta a sentirlo, si percibía el dolor y la angustia de las dos almas que habían sufrido un destino injusto.

—Alguien los asesinó —afirmó sin apenas voz, mientras sentía la angustia que esos dos hombres habían notado al morir.

Era en estas ocasiones cuando más lamentaba tener su don, pues era algo horrible padecer el sufrimiento y la agonía que alguien había sentido al fallecer de forma violenta, y sin poder hacer nada para remediarlo.

Experimentando un pequeño mareo a causa de la intensa agonía que estaba sufriendo, trató de serenarse, pues no quería que Rohan o John notaran que le ocurría algo. No pretendía mostrarles esa parte de ella que no podía controlar, y en ocasiones le hacía soportar momentos de verdadera angustia.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Rohan, pues el tono apagado de su voz le había indicado que algo le estaba pasando.

Aunque ella simplemente asintió, él se percató de su palidez y la rigidez de su cuerpo, y se acercó creyendo que podía desmallarse en cualquier momento.

—¿Estáis segura, mi señora? —insistió preocupado.

Inmediatamente ella trató de buscar una excusa que fuera creíble, pues no quería explicarle que estaba sintiendo la desesperación de esos dos guerreros al morir.

—Es por la sangre. Me ha impactado verla.

Rohan se quedó mirándola sin saber si creerla, pues una mujer fuerte y decidida como ella no se sentiría mal al contemplar la sangre al estar más que acostumbrada a verla desde pequeña.

Al darse cuenta ella siguió con su excusa.

—Debe parecerle una tontería, pero saber que un asesino ha estado esta noche vagando por el castillo me ha producido escalofríos.

Esa explicación sí le pareció más probable, pues este asintió y se irguió como queriendo dejar atrás la muestra de preocupación por ella, y volviera a ser el duro guerrero.

—Me hago responsable de ello, mi señora, y le garantizo que no volverá a suceder.

—No quería...

Maisie se dio cuenta demasiado tarde que había culpado a Rohan por su negligencia, al ser el responsable de las defensas del clan.

—Pensamos que podría tratarse de alguien que vive en el castillo —interrumpió John metiéndose por primera vez en la conversación, ya que no quería que su amigo se llevara las culpas por algo que no podía predecirse.

—¿Quiere decir que entre nosotros hay un grupo de traidores? —preguntó Maisie, aunque esa idea ya le rondaba por la cabeza hacía tiempo, pues era la única manera de explicar los continuos robos sin que nadie notara entradas de desconocidos. Pero ahora, al verlo tan claro, se le hacía duro creer que entre sus hombres hubiera algún que otro Judas.

—Es lo más lógico —siguió diciéndole John—. Aunque pensamos que con dos o como mucho tres individuos sería suficiente.

Durante unos segundos los tres volvieron a permanecer en silencio, como si la espera les hiciera menos amarga la noticia de que además de tener un enemigo tras las murallas del que preocuparse, ahora también lo tenían entre ellos. Pero lo que más duro se les hacía de asimilar, es que además los traidores no habían dudado en asesinar con tal de conseguir lo que querían.

—¿Saben cuánto se han llevado esta vez?

—Estamos esperando al hermano Gregory para que nos lo diga, ya que es él quien lleva las cuentas —esta vez le contestó Rohan que volvió a girarse para mirar hacia los barriles de cerveza, whisky y vino que estaban apilados a un lado de la habitación—, pero no creo que les diera tiempo a llevarse mucho ya que me imagino que fueron rápidos para no ser descubiertos.

—Entiendo, por eso ha sugerido que podría tratarse de dos o tres hombres.

—Así es, pero debieron hacer como mínimo unos cuantos viajes, y no creo que pudieran salir del castillo sin llamar la atención de los guardias.

—¿Entonces? ¿Qué cree que sucedió?

—Solo hay una explicación lógica, y es que algunos de los víveres robados todavía deben estar en algún lugar de Gleann.

La llegada del hermano Gregory hizo que los tres se callaran, como si intuyeran que algunas de las cosas que se estaban diciendo no deberían ser escuchadas por algunos oídos.

—Por el amor de Cristo, ¿qué ha sucedido? —exclamó sorprendido el monje cuando pudo ver los sacos manchados de sangre y el hueco que los ladrones habían dejado al llevarse una gran cantidad de víveres.

Desde la conversación que habían tenido Maisie y el monje el comportamiento de este respecto a Rohan había cambiado, ya que por temor a las represalias de su señora y del caballero inglés se había mantenido distante. También se cuidaba mucho a la hora de hacer cualquier comentario, y prefería guardar silencio sobre el mal que caería sobre ellos si ese hombre seguía en el clan.

—Hermano Gregory —le llamó ella—. Nos han vuelto a robar.

—Pero no es posible —le respondió pareciendo realmente consternado.

—Hermano, nos gustaría que revisara los registros y comprobara qué se han llevado exactamente —le pidió Rohan, notando en los ojos del monje que no estaba fingiendo y era verdad que la noticia del robo le había pillado de sorpresa.

—Por supuesto —le dijo sin atreverse a mirarle, por si le lanzaba una maldición y su alma acababa en el infierno.

—También me gustaría que nos dijera cuántas personas tienen las llaves de la despensa.

Sin poder contener por más tiempo el temor que ese hombre le inspiraba el hermano Gregory se llevó una mano a la cruz, como si de esa manera estuviera fuera de peligro.

Rohan se daba cuenta del recelo del monje, pero sabía que por mucho que hiciera o dijera no podría convencerle de que sus creencias respecto a que estaba endemoniado eran falsas.

A pesar de sentirse inseguro, el hermano Gregory alzó la cabeza y se irguió observando un punto que tenía delante, al no atreverse a mirar directamente a

Rohan, para tratar de permanecer junto a ese hombre sin demostrarle que le temía.

—Como le dije, el día que me lo preguntó por primera vez —soltó con tono acusatorio y pareciendo un mártir—, solo las tenemos el cocinero y yo, aunque la señora tiene la libertad de pedírmelas cuando lo desea.

—Cierto, ahora recuerdo que me lo dijo. Perdone mi falta de memoria.

Aunque a Maisie y a John no se les escapó que la pregunta había sido hecha adrede, para asegurarse de que le diera la misma respuesta que hacía unos días, el hermano Gregory no pareció darse cuenta, al estar demasiado pendiente de ese punto imaginario que tan férreamente estaba mirando.

—Si me disculpan iré a por mis anotaciones y comprobaré qué se han llevado —les dijo el monje para a continuación darse la vuelta dispuesto a salir del cuarto, como si temiera que su resistencia ante el mal estuviera flaqueando.

—En cuanto lo sepa, le agradecería que me lo dijera —le comentó Rohan mientras el monje salía presuroso del cuarto sin contestarle.

Tratando de olvidar el impropio comportamiento de ese hombre que creía en un Dios justo y misericordioso, los tres no dijeron nada, aunque agradecieron que no les preguntara sobre los guardias, ya que se temían que su reacción hubiera sido más exagerada al acusar a algún seguidor del mismísimo demonio de ese asesinato, a menos, claro está, que de alguna manera ya supiera quién era el asesino.

Aunque esa idea convertía al monje en un serio sospechoso, y debían tener cuidado de acusarlo si no querían que medio clan se volviera en su contra.

—Es extraño —comentó Rohan mirando hacia la puerta de salida, como si al verla se le hubiera ocurrido una idea—. El cocinero se encontró la puerta abierta, pero cuando la revisamos nos dimos cuenta de que no había sido forzada —y volviendo la cabeza hacia Maisie le preguntó—: ¿Por casualidad no habrá una puerta secreta que lleve a esta habitación?

—No, de lo contrario mi padre me lo habría dicho —no tardó Maisie en contestarle pues estaba segura de su respuesta.

—Era una idea —dijo sin más, aunque ese pensamiento seguía persistiendo en su cabeza.

—Debemos averiguar cómo consiguieron entrar y salir sin ser vistos —

intervino John, mirando ahora a las paredes del almacén con otros ojos.

—Y más estando cargados —terminó aclarando Rohan, dando a entender de que estaba de acuerdo con John.

El ruido de fuertes pisadas acercándose les hizo callar, ya que no querían que sus sospechas fueran escuchadas por alguien que no fueran ellos tres. No tuvieron que esperar mucho para descubrir a quién pertenecían esos pasos, pues casi al instante apareció en la puerta Alec con porte serio.

Nada más atravesar la entrada Alec buscó con la mirada a Rohan, el cual se encontraba observándolo expectante, pues era evidente que traía alguna noticia importante.

—La partida de reconocimiento que va hacia el este ha encontrado huellas de los Matherson.

—¿A qué distancia? —preguntó inmediatamente Rohan acercándose a él.

—Exactamente en el cuello de la bruja —contestó sin más.

—Un nombre muy tranquilizador —comentó con sarcasmo John en voz baja, aunque todos los presentes lo escucharon.

El cuello de la bruja era un lugar donde nadie se acercaba desde hacía años, pues se rumoreaba que por él vagaban las almas de los desafortunados que fueron asesinados en ese lugar.

Nadie recordaba cómo se había formado el estrecho camino entre los densos árboles y las grandes y molestas rocas, ofreciendo al viajero un lugar por donde atajar sin que sus carros se vieran atrapados. El problema era que dicho camino era ideal para las emboscadas, pues disponía de muchos lugares para esconderse sin ser visto y se podía huir con facilidad a caballo.

Por un tiempo los robos y asesinatos en ese paraje fueron frecuentes, convirtiéndose de esa manera en un sitio maldito, como otros muchos situados por toda Escocia donde las supersticiones siempre estaban presentes, y cualquier hecho extraño o macabro se explicaba con la aparición de una criatura malvada por las cercanías.

Por ese motivo desde hacía muchos años solo los más osados o los ignorantes se atrevían a cruzarlo, pues con el paso del tiempo se empezó a decir que una bruja vivía cerca, y era ella la que mataba a esos pobres viajeros para comerse su carne.

De ahí la extrañeza de que unas huellas de los Matherson llegaran hasta ese lugar al que ya nadie se acercaba, haciéndoles pensar que podía tener una explicación macabra.

—Es una trampa —aseguró John convencido.

Una idea que se les había pasado a todos nada más escucharla.

—O puede que allí se encuentren las mercancías robadas —les dijo Alec consiguiendo que Rohan asintiera con la cabeza, pues a él también se le había ocurrido esa idea.

—De todas formas tendremos que acercarnos para asegurarnos —afirmó convencido Rohan, ya que, como responsable de la seguridad del clan y de poner fin a todo este asunto, su deber era acercarse a comprobar de qué se trataba.

—¿Pero no será peligroso? —no pudo evitar preguntar Maisie al saber que Rohan se pondría en peligro, aunque con su pregunta quedara como una tonta y pusiera al descubierto su preocupación.

—Es posible, pero es algo que tenemos que hacer —le contestó mirándola al fin, al haber notado en su voz su tono de angustia.

Sintiendo que sobraban en la habitación John y Alec se marcharon, mientras Maisie se le acercaba temerosa de lo que podía pasarle al hombre que reinaba en sus pensamientos.

—Tengo la sensación de que es una trampa —le aseguró, mostrando en la mirada su alarma.

No quería hablarle de su don y de las sensaciones que en ocasiones experimentaba, pues no pretendía asustarle cuando se diera cuenta de que ella podía leer en su interior, presentir a los muertos; o por lo menos lo que ellos sintieron al morir, y en ocasiones llegar a intuir que algo malo iba a suceder.

Como la vez que la preocupación por su padre le resultó opresiva al intuir que algo malo le había pasado, y todo terminó con la muerte de este.

Al recordar ese día y cómo su padre apareció malherido después de una de sus intuiciones, Maisie se inquietó aún más comenzando a retorcerse las manos, pues no sabía cómo convencer a Rohan para que no fuera.

—¿Por qué no esperas hasta mañana? Falta unas horas para que anochezca y no creo que sea aconsejable que la oscuridad os pille de camino.

Rohan se enterneció al ver su preocupación, deseando poder abrazarla para calmar sus temores. Con una leve sonrisa en sus labios para tranquilizarla se acercó, olvidando por el momento su resolución a mantenerse apartado.

—Aún faltan muchas horas para que anochezca y ese sitio no está tan lejos.

—Pero...

—Mi señora —la llamó con voz calmada—. No debe preocuparse, sé que puede tratarse de una emboscada y estaremos alerta.

Maisie sabía que era un hombre de honor y por ello jamás incumpliría con sus obligaciones de caballero, por lo que optó por callarse sus dudas, al no querer aparecer ante sus ojos como una mujer que no confiaba en sus habilidades de guerrero.

Aun así, esa sensación de peligro en su corazón tiraba de ella, y sin pensárselo dos veces, le agarró por el brazo para llamar su atención, y así poder mirarlo directamente a los ojos para mostrarle lo mucho que su persona significaba para ella.

—Prométame que volverá.

Rohan se quedó paralizado por la intensidad de su mirada y por sus palabras, pero sobre todo porque era la primera vez que le tocaba. Sentir su tacto le quemó por dentro, aunque sus ropas impedían que notara el roce en su piel, siendo ella la única capaz de producirle esa maravillosa e excitante sensación con solo un toque.

—Se lo prometo.

Solo pudo contestarle, y antes de que su deseo asumiera el control de su cuerpo optó por marcharse. De lo contrario sabía que jamás hubiera abandonado ese cuarto sin haberla besado, y sin haber dejado otro pedacito de su corazón en sus manos.

Desesperada por su marcha, Maisie decidió quedarse un rato más en ese lugar hasta estar convencida de su partida, pues no estaba segura de ir corriendo tras él para implorarle que se quedara.

Sentía como todo su cuerpo le temblaba y las manos le sudaban, pero lo que más percibía era el intenso dolor que surgía de su corazón al pensar que en cualquier momento podía perderlo, y ella no podía hacer nada para impedirlo.

Sin darse cuenta las lágrimas comenzaron a caer por su mejilla, siendo una clara señal de que ese hombre, con el paso de los días, había conseguido ganarse su corazón.

CAPÍTULO 7



El estrecho sendero entre los robustos robles era cada vez más ancho, indicando que faltaba poco para llegar a la supuestamente maldita Garganta de la bruja.

Quizá por ese motivo hacía un buen rato que Rohan estaba volviendo a sentir la perturbadora sensación de estar en peligro, como le había sucedido en Tierra Santa, cuando los sarracenos se ocultaban para atacarles por sorpresa. Una percepción que le hacía permanecer alerta, pues como bien sabía, había muchas posibilidades de que se estuviera dirigiendo a una emboscada.

Aun así, y pese a saber que su vida podía correr peligro, como también sucedía con la de John y la de los nueve hombres que le acompañaban, no podía dejar de pensar en Maisie y en cómo le había implorado con sus ojos que volviera, mientras sus palabras le decían que tuviera cuidado y su mano le tocaba con dulzura el antebrazo.

Ese pequeño roce lo había sentido con tanta intensidad, que no podía quitarse de la cabeza cómo sería notar un beso de sus labios, o mantenerla abrazada toda la noche con su cuerpo pegado al suyo. Resignado a nunca saber lo que sería que fuera suya solo le quedó suspirar, y seguir avanzando por un camino que como su vida, se presentaba ante él vacío y lleno de adversidades.

Pero algo a su alrededor cambió de repente, cuando ante ellos aparecieron unas enormes rocas situadas en los laterales del camino, y por algún motivo, Rohan supo que habían llegado al lugar donde les estaban esperando. Si le hubieran preguntado cómo lo había adivinado hubiera sido incapaz de dar una respuesta lógica, pero lo cierto es que habría apostado su vida a que ante él había hombres escondidos y dispuestos para atacarles, por lo que detuvo a su caballo poniendo en alerta a los que le seguían.

Como en otras ocasiones el instinto de Rohan no le falló, ya que del silencio del bosque, en pocos segundos, surgió el silbido de flechas cruzando el cielo. Todo lo que aconteció a continuación fue demasiado rápido para algunos ojos distraídos, pues lo que hasta ahora había sido una cabalgada tranquila se convirtió en un auténtico caos.

La reacción instantánea de Rohan, quizá por su experiencia en el combate, fue tirarse del caballo con premura para refugiarse entre los árboles que había a un lado del camino, mientras ordenaba a los hombres que se pusieran a cubierto.

Algunas de las flechas que habían empezado a volar sobre sus cabezas habían conseguido su objetivo, ya que uno de los hombres cayó muerto al suelo al haber sido atravesado su corazón, mientras John fue herido en el hombro izquierdo. Sin lugar a dudas, esos escasos dos segundos en que Rohan había detenido el caballo poniéndolos en alerta habían sido decisivos para salvar a unos cuantos de los guerreros, aunque era lógico que algún desafortunado fuera alcanzado por alguna saeta^[12] ante tanta confusión.

—¡Por el amor de Dios! ¡Me han estropeado una de mis mejores túnicas! —repuso John enfadado, al comprobar cómo la flecha le había agujereado la prenda por ambos lados de su hombro y ahora se la estaba empapando de sangre.

Rohan se volvió para mirar a los hombres que se habían agazapado tras él, para comprobar dónde estaban situados y la gravedad de la herida de John. Por suerte todos ellos habían reaccionado bien y se encontraban escondidos entre los árboles, dificultando que las flechas que aún les lanzaban llegaran a su destino.

—Cuidado con lo que dices, mi buen amigo, recuerda que ahora eres cristiano y es pecado nombrar a Dios en vano.

Nada más decirlo los proyectiles dejaron de silbar a su alrededor, y el grito de guerra de los Matherson resonó por el bosque. Cada uno de ellos supo lo que ahora sucedería, y sin necesidad de palabras empuñaron con fuerza sus espadas y, soltando el grito de guerra de los MacLead, se lanzaron con ferocidad a recibir el ataque de sus enemigos como se merecían.

Ante ellos vieron a unos veinte hombres que portaban los colores de los Matherson, cuyo tartán^[13] de lana estaba formado por cuadros verdes y azules sobre un fondo rojo. No como el de los MacLead, que estaba compuesto por cuadros verdes y amarillos sobre un fondo azul oscuro.

Los gritos y los tartanes pronto se fundieron en un amasijo de guerreros,

que furiosos luchaban por sus vidas en una macabra danza con espadas que no tardaron en teñirse de rojo. Rohan sabía que esos hombres debían de estar esperándolos desde hacía unas horas, y por eso, al estar escondidos y nerviosos por la tardanza, les hacían un poco más lentos ante el ataque al tener los músculos entumecidos. Una pequeña ventaja que debían aprovechar al contar con menos hombres.

Sabiendo lo que cada uno tenía que hacer en el campo de batalla, pronto los MacLead se reorganizaron formando un círculo, como les había instruido Rohan en los entrenamientos. Habían practicado esta técnica; entre otras muchas, por si alguna vez se veían atacados y estaban en desventaja numérica, aunque al principio los guerreros MacLead se mostraron reacios a aprenderla al ser tan diferente a su forma de luchar.

Pero ahora, cuando sus vidas estaban en peligro y veían complacidos cómo los enemigos tenían que esforzarse por acercarse y atacarles, se dieron cuenta que las ideas nuevas que había traído ese inglés; quizá de Tierra Santa, estaban dando resultado y les acercaba a la victoria.

La férrea defensa donde cada uno cubría la espalda del compañero les estaba haciendo menos vulnerables, al no ser sorprendidos por la espalda por otro atacante y no darles la oportunidad de acorralarles. Una técnica engañosa donde aislaban a la víctima para matarla con más facilidad, y que los Matherson solían utilizar con frecuencia para mermar al enemigo.

Pero pronto los Matherson se dieron cuenta que para matarles tendrían que atacarles de frente y sin poder aislarles, resultando esa opción demasiado peligrosa, por lo que empezaron a provocarles con insultos mientras regulaban hacia atrás, intentando así que los MacLead se animaran a seguirlos al ser hostigados, poniéndose de esta manera a su alcance al abandonar la formación circular.

—Mantener la formación —les ordenó enérgico Rohan, pues en Tierra Santa ya había visto en más de una ocasión lo que supondría caer en la tentación de seguirles al creerse invencibles, y sin embargo, acabar en serios problemas no solo ellos sino también sus compañeros.

Sus guerreros le obedecieron a regañadientes, pues sus instintos les decían que atacaran sin más, así como los años que llevaban luchando en pequeñas rencillas, donde los hombres se lanzaban espadas en alto a por el primer contrincante que tuvieran ante él sin pensar en la formación.

Rohan sabía que esos hombres eran de naturaleza combativa y deseaban venganza, pero él tenía presente que la sangre fría era lo que mantenía a un guerrero con vida, y como responsable de ellos estaba dispuesto a salir victorioso del ataque, aunque tuviera que amenazarles para que no abandonaran su puesto.

Con una desventaja de dos a uno, y con algún que otro hombre con heridas serias, Rohan debía pensar en preservar sus energías por si los Matherson decidían atacar de nuevo, aunque esa idea no fuera del agrado de los MacLead, pues no querían aparecer ante sus adversarios como unos hombres débiles, que preferían protegerse antes que darles cara en un cuerpo a cuerpo.

Durante unos segundos que parecieron eternos los dos clanes se midieron, con más de un Matherson que no se resignaba a marcharse sin intentar probar suerte y conseguir la recompensa de matar a un enemigo, y más de un MacLead que gritaba provocándoles para que se acercaran a probar sus espadas.

Por suerte para ellos, los Matherson, a pesar de contar todavía con más hombres, comenzaron a retroceder, mientras miraban asustados la cara de Rohan.

Sin lugar a dudas con la agitación de la lucha no se habían dado cuenta de su mancha de nacimiento, pero ahora que podían mirarlo más detenidamente se habían percatado de ella, volviendo pálido el color de sus rostros y sus brazos temblorosos.

—Llevan a un demonio con ellos.

—Por eso no podemos matarles.

—Yo no voy a poner mi alma en peligro.

—Los MacLead han firmado un pacto con Satanás.

Rumoreaban los Matherson cada vez más asustados, a la vez que retrocedían hacia los árboles del otro lado del camino buscando una salida cercana, y así poder protegerse de ese demonio que luchaba junto a sus enemigos con el propósito de llevarles al infierno.

Sabiendo que todo dependía de él en ese instante, Rohan decidió seguirles la corriente, y alzó su espada ensangrentada a la vez que con voz profunda y áspera les gritaba para asustarles y que salieran corriendo:

—¡Quiero sus almas!

Los MacLead no tuvieron que esperar mucho para saber si la idea de Rohan tendría efecto, pues nada más terminar de decirlo los Matherson comenzaron a correr asustados hacia los árboles mientras gritaban como viejas y desaparecían precipitadamente por el bosque.

La reacción de los MacLead no se hizo esperar al explotar en carcajadas, mientras un par de ellos envalentonados les perseguían con las espadas en alto y gritando como endemoniados. Rohan no pudo evitar sonreír al ver cómo los MacLead se reían de la estupidez de los Matherson, cuando estaba convencido que unas semanas antes hubieran sido ellos los que, en igual de condiciones, hubieran hecho lo mismo.

—¿Habéis visto cómo corren?

—No nos van a creer en cuanto lo contemos.

—Si llego a saber que iban a salir corriendo al ver una simple mancha, me la hubiera pintado yo mismo hace años.

Rohan permanecía en silencio, mientras comprobaba que ningún MacLead se había quedado oculto con alguna ballesta entre los árboles. Sabía que no podrían descuidarse ni un solo segundo mientras estuvieran al descubierto, y no se relajó hasta que verificó el perímetro sin encontrar señales de sus enemigos.

Pero se dio cuenta enseguida de que había algo distinto entre sus hombres cuando se les acercó, pues ahora, ninguno de ellos le miraba con recelo ni le rehusaban la mirada.

Se podía incluso decir que había cierto grado de admiración en ellos, sobre todo cuando se dieron cuenta de que les había salvado la vida con su estrategia de combate, y él mismo se había asegurado de que no estuvieran en peligro al comprobar el perímetro, mientras ellos se ocupaban de atender a los heridos.

—Solo ha muerto Douglas y a Conall le han hecho un buen corte en el muslo, pero las heridas de los demás no son tan graves, aunque el hombro de John no deja de sangrar.

Le dijo uno de los hombres, que no mostró ninguna aversión a la hora de acercarse para informarle de cómo se encontraban los guerreros. Sintiendo un nudo en la garganta ante este cambio, pues sabía que significaba que se había ganado su respeto, Rohan simplemente asintió y se encaminó como si nada le perturbara hacia donde estaban los heridos.

—Que alguien vaya a por los caballos antes de que Conall y John se desangren —soltó autoritario, sin que sus palabras fueran dirigidas a alguien en concreto. Aun así, en el acto un par de guerreros se apresuraron a obedecerle, consiguiendo que John con disimulo le alzara discretamente una ceja.

—Parece que acabas de ganarte su respeto —le dijo su amigo acercándose a él pálido, sudoroso y con el brazo en cabestrillo, mientras una burda venda impregnada en sangre oprimía su herida.

—Sigo siendo el inglés maldito que se entromete en sus asuntos —le contestó sin querer darle importancia a lo que estaba sucediendo.

—Eso seguro —confirmó divertido aunque el dolor de la herida le estaba mortificando—, pero ahora eres su inglés maldito. De hecho, no me extrañaría que te acabaran llamando La Sombra como sucedió en las cruzadas.

Rohan no estaba seguro que con solo repeler un ataque dejaran de temerle o de considerarle un intruso, pero tenía la esperanza de que por lo menos se suavizara un poco el trato que mantenían con él.

—Señor —le llamó uno de los hombres, consiguiendo que Rohan se sorprendiera por la formalidad—. No hemos encontrado ni sacos, ni barriles, ni nada de lo que han robado en el almacén. Al parecer solo eran esos diez cobardes escondidos como mujeres para tratar de asustarnos.

Rohan asintió, notando como los ojos de cada uno de esos guerreros le miraba para saber qué diría a continuación. Supuso que quizá estaban esperando a que diera una nueva orden, o tal vez querían saber qué pensaba de los Matherson y así comprobar si verdaderamente era uno de los suyos.

Una duda que Rohan se decidió a resolver de una vez.

—Entonces han tenido su merecido —respondió en voz alta para que todos le oyeran—, y espero que corran con el rabo entre las patas hasta su casa, para que todos vean lo cobardes que se muestra un Matherson ante un MacLead.

Los silbidos de aprobación y las risas no se hicieron esperar, dándose cuenta de que justamente era eso lo que los hombres necesitaban. Al mismo tiempo, los encargados que habían ido a por los caballos llegaron con ellos, al no haberse alejado estos mucho al estar acostumbrados a los gritos y a los sonidos de las espadas.

—Y ahora, volvamos a Gleann para contar a todos cómo corrían los

Matherson asustados, y para brindar por la victoria —terminó diciendo mientras se subía a su montura.

Los MacLead le siguieron encantados, aunque sin bajar la guardia por si encontraban a algún rezagado, hasta que cerca del castillo comenzaron a sentirse seguros y empezaron a revivir entre risas cómo los Matherson salieron corriendo.

Rohan estaba convencido de que antes de que terminara la noche el clan entero sabría la historia, aunque esta acabaría exagerándose, y para cuando el sol iluminara los campos nada de lo que contaran se parecería a lo que de verdad había sucedido.

De esa forma llegaron al castillo de Gleann ante la mirada expectante de sus gentes, pues estas sabían de antemano que su misión era muy peligrosa y algunos de ellos no regresarían. Sin embargo, cuando los vieron aparecer sonrientes y con solo un muerto y un par de heridos graves, el semblante preocupado de sus rostros cambió para transformarse en alegría y júbilo.

En cuestión de minutos, con el sonido de las trompetas aún resonando en sus oídos anunciando su llegada, docenas de hombres, mujeres y niños salieron al patio a recibirlos entre vítores y risas.

No hizo falta ninguna palabra para asegurarles que la victoria había sido suya, pues las caras de los recién llegados así se lo decía, y saber que habían vencido a los Matherson era motivo más que suficiente para celebrarlo.

Una de las cosas que más sorprendió a Rohan fue que esas gentes parecieron olvidar el temor que sentían hacia él, al acercarse alguno de ellos para felicitarlo, aunque solo le ofrecieron una ligera inclinación de cabeza como muestra de saludo. Pero teniendo en cuenta que hasta hacía poco apenas le hablaban y rehusaban su mirada, era todo un avance que lo incluyeran en su bienvenida.

Quizá John tuviera razón y el clan lo estaba empezando a ver de otra manera, dándose cuenta de que había ido a ayudarles y no a meterles en problemas. Consideró este acercamiento como un pequeño triunfo, y tal vez, cuando los guerreros que le habían acompañado contaran lo sucedido en La garganta de la bruja, buena parte de sus temores también morirían.

Mirando de reojo a sus espaldas comprobó como los guerreros eran saludados con efusividad por sus esposas e hijos, y como los hombres que se

habían quedado en el castillo les preguntaban expectantes por lo que había sucedido. Incluso John se encontraba rodeado de un buen puñado de desconsoladas muchachas, que discutían entre ellas para saber cuál sería la afortunada que le cuidaría la herida de su hombro.

Suspirando Rohan volvió a mirar al frente, buscando entre las personas ahí reunidas a una mujer con el cabello de un tono parecido al del trigo y mechas del color de la tierra, así como unos ojos verdes que le hacían recordar a un campo de primavera rebosante de brezo.

Un hormiguelo en su interior le indicó que la tenía cerca aunque sus ojos no pudieran verla, por lo que se esforzó en buscarla aunque sabía que al encontrarla no podía correr a sus brazos como tanto deseaba. La intensidad con que necesitaba tocarla le sorprendió, pues durante el tiempo que llevaba en Gleann apenas habían intimado, ya que solo habían compartido algunas conversaciones bajo las estrellas, y muchas miradas ardientes que le habían calentado la sangre y le acompañaban cada noche al cerrar los ojos.

De pronto, como por arte de magia solo tuvo que alzar la cabeza para verla aparecer tras la gran puerta de la torre del homenaje, resoplando y acalorada como si hubiera bajado los escalones de la torre a la carrera. Incluso desde la distancia que los separaba Rohan pudo apreciar el sonrojo de su piel y su pecho moviéndose agitado, al igual que se percató de cómo sus ojos, nada más salir al exterior, lo buscaron.

La alegría que sintió al verla aparecer ante él fue inmensa, pero más le complació que le buscara entre los recién llegados, pues eso le decía que le había echado de menos y que estaba preocupada por él. Notó cómo su pecho se hinchaba de júbilo ante ese pensamiento, y solo pudo sonreír ante esa mujer que le hacía desear lo imposible y le daba alas a sus sueños.

Con la necesidad de acercarse a ella y verse reflejado en sus ojos Rohan condujo su montura hasta los pies de las escaleras, donde desmontó y por unos segundos sus miradas se unieron.

Maisie lo estaba esperando con la pose de una reina a los pies de los escalones, siendo indiscutible por como jugueteaba con sus manos, que trataba de controlarse para no acercarse a él y lanzarse a sus brazos. Su cabello despeinado, su vestido arrugado y su evidente nerviosismo, la convertían en la mujer más bella de todas las presentes, pues su aspecto descuidado le indicaba a Rohan que no había recaído en su apariencia al haber estado demasiado

presurosa por salir a recibirlo.

Lo que Rohan no pudo saber al mirarla fue cómo había estado sufriendo al pensar que algo malo podría pasarle, y cómo se había mantenido encerrada todo ese tiempo en su cuarto rezando, pues se sentía incapaz de hacer otra cosa mientras se alargaba la espera, además de no querer levantar sospechas entre su clan al mostrarse ante ellos tan preocupada por su tardanza.

Con cada minuto que pasaba su corazón le avivaba de un posible peligro, llegando a un punto en que la angustia se le hizo palpable. Era por ello que al escuchar las trompetas anunciando su llegada el miedo que sintió le impidió salir a su encuentro con premura, y solo cuando había oído los vítores de su gente se había atrevido a salir de su recámara para recorrer la distancia que les separaba lo más rápido posible, esperando ver aparecer ante ella al hombre que le había robado la cordura.

Por eso, al tenerlo ahora ante ella revelando una sonrisa que nunca antes había mostrado, y con esos movimientos de felino con que se le acercaba seguro y complacido, se sentía pletórica de una felicidad que no creyó volver a sentir y que le hacía desear lanzarse a sus brazos.

Con cada zancada que él daba para acercarse a ella un latido de su corazón acompañaba su paso, mientras solo podía observarlo y ofrecerle la más bella sonrisa que nunca antes había exhibido.

—Bienvenido a casa —le dijo apenas en un murmullo, pues tenerlo frente a ella con su mirada clavada en la suya la estaba dejando sin aliento.

—Gracias —solo pudo contestarle con voz ronca, mientras convertía sus manos en puños para recordarse que no podía tocarla.

Sin saber qué más decir pues sus mentes no estaban lo suficientemente despejadas como para mantener una conversación, se quedaron callados mientras escuchaban al fondo los efusivos saludos con que eran recibidos los hombres.

—Veo que ha sido una victoria —terminó comentando Maisie, tras sentirse una completa estúpida al no saber qué hacer o decir.

Rohan en cambio estaba tan embelesado en contemplar cada matiz de su rostro que solo asintió, y Maisie, notándose aún más nerviosa al saber que la estaba observando, solo se le ocurrió colocarse un mechón suelto de su cabello tras su oreja. Un acto que hizo sonreír más abiertamente a Rohan y que hizo desearla hasta la locura.

—Entonces... —empezó a decir tratando de demostrarle que no había perdido la razón a causa de su cercanía—. ¿Qué le parece si entramos a celebrarlo?

Con la garganta reseca, y sabiendo que en breve una parte privada de su anatomía quedaría a la vista de todos al haberse endurecido y agrandado, decidió que era una excelente idea, y asintiendo le ofreció su brazo para guiarla al interior del salón.

Solo cuando se percató de cómo ella lo miraba se dio cuenta de lo que había hecho, pues aunque era normal que un caballero ofreciera su brazo a una dama para guiarla, él nunca se lo había ofrecido a ninguna al saber que jamás lo aceptaría. Por eso hasta el momento no había tenido este gesto de caballerosidad con Maisie, y ahora al verla dudar, lamentaba haber sido tan impulsivo.

Estaba a punto de retirarlo y pedirle perdón cuando la sonrisa de ella se ensanchó, y gustosa colocó su mano sobre su brazo con la suavidad de una pluma. Rohan se percató que había tardado en aceptar su ofrecimiento al sentirse contrariada; quizá al ser la primera vez que él mostraba estos modales, y se alegró de que sus dudas no hubieran sido a causa de que los vieran juntos o de que le diera asco tocarlo.

Sintiéndose el hombre más feliz sobre la tierra la condujo con paso seguro y tranquilo al interior del gran salón, donde se pasarían las siguientes horas comiendo y bebiendo para celebrar su victoria frente a los Matherson, y donde él podría disfrutar de la tortura de tenerla a su lado.

Recordando las palabras de bienvenida de Maisie al recibirlo, Rohan deseó en ese momento que verdaderamente ese fuera su hogar, y él acabara de llegar de un largo viaje que había durado toda una vida.

Suspirando deseó albergar la suficiente esperanza en su corazón como para atreverse a soñar con encontrar un lugar que pudiera considerarlo como suyo, pero sobre todo con hallar a una mujer con un corazón tan noble como el de su anfitriona.

Y así, con la mano de la mujer que le estaba abriendo un nuevo mundo; lleno de anhelos y posibilidades, de sueños e ilusiones, pero también de miedos e inseguridades, Rohan cruzó las puertas esperando dejar atrás todo lo malo que año tras año lo había acompañado, para empezar a forjarse un nuevo comienzo.

Quizá podría conseguirlo si sabía que podía contar con la amistad de

Maisie, y con saber que le escucharía cuando sintiera la necesidad de hablar con alguien para apartar la pesada sensación de la soledad. Tal vez entonces se atrevería a considerar Gleann como un hogar, aunque solo fuera por un tiempo.

CAPÍTULO 8



Habían transcurrido casi dos meses desde la emboscada de los Matherson en La garganta de la bruja, y todo resultaba diferente en el castillo de Gleann.

Parecía como si un manto de optimismo hubiera cubierto el clan dando más seguridad a sus gentes, pues ahora estas se mostraban más animadas al haber dejado atrás el miedo a sentirse vulnerables, no solo por haber vencido a su enemigo de una forma tan satisfactoria para los MacLead y tan vergonzosa para los Matherson, sino porque desde ese día no habían vuelto a sufrir más ataques o robos por parte de estos.

Desde entonces los rumores sobre cómo habían ganado a sus adversarios se había extendido por las montañas, contándose innumerables historias acerca de ellos. Pero sobre todo se hablaba mucho del inglés llamado La Sombra que se encontraba entre ellos, y del que se rumoreaba que poseía el don de robar las almas de sus enemigos con solo mirarlos. Una descripción exagerada de sus cualidades, pero que al clan le resultaba muy beneficioso al mantener apartados de ellos a sus rivales.

Por ese motivo Rohan había pasado a ser mejor considerado por el clan, pues ahora ya no lo veían como algo negativo que había venido a interferir en sus vidas, sino como una oportunidad de devolver la paz a esas tierras. Quizá su mancha en el rostro los había asustado y dividido al temerle, pero ahora que lo conocían y habían visto con sus propios ojos lo que podía hacer por ellos todo había cambiado.

Tal vez por eso se notaba ese aire nuevo desde las primeras horas de la mañana, cuando los guerreros se reunían en el patio para sus entrenamientos, y ya no veían esas prácticas que Rohan les enseñaba como una pérdida de tiempo. Ahora, al saber cómo habían conseguido resistir el ataque de los Matherson gracias a ellas, se mostraban más dispuestos a prestar atención y a mirarle con

respeto.

Pero no solo los hombres habían cambiado respecto a Rohan, pues las mujeres también se mostraban menos recelosas, y ya no le temían cuando se cruzaban en su camino. Aunque todavía era inevitable que muchas prefirieran mantenerse a distancia, pues resultaba difícil dejar atrás años de supersticiones.

Incluso el hermano Gregory se comportaba de una manera más comprensible con la situación de Rohan en el clan, y le saludaba con educación cada vez que coincidían en un sitio. Un hecho que ayudó mucho a que las malas lenguas se lo pensarán dos veces antes de injuriarle, y de que muchos empezaran a verlo como un simple hombre y no como un demonio.

Pero si algo cambió en ese tiempo fue la forma en que Maisie lo miraba, pues ahora cada vez que lo tenía cerca no podía dejar de pensar cómo sería su roce. Ni el paso de las semanas pudo mitigar el recuerdo de esos ojos intensos que la contemplaban con admiración y deseo, ni le hizo olvidar la maravillosa sensación que sintió cuando tocó su brazo, o cómo fue de agradable caminar a su lado hasta el gran salón.

Nunca en toda su vida había experimentado una emoción más placentera, ni se había sentido tan especial y segura, ya que jamás había mirado a un hombre como contemplaba a Rohan. Sabía que estar cerca de él la hacía pensar en cosas que nunca serían posibles, pues no podía olvidar que solo permanecería en el castillo hasta que se solucionara el problema con los Matherson y encontraran al traidor.

Por eso una parte de ella se alegraba de que ahora fuera bien recibido por el clan, aunque otra parte de su ser se entristecía al pensar que con ello su partida se hacía cada vez más evidente. Pero por mucho que buscara una solución, no se le ocurría cómo una escocesa con la responsabilidad de pensar primero en el bienestar de su gente podía acabar con un inglés, más aún si este apenas había empezado a ser aceptado en esa tierra donde era considerado un sassnach.

Suspirando, Maisie se alejó de la cabaña donde cada tarde las mujeres se reunían para tejer, y donde sentadas en círculo frente a un fuego acogedor contaban historias y rumores. Había estado sentada con ellas acompañando sus charlas y sus risas, pero en cuanto la conversación se centró en Rohan y en cómo describían su comportamiento, su cuerpo vigoroso y las cosas que se rumoreaban sobre él, no pudo aguantar más y tuvo que levantarse antes que se dieran cuenta que con solo recordarlo se alteraba.

Sabía que tenía que salir de ese lugar antes de que las más sweeties^[14] comenzaran a hacer conjeturas sobre ella y Rohan, ya que no quería que se viera metido en un escándalo por su culpa si se iniciaban rumores sobre ellos, o si se empezaba a decir que la había seducido cuando la realidad era bien distinta.

Rohan no se merecía que le acusaran de algo semejante cuando su comportamiento con ella era respetuoso, pues él no era culpable de los pensamientos pecaminosos que le despertaba cada vez que lo veía o recordaba el calor de su tacto.

Tratando de parecer serena puso la excusa de que tenía que reunirse con el padre Gregory para informarse de cuántos merks^[15] tenían que pagarle al herrero por sus servicios, al ser habitual que supervisara los gastos y creer por ello que nadie sospecharía del engaño.

Pero las mujeres del clan conocían demasiado bien a Maisie como para que pudiera engañarlas, y se percataron enseguida de que se trataba de un pretexto para salir cuanto antes. Ninguna quiso decir nada sobre la atracción que se notaba entre ambos, pues comprendían que a su señora no le gustaría enterarse de que todo el clan se había dado cuenta de cómo se miraban o de cómo sus cuerpos reaccionaban cuando estaban cerca.

Por eso continuaron con su costura como si nada hubiera sucedido, mostrando el buen humor que cada día las acompañaba, al comprender que sería su señora la que debería darse cuenta de lo impropio de esa relación por el bien de su clan, pues no podían llegar a imaginar a un sassenach como consorte de su líder, ni entendían que se pudiera amar de una forma tan profunda y apasionada que todo lo demás dejara de tener importancia.

Una vez fuera, Maisie se encaminó a la parte de atrás de la cabaña, y se apoyó en la pared para tratar de tranquilizarse evadiéndose de todo.

Mirando al cielo se preguntó por qué le importaba tanto lo que los demás pensaran de él, y sobre todo, por qué sentía ese profundo dolor en el pecho cada vez que alguien pronunciaba su nombre, o se acordaba de cualquier comentario que le había dicho o como la había mirado.

Suspirando se dijo que debía olvidar toda clase de sentimientos por ese hombre si no quería acabar con el corazón roto, aunque estaba convencida que cuando se marchara se llevaría un cachito de él.

Cerrando los ojos y sintiendo el viento sobre su rostro se dejó llevar,

permitiendo que el calor del sol la envolviera para apartar la tristeza que surgía de su alma, al estar segura de que jamás volvería a amar como amaba a Rohan.

Fue justo en ese instante cuando se dio cuenta de que había llamado amor a ese sentimiento que experimentaba estando a su lado, sintiéndose asustada al no saber cómo podría mirarle sin que él y todos los demás lo notaran. Pero lo peor de todo fue saber que su relación era imposible, pues por mucho que lo deseara ninguno de los dos dejaría de ser quien era, ni podrían enfrentarse al odio, al recelo y a la negación que obtendrían de su clan.

Entristecida al imaginarse una vida sin Rohan, y en cómo sería tratar de olvidar lo que era sentir con tanta intensidad que todo lo demás dejara de importarle, no se dio cuenta de quién se le acercaba, ni se percató de cómo sus lágrimas bajaban por sus mejillas o como su rostro se había vuelto escarlata.

—Mi señora, ¿os encontráis bien?

Escuchó la voz del hombre que perturbaba sus sentidos, y por un instante no supo si la había imaginado al estar pensando en él, o si en verdad él se encontraba frente a ella.

Deslumbrada por la luz cegadora del sol abrió los ojos, y sobresaltada por la sorpresa de escucharle trató de fijar la mirada en la persona que tenía frente a ella, descubriendo que se trataba de Rohan y de que este se encontraba a un par de metros de distancia observándola con preocupación.

Si hubiera creído en las hadas hubiera pensado que ellas lo habían invocado para atormentarla, pues solo entonces se podía explicar cómo el hombre que reinaba en sus pensamientos había dado con ella, precisamente cuando menos preparada se sentía para tenerle cerca, al sentirse vulnerable por haber descubierto su amor.

Sin lugar a dudas en ocasiones la vida resultaba extraña, pues nos concede deseos que nuestros corazones anhelan pero que nos dañan al hacernos llorar.

Resignada trató de disimular las lágrimas, y forzó una sonrisa para que Rohan no sospechara que él era el causante de que se encontrara escondida.

—Buenas tardes sir Rohan, me ha sobresaltado —le contestó tratando de mantener la calma, mientras se llevaba una mano a la frente para hacer de visera y así el sol dejara de molestarla.

—Le pido disculpas por ello, pero me ha parecido que no se encontraba

bien.

Maisie intentó que no se le notara su tristeza para que Rohan no le preguntara a qué era debida, ya que estaba segura de que no podría darle una excusa. Por eso decidió que lo mejor sería llevar la conversación hacia otros temas donde se sintiera segura, y él no pudiera descubrir que ocultaba bajo ese pecho que latía alterado ante su presencia.

—Solo estaba tomando un poco el sol mientras descansaba un momento. Llevo buena parte de la mañana tejiendo con las mujeres y la espalda me estaba empezando a doler —le contestó resuelta, y se llevó una mano a la espalda para tratar de parecer convincente.

—Debéis descansar más, mi señora. Vos sola realizáis el trabajo de dos mujeres y al final vais a caer enferma —le reprendió al mismo tiempo que la miraba detenidamente, como si quisiera averiguar qué parte de su cuerpo sufría más dolor, o quizá para darle su consuelo.

Avergonzada ante la profundidad de su mirada Maisie se ruborizó aún más, consiguiendo que el interés de Rohan por descubrir su dolencia creciera, y detuviera su escrutinio en partes de su anatomía que nada tenía que ver con su espalda.

De pronto se dio cuenta de que tal vez él la estuviera observando de esa forma tan intensa con otros propósitos, y estuvo a punto de salir ardiendo en ese mismo instante. Nerviosa al no saber cómo colocarse o a dónde mirar para no revelar que se había percatado de su inspección indecorosa, trató de calmarse y de mantener una conversación inteligente, aunque lo que más deseaba en ese instante era que se la tragara la tierra.

—Es mi deber esforzarme al máximo por mi gente y dar ejemplo con mi trabajo —le dijo sonando prepotente hasta para ella—, además, debéis haber notado que no soy una mujer débil que enferma por cualquier cosa.

La sonrisa deslumbrante que le mostró confirmó que la veía en perfecta forma física, consiguiendo que Maisie olvidara por un instante que era de lo que estaban hablando.

—No, no sois una mujer débil, más bien sois todo lo contrario y por eso os admiro —afirmó Rohan encantado con el rubor de sus mejillas.

—No debéis decir eso, sir Rohan, pues no es apropiado —le regañó tímidamente, aunque Rohan pudo ver que en realidad le había encantado su

comentario.

—Al contrario, deberíais recibir todos los días el halago de vuestra gente por vuestro trabajo.

—No me esfuerzo para que me halaguen, sino porque considero que es mi obligación.

—Y por eso os admiro doblemente.

Alterada, acalorada y sobre todo avergonzada ante los elogios de Rohan, Maisie se sintió una ingenua al dejarse influenciar tanto por lo que él le decía, aunque debería especificar que lo que de verdad la perturbaba era el cómo se lo decía.

Estaba convencida de que un par de minutos frente a él acabarían con la poca cordura que le quedaba, y terminaría lanzándose a sus brazos en busca de unos labios que la estaban retando a que los probara. Sabía que de ceder a la tentación quedaría en absoluta evidencia, por lo que solo le quedó suspirar por lo que era imposible, y hacer todo lo que pudiera para no quedar como una boba.

Lo que Maisie no podía imaginar era que Rohan estaba sufriendo el mismo deseo de besarla que estaba sintiendo ella, pues le resultaba una tortura contemplar esos labios y no poder saborearlos.

Había sido todo un descubrimiento ver cómo se avergonzaba ante sus elogios, hasta quedar ante sus ojos deliciosamente encantadora. El sonrojo de su piel, lo maravillosa que se la veía al moverse nerviosa, y cómo cerraba los puños aferrándose a su falda sin que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, lo estaba volviendo loco de deseo por una mujer que conseguía hervirle la sangre y anhelar imposibles.

Pero sobre todo se alegraba de haber apartado con su charla la tristeza de su mirada, pues no le había gustado descubrir en su rostro las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Aunque la había observado desde lejos se había percatado de su congoja, apareciendo en el acto un dolor punzante en su pecho al saber que no se sentía bien y necesitaba aliviar su pena.

Maisie fue la primera en reaccionar pues resultaba evidente que no podían permanecer toda la tarde ahí parados contemplándose, y decidida a no quedar delante de su clan en ridículo, buscó una excusa para poder alejarse de él cuanto antes.

—Si me permite, me acabo de acordar que había quedado con el padre Gregory por un asunto —le dijo mientras empezaba a caminar, creyendo que había encontrado el pretexto perfecto.

—Excelente, yo también lo estaba buscando —le respondió sonriendo y colocándose a su lado para caminar a su paso, frustrando así el plan de Maisie—. Si no le molesta iré con vos y así le haré compañía.

Tratando de no mostrar la sorpresa que le produjo su comentario no supo si alegrarse o no de que la acompañara, pues en ese momento lo que más necesitaba era estar sola para meditar sobre los sentimientos que Rohan le procesaba, y a los que había llamado amor.

Estando a su lado notaba como su mente se dispersaba mientras su corazón se alteraba, siéndole imposible pensar en nada coherente. Su falta de experiencia con los hombres le impedía ver que esa forma de alterarse tanto en su presencia era la prueba de su afecto, pero no supo apreciarlo al creer que la lógica le diría que era lo que de verdad quería.

Ajeno a la maraña de sentimientos que reinaban en el interior de Maisie, Rohan caminó en silencio observándola por el rabillo del ojo, recreándose en su forma de andar y en como su ceño se encontraba ceñudo, sin lugar a dudas a causa de algo que estaba pensando y no quería compartir con él, hasta que le sorprendió con las siguientes palabras:

—Sir Rohan, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo conoció a mi hermano?

Su curiosidad le sorprendió, aunque siempre supo que tarde o temprano a Maisie le interesaría saber cosas sobre ellos. Pero no se imaginó que ese momento sería ahora, al creer que estaba absorta en otros temas.

Lo que Rohan no sabía era que a Maisie se le había ocurrido hacerle esta consulta al estar buscando un tema del que hablar con él, sin que le recordaran sus sentimientos ni le hiciera ponerse más nerviosa. Por eso se acordó de su hermano en ese preciso instante, pues él siempre la ayudaba cuando tenía problemas y ahora sentía que le necesitaba más que nunca.

—Lo conocí hace años cuando permanecimos en la corte junto al rey Ricardo^[16].

Asombrada al no poder imaginarse a Rohan en la presuntuosa corte con su vestimenta siempre negra, su pose amenazador y su rostro serio, se detuvo unos instantes para mirarle y comprobar si le había entendido bien.

—¿Se refiere a que estuvo junto al rey cuando este regresó de su cautiverio tras haber estado en las cruzadas?

—Así es. Estuve con él en las cruzadas, en su cautiverio y a su regreso.

—¿Estuvo preso con el rey? —no pudo evitar preguntar al estar cada vez más sorprendida con todo lo que estaba averiguando de él.

—Sí —le contestó sin querer profundizar en el tema, sobre todo para no recordar lo duro que fue su encarcelamiento—. Pero fue después, al llegar a Londres cuando conocí a Connor.

Al ver que le miraba con expectación Rohan se dispuso a contarle aquello que recordaba de su primer encuentro.

—A nuestro regreso se vivieron unos momentos muy tensos en todo el país, cuando el rey Ricardo descubrió que su hermano Juan le había usurpado el trono en su ausencia, pero por suerte no se produjo una guerra civil aunque más de uno la deseara.

—Recuerdo que mi hermano se encontraba en esa época en la corte por algún motivo que no me contaron, y es cierto que mi padre se preocupó mucho por su seguridad.

Rohan entendió que al ser mujer, y además una jovencita, no le dijeran para qué fue su hermano a ver al rey inglés, pero debió tratarse de temas de impuestos o de tierras que tuvieran que resolver. Esos años fueron unos tiempos muy revueltos donde el dinero pasó de unas manos a otra sin control, y donde familias enteras perdieron su fortuna a manos de un rey usurpador y unos nobles desleales que solo buscaron enriquecerse.

—Su padre no debió temer por él —aseguró Rohan, mientras volvían a caminar saliendo a un concurrido patio—. Connor fue un hombre entre un millón, capaz de salir airoso del mismísimo infierno.

Maisie se sobresaltó al escucharle, ya que no estaba acostumbrada a esa expresión, y más viniendo de un hombre al que siempre acusaban de proceder de ese sitio tan espantoso.

—Perdone, no pretendía...

Queriendo quitarle importancia Maisie hizo una señal con la mano y sin dejar de caminar a su lado le dijo sonriendo:

—No tiene porqué disculparse ya que tiene razón. Connor era un hombre único en todos los sentidos, pero sobre todo porque era el más cabezota que ha nacido en estas tierras desde hace siglos.

—Estoy de acuerdo con vos —le contestó en el acto Rohan, mientras ambos sonreían al recordarle.

—Fue esa cabezonería la que me salvó la vida —terminó diciéndole tras un minuto de silencio.

Maisie le miró extrañada, pidiéndole a gritos con sus ojos que le siguiera contando, pues apenas sabía nada de esa etapa de su vida en la que estuvo lejos de casa y tanto lo cambió al regresar algo taciturno.

Sabiendo que para ella era importante conocer más de su amado hermano, y resultándole imposible negarle nada, Rohan reconstruyó en su cabeza aquella primera vez en que vio a Connor. Un encuentro que le cambió la vida, y con los años, le había conducido al castillo de Gleann junto a esta mujer.

—Estaba con mis hombres en una taberna brindando por el rey Ricardo, cuando unos simpatizantes de Juan nos encontraron y acabamos enzarzados en una pelea. Corrían tiempos difíciles por entonces, pues aunque Ricardo consiguió hacerse con el trono y ser coronado de nuevo rey, los seguidores de Juan no se quedaron muy conformes al haber perdido sus privilegios y sus fortunas.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Fuimos acorralados en el interior de la taberna para darnos una paliza, aunque por lo brutales que se mostraron sospecho que su intención más bien fue matarnos, aunque por suerte eso jamás lo sabremos.

Espantada Maisie se llevó una mano a la boca y soltó un gritito, dejando bien claro que estaba metida de lleno en el relato, y levantó más de una mirada curiosa para observarles mientras paseaban juntos.

—Pero eso es algo muy poco caballeroso —terminó diciendo indignada al mismo tiempo que franqueaba a unos pequeños que jugaban con espadas.

—Debéis saber, mi señora, que para algunos hombres no existe la caballerosidad sino los beneficios y el poder.

—¿Y una vez que los acorralaron qué sucedió? —preguntó curiosa y sin querer profundizar en el tema del deber y la caballerosidad, pues no era la primera vez que escuchaba historias sobre caballeros que incluso tras haber jurado pleitesía^[17] a sus señores les traicionaban por dinero.

Rohan se sintió feliz al verla tan sumida en la historia y al haber conseguido que la tristeza fuera sustituida por su curiosidad. Contaba con la certeza de que a todo buen escocés le encantaba una historia bien contada, y por el brillo en los ojos de Maisie estaba convencido que no se había equivocado al pensarlo.

—Como le dije, nos sorprendieron en el interior de la taberna sobrepasándonos en número. De hecho, éramos seis personas a favor del rey Ricardo contra más de veinte a favor de Juan.

Impresionada alzó una ceja, como si le preguntara si era cierto o solo estaba exagerando, ya que no era la primera vez que escuchaba dramatizar en exceso un relato para que la hazaña fuera más brillante.

—Es un número aproximado, ya que no tuve tiempo de pararme a contarlos —comentó Rohan divertido al verse descubierto.

Maisie sonrió al darse cuenta de que lo había pillado, y giró la cabeza para que no la viera reírse y pudiera ofenderse.

—Gracias a esos caballeros que entraron para ayudarnos pudimos salir victoriosos, y ahora puedo estar con vos paseando bajo este espléndido sol —le dijo mientras seguía sonriéndole—. Aunque si hoy estoy aquí es gracias a un hombre que salvó mi vida, ya que mató al malhechor que se me acercaba por detrás para asesinarme. Cometí un terrible error, tal vez a causa del cansancio o al exceso de cerveza, ya que no me aseguré de cubrir mis espaldas.

—¿Ese hombre era Connor?

—Así es. Él me salvó sin conocerme al enfrentarse al individuo que iba a quitarme la vida arriesgando con ello la suya. Desde ese momento juré que nunca olvidaría lo cerca que estuve de morir por mi estupidez, como tampoco olvidé mi deuda con él. Le aseguré que si algún día me necesitaba acudiría en su ayuda y después de eso no tardamos mucho en hacernos buenos amigos. De hecho, terminamos compartiendo innumerables anécdotas hasta que tuvo que regresar a su hogar.

Rohan recordaba las veces que se quedaron hablando de Gleann, de su

clan y de su familia, pero sobre todo de esa niña que Connor adoraba y que Rohan se había imaginado como una pequeña pilluela encantadora, y no como una mujer hermosa que con el tiempo le obsesionaría.

—¿No volvió a verlo? —le preguntó sacándolo de sus pensamientos.

—No. Tuve que partir junto al rey y su ejército para Normandía, y no regresé a Inglaterra tras la muerte del rey en Châlus.

La tristeza regresó al rostro de Maisie, y Rohan maldijo al haber traído a su recuerdo la pérdida de su hermano.

—No me sorprende que Connor os salvara. Él siempre fue un hombre justo que velaba por los demás, como tampoco me sorprende que os hicierais amigos.

—Fue todo un honor tener su amistad —le contestó emocionado al escucharla.

—Me alegro de que cumplierais vuestra promesa y vinierais a Gleann —confesó ella parándose ante él y mirándolo directamente a los ojos, consiguiendo que su corazón se detuviera en el acto.

Si no hubiera sido porque estaban rodeados de personas en medio del patio la hubiera besado, e igualmente le hubiera confesado que ir a Gleann había sido la mejor decisión que había tomado en su vida al haberla conocido. Pero tuvo que callarse y permanecer quieto, mientras el mundo dejaba de girar a su alrededor para solo quedar ella.

—También me alegro de que aprendierais a cubrir vuestras espaldas —le comentó divertida iluminando con su sonrisa el cielo.

Embelesado al contemplar su rostro él solo asintió viendo encantado como el sonrojo volvía a sus mejillas.

Sintiendo como su voluntad flaqueaba ante la forma en que él la miraba Maisie trató de buscar un tema del que hablar, pues con cada segundo que pasaba notaba como la intimidad crecía entre ellos. Algo muy peligroso al estar ante la vigilancia de cientos de miradas de su clan.

—Por lo que me contaron del ataque de los Matherson, veo que aún soléis luchar en desventaja numérica —afirmó ella mientras apartaba su mirada y seguía caminando.

Rohan asintió divertido, y siguió sus pasos alegrándose de poder cambiar de tema hacia otro menos peligroso para su corazón alterado.

—Parece ser que últimamente así sucede. Menos mal que tengo el tamaño de dos hombres y puedo engañarles fácilmente.

Ambos rieron divertidos relajándose un poco, hasta que vieron a lo lejos al hermano Gregory y supieron en el acto que ese encuentro estaba llegando a su fin. Sintieron como si en ese instante alguien les hubiera robado algo muy valioso para ellos que no volvería a repetirse, pues sabían que sería difícil encontrar otro momento donde poder charlar tranquilamente.

—Ahí está el hermano Gregory —dijo ella sin poder disimular el pesar en su voz.

Rohan simplemente asintió, y ambos se encaminaron hacia el monje guardando en el recuerdo ese instante que acababan de compartir.

—Mi señora —la llamó Rohan deteniendo su paso.

Maisie extrañada se paró y se volvió para mirarlo a la espera de sus palabras.

Por unos segundos el tiempo se detuvo, pues Rohan se había dejado llevar por un impulso y la había llamado con el propósito de detener su paso y así no terminar con ese encuentro. Por eso ahora se debatía entre contarle su deseo de volver a verla a solas, o poner una tonta excusa para mantener en secreto el deseo de volver a estar cerca de ella.

—Solo quería decirles que... —dudó por unos instantes— no lamento haber venido, aunque me hubiera gustado llegar antes —terminó diciendo cobardemente, exponiéndole un pesar que llevaba atormentándole durante semanas.

—Fue Dios quien decidió cuando debíais llegar, por lo que no debéis pensar más en ello —le aseguró, pues aunque ella también había deseado en más de una ocasión que hubiera llegado antes, nada se podía hacer al respecto y pensar en ello no traería nada bueno.

Rohan asintió agradecido por su comprensión, y se alegró de haber aprovechado ese momento para contárselo y así quitarse esa carga que le angustiaba.

—Aunque todavía no hemos hablado de lo que esperáis recibir por vuestra

ayuda.

Extrañado Rohan le preguntó:

—¿A qué os referís?

—A vuestros honorarios.

Nada más decirlo se percató de su error, pues el semblante tranquilo y complacido de Rohan cambió a otro colérico.

—¿Mis honorarios? ¿Acaso ponéis en duda que estoy aquí por mi honor, o es que creéis que podéis comprarlo?

Sintiéndose abochornada Maisie agachó la cabeza, ya que no había imaginado que reaccionaría de esa manera. Había pensado tontamente que él sentía algo por ella, y quizá aprovecharía la oferta de pago para pedir permanecer en Gleann. Una estupidez que ahora tenía que pagar con su vergüenza, pues era evidente que no quería nada de ella ni de su clan.

Pero lo que ella no sabía era que Rohan había supuesto que le estaban ofreciendo dinero por sus servicios como si fuera un vulgar mercenario, al resultarle imposible creer que ella quisiera que permaneciera por siempre a su lado. De haberlo sabido su reacción hubiera sido bien diferente, aunque su conciencia le hubiera hecho dudar si aceptar su oferta, sobre todo al no estar seguro de soportar toda una vida junto a ella sin que nunca pudiera ser suya.

—No pretendía ofenderos —le aseguró conteniendo las lágrimas—. Os pido perdón sir Rohan, yo solo quería mostraros mi generosidad.

—Entonces no me ofrezcáis dinero. No hay nada en Gleann tan valioso que podría comprar mi honor.

Al ver el impacto que sus palabras le provocaron en seguida se arrepintió de lo que acababa de decir, y se preguntó que podía estar ofreciéndole como forma de pago para que se sintiera tan dolida por su reacción, aunque no pudo evitar sentirse resentido por su ofrecimiento y no quería mitigar su enfado.

Humillada y dolida Maisie solo deseaba marcharse, y aprovechó que el hermano Gregory los había visto y la había llamado para alejarse de él y así poder respirar, pues la intensa opresión de su pecho así se lo impedía.

—Disculpadme. Debo ir con el hermano Gregory.

Rohan observó cómo Maisie se alejaba tratando de contener sin éxito sus

lágrimas, y aunque estaba muy enfadado por su osadía, no pudo evitar sentirse mal. Se dio cuenta de que había algo oculto en sus palabras y en lo que ella creía que le pediría como pago, pero estaba demasiado ofuscado para darse cuenta de lo que podía ser.

Mientras la observaba caminar alejándose de él lamentó que ese inolvidable encuentro hubiera acabado de esa manera, y anheló que fuera más sencillo comprender la mente de esa mujer que a cada momento que pasaba más loco le volvía.

Con un dolor de cabeza incipiente decidió dejar para más adelante todo este asunto, y se dirigió al campo de entrenamiento para desfogarse un poco con los hombres y así poder olvidar su enfado.

Quizá tuviera otra oportunidad para estar a solas con ella y hablar más profundamente de este asunto, si conseguía estar ante ella sin alterarse tanto.

CAPÍTULO 9



Ajustándose la capa miró a su alrededor con impaciencia, al llevar más de diez minutos esperando a que los Matherson acudieran a la cita y estos no dieran ninguna muestra de encontrarse cerca.

Estaba cansado de que se burlaran de él y le hicieran esperar como si fuera un vulgar sirviente, cuando les estaba poniendo a sus pies el dominio del castillo de Gleann al traicionar a su clan, los MacLead.

Resentido se recordó una vez más que tenía que aguantar los desplantes de esos bastardos si quería realizar su venganza, y así llegara el día en que los MacLead fueran sometidos por el hombre al que habían estado humillando durante años.

Llevaba tiempo planeando cómo quedarse con el poder utilizando la ambición de los Matherson, haciéndoles creer que pondría en sus manos al clan de los MacLead para luego romper el trato y ser él quien lo dirigiera. Su plan había empezado con la muerte del bueno de Connor utilizando su inteligencia y sus conocimientos ocultos, para después acabar con el laird dejando a su hija sola y desprotegida ante los Matherson.

Una estrategia que había demostrado a los Matherson que iba en serio, pero que se había torcido desde la llegada a esas tierras del entrometido de sir Rohan.

Desde entonces las cosas habían empezado a cambiar, pues había aumentado el número de vigías en el castillo y las patrullas se habían duplicado extendiéndose como un manto a través de las tierras del clan, por lo que cada vez se exponía más a ser descubierto cuando robaba suministros para entregárselos como pago de su ayuda a los Matherson, aunque tras los últimos resultados de sus incursiones, y en especial de la emboscada, se estaba planteando si valían el

precio que estaba pagando para que asustaran a los MacLead.

La idea había sido deshacerse de Connor y del laird para dejar al clan desprotegido a cargo de Maisie, que tras sufrir robos, saqueos y alguna que otra baja se sentiría perdida y buscaría cualquier clase de ayuda, apareciendo él como la solución a sus problemas.

Con lo que no contó fue con la llegada de ese inglés estropeándolo todo, pues ahora los MacLead no se sentían desprotegidos ni asustados, y Maisie parecía muy satisfecha con los resultados de sir Rohan con sus enemigos.

Sentado sobre el pescante del carro cargado con suministros, el hombre escuchó el sonido de unos cascos de caballo acercándose, manteniéndose atento hasta que distinguió los colores azules y verdes del tartán de los Matherson. Solo entonces pudo respirar tranquilo, al haberse preocupado por si se trataba de una patrulla de los MacLead y era descubierto.

—Llegáis tarde —les reprochó cuando estuvieron cerca.

—Llegamos cuando nos viene en gana, ¿o acaso crees que un MacLead puede ordenar a un Matherson?

Como no podía ser de otra manera, el prepotente hijo del laird de los Matherson iba en cabeza teniendo que dejar claro quién era el que mandaba. Desde que hacía unos meses tuvo que reunirse por primera vez con él no lo aguantaba, al creerse superior a los demás cuando en realidad no era ni la sombra de lo que un día fue su padre. Pero ahora este era demasiado anciano, dando además muestras de una demencia senil, por lo que su hijo Gordon acabó reclamando su puesto como laird.

Una ventaja que en realidad le convenía, pues Gordon poseía el cuerpo de un musculoso guerrero capaz de estrangular con una sola mano a un hombre corpulento, pero con la inteligencia de un muchacho. Si a ello le sumabas su vaguería, su gusto por las mujeres y el alcohol, así como una clara inclinación por la violencia, lo convertían en un individuo desagradable, vanidoso y lo que era más importante para su plan, fácil de engañar y bastante previsible.

—Tengo que tener cuidado si no quiero que me descubran —indicó el traidor tratando de no enfadarle.

—Ese es tu problema y no el mío —le dijo notándose por el tono de su voz el desprecio que le tenía.

Gordon podría engañar a cualquiera con su cabello rubio, su cara angulosa y su cuerpo bien formado, pero él le había visto cometer atrocidades con quien se inmiscuía en su camino, como había intuido la maldad que se escondía en su corazón.

Podría decirse que era justo el antagonista de sir Rohan, pues aunque Gordon no poseía ninguna señal en su cuerpo que te mostrara que estaba maldito, sí albergaba un auténtico demonio en su interior que conseguiría helarte la sangre si lo descubrías.

—¿Has traído todos los sacos que acordamos? —le preguntó mirando al carro y sabiendo de antemano que faltaban suministros.

—No he podido sacarlos todos. Pusieron guardias en la puerta de la despensa y tuve que matarlos, por lo que me quedó menos tiempo...

—Ese no es mi problema. Teníamos un trato y no lo has cumplido —le dijo mientras con un gesto de la cabeza le indicaba a sus hombres que pasaran los sacos de ese carro al que habían llevado ellos—. El invierno se acerca y mis hombres necesitarán comida.

El hombre pensó que si querían tener alimento para el invierno debían dejar de ser unos holgazanes y ponerse a trabajar como hacían en Gleann, en vez de pasarse el día violando a jovencitas y emborrachándose hasta perder el conocimiento. Pero sabía que debía callarse si quería su ayuda, y seguir pareciendo un iluso sin ambiciones si pretendía que se fiaran de él.

—Tengo la otra mitad escondida en el castillo y mañana podré sacarla sin problemas.

—Más vale que cumplas tu trato MacLead, o no dudaré en deshacerme de ti.

—No soy yo el que no cumple con lo pactado. Te recuerdo que fui yo quien te aseguré que la emboscada no era aconsejable —le dijo el traidor enfadado, pues estaba harto de que Gordon le echara la culpa de sus propios errores.

—Era una idea brillante, pero no nos avisaste que vendría con ellos ese demonio —le soltó Gordon visiblemente enfadado, mientras los once hombres que lo acompañaban se removían inquietos, sin dejar de mirar al bosque como esperando que esa criatura endemoniada de La Sombra apareciera en cualquier momento.

—Recuerdo que te dije que lo más seguro es que él les acompañara.

—¡No lo aseguraste! —le gritó asustando a los caballos y demostrando con qué facilidad se enfadaba—. Debían venir solo unos cuantos hombres para que acabáramos con ellos sin problemas, pero no contábamos con que viniera esa cosa.

—Esa cosa es solo un hombre y como tal lo podéis matar —le dijo quitándole importancia al asunto, pues no quería que por culpa de Rohan los Matherson se retiraran y todo su plan se le viniera abajo.

—Es un demonio —soltó con asco al mismo tiempo que algunos de sus hombres se santiguaban—. Además, me prometiste a Maisie.

—Te dije que la tendrías cuando los MacLead estuvieran desesperados, y así fuera fácil de convencerles para que sellarais la paz con vuestra boda. De esa manera os convertiríais en el nuevo laird y tendríais bajo vuestro poder el castillo de Gleann.

—Me asegurasteis que me la entregaríais cuando su padre muriera, y no veo que cumplas con tu palabra —le replicó mirándolo como quien mira a un insecto.

—Están muy cerca de desesperarse, solo hay que esperar un poco más —le aseguró tratando de que se tranquilizara, pues había oído demasiadas cosas de él y sabía que era peligroso estar cerca de él cuando se enfadaba.

—¡Quiero lo que me prometiste! —le exigió colérico.

—Y lo tendréis. Podréis disponer de vuestra esposa como deseéis al igual que del clan, pero tendréis que esperar un poco.

A esas alturas de la discusión los Matherson ya habían pasado los sacos robados a su propio carro, y el traidor estaba deseando marcharse antes de que una patrulla les descubriera, o de que ese mequetrefe de Gordon le hiciera perder la paciencia.

—Tengo un plan que pondrá a vuestros pies todo lo que deseáis.

—Lo que quiero es a los MacLead bajo mi poder, pero con ese demonio como aliado va a ser imposible. Lo que tienes que hacer es deshacerte de él.

Estaba empezando a perder la paciencia ante la estupidez y la arrogancia de Gordon, pues era evidente que la inteligencia de ese hombre era inferior a un

alfiler. Él había pensado muy bien su plan y sabía que este funcionaría a pesar de la presencia de Rohan, si esos estúpidos de los Matherson hicieran lo que él les ordenaba y dejaban de temer a ese inglés.

Olvidándose de que tenía que tranquilizar a Gordon al ser peligroso, el traidor se envalentonó y le reprochó sus últimos errores.

—Si no hubierais fallado en la emboscada y no hubierais huido como...

Enfadado Gordon sacó su espada y se la colocó en el cuello, retándolo con una fría mirada a que continuara hablando. Estaba cansado de aguantar los insultos de ese hombrecillo que se creía superior a él y a sus hombres, cuando en realidad solo era un cobarde que necesitaba de otros para que pelearan en su nombre. Enfurecido agarró con más fuerza su espada y le dijo con toda la frialdad que pudo reunir:

—Termina esa frase y te mato.

Viendo su vida peligrar, el traidor trató de tragar saliva, mientras sentía el acero frío y cortante en su cuello y como un hilo de sangre empezaba a manar de la pequeña herida. Solo entonces comprendió el error que había cometido al enfurecerlo, y trató de controlar su miedo para no parecer asustado ante ese lunático asesino.

Por ello decidió permanecer callado mientras Gordon continuaba con sus amenazas e insultos.

—Tú no eres nadie para decirme qué debo hacer, y menos aún para hablarme así. Ese demonio usó su magia contra nosotros sin que pudiéramos hacer nada, ya que si hubiera luchado como un hombre ahora tendría su cabeza en el salón de mi casa.

Tragando con dificultad el traidor siguió en silencio, al no querer recordarle de nuevo que ese extranjero no era ningún demonio ni había utilizado su magia. Lo único que hizo fue estarse quieto para que no agrandara la herida al tener la espada pegada a su carne, ya que cualquier movimiento, por pequeño que fuera, le hacía crecer el corte.

Por su parte Gordon estaba disfrutando al ver a ese hombrecillo tan callado y sumiso, y sobre todo al haberle bajado los humos de grandeza. Creía que su inteligencia podría salvarle del peligro en una tierra donde la fuerza bruta reinaba, y donde él mandaba con mano de hierro.

Sabiendo que la próxima vez se lo pensaría dos veces antes de volver a reprocharle nada, bajó su espada al mismo tiempo que se reía de él para hacer que su vergüenza se acrecentara.

—Si aún estás vivo es porque me eres útil, así que haz bien tu trabajo y deshazte de ese engendro —le dijo con prepotencia.

Asustado, aunque visiblemente aliviado, el traidor se llevó las manos al cuello lastimado, jurando en silencio que algún día le pagaría por esa humillación, pero ahora, al verse en inferioridad de condiciones y sabiendo que lo necesitaba, optó por ser más prudente y mostrarse dócil.

—¿Y cómo pretendéis que lo haga? No soy un guerrero —le indicó bajando la mirada para que Gordon creyera que le tenía miedo.

Al verle en una actitud tan mansa Gordon rió complacido, acercando su caballo para colocarse a su lado en una muestra desafiante de orgullo.

—No presumes siempre de que eres muy listo, pues demuéstalo.

La risa de los hombres crispó al traidor al haber sido humillado de nuevo, y se dijo para calmarse que pronto llegaría su turno y sería él quien terminara riéndose. Fue entonces cuando una idea se le pasó por la cabeza, decidiendo en ese momento que prefería matar a Maisie antes de que ese patán la hiciera su esposa y disfrutara de ella.

Sabiendo que pronto pondría a los Matherson en su lugar demostrándoles que de él nadie se reía contuvo la sonrisa, y se dispuso a demostrarles que gracias a él resolverían el problema; aunque hubiera sido mejor que se callara, o por lo menos que su egocentrismo no hubiera intervenido, pues su forma de ser se parecía demasiado a la de Gordon.

—Si no os entrometéis, y me dejáis a mí el asunto, conseguiré deshacerme de él. Pero debéis seguir mis instrucciones al pie de la letra para que todo funcione.

Al escucharle las risas de los Matherson cesaron y pasaron a mirarle con aversión, resultando evidente que sus palabras les habían ofendido.

Él pudo percibir el odio que manaba de cada uno de ellos, así como las ganas que estos tenían de matarle. Lo podía notar en cada fibra de su cuerpo como cientos de agujas clavándose en su piel, aunque no le importó en absoluto al saber que si se deshacían de él se quedarían sin ninguna posibilidad de

apoderarse del clan de los MacLead.

Era lo suficientemente inteligente para saber que su ambición les frenaría, como también sabía que entre todos los Matherson no había ni uno solo con el suficiente cerebro como para decirles qué tenían que hacer para conseguir lo que tanto ansiaban.

Pero con lo que no contaba era con la poca paciencia que tenía Gordon y su vena violenta, pues ya estaba más que cansado de aguantar sus impertinencias y su falta de respeto.

—Sois un hombrecillo molesto y maleducado, y algún día te haré tragar cada palabra.

—Entonces es una suerte que me necesitéis para conseguir lo que más deseáis.

Mirándole con aborrecimiento y una furia que iba en aumento Gordon se contuvo de clavarle la espada en el vientre, y ver complacido cómo se desangraba ante sus ojos.

—Me convenciste para que me aliara contigo prometiéndome a tu propio clan. Me hicisteis creer que casándome con esa mujer me sería más fácil tener lo que deseo, y además tendría el placer de hacer con esa engreída de Maisie lo que quisiera. Pero si no cumples con lo que me prometiste y me entregas lo que es mío, voy a arrancarte las tripas con mis propias manos.

La amenaza consiguió estremecer al traidor de nuevo, pues vio en sus ojos que le estaba diciendo la verdad y que disfrutaría con su tormento. Por eso decidió ser cauto y aparentar que su amenaza le había asustado, aunque cada vez le costaba más permanecer callado y sumiso ante ese hombre.

—Os prometí a mi clan y os lo daré, pero debéis seguir mi plan —le indicó con sutileza, complaciendo a Gordon al confundir su cambio de talante con miedo.

—Está bien, cuéntame qué tienes pensado.

—He traído unos cuantos tartanes de mi clan para que vuestros hombres se hagan pasar por MacLead, y a última hora de la tarde de mañana, cuando todos regresen para dormir bajo el refugio del castillo, un par de vuestros guerreros se cuelen confundiéndose entre ellos.

—¿Y podrán pasar sin más? —le preguntó Gordon escéptico.

—Me ocuparé personalmente de que así suceda —le aseguró con altanería, para demostrarle que sin su ayuda no conseguiría nada.

—Y luego, ¿qué?

—Una vez dentro tendrán que esconderse en los establos hasta que aparezca Maisie y puedan secuestrarla. Encontrarán un carro preparado para que la escondan dentro atada y amordazada, y solo tendrán que volver a cruzar el portón antes de que cierren.

—¿Y si ella no llega a tiempo y mis hombres se quedan encerrados dentro?

—No llegará tarde —le aseguró—. Sé cómo hacer para que esa mujer no se retrase.

—No estoy seguro de ese plan, demasiadas cosas pueden torcerse.

—No si yo me ocupo de ello —le dijo hinchando su pecho—. Recuerde que soy alguien de confianza en el clan, y si las puertas se llegaran a cerrar con vuestros hombres dentro, me sería fácil buscar una excusa para que ellos salieran.

—Lo que sí recuerdo es que hace unos minutos te quejabas de que al llegar tarde te poníamos en peligro, ¿y ahora presumes de que puedes entrar y salir del castillo cuando quieras sin que pase nada? —le soltó en tono irónico, como si no creyera en sus palabras.

Enfadado al saber que se estaba riendo de él y que no confiaba en que fuera capaz de cumplir su promesa, irguió los hombros que aún mantenía bajos para parecer sumiso, y le miró con ojos desafiantes.

—No temía que me vieran fuera, sino que me pillaran guiando un carro lleno de suministros robados.

Gordon calló al darse cuenta de que tenía razón, pues en más de una ocasión le había demostrado que su gente confiaba en él, y reconocía que le hubiera sido difícil demostrar su inocencia, si le hubieran cogido con el carro lleno de los sacos robados en el castillo.

—¿Y luego qué? —le preguntó Gordon al no querer seguir hablando de ese tema, pues se estaba cansando de esa conversación y sobre todo de ese hombrecillo.

—Una vez fuera del castillo la traerán hasta aquí, y solo tendrán que

esperarme para que les entregue el resto de los víveres. Después, fingiremos que me habéis secuestrado, y la convenceré de que la única salida para salvarnos y lograr la paz es casándose con vos.

Gordon se echó a reír al escuchar su plan, pues aunque había algunos detalles que no estaba seguro de que saliera bien, en conjunto le gustaba. Pero había un detalle que se le escapaba a ese hombre y quería soltárselo a la cara.

—Conozco bien el carácter de Maisie y no creo que se deje convencer fácilmente para que se case conmigo.

Mostrando una sonrisa irónica, el traidor le respondió:

—Esa es la parte más fácil, solo tendréis que forzarla esa misma noche y no le quedará más remedio. Además, yo estaré ahí para hacer que comprenda que uniéndose a vuestro clan las rencillas terminarán, y ambos clanes podrán vivir en paz.

La carcajada de Gordon se escuchó por todo el bosque, mientras el hombrecillo maldecía el poco cerebro que demostraba al hacer ruido, cuando en cualquier momento podían ser descubiertos por patrullas de los MacLead.

—Me gusta como piensas —acabó diciendo Gordon—, aunque estoy convencido que esa mujer no se doblegará fácilmente.

—Entonces tendréis que demostrarle quién manda sobre ella mientras estéis gozando entre sus piernas —le dijo sonriente, aunque sabía que ese hombre jamás tendría la oportunidad de ponerle las manos encima a Maisie.

Si bien era cierto que tenía pensado ese plan desde hacía unas semanas, el encuentro de esa noche le había hecho cambiar de idea, y ahora tras el secuestro de Maisie tenía pensada una sorpresa para los Matherson y así castigar a Gordon por dejarlo en ridículo. Aunque por supuesto Gordon no debía enterarse de su cambio de planes si quería salir con vida de ese encuentro.

—Está bien, seguiremos tu plan —le informó el orgulloso laird complacido, mientras se relamía al pensar cuánto disfrutaría poseyendo a esa arpía vanidosa.

—Entonces mandaré a Maisie a última hora de la tarde a los establos. Procurad que vuestros hombres estén ahí esperándola para llevársela cuanto antes.

Gordon asintió satisfecho, pero cuando vio que el traidor se disponía a

marcharse al dar por concluido el encuentro, no quiso perder la oportunidad de reírse de él y acabó diciéndole:

—Quiero a los MacLead y en especial a esa mujercita que les da órdenes, y luego, cuando me haya cansado de ella y mis hombres la hayan probado, te la pasaré para que montes a una mujer por primera vez en tu vida.

Las risas de los Matherson volvieron a sonar por el bosque, mientras el traidor sonrojado por la rabia giraba el carro para marcharse. Pero Gordon aún no había acabado con él al querer humillarle hasta el fondo y continuó diciéndole:

—No creo que ella ponga entonces mucha resistencia, ni siquiera contigo.

Rabioso, pero sobre todo convencido de que esa noche ese petulante de Gordon recibiría una buena sorpresa, se marchó decidido a darle un escarmiento.

Había estado pensando durante días en cómo acabar con todo esto, y hasta ahora no le había importado que Maisie terminara en las manos de ese hombre para que hiciera con ella lo que se le antojara, siempre y cuando él acabara con el control de los MacLead. Pero al haber sido humillado por ese pelele que no le llegaba en inteligencia ni a la suela de sus zapatos, decidió cambiar el plan original por otro en el que Gordon acabara perdiendo todo lo que deseaba.

Quería que se diera cuenta de que lo había estado utilizando para ser él quien se quedara al mando de los MacLead, poniendo en peligro a sus hombres a cambio de unos cuantos sacos de trigo y unos barriles de cerveza.

Sonrió al pensar qué cara se le quedaría Gordon cuando se diera cuenta de que tanto Maisie como el castillo de Gleann nunca serían suyos, y de que había estado muy cerca de conseguir lo que más ansiaba y él se lo había negado.

Pero tenía que tener cuidado si no quería que sospechara algo, ya que necesitaba que al día siguiente la secuestraran como habían acordado, pues era imprescindible que ella estuviera en peligro para que su plan diera resultado.

Escuchando las risas de los Matherson al fondo; al igual que más de un comentario ofensivo de los hombres a lo que le haría su laird a Maisie la noche siguiente, el traidor se alejó disfrutando en silencio del dulce sabor de la venganza que se estaba aproximando.

—Reiros ahora —soltó en voz baja para que nadie le escuchara—, que mañana me tocará reír a mí.

CAPÍTULO 10



Después de una larga y silenciosa cena Maisie supo que le debía una disculpa a Rohan, al haberlo ofendido esa tarde con su pregunta.

Jamás había pretendido deshonrarle, pero era evidente que Rohan había tomado su oferta como un insulto, cuando en realidad se trataba de una muestra de gratitud. Pero lo que más le dolió fue ver la desilusión cuando vislumbró el interior de Rohan, entristeciéndola al haberlo defraudado al pensar que sería capaz de aceptar dinero a cambio de su espada.

Abatida, sabía que tenía que rectificar su error lo antes posible, pues no estaba segura de poder soportar el reproche de sus ojos cada vez que lo mirara. Decidida a rebajarse para pedirle disculpas se retiró a sus aposentos, para así pensar qué le diría cuando lo tuviera delante. Esperó impaciente de un lado a otro de su estancia repasando qué le diría, y retorciéndose las manos cada vez que oía un ruido.

Después de aguantar veinte interminables minutos escuchó sus fuertes pisadas resonando en el pasillo, y tras oír cómo este cerraba la puerta de su aposento, salió decidida hacia la habitación que le había asignado como invitado de honor al final del corredor.

Acelerando el paso para que ningún sirviente la viera, y para no darle tiempo a Rohan a desvestirse, se acercó a la puerta y llamó suavemente para que solo él lo escuchara.

—Ya avisé a Angus de que esta noche no iba a necesitar...

La voz de Rohan calló al abrir la puerta y encontrarse a Maisie frente a él, esperando para entrar en su recámara a unas horas tan poco apropiadas para un encuentro entre una dama y un caballero. Sobre todo porque la mujer perdería su reputación si alguien los viera, y porque a él le costaría un tremendo esfuerzo

tenerla a solas en su habitación.

Los recuerdos de cientos de noches donde ella aparecía desnuda frente a su puerta pidiéndole que le hiciera el amor lo paralizaron, al hacerle dudar si lo que estaba viendo era real o formaba parte de una fantasía.

—Si me permite unos minutos debo hablar con usted.

Escucharla le devolvió a la realidad, y supo que la mujer que tenía ante él era de carne y hueso.

—No creo...

Las voces de alguien acercándose por el pasillo acallaron sus palabras, y sin ni siquiera pensarlo, tiró de ella para pasarla a su recámara y así poder cerrar la puerta antes de que alguien la viera.

Maisie por su parte no se había esperado quedarse atontada al tenerlo frente a ella, y simplemente se dejó llevar cuando Rohan tiró de su brazo para después cerrar la puerta a toda prisa.

En silencio ambos escucharon atentos como las voces se acercaban para después alejarse por el pasillo, quedándose más tranquilos al saber que no habían sido descubiertos.

Solo entonces los dos se percataron de que se encontraban en una situación comprometida, y de que debían tener cuidado si no querían que todo el asunto acabara mal para ambos. Algo evidente si se tenía en cuenta la forma tan intensa con que Rohan la miraba.

Nerviosa por su escrutinio Maisie se bloqueó quedándose en silencio, y teniendo que apartar la mirada de su rostro para que así su respiración se normalizara. Fue entonces cuando embobada observó los objetos personales de Rohan esparcidos por la recámara, dándose cuenta de que ante ella se encontraba una parte muy íntima de la personalidad de Rohan que se había visto forzado a compartir con ella.

—¿Quería hablar conmigo, mi señora? —tuvo que decir Rohan cuando salió de su ensoñación, al percatarse de que permanecía callada y expectante mientras contemplaba su habitación.

Al escuchar su voz Maisie pudo salir del trance en el que estaba sumergida, volviendo a jugar con sus manos al estar inquieta.

—Veréis, he venido a pedir os perdón por haberos ofendido. La verdad es que no pretendía hacerlo cuando os pregunté qué pediríais como pago por vuestros servicios, pero os juro por mi honor que no busqué insultaros.

Asombrado Rohan la miró más detenidamente al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Habéis venido por ello?

—No quiero que penséis que os considero un mercenario, pues jamás se me había pasado semejante idea por la cabeza.

Si bien esa tarde le habían dolido sus palabras, y no se había sentido con ánimos para entablar una conversación con ella en la cena, verla ahí, frente a él arriesgando su reputación a cambio de aclarar su comentario, le hizo darse cuenta de que su enfado no tenía lugar al no haberle ofrecido la recompensa con el propósito de humillarle, sino como muestra de su agradecimiento.

Verla ante él tan desamparada y a la vez tan segura de sí misma le conmovió, y le hizo pensar que la única retribución que aceptaría sería probar esos labios que le pedían a gritos que la besara.

Sabiendo que jamás se cumpliría su deseo, pues el pago sería mucho más valioso que sus servicios, suspiró resignado, recordando que su honor como caballero le exigía que respetara la virtud de una dama, más aún si esta era doncella.

—Acepto vuestras disculpas, y si así lo deseáis, por mi parte no hay ningún inconveniente para que olvidemos el asunto.

Su pronta respuesta perdonándola y queriendo dejar atrás el malentendido la sorprendió, pues venía decidida a convencerle de que todo había sido un error, y ahora se encontraba tan impresionada que no sabía qué decirle. Aunque el hecho de estar en su recámara oliendo su aroma y notando su cercanía, estaba consiguiendo que le costara pensar y pudiera contestar a tiempo y de forma coherente.

—En ese caso, dejemos el problema atrás y sigamos como hasta ahora.

Rohan la sonrió consiguiendo que sus piernas le temblaran y reaccionara devolviéndole la sonrisa, deseando poder sentarse durante un instante e intentar calmar su respiración acelerada. Por desgracia ninguna parte de su cuerpo le hizo caso, y tuvo que conformarse con quedarse paralizada ante él mientras le

sonreía.

Tenerla justo enfrente ofreciéndole su sonrisa le hizo darse cuenta de por qué se había enfadado tanto esa tarde, y es que desde que la había conocido, había sido importante todo lo que ella pensara de él, al anhelar que lo viera como un hombre capaz de cualquier hazaña si ella se lo pidiera.

Le gustaba la idea de que se preocupara por él, como lo hacía con la gente de su clan, aunque algo le decía que estaba naciendo en su interior un sentimiento posesivo que nada tenía que ver con el respeto y sí con el amor.

—Yo... —empezó a decir nerviosa—...creo que debería irme.

Justo en el momento en que pronunciaba esas palabras algo que estaba sobre la cama de Rohan llamó su atención, y centrándose en reconocer de qué se trataba se quedó muy quieta observándolo hasta que su curiosidad pudo con ella.

—¿Qué es eso? —le preguntó mientras se acercaba unos pasos, y pudo distinguir una tosca cruz hecha con ramas de árbol del tamaño de una palma de la mano.

Demostrando tener unos reflejos de felino Rohan se adelantó y la cogió antes de que ella pudiera hacerlo, para después pasar la mirada por la habitación, como queriendo descubrir si había más objetos que no quería que ella encontrara.

—¿Es lo que creo que es?

Sabiendo lo persistente que era Maisie cuando quería enterarse de algo, Rohan se sintió acorralado y supo que tendría que darle una respuesta cuanto antes, si no quería que acabara registrando su cuarto.

—Solo es una cruz —le contestó quitándole importancia.

—No es solo una cruz —soltó ella enfadada—, es la cruz de Serbal^[18].

Arrebatándole la cruz de las manos, Maisie la observó de cerca, comprobando que no se había equivocado en su suposición.

—Es humillante que alguien le haya hecho esto —dijo indignada y sin atreverse a mirarlo a la cara—. Le pido perdón en nombre del clan por esta falta de respeto, y le prometo que daré con el culpable para hacérselo pagar.

Rohan no sabía cómo sentirse al ver su reacción. Por un lado era cierto que se había avergonzado cuando ella había visto la cruz y por eso había intentado

quitarle importancia, pues no quería recordarle que algunas personas del clan le seguían considerando un ser maligno. Estaba convencido que no soportaría si dejaba de mirarle como lo había hecho desde el principio, y empezaba a temerle como hacían todos los demás.

Tenía muy presente que ella era la única persona que había conocido a lo largo de su vida que no le había mirado con recelo, y le había dado la oportunidad de demostrar cómo era en realidad antes de juzgarle.

Por eso le resultaba tan importante lo que ella pensara sobre él, ya que sentía una necesidad de agradarla y de hacerla ver que era un hombre como cualquier otro, y que incluso gracias a ella se había atrevido a soñar.

—No tiene importancia —le dijo tratando de no parecer inquieto, ya que quería que ese incidente pasara cuando antes y así volver a sentirse normal.

—Sí la tiene, vos llegasteis para ayudarnos y desde ese primer momento no hemos parado de insultarlo y juzgarlo. Incluso yo le he ofendido con mi estúpido comentario.

—Acordamos que lo olvidaríamos —soltó colocándose ante ella y quitándole la cruz, como si con ello el tema quedara zanjado—. Además, no es la primera vez que me regalan este tipo de cosas, y desde hace semanas apenas recibo una cruz cada tres días.

Con toda la naturalidad que pudo reunir se encogió de hombros, y lanzó la cruz a una esquina del cuarto donde había un buen montón de objetos. Fue entonces cuando se percató del puñado de velas, inciensos, clavos de hierro y de más amuletos, entre los que se encontraba un collar hecho de ajos que supuestamente ahuyentaba a las brujas.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Maisie al ver por primera vez ese montículo—. ¿Desde cuándo lleva recibiendo estos artículos?

La indignación que mostró le hizo gracia, pues verla tan exaltada al colocarse con los brazos en jarra y mirando el montón de amuletos como si quisiera quemarlos con la mirada, le hizo comprender que se preocupaba por él como lo hacía con la gente que apreciaba.

Tener conciencia de ello le hizo olvidar la vergüenza que pudo haber sentido por si le miraba con aprensión, pero al ver que no era el caso se sintió más seguro de sí mismo, y comenzó a sonreír al verlo todo de forma diferente.

—En realidad, John y yo esperamos tener una buena colección de estos amuletos cuando nos marchemos. Pensamos que en la capital podremos sacar una fortuna vendiéndoselas a las viejecitas cuando salgan de la iglesia.

Por un segundo Maisie le miró como si estuviera loco, hasta que vio el brillo travieso de sus ojos y se dio cuenta de que estaba bromeando. Fue entonces cuando no pudo aguantar la carcajada, y ambos comenzaron a reír como si fuera la cosa más graciosa del mundo.

—Sois muy gentil al enfrentaros a este asunto con humor, aunque no debéis tomarlo a la ligera —le indicó ella intentando que sus palabras sonaran a reprimenda.

—Y no lo hago, pero, ¿no creéis que es mejor aceptarlo con humor que amargarme por cómo me vean todos?

Maisie comprendió entonces que la forma de Rohan de enfrentarse al asunto con ironía era en realidad un escudo, para así protegerse de la maldad que se encontraba a diario y de la que era complicado escapar.

Entendió que después de toda una vida viviendo una y otra vez todo ese odio, debía resguardarse de alguna manera, y se enorgulleció aún más de él al haber elegido el ingenio y la comprensión antes que el resentimiento y el ostracismo.

—Tenéis razón. Y ahora que lo pienso, os admiro aún más por vuestra forma de ser. Muy pocas personas hubieran sido capaces de resistir tantos años de malicia y hostilidad sin haber sucumbido a la amargura.

A Rohan le hubiera gustado decirle que en realidad su vida sí había estado sumida en esa amargura, así como en la soledad y el abatimiento, pero que había sido ella la que le había dado luz y esperanza para poder seguir adelante.

Pero no quería que supiera que tenía tanto poder sobre él, o que sintiera lástima al comprender que en su vida solo había habido sombras.

—No debéis admirarme, mi señora. No lo merezco —le dijo casi en un susurro.

—Os equivocáis sir Rohan, os merecéis estos y muchos más elogios.

El brillo en los ojos de ella cegó a Rohan por un instante, consiguiendo que se olvidara de todos y de todo. Por unos segundos solo fueron un hombre y una mujer que se contaban con la mirada muchas más confianzas que usando

palabras, pues en sus ojos había una verdad que jamás se atreverían a decir en voz alta.

Absorto al observar cada tono del verde de sus iris Rohan no se percató de haberse aproximado a ella, ni advirtió cómo su mano se acercaba a sus cabellos para coger un mechón y retenerlo entre sus dedos. Había ansiado tanto sentir su tacto y oler su aroma que no supo distinguir la realidad de la fantasía, y creyó, al estar bajo el conjuro de su anhelo, que estaba sumido en un sueño.

—Maisie.

Se escuchó decir a lo lejos, notando el dulce aliento de la mujer que codiciaba cerca de sus labios. Por un instante se debatió si debía seguir su impulso y acercar su boca a la suya; como parecía estar pidiéndole ella, o si debía adentrarse en la agonía de no probar lo que tan fácilmente se le ofrecía y él tanto ansiaba.

Pero cuando Maisie cerró sus ojos y entreabrió los labios no pudo resistirse por más tiempo, y acercó su boca a la de ella dispuesto a perder su alma a cambio de probar sus besos.

Por otro lado, Maisie no sabía qué la había impulsado a permanecer quieta frente a Rohan, ni cómo se había atrevido a desafiarle al ofrecerle su boca para que la poseyera. Solo sabía que no había en el mundo otra cosa que no deseara más que fundirse entre sus brazos, y probar lo que era sentir la dulzura de una boca que tanto la tentaba.

Se encontraba tan sumida en el hechizo de su cercanía, que solo cuando notó el roce de su lengua jugueteando con la suya se dio cuenta de que su primer beso no podía habérselo entregado a nadie más que a él, pues solo entonces este podría haberlo considerado perfecto.

Maisie no supo en qué momento Rohan la había abrazado con fuerza acercándola a su cuerpo, ni cuándo ambos habían perdido el control y se entregaron por completo sin importar el mañana, el qué dirán o los miedos, dejándose llevar sin sentirse culpables. En ese momento únicamente fueron dos amantes que se lo entregaban todo en un dulce beso, mientras buscaban con cada caricia encontrar ese anhelo que habían sentido desde la primera vez que se vieron, y que nunca antes habían experimentado.

Cuando por fin Rohan pudo apartar sus labios de los de Maisie estos se precipitaron por su rostro y por su cuello, bebiendo de cada centímetro de su piel

como si fuera un sediento en medio de un oasis. Fue entonces cuando tomó consciencia de cómo sus manos se deslizaban por su espalda, y cómo la apretaba contra sí como si fuera su único salvavidas, haciéndole sentir una explosión tan fuerte en su pecho, que le asustó por su intensidad y por la sensación tan nueva y placentera que estaba percibiendo.

En ese instante se percató que durante toda su vida se había encaminado hacia ese preciso momento, centrando su existencia en esa mujer que estaba arrasando sus creencias y su ser con un simple beso.

No sabía en qué momento había conseguido el valor para hacer algo que hasta ahora nunca se había atrevido, pero cuando se dio cuenta de la intensidad de lo que estaba sintiendo se asustó y retrocedió temeroso.

Ante él se encontraba la viva imagen de la perfección y la lujuria, pues Maisie se hallaba aún entre sus brazos con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Solo reuniendo toda su fuerza de voluntad consiguió bajar sus brazos para dejar de tocarla, y sintiéndose un cobarde por abandonarla, retrocedió unos pasos mientras recordaba con toda claridad cómo sus lenguas habían bailado la música que había sonado dentro de sus corazones.

Sabía que si se alejaba de ella jamás lo superaría, pues nunca había deseado tanto algo como ahora la deseaba. Reconocía que estaba mal lo que estaba haciendo al aprovecharse de su inocencia, pues era más que evidente que nunca podría ser suya, y aun así se negaba a aceptarlo queriéndola marcar con la pasión de su cuerpo.

Convencido de que siempre recordaría ese instante como el más bello de su vida, volvió a retroceder, sintiéndose como un traidor cuando ella abrió los ojos y le miró extrañada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Maisie, pues en su ingenuidad no se había dado cuenta de que nunca podrían compartir otra cosa que no fuera ese único beso.

—Lo siento —se disculpó notando como su pecho le dolía con cada palabra que pronunciaba—. No debí haberme dejado llevar.

—Pero Rohan...

El dolor se intensificó hasta hacerse insoportable al escuchar cómo decía su nombre con tanta dulzura. Cerrando con fuerza sus puños, Rohan centró todas sus fuerzas en permanecer inalterable, para que ella no percibiera su deseo y

acabara marchándose.

Pero el don de Maisie sí le hacía ver ese deseo al igual que ese dolor, y por eso no se explicaba cómo podía renunciar tan fácilmente a algo que tanto anhelaba, cuando a ella le estaba resultando imposible con tan solo pensarlo.

—Ha sido una falta de respeto por mi parte, señora, y le prometo que no volverá a ocurrir.

La frialdad de su voz le hirió con más intensidad que mil dagas clavadas en su pecho, y se sintió desfallecer al comprender que él renunciaba a tenerla conformándose con un único beso.

—Entiendo —consiguió decir, a pesar de la amargura que la llenaba y del deseo de salir corriendo para dejarse llevar por su dolor.

Sin querer mostrar el sufrimiento que le estaba causando su indiferencia ante lo que estaba sintiendo, Maisie se irguió dispuesta a salir de ese cuarto con toda la dignidad que le fuera posible.

Por mucho que le deseara, y mucho se temía que le amara, no estaba dispuesta a suplicar por su amor, ni quería dejarle ver que había visto en su interior lo mucho que la necesitaba. Se dijo que si para él era tan fácil y cómodo renunciar a sus emociones, entonces para ella también lo sería, y le demostraría que en cuestión de sentimientos las mujeres eran igual de obstinadas que los hombres.

Notándose mareada se separó unos pasos, y tras mirarle a los ojos y ver como él los apartaba, se dirigió a la puerta.

—Espero que nunca se arrepienta de esta decisión, sir Rohan, porque jamás volverá a estar tan cerca de conseguir lo que desea.

Y sin más se marchó dejando a Rohan destrozado, pues sabía perfectamente que se acababa de alejar la única mujer que podría haberle entregado el cielo.

Estaba convencido que desde ahora y hasta el fin de su vida, a cada segundo que pasara más se arrepentiría de esta decisión, pero estaba convencido que una dama como ella, con tanto que ofrecer y que experimentar, no podría conformarse con un hombre que solo atraía al odio y a la muerte.

Se repitió una y mil veces que su sacrificio era por su bien, aunque él tuviera que sufrir una auténtica tortura al renunciar a ella.

Convirtiendo su corazón en un témpano de hielo Rohan se maldijo, y por primera vez en su vida se dio cuenta de que en efecto estaba maldito.

CAPÍTULO 11



Se sentía una cobarde al llevar todo el día escondiéndose de Rohan, pero era incapaz de mirarle a la cara después de lo acontecido la noche anterior.

Desde que salió de la recámara de Rohan no había podido quitarse de la cabeza aquel maravilloso beso, como tampoco pudo olvidar la vergüenza que sintió cuando la rechazó y tuvo que salir de sus aposentos tragándose su orgullo y con el corazón roto.

Pero sobre todo se sintió una estúpida al no poder apartar de sus recuerdos como fue notar el roce de sus labios y saborear la dulzura de su boca, así como descubrir el suave y cálido tacto de sus manos en su piel y percibir la fuerza de sus brazos al estrecharla.

Sin lugar a dudas debía ser una estúpida al seguir deseándole después del desplante que le había hecho, pero no podía evitar amarle como lo hacía aunque él no sintiera lo mismo, o no quisiera admitirlo.

En las largas horas de vigilia pensó si merecía la pena amar a un hombre que se rendía tan fácilmente, dejándose vencer por las adversidades a las que se tendrían que enfrentar si quisieran estar juntos, o lo que era peor, al creer que sus sentimientos no eran lo suficientemente fuertes como para vencer los problemas que se les presentara.

Trató de ponerse en su lugar para entender qué le frenaba a seguir adelante o qué era lo que tanto temía, aunque no podía dejar de creer que si de verdad la amara nada podría separarles. Pero por mucho que se repetía que él no sentía lo mismo por ella no podía olvidar que había vislumbrado su amor en sus ojos cuando sus miradas se cruzaban, o que lo había sentido en ese beso en el que se había entregado por entero hasta que sus temores les habían separado.

Comprendía ese miedo porque ella también lo sentía, pero por lo menos

tenía el valor de reconocer que lo amaba y que si por ella fuera le daría una oportunidad a su relación. Aunque debía admitir que esta idea la asustaba, al saber que el clan se opondría a que estuvieran juntos al ser él un inglés y no tener mucho que ofrecerle, salvo su maldición y un pasado oscuro y lleno de soledad.

Mirando a su alrededor desde la puerta de la torre del homenaje vio el patio que se extendía ante sus ojos, y contempló a las gentes de su clan que iban de un lado a otro ajenos al dolor que emanaba de su corazón.

Por ellos estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa, como entregarles su vida, pero si Rohan le hubiera dado un solo indicio de que estaba dispuesto a todo por ella, se hubiera enfrentado a ellos con tal de preservarlo a su lado.

Sabía que esta resolución la había tomado estando entre los brazos de Rohan la noche anterior, pues solo entonces se había dado cuenta de lo que verdaderamente sentía por él. Hasta entonces no había sabido con qué intensidad se puede llegar a amar, y cómo se puede crear un vínculo tan poderoso entre dos personas con un solo beso, que no se puede explicar pero que se siente cada vez que lo tienes cerca.

Por ello ese beso había supuesto para ella todo un descubrimiento, pues solo entonces había comprendido que él era y siempre sería el hombre que le daría sentido a su vida.

Por eso le había dolido tanto su rechazo, pues entendía que para él no había significado lo mismo. De ser así le hubiera sido imposible haberla dejado marchar, renunciando a lo más maravilloso que había conocido.

Percatarse de ello había sido lo más doloroso que había experimentado en su vida, y por eso no se sentía preparada para tenerlo frente a ella, pues temía cuál sería su reacción al saber que por mucho que lo deseara nunca tendría a su alcance aquello que más anhelaba.

Elevando su mirada al cielo dejó que el viento acariciara su cara, pidiéndole al Todopoderoso que le permitiera olvidarle para dejar de sentir ese dolor tan intenso que sentía en su pecho. Pero su pena fue en aumento cuando se percató con desagrado que Rohan también la había estado esquivando, al estar las horas del día a punto de desvanecerse y no haberlo visto. Fue entonces cuando sintió unas ganas enormes de llorar al comprender que significaba el final de lo que pudo haber sido un gran amor, pues si de verdad la amara no

hubiera podido permanecer separado de ella.

Estaba tan sumida en su pesar que ni siquiera notó que el hermano Gregory se le estaba acercando, al haberla visto a lo lejos, y se sobresaltó cuando escuchó su voz.

—Mi señora, acabo de hablar con el molinero y me temo que insiste en cambiar la piedra.

Maisie se alegró de que hubiera sido el hermano Gregory quien la hubiera encontrado en esas condiciones, pues él era un hombre tan despistado; o tan ajeno a los demás, que nunca se daría cuenta de las lágrimas que estaban a punto de deslizarse por sus mejillas, o de la pena que mostraba en su rostro.

El hermano Gregory siempre había demostrado ser un individuo práctico, que centraba su vida en sus creencias y en sus rezos, así como en llevar las cuentas del clan con celo extremo, como si fuera el responsable de todos o como si se tratara de su dueño.

Una actitud que en estos momentos agradecía al ser él quien se ocupara de todo sin apenas molestarla, aunque en ocasiones le había incomodado que no contara con ella para ciertos asuntos del clan, al considerar su juventud y el hecho de ser mujer como un impedimento para realizar bien el trabajo de laird.

Sabía que no era el único en el clan que pensaba de esa manera y estaban impacientes porque se casara, pero no estaba dispuesta a dejarse intimidar por ellos y unirse a un hombre solo para darles un señor al que seguir, y menos aun cuando su corazón ya tenía dueño y nunca podría volver a amar a nadie como lo amaba a él.

Pero esa tarde, mientras el sol parecía querer esconderse tras el horizonte, cansado tras un día agotador, Maisie agradeció que fuera el hermano Gregory quien la necesitara para así poder evadirse por unos instantes de su pesar.

—¿Han hablado de cuándo deberá hacerse? —le preguntó tratando de que no notara su pena.

—Él dice que debe ser lo antes posible, pero creo que no será necesario apresurarnos en cambiarla.

Ella asintió, sabiendo que el molinero tendría que suplicarle de rodillas al hermano para que este le permitiera un gasto tan importante a las cuentas del clan. Era sabido por todos que los beneficios del último año habían sido escasos,

a la vez que las pérdidas a causa de la disputa con los Matherson estaban siendo elevadas. Si a todo esto unías que el hermano Gregory era más agarrado que una hermana superiora, el resultado era que el pobre molinero se quedaría sin su piedra nueva por este año.

—Está bien, dejo el asunto en vuestras manos —acabó diciendo al no tener las fuerzas necesarias para seguir con el tema.

Fue entonces cuando se percató de que había algo distinto en el hermano Gregory, y le miró a los ojos para tratar de descubrir qué era lo que le preocupaba.

Sabía que el monje era un individuo reservado y taciturno que se relacionaba lo justo con el resto del clan, pero había algo diferente en él al parecer nervioso, estando segura de ello cuando se mostró esquivo bajando su mirada al suelo, y cuando pudo percibir que dentro de él había un secreto que lo estaba preocupando.

—¿Hay algo más que deba decirme, hermano Gregory? —inquirió para darle la oportunidad de que le hablara de ello.

—Yo... no creo —le dijo ansioso para luego callarse, dándose cuenta Maisie que en efecto estaba ocultándole algo importante.

—Si es algo sobre las cuentas, podemos reunirnos mañana a primera hora para revisarlas —le comentó, aunque estaba convencida que nada tenían que ver con ese asunto, ya que nunca se había mostrado intranquilo por ese motivo.

—No hace falta, las cuentas están bien al haberlas revisado ayer.

El sudor que empezó a correr por su frente le confirmó que algo ocultaba, y al percibir mediante su don que era algo que la podía molestar, no tuvo dudas de que se trataba de un tema relacionado con Rohan.

No se sentía preparada para hablar de él de cualquier asunto, y menos aún para defenderlo del hermano Gregory, ya que estaba convencida de que se trataba de algún reproche respecto a él. Solo esperaba que el monje no la hubiera visto salir de los aposentos de Rohan la noche pasada, pues en esos momentos no podría enfrentarse a ello.

Desesperada por encontrar una excusa que le permitiera marcharse, soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Si me disculpa, hermano Gregory, he quedado con Moira para

comprobar cómo están las reservas de plantas medicinales.

—Claro, claro.

El alivio que ambos sintieron en otro instante le hubiera hecho gracia, pero ahora solo podía pensar en librarse de aquello que tuviera que decirle, sin ni siquiera preguntarse para qué la había buscado si luego no se atrevía a contarle lo que tanto le perturbaba.

Avanzando unos pasos Maisie se alejó de él, hasta que la voz del hermano Gregory le hizo detenerse.

—Por cierto, por el camino me encontré con Ralfe y me dijo que la estaba buscando.

—¿Sabe qué es lo que quería? —preguntó curiosa mientras se volvía para mirarle, al estar sorprendida de que Ralfe no la hubiera encontrado, hasta que recordó que se había estado escondiendo durante todo el día de Rohan, y quizá por ese motivo no la hubiera visto.

—No, pero me comentó que si la encontraba le dijera que iba a estar en los establos.

—¿En los establos? ¿Ralfe?

Maisie se extrañó, ya que él nunca había mostrado interés por los caballos al no poder montarlos, además de tratarse de un lugar que no le agradaba, pero como respuesta el hermano Gregory simplemente se encogió de hombros.

—Está bien, iré a los establos a ver qué quiere.

Mirando al cielo pudo comprobar cómo este empezaba a mostrar los colores del crepúsculo, para poco después escuchar la campana que avisaba a los habitantes del castillo que la puerta estaba a punto de cerrarse durante la noche.

Deseosa de encontrar a Ralfe antes de que el sol se ocultara y las sombras oscurecieran aún más el interior del establo, se despidió del monje y se dirigió con paso decidido en su búsqueda.

Por suerte por el camino nadie la paró, ya que a esas horas todos estaban ocupados al tratar de terminar sus tareas antes de la cena, y pudo llegar con el tiempo justo antes de que empezaran a echarla de menos en la cocina.

Una vez en el establo entró decidida, frenándose en seco cuando nada más entrar la oscuridad la cubrió. Lo primero que pensó al no ver ninguna luz

encendida era que el encargado se habría marchado para hacer algún recado, y había apagado los candiles para prevenir de un posible incendio.

Aun así se sorprendió que no hubiera ningún mozo de cuadra cuidando a los caballos, y que Ralfe no se encontrara ahí esperándola cuando le había dicho al monje que estaría en ese sitio.

Queriendo acabar lo antes posible con todo aquello, ya que nada más entrar empezó a sentir un malestar que nunca antes había experimentado, avanzó recelosa unos pasos hacia el interior tratando de no tropezar con algo que estuviera caído en el suelo.

—¿Ralfe? ¿Bromic? —llamó a su primo y al encargado del establo sin obtener respuesta.

Durante unos segundos escrudiñó el oscuro interior del cobertizo sin conseguir ver nada, adentrándose unos pasos recelosos pues cuanto más tiempo permanecía en el interior peor se sentía. Sabía que en pocos minutos su vista se acostumbraría a esa negrura y podría distinguir algunas formas entre las sombras, pero la inquietud que sentía al pensar que estaba a solas y en peligro le hacía desear darse la vuelta y marcharse.

Solo cuando acababa de decidir que se iba le pareció ver a alguien moviéndose al fondo, y pensó que debía tratarse de algún individuo que se habría quedado dormido y acababa de despertarlo. Asumió que eso explicaba que lo hubieran dejado solo descansando y que hubieran apagado las luces para no molestarle, aunque le pareció curioso que tanto Bromic como los mozos dejaran su trabajo a medias por consideración a ese hombre.

Algo más aliviada al haber encontrado una explicación para que todo estuviera a oscuras y solitario volvió a adentrarse unos pasos, mientras intentaba descubrir quién era esa persona y si había visto a Ralfe antes de que ella llegara.

—¡Hola! —No obtuvo respuesta—. ¿Podrías decirme si hay alguien más aquí?

—¿Señora? —escuchó la voz de un hombre y trató de reconocerlo.

—Sí, soy yo. ¿Y tú quién eres?

Por unos segundos Maisie no escuchó nada, hasta que volvió a ver a alguien moverse al fondo del establo y de nuevo comenzó a ponerse nerviosa. Notando cómo se acrecentaba esa sensación de malestar en su interior decidió

marcharse, pues algo le decía que no se fiara de ese hombre que parecía que estuviera escondiéndose de ella.

—Soy Angus —soltó el desconocido cuando observó que ella retrocedía.

—¿Angus? —se detuvo extrañada, pues aunque conocía a un buen número de Angus seguía sin reconocer esa voz.

—¿Qué haces aquí escondido...?

Su pregunta se interrumpió cuando percibió que algo tras ella se movía con gran rapidez acercándose de forma peligrosa. Si no le hubiera pillado tan desprevenida estaba segura de que hubiera gritado, pero solo le dio tiempo a girarse para ver de qué se trataba cuando un gran bulto negro se había abalanzado sobre ella.

Lo siguiente que sintió fue una enorme mano que le tapó la boca impidiendo que continuara hablando, al mismo tiempo que un fornido brazo le rodeaba por la cintura apretándola a un sudoroso cuerpo.

—¡Ya la tengo! —escuchó asustada como decía el hombre que la había capturado.

—¡Menos mal! Creía que la zorra se daría cuenta y saldría corriendo —le respondió el hombre que estaba al fondo mientras salía de las sombras.

—No es tan lista —soltó divertido quien la retenía.

Cuando el individuo que le había dicho que se llamaba Angus se puso frente a ella, Maisie se dio cuenta de que aunque llevaba puesto los colores de su clan no lo conocía, y por la forma despectiva con que la trataban y al estar segura de que pretendían llevársela a la fuerza, supo con toda certeza de que se trataba de un Matherson.

Al fijarse más detenidamente en su aspecto descuidado, su barba abundante, su mal olor, su mirada fría y lujuriosa y la violencia con que la manejaban, no tuvo ninguna duda de que pertenecían al clan enemigo y que en esos momentos se encontraba en peligro.

No sabía cómo habían podido colarse en el castillo y conseguir que el establo se quedara a oscuras y vacío, aunque se imaginó que esos dos hombres habrían agredido a Bromic y los mozos para que no les molestaran en su plan para secuestrarla. Solo esperaba que no los hubieran asesinado por su culpa, pues si de algo estaba convencida es de que habían ido a por ella.

Fue entonces cuando recordó al hermano Gregory y su nerviosismo, así como su supuesto mensaje por parte de Ralfe para que fuera en ese momento al establo. Se dijo que no debía culparle todavía aunque todo indicaba que estaba implicado, pero se centró en pensar en cómo escaparse más que en buscar culpables.

De pronto la imagen de Rohan le vino a la mente y supo, sin lugar a dudas, que él lograría rescatarla sin problemas. Comprendió que apenas tendría una oportunidad para hacer algo que delataran las intenciones de esos dos hombres, y reunió todas sus fuerzas para dar puntapiés y tratar de morder la mano que tapaba su boca.

Solo necesitaba un instante para librarse de su agarre y así poder gritar para que alguien del patio la escuchara y diera la alarma. Convencida de que podría escaparse se resistió cuanto pudo, notando que su secuestrador era más fuerte de lo que había pensado al apenas perturbarlo.

—Sujétala con ganas —le dijo el que se hacía pasar por Angus.

—No te preocupes, esta cosita no se va a escapar.

Justo entonces Maisie logró darle bien fuerte en la espinilla, consiguiendo que el hombre gritara al haberlo lastimado.

—¡Eres idiota! —Exclamó su compinche—. Vas a conseguir que nos cojan.

Acto seguido, y sin previo aviso, el hombre que la sujetaba le dio un fuerte golpe en la cabeza con su puño dejándola inconsciente, y haciendo que el cuerpo cayera desmayado en sus brazos como si se tratara de un muñeco de paja y sin que le diera tiempo a Maisie a decir algo.

—¡Estás loco! ¿No la habrás matado?

—Descuida, no es la primera vez que golpeo a una mujer. La gatita solo está dormida —le contestó satisfecho, mientras se colocaba a Maisie en su hombro y se dirigía a una de las cuadras grandes del fondo.

—Eso espero, si Gordon se entera que la has matado va a pedir tu cabeza.

—¡Ya te he dicho que no está muerta! —Soltó con tono de fastidio—. Además, no le tengo miedo a Gordon.

—Pues deberías tenerlo. Y date prisa, que están a punto de cerrar la puerta.

Entre los dos hombres metieron a Maisie en un saco de aspillera y la colocaron extendida en un carro para después cubrirla con paja.

—¡Ya está! Vámonos cuanto antes de este sitio.

Ambos hombres se colocaron bien el tartán y con cuidado salieron del establo, para después subirse al carro y despacio, con toda naturalidad, dirigirse hacia las puertas de salida del castillo.

Por desgracia para Maisie ningún vigilante les detuvo ni inspeccionó el carro, ya que los guardias estaban más pendientes de la gente que entraba que de la que salía. Además, ninguno del clan se habría imaginado que los Matherson fueran tan osados de adentrarse tras sus murallas para secuestrar a su señora, al desconocer los planes del traidor donde supuestamente Gordon se casaría con ella para hacerse con sus tierras.

Y así, Maisie se alejó inconsciente de su hogar escondida en el carro, mientras sus dos secuestradores se bufaban de lo fácil que había sido y de lo estúpidos que eran los MacLead, olvidándose que el plan no había sido suyo, sino que provenía de una persona rencorosa que solo buscaba venganza y que vestía los colores que ellos tanto despreciaban.

CAPÍTULO 12



Suspirando Rohan volvió a mirar al castillo, sabiendo que era un cobarde al haberse pasado todo el día escondiéndose de Maisie.

Se sentía un ser despreciable por haberse marchado de esa manera la noche anterior, haciéndola creer que para él no significaba nada, cuando en realidad lo significaba todo. Pero se negaba a pensar lo que ella representaba en su vida, pues estaba convencido de que nunca podría ser suya por mucho que lo deseara, y mantener esa fantasía solo les traería más agonía.

Aun así, reconocía que habría tenido que comportarse de manera diferente, y haberle explicado que entre ellos no podía haber ningún sentimiento que fuera más fuerte que el respeto mutuo, ya que ambos pertenecían a dos mundos distintos. No solo porque él fuera inglés y ella escocesa, o porque hubieran forjado su vida en diferentes países, sino porque la vida de él estaba marcada por la soledad y el odio, mientras que la de ella procedía del amor, el respeto y el honor que le daba su clan, así como de una tierra que le transmitía su fortaleza.

Por eso resultaba imposible pedirle que lo dejara todo para empezar una nueva vida a su lado en Constantinopla, pues apartarla de sus raíces sería como robarle el alma. Estaba convencido que lejos de Escocia y de su clan ella nunca lograría ser feliz, igual que asumía que a él le sería imposible comenzar de nuevo en un lugar donde siempre sería un sassnach al que mirarían con recelo, y al que no permitirían que se uniera a su señora.

Pero todas esas ideas se desvanecían cada vez que pensaba en ella y en lo que había sido besarla, pues lo que sintió entre sus brazos había sido tan puro e intenso que jamás volvería a ser el mismo tras ese encuentro.

Enojado consigo mismo por sentir todo aquello se reprochó haber dejado

que su fascinación por ella creciera tanto, que había llegado a convertirse en un estúpido incauto que perdía la cabeza con un solo beso.

Pero por mucho que se resistiera a sus sentimientos y no quisiera pensar en ellos, debía admitir que había echado de menos su presencia, pues solo con verla llenaba su día de una felicidad que hoy no había sentido.

Quizá por eso las horas le habían pasado tan despacio y su humor había empeorado con cada minuto que se esforzaba en no ir a buscarla, pues como un tonto había creído que si trabajaba duro junto a los demás hombres no se acordaría de ella, y por eso se había mantenido ocupado durante horas preparando el campo para ser sembrado. Pero había subestimado su deseo y su necesidad por verla, y había tenido que esforzarse en lo que estaba haciendo para no abandonarlo todo e ir tras ella.

Y ahora, cansado tras una dura e interminable jornada, y tras pasar una larga noche de insomnio, Rohan agradeció escuchar cómo la campana de la almena les llamaba indicando que su jornada había terminado, y era el momento de regresar antes de que cerraran la puerta de acceso al castillo.

Secretamente al escuchar el sonido de la campana se alegró de poder ver en breve a Maisie, y se maldijo por no poder apartarla de su mente ni cuando estaba agotado y decidido a olvidarla.

—¡Por fin! —Oyó decir a John mientras este dolorido se llevaba las manos a los riñones—. Creía que nunca escucharía ese bendito sonido.

Los hombres que estaban junto a él se rieron al verlo tan cansado, sucio y malhumorado.

—Mañana recuérdame que no insista en acompañarte si vuelves a sentir el impulso de ser granjero.

—Te recuerdo que es igual de necesaria la labor de un campesino arando el campo que la de un guerrero defendiendo las murallas —le comentó Rohan, mientras se dirigían junto a los demás hombres a un lado de la siembra para recoger sus espadas, pues no podían olvidar que aún estaban en conflicto con los Matherson y podían ser atacados en cualquier momento.

—Lo sé, pero yo mañana me quedo tras las murallas.

Pese al genio que ese día tenía Rohan no pudo evitar sonreír, pues era evidente que John había nacido para llevar una vida tranquila de comerciante

más que para ser soldado o agricultor.

Echando un vistazo al cielo se dio cuenta de que las sombras de la noche pronto cubrirían el campo, y se encaminó a paso tranquilo junto a sus compañeros a la puerta de entrada, mientras estos hablaban y gastaban bromas después de un duro día de trabajo.

Ajeno al secuestro que había sufrido Maisie en el granero vio un carro cargado de paja que se alejaba del castillo rumbo al pueblo, y aunque en un principio le pareció extraño que a esas horas alguien saliera a hacer una entrega no dijo nada, y simplemente observó cómo se iba alejando despacio.

—Lo que daría por una cerveza —escuchó como uno de los hombres decía y como los demás secundaban ese deseo, consiguiendo que apartara la vista del carro y siguiera con su camino.

Una vez tras las murallas las bromas y comentarios siguieron mientras se acercaban al pozo del patio, donde todos se reunían para quitarse la mugre del campo y adecentarse para la cena, en una rutina que cada anochecer se repetía sin descanso.

No fue hasta que se sentó en la mesa cuando se percató de que las mujeres estaban alborotadas y la cena se retrasaba, como también notó que Maisie se demoraba en llegar. Por eso cuando Meg se le acercó nerviosa su vello se puso de punta temiéndose lo peor, y todo su cuerpo se tensó al notar la preocupación en el semblante de la mujer.

—Sir Rohan, no encontramos a la señora.

El mal presentimiento que percibió al ver el nerviosismo en las mujeres se acrecentó al escuchar esas palabras, al hacer realidad sus peores temores. Sin perder ni un segundo se levantó con brusquedad tirando al suelo su asiento, al tener la necesidad de hacer algo en vez de quedarse ahí sentado esperándola.

—¿Desde cuándo? —soltó exaltado asustándola.

—No lo sabemos, la señora suele acercarse a la cocina antes de que la cena se sirva para asegurarse de que todo está en orden, pero hoy no ha aparecido.

Esquivando a Meg, Rohan se dirigió a la cocina para tratar de averiguar qué estaba pasando, sin percatarse de que las personas con las que se cruzaban se apartaban a un lado atemorizadas.

—Rohan, cálmate, así solo conseguirás asustarles —escuchó como decía

John a sus espaldas.

—¿Quién fue el último en verla? —preguntó cuando entró en la cocina sin prestar atención al consejo de su amigo.

Los sirvientes temblorosos agacharon la cabeza sin que ninguno de ellos dijera nada, tal vez por miedo a enfrentarse a su mal genio o quizá al no haberla visto. Perdiendo la poca paciencia que le quedaba al temer que Maisie estuviera en peligro, y al tener la certeza de que el tiempo era crucial si su intuición y sus miedos no le engañaban, volvió a insistir al estar convencido de que alguien del castillo debía haber visto algo que podría ayudarles a dar con ella.

—¡Hablad! —les exigió exaltado.

—Sir Rohan —comenzó a decir una sirvienta asustada que sostenía con fuerza un trapo entre sus manos—. Yo la vi hablando con el hermano Gregory hace apenas media hora.

—¿Dónde?

—En el patio, cerca de las puertas del salón, milord.

Sin perder ni un segundo Rohan se volvió hacia John y le dijo:

—Busca al hermano Gregory y haz que registren todo el castillo —y añadió en voz baja para que solo él lo escuchara—. Hay algo en todo este asunto que no me gusta.

—No te preocupes, la encontraremos —le aseguró John, saliendo después de la cocina con paso decidido.

—Y vosotras dejad lo que estáis haciendo y registrad cada esquina. No quiero ver a nadie parado hasta que la encontremos.

En el acto todos los presentes comenzaron a moverse para salir de la cocina de forma precipitada, mientras Rohan se encaminaba al salón para dirigir la búsqueda. Desesperado trató de calmarse para así mantenerse cuerdo, pues a cada segundo que pasaba más desesperado se sentía.

Al poco tiempo todos los habitantes que se encontraban en el interior de la fortaleza sabían la noticia de la desaparición de su señora, y sin excepción se afanaron en buscarla siguiendo las directrices que Rohan les marcaba.

Fue gracias a esa organización que no tardaron mucho en encontrar al hermano Gregory, y ser este conducido por dos guerreros ante la presencia de

Rohan. Cuando este lo vio aparecer por la puerta del salón algo le dijo que ese hombre tenía alguna clase de información, ya que era más que evidente que estaba asustado.

En pocas zancadas Rohan lo alcanzó colocándose delante de él con aire amenazador, consiguiendo que el monje agarrara con fuerza su crucifijo. Pero Rohan no tenía paciencia en esos momentos para aguantar sus tonterías y supersticiones, y sin importarle si le creía un demonio le preguntó en actitud seca:

—¿Dónde está la señora?

El monje se sorprendió ante esta pregunta y le contestó temeroso:

—No lo sé, hace tiempo que no la veo.

Acercándose un paso más a él Rohan le miró con la mirada más fría y temible que tenía, sin tener que esforzarse mucho en conseguirla al estar a punto de agarrarlo por el cuello para que le dijese dónde estaba Maisie.

—Te vieron hablando con ella hace apenas media hora.

El hermano Gregory tuvo que alzar la vista para mirarlo, aunque hubiera preferido seguir manteniendo la vista baja, ya que al contemplar sus ojos encontró en ellos la furia más intensa que jamás hubiera visto.

—Yo... yo.

—¡Dónde está! —le gritó Rohan al haber perdido la paciencia.

—Hablé con ella sobre el molinero y... —el pobre hombre temblaba tanto que los dos guerreros que estaban tras él tuvieron que sujetarle para que no se cayera—...no recuerdo nada más.

Rohan intuía que había algo que ocultaba, aunque no sabía si lo estaba haciendo adrede o si los nervios le impedían hablar. De todas formas había presenciado demasiados interrogatorios para saber cómo sacar información a un detenido, y no le importaba poner en práctica todo lo que había aprendido sobre mutilaciones y estiramientos si con ello obtenía respuestas. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que ese hombre le contara lo que sabía, y pidió perdón al Dios del monje por lo que estaba dispuesto a hacerle.

—Le dije al hermano Gregory que la estaba buscando.

La declaración de Ralfe detuvo en seco a Rohan cuando este se disponía a

coger por el cuello de la túnica al monje, volviéndose para mirarle bajar las escaleras despacio. La pose del hombre parecía relajada en contraste con todos los demás que estaban alterados a causa de la desaparición de su señora, pero Rohan decidió que ya tenía demasiadas cosas en la cabeza para pararse a pensar en ese comportamiento.

Lo que sí le sorprendió fue el respingo que el hermano Gregory dio al oír a Ralfe, pues debería estar más asustado de él al ser él mucho más amenazador que ese lisiado. Notaba que algo estaba pasando entre esos dos hombres que no le gustaba, pero decidió escuchar la respuesta de Ralfe e intentar descubrir si alguno de los dos tenía alguna noticias sobre Maisie.

—Iba a estar en los establos y le dije al hermano que si la veía la mandara allí, pero al final me retrasé y no pude acercarme —comentó Ralfe mientras se le acercaba, aunque dejando un prudente espacio entre él y Rohan.

—¿Con qué te retrasaste? —sintió curiosidad Rohan.

Ralfe agachó la cabeza como si se avergonzara, y bajando la voz le contestó:

—Empezó a dolerme la cadera y tuve que tumbarme un rato.

Rohan no quiso preguntarle más al notar la vergüenza que estaba pasando al admitir abiertamente sus limitaciones, y se volvió a girar para preguntarle al hermano.

—Después de hablar sobre el molinero, ¿le dijiste que Ralfe la esperaba en los establos?

—Sí, creí que él estaría ahí y no pensé que estuviera haciendo nada malo —repuso visiblemente asustado.

Al observar detenidamente al monje Rohan percibió que decía la verdad, y se dio la vuelta para contemplar a Ralfe que permanecía quieto tras él mirando fijamente al hermano Gregory. Sabía que los dos ocultaban algo, pero no podía asegurar si alguno de ellos tenía que ver con la desaparición de Maisie, por lo que decidió seguir buscándola para tratar de encontrar alguna pista que le condujera a ella.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Ralfe simplemente asintió, y Rohan se alejó seguido por ambos guerreros, dejando a los dos hombres en el salón mirando cómo se marchaba a grandes

zancadas. Fue entonces cuando el aire pareció que de nuevo se hacía respirable, y los criados que lo habían presenciado todo comenzaron a moverse sin darse cuenta de las miradas que el hermano Gregory y Ralfe se lanzaban.

—Iba a informarte de que hemos encontrado a Bromic y dos mozos de cuadra atados y amordazados —comenzó a decirle John a Rohan en cuanto le vio acercarse a los establos—. Al parecer alguien les golpeó dejándoles sin sentido y no recuerdan haber visto a la señora.

Sin aligerar el paso Rohan siguió caminando hacia los establos, mientras iba uniendo en su cabeza toda la información que hasta entonces disponía, y fue entonces cuando se dio cuenta de un detalle.

La última persona que había visto a Maisie era el hermano Gregory, y este le había dicho que fuera a los establos para encontrarse con Ralfe. Después, ella había desaparecido, y ahora se encontraban a los hombres que cuidaban de los establos atados y amordazados. Todo ello solo podía significar que alguien se la había llevado en ese espacio de tiempo, y no querían que nadie diera la voz de alarma.

Fue entonces cuando recordó el carro cargado de paja que se alejaba del castillo en dirección al pueblo, cuando regresaban de los campos tras oír tocar la campana. Volvió a su memoria el pensamiento de que aquello le pareció extraño, y se reprendió el no haber hecho nada pues ahora se daba cuenta de que esa pista era muy importante.

Sobre todo porque según parecía las pruebas indicaban que había sido secuestrada y el carro podía ser la clave para encontrarla.

Conforme más pensaba en ello más convencido estaba que esa pieza del rompecabezas era la clave, y una idea le vino a la cabeza para asegurarse.

—Pregunta a los vigías de las puertas si revisaron el carro que salió justo cuando nosotros regresábamos del campo.

—¿El que estaba lleno de paja? —le preguntó John empezando a comprender lo que su amigo estaba pensando.

—Justo ese.

Y sin perder ni un solo segundo John salió corriendo hacia la puerta, dejando a Rohan dirigiéndose con paso decidido a los establos, mientras un grupo de hombres se le acercaban deseosos de ayudarle acompañándolo como si

fueran su escolta, dando la sensación de que le consideraban el único capaz en el clan de encontrar a su señora.

—Rohan —escuchó como lo llamaba Alec.

Se le veía muy preocupado por lo que estaba pasando, pero Rohan no disminuyó el ritmo y simplemente le hizo un gesto para que le acompañara y le informara.

—No la encontramos.

Se notaba que Alec lo estaba pasando mal al intuir que su señora estaba en peligro y sin saber qué hacer, por lo que acompañó a Rohan dispuesto a que él se ocupara de la búsqueda. Confiaba en que él lograría encontrarla al ver la resolución en sus ojos, pues parecía un ángel caído preparado para enfrentarse a lo que fuera con tal de localizarla.

—No creo que esté en Gleann —le aseguró Rohan sin más, mientras entraba en los establos cada vez más convencido de que la habían secuestrado, pues todo así lo indicaba.

—Pero, ¿entonces dónde está? —le preguntó confuso, pues él no sabía muchas de las cosas que habían sucedido desde que alguien la había visto por última vez.

Pero Rohan no pudo contestarle al estar más pendiente en observar cada detalle de los establos, como la paja revuelta del suelo, las huellas de un carro saliendo de este, o unas gotas de sangre que le removieron el estómago y que le hicieron suplicar al cielo para que no fueran de Maisie.

Solo cuando reparó en Bromic acercándose despacio con un paño ensangrentado en la cabeza volvió a respirar, pues esa sangre que había descubierto en el suelo podría ser de ese hombre y no de Maisie. Pero antes de que pudiera preguntar Bromic le dijo con aire pesaroso:

—Lo siento sir Rohan, nos atacaron por sorpresa y no pudimos hacer nada.

—¿Viste cuántos eran?

—No, solo pude distinguir una sombra.

Algo en su interior se contrajo al no quedar ninguna duda de que la habían secuestrado, pues aunque sus instintos así se lo indicaban desde que había advertido el nerviosismo de las mujeres en el salón, una pequeña llama en lo más

profundo de él le hacía desear estar equivocado.

Sabiendo que toda información sería imprescindible para encontrarla, se acercó a los dos mozos de cuadra que se hallaban sentados en el suelo y apoyados en la pared, con caras pálidas a causa del golpe recibido. Se notaba que ambos muchachos se sentían culpables al haber fallado a su señora, pues mantenían las cabezas agachadas sin querer mirarle.

Pero Rohan no creía que ambos muchachos hubieran tenido nada que ver con el secuestro, no solo por el chichón que se les empezaba a formar en la cabeza, sino porque aunque apenas tenía doce años el más niño y unos quince el mayor, estaba seguro que los Matherson no hubieran podido comprar su lealtad con dinero.

—Y vosotros, ¿visteis algo? —les preguntó tratando de no ser brusco para no asustarlos más de lo que ya estaban.

—No, señor, yo solo sentí el golpe —aseguró el mayor mientras el otro negaba con la cabeza.

—Yo tampoco vi nada, señor —le dijo el más joven tratando de imitar la valentía de su compañero, mientras le atendían el golpe y trataba de hacerse el valiente al no protestar por el daño que le hacían.

Rohan se sintió orgulloso de ambos al tratar de comportarse como auténticos hombres, aunque lamentaba que no pudieran decirle nada. Dispuesto a seguir adelante se dio la vuelta, encontrándose de frente con un muchacho de unos siete años que salía atemorizado de una de las cuadras, todo cubierto de paja y con los ojos como platos.

—Señor, yo me quedé dormido porque estuve enfermo toda la noche —le dijo sin atreverse a acercarse—, y escuché como dos hombres hablaban mientras una mujer gemía y pataleaba. Luego ella no dijo nada y ellos empezaron a discutir mientras se subían a un carro y se marchaban.

Al oírle Rohan ya tuvo la certeza de lo que había sucedido, y lo que era más importante, ahora sabía con seguridad como Maisie había desaparecido. Le hubiera gustado coger en brazos al muchacho para vitorearlo al haberle ofrecido una pista que le daba esperanza, pero no quería asustar más al chico y además tenía mucha prisa.

—Lo siento si no dije nada antes, pero no quería que me castigaran por dormirme y me escondí.

Bromic se acercó al muchacho colocando una mano sobre el hombro de este para tratar de consolarle al verle tan abatido, y le dijo a Rohan:

—Andy es mi nieto y me ayuda con los caballos, aunque aún no tiene una ocupación permanente en los establos.

Rohan asintió al comprender que Andy en realidad no trabajaba ahí al ser muy pequeño, pero que su abuelo le dejaba trastear con los caballos para enseñarle y tenerle controlado.

—Entiendo —contestó sin más para después acercarse al chico—. No hiciste bien al dormirte Andy, pero gracias a ti ahora sabemos qué le pasó a la señora y nos será más fácil encontrarla.

La cara de Andy se iluminó al recibir un elogio por parte de La Sombra, e hinchó el pecho como si hubiera hecho toda una proeza.

Por su parte Rohan se volvió hacia la cuadra donde estaba su caballo para ensillarlo y así marcharse cuanto antes, pues estaba perdiendo un tiempo demasiado valioso. Aunque no tuvo necesidad de hacerlo, pues Andy al intuir lo que quería salió disparado como una bala y sacó al caballo ya ensillado mientras Bromic decía:

—He pensado que necesitaría tener preparada su montura para cuando saliera en su búsqueda y por eso lo tenía preparado.

Rohan se alegró que hubiera pensado en ello, pues estaba dispuesto a marcharse de inmediato, aunque hubiera sido sin ensillar.

—Has hecho bien Bromic —y sin más se subió a su caballo dirigiéndose hacia la salida sin esperar a que los demás guerreros que le acompañaban terminaran de prepararse.

—No puede marcharse todavía, nos falta unos minutos para estar todos preparados —inquirió Alec al darse cuenta de que partiría sin él.

—Está anocheciendo y lo que menos tenemos es tiempo —aseveró Rohan dispuesto a salir cuando antes en su búsqueda y a enfrentarse solo a un ejército con tal de salvarla.

—Pero...

—Seguid mi rastro —le indicó dirigiéndose decidido hacia la puerta al no estar dispuesto a perder ni un segundo más, pues si no se equivocaba y la

encontraba pronto, solo tendría que enfrentarse a los dos hombres que se la habían llevado.

—Sir Rohan —le llamó Bromic—. Tráigala de vuelta cueste lo que cueste.

Rohan asintió, al ser eso precisamente lo que pensaba hacer, y sin más salió disparado del establo sabiendo que estaba en sus manos encontrarla a tiempo.

No tardó mucho en recorrer el patio y en llegar a los portones de salida donde John se encontraba esperándolo, mientras los guardias se apresuraban en abrir las puertas. Esperando recibir más noticias paró a su caballo junto a su amigo, y le miró inquisitivo para que le informara de lo que había descubierto.

—No creyeron necesario registrar el carro y lo dejaron salir sin más. Aseguran que solo eran dos hombres que se dirigían al pueblo, y están convencidos de que ninguna otra carreta ha salido del castillo en toda la tarde.

Rohan asintió al tener todos los puntos unidos y no albergar ya ninguna duda de lo que había sucedido, y con presteza hostigó a su caballo para que saliera galopando mientras escuchaba a John gritar a sus espaldas:

—¿Dónde está mi caballo?

Sin nada más en su cabeza que encontrar a Maisie galopó siguiendo las huellas recientes del carro que conducían al pueblo, hasta que estas giraron a la izquierda adentrándose en el bosque confirmando todas sus sospechas.

Cada vez más asustado por lo que le podría estar pasando a Maisie trató de alejar de su mente toda preocupación, aunque no podía dejar de pensar si la habían hecho daño al secuestrarla, pues conociéndola estaba seguro de que se habría resistido, y le habrían tenido que dejar inconsciente para sacarla de Gleann sin que hiciera ruido.

Se preguntó qué podría estar haciendo en esos momentos y si estaba herida, luchando contra las náuseas que sintió al imaginarla ensangrentada o forzada.

Se dijo que era un estúpido al pensar lo peor en esta situación, pues conocía a Maisie y sabía que era demasiado inteligente para ponerse en peligro y hacer que la dañaran.

Se centró en seguir las huellas hasta cuando el sol desapareció y las sombras de la noche comenzaron a ocultar el rastro. Se dio cuenta de que le

quedaban pocos minutos de claridad para poder encontrarla, y para que los suyos pudieran seguir sus huellas antes de que la negrura les envolviera, por lo que Maisie solo podía contar con él para rescatarla.

Reuniendo sus cinco sentidos se concentró en cualquier detalle que pudiera descubrir, hasta que todo el bosque pareció ponerse en su contra para que no pudiera localizarla, por lo que solo le quedó maldecir a los cielos mientras su cólera crecía hasta hacerle hervir la sangre.

Estaba dispuesto a salvarla, pasara lo que pasara, pues no concebía un mundo donde ella no estuviera iluminándolo todo con su sonrisa.

CAPÍTULO 13



Cuando Maisie abrió los ojos lo primero que percibió fue un fuerte dolor de cabeza y un aturdimiento en todo el cuerpo.

Tenía la sensación de haber estado durante horas encogida y a la intemperie, al sentir como cada músculo de su cuerpo se resentía cuando intentaba moverse y como el frío la hacía temblar convulsivamente.

Pero lo cierto era que no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que esos dos hombres la habían secuestrado, ni cuánto llevaba tirada en el suelo mientras los escuchaba discutir a unos metros de distancia. Sentía las manos agarrotadas a su espalda y los brazos pinchándole al tenerlos atados fuertemente, así como el sabor de un trapo sucio en su boca para impedir que emitiera algún sonido.

Tuvo la necesidad de averiguar el lugar donde se encontraban, pero no estaba segura de si sería prudente abrir los ojos para comprobarlo. Además, también quería saber si ya había anochecido para poder calcular mejor sus posibilidades, pero temía que no sería prudente que descubrieran que ya no estaba inconsciente. Al final la curiosidad pudo más que la prudencia, y no pudo resistirse a echar un fugaz vistazo a su alrededor.

Lo primero que notó fue que el sol ya estaba oculto tras las montañas, dejando paso a la noche que avanzaba sobre ellos de manera acelerada, y calculó que en breves minutos la luz se extinguiría por completo. Se extrañó que sus captores estuvieran detenidos en ese lugar como si no corrieran peligro, cuando era evidente que sus hombres vendrían a por ella en cuanto supieran de su secuestro. En especial Rohan, pues estaba convencida de que movería cielo y tierra para rescatarla.

Se dio cuenta que no solo estaban los dos individuos que la habían

capturado; al reconocer sus voces, sino que también se encontraba con ellos un tercero del que no sabía nada, ni podía ver su rostro al estar de espaldas. Lo único que sí diferenció de este fueron los colores de su kilt^[19] distinguiéndolo como un miembro del clan de los Matherson, por lo que supo con total certeza de que todo había sido organizado por ellos.

Eso, unido al nerviosismo que mostraban la preocupó, pues no comprendía por qué se estaban arriesgando tanto al permanecer ahí parados, y al no entender por qué la habían sacado del carro y la habían dejado a un lado junto a un árbol. Un temor irracional se apoderó de ella, al pasarle por la cabeza todo aquello que podían hacerle al estar sola e indefensa.

Fue entonces cuando más se aferró al recuerdo de Rohan, pues solo así consiguió serenarse lo suficiente para vencer el miedo, al estar segura de que él no descansaría hasta rescatarla. Una idea que la sorprendió al mostrarle tanta confianza, pero no pudo dejar de escuchar a su corazón confesándole que nunca la dejaría si estuviera en peligro.

Cada vez más decidida a ser fuerte se centró en permanecer atenta a cada una de las palabras de sus captores, por sí se les escapaba algún comentario que la pudiera ayudar a entender a qué estaban esperando o qué iban hacer con ella.

—Ya debería estar aquí con los víveres que prometió —comentó nervioso el hombre que la había engañado en el establo, y que ahora podía ver a pocos metros de ella descubriendo que era regordete, más bien bajito y con una melena negra y enredada.

—No podemos esperar mucho más, estamos demasiado cerca del castillo de los MacLead —continuó diciendo el que le había golpeado y sobrepasaba en altura y peso a los otros dos, además de resultar calvo.

—Ese idiota no tiene ni idea de lo que es un secuestro. No debimos confiar en él.

Maisie se percató de que a cada segundo que pasaba esos dos hombres se mostraban más inquietos, mientras no cesaban de mirar en todas direcciones a la espera de que alguien llegara. No sabía a quién podían estar esperando a esas horas y en un lugar tan apartado, pero estaba convencida de que no podía ser a alguien de su clan, pues se negaba a creer que un traidor estuviera implicado en todo este asunto.

—Gordon ordenó que lo esperásemos —declaró enérgico el que hasta

entonces había permanecido en silencio, dejándole claro por su forma de hablar categórica que era él quien mandaba a pesar de ser el más joven.

—Ya lo estamos esperando y no viene —fue la contestación que le dio el primero que había hablado y que era el más bajito de los tres.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperarle? Porque no pienso pasar aquí toda la noche temiendo que llegue ese demonio y nos corte la cabeza —afirmó el más alto y calvo acallando a los demás, mientras estremecían y volvían a observar todo a su alrededor.

A Maisie le gustó que temieran tanto a Rohan, pues ese sería un as a tener en cuenta cuando él se presentara. De hecho, notaba un nudo extraño en su estómago que le indicaba que no podía estar muy lejos y le hacía tener esperanzas, al tratarse de una especie de conexión entre ellos que le hacía sentirse segura.

Estaba convencida de que esa sensación también la estaría sintiendo Rohan en estos momentos, siéndole muy útil a la hora de encontrarla, ya que al habérsela llevado hacía tan poco tiempo y de una forma tan discreta cualquier ayuda sería necesaria. Solo esperaba que sus captores no se pusieran más nerviosos y acabaran dañándola, pues sabía que su vida estaba en sus manos.

—¿No os siguió nadie, verdad? —les preguntó el que parecía el jefe, mostrándose menos seguro de estar en el bosque medio a oscuras, esperando a ver quién llegaba primero, si el traidor o La Sombra.

—Nadie, fue tan sencillo como nos aseguró ese tipo —le contestó el más bajito mientras aferraba su mano con fuerza a la empuñadura de su espada.

Al escucharles Maisie se estremeció por primera vez desde que la habían secuestrado, preguntándose qué pasaría con ella si nadie había descubierto que no estaba en el castillo y empezaban a buscarla cuando fuera demasiado tarde. Pero no tardó en reprocharse su falta de confianza en Rohan y en sus hombres, aunque no podía evitar sentir esa incertidumbre de no saber qué iba a pasar con ella.

Cada vez más inquietos los hombres seguían discutiendo qué hacer, pues la oscuridad cada vez era más palpable y en breve no se vería nada, hasta que el que parecía el jefe del grupo les dijo:

—Nos vamos, coged a la chica y meterla en el carro.

—Ya era hora —soltó el más bajito y el que se mostraba más deseoso de marcharse.

Maisie escuchó los pasos de ese hombre acercándose a ella, y presurosa cerró los ojos rezando al cielo para que no le hiciera daño al levantarla y soltara un gemido sin pretenderlo.

—Espera —soltó el más grande y Maisie oyó como los pasos cerca de ella se detenían—. Gordon se enfadará si regresamos sin los víveres y no quiero enfrentarme a su genio.

—¿Acaso prefieres enfrentarte a La Sombra? —repuso sarcástico el más bajito—. Ese demonio te arrancará la cabeza sin que te des cuenta, mientras que Gordon solo te quemará con un hierro por desobedecerle. Además, no es culpa nuestra si ese hombrecillo no viene.

Durante un segundo el tiempo pareció detenerse en busca de una respuesta a la duda que se les presentaba, hasta que el que parecía ser el líder se movió unos pasos hacia ellos y les dijo:

—Esperaremos un poco más y...

De pronto el hombre se calló y por un instante Maisie hubiera jurado que todo el bosque quedó en silencio. La respiración de los tres se volvió acelerada y un manto de miedo les cubrió, haciendo que retrocedieran unos pasos para, de forma instintiva, colocarse más juntos.

Para ella sin embargo fue todo muy distinto, pues en seguida supo que Rohan estaba cerca y que pronto estaría salvo. Después del miedo que estaba sintiendo, de verse tan indefensa y percatarse de la conexión que había entre ellos, se dio cuenta de que no podía seguir negando lo que él significaba para ella.

No cuando era el único pensamiento que habitaba en su mente cuando se sentía sola o en peligro, o cuando imaginaba quién estaría a su lado en el futuro. Se dijo que esta vez no se dejaría influenciar por el hecho de que fuera un inglés y su clan no lo aceptara, pues eso no importaba si podía estar a su lado durante el resto de su vida.

Pero el silencio que se prolongaba empezó a asustarla, al percibir otra clase de temor por parte de los hombres que la habían secuestrado. Necesitando saber qué estaba pasando con ellos abrió los ojos, sin importarle si se daban cuenta que se había despertado.

Fue entonces cuando se percató que los tres la estaban mirando fijamente, y le aterrorizó pensar qué estarían tramando. Por desgracia los tres hombres se pusieron a hablar flojito para que no les escuchara, y temió que estuvieran decidiendo que hacer con ella si eran atacados.

Cuando estos sacaron sus espadas y empezaron a aproximarse deseó huir, e inmediatamente se sentó dispuesta a salir corriendo en cualquier momento, pero un atroz grito de guerra a sus espaldas la asustó tanto que la dejó petrificada y sin poder moverse. Algo que también les sucedió a sus captores, pues los tres se quedaron rígidos donde estaban y con los ojos abiertos como platos, tratando de averiguar qué clase de criatura haría esa clase de sonido.

Un segundo después la figura de alguien saliendo de las sombras y empuñando una enorme espada los dejó a todos atónitos, al ver cómo emergía con semblante fiero del refugio que el bosque le ofrecía, para saltar sobre la mujer y colocarse ante ellos dispuesto al ataque.

Solo cuando Maisie lo tuvo delante y vio la agilidad de sus movimientos, así como la silueta de su cuerpo, reconoció que frente a ella se encontraba Rohan, aunque en ese momento se parecía más a un ángel vengador dispuesto a impartir justicia. Nada más percatarse de ello pudo volver a respirar con normalidad, al saber que no se había equivocado y él había ido a salvarla.

Pero cuando se dio cuenta de que venía solo y que debería enfrentarse a tres individuos su miedo cambió, pues ahora este se acrecentó al ver en peligro al hombre que amaba. Nunca antes había experimentado un temor parecido, ni había tenido tan claro cuánto lo amaba. Estaba convencida de que si a él le pasara algo ella se moriría, pues su corazón se rompería en tantos pedazos que jamás podría volver a recomponerse.

Mientras, sus captores se habían quedado paralizados al creerlo una criatura salida del bosque que venía a por ellos, hasta que reaccionaron viendo que se trataba del inglés al que llamaban La Sombra. A pesar de temerle, como buenos soldados reaccionaron a tiempo, y colocaron sus espadas en alto justo cuando Rohan se dispuso a atacar al que tenía más cerca.

Rohan había estado cabalgando siguiendo sus huellas por el bosque creyendo que los perdería cuando el sol comenzó a esconderse, hasta que les escuchó hablar y supo que los había encontrado. Fue entonces cuando dejó a un lado su caballo y sigiloso se acercó acechándoles, volviendo a respirar cuando descubrió a Maisie maniatada en el suelo.

La alegría que le produjo llegar a tiempo le sorprendió, pues hasta entonces no se había percatado del nudo que se le había formado en el estómago y que tiraba de él hacia adelante. Se dio cuenta nada más verla de lo mucho que significaba, y se dijo que daría su vida gustoso con tal de volver a Gleann con ella.

El deseo de protegerla y de que todo acabara cuanto antes le dio fuerzas, y con su primera estocada desarmó a su primer contrincante que quedó expuesto ante él tembloroso.

—¡No! —Gritó el hombre, y Maisie cerró los ojos para no ver cómo Rohan alzaba su espada contra él.

El ruido sordo del cuerpo cayendo la estremeció, agradeciendo al cielo que ese hombre fuera el más bajito de los tres secuestradores y no Rohan.

—¿Quién quiere ser el siguiente en enfrentarse al demonio? —preguntó Rohan a los dos que quedaban, con las sombras cubriéndoles y una mirada tan fría que helaría la sangre del más valiente.

—Tú no eres un demonio, sino un hombre —le respondió el que parecía el jefe, aunque sus palabras no sonaron muy convincentes en sus labios.

—Entonces tú serás el siguiente en morir.

Y sin más Rohan se colocó ante él esperando a que atacara, mientras los dos hombres se miraban como retándose a ver quién de ellos era el primero en atreverse a enfrentarse con La Sombra.

La experiencia le decía a Rohan que al final optarían por abordarle los dos a la vez, creyendo que así tendrían más posibilidades de ganar. Observó cualquier debilidad que estos pudieran presentar mientras que tensos se le acercaban, hasta que el más grande se abalanzó sobre él alzando la espada, seguido un par de segundos después del otro contrincante.

Durante los siguientes minutos los tres hombres se retaron con movimientos fluidos y estudiados, sin que ninguno de ellos acertara con una estocada mortal al contrincante. En más de una ocasión Rohan tuvo que retroceder o agacharse para esquivar golpes certeros que le demostraban la experiencia de sus contrincantes en el campo de batalla, pero Rohan siempre volvía a reponerse a tiempo para devolverles el golpe y atacar con más empeño.

El combate estuvo reñido durante algunos minutos hasta que Rohan se

adelantó atravesando el pecho del menos corpulento, consiguiendo que la sangre empañara la túnica de este en cuestión de segundos. Sorprendido quedó inerte en el acto al no esperarse esta maniobra, dándole tiempo solo a soltar un gemido antes de caer desplomado al suelo.

Quedando solo un enemigo Rohan se centró en él, aunque debía admitir que la corpulencia de su cuerpo y la determinación con que peleaba lo convertían en un adversario complicado.

La lucha de espadas que siguió estuvo muy igualada, hasta que Rohan aprovechó su amplia experiencia en el cuerpo a cuerpo y le propinó un fuerte golpe en las costillas con su espada, consiguiendo que el individuo gritara de dolor y rabioso retrocediera unos pasos.

Sin duda haber combatido durante años al servicio del rey en las cruzadas le había proporcionado a Rohan una fuente inagotable de recursos, que podían ayudarle a conseguir la victoria. También tenía que tener en cuenta su mayor agilidad y mejor forma física, ya que el otro parecía cansado y cada vez sus movimientos eran más lentos e imprecisos.

Por eso a Rohan no le sorprendió que este cambiara su ataque por una defensa, y retrocediera para cubrirse cada vez que Rohan le lanzaba una estocada. Lo que no le gustó fue que el atacante cada vez que retrocedía se acercaba más a Maisie, la cual aún estaba sentada en el suelo y con las manos atadas a la espalda.

Pero por mucho que lo intentó Rohan no pudo conseguir que cambiara su rumbo, y cuando se percató de las intenciones del hombre ya era demasiado tarde, pues este ya estaba al lado de Maisie.

—Levanta zorra —le gritó al mismo tiempo que tiraba de sus cabellos para colocarla pegada a él a modo de escudo, aunque al ser este más corpulento y alto gran parte de su cuerpo quedara expuesto.

Cuando Maisie se irguió sin apenas fuerzas Rohan solo pudo sentir pánico, al ver en los ojos de ella su terror. Deseó lanzarse a sus brazos para consolarla, pero sabía que no podía demostrar ante ese hombre lo mucho que significaba para él, al ser un arma que podía volverse en su contra al utilizar esa debilidad para someterle. Por ello tuvo que contenerse por mucho que la amara y estuviera dispuesto a dar su vida con tal de salvarla.

—Si quieres que no le pase nada a tu señora retrocede y tira tu espada —le

ordenó el hombre con su arma situada en el cuello de Maisie.

Rohan sintió una cólera asesina cuando contempló un fino reguero de sangre que emanaba de la fina herida, ya que el hombre le había acercado demasiado el filo de la espada al cuello. Al parecer su captor no se daba cuenta de la fuerza con que la aferraba, consiguiendo que Rohan deseara arrancarle las entrañas con sus propias manos al atreverse a dañar a la mujer que amaba.

Pero tuvo que mantener la cabeza fría así como la prudencia, para obedecer su orden en vez de hacer lo que de verdad ansiaba. Por ello tiró al suelo su espada para retroceder después unos pasos. En todo momento no apartó la vista de Maisie para tratar de darle confianza, pues no quería que se derrumbara dándole una excusa a ese hombre para que la matara. Trató de que viera en sus ojos que estaba dispuesto a luchar por ella, y de que por nada del mundo se rendiría sin presentar batalla.

Se alegró de que Maisie entendiera su mensaje al erguirse un poco más, y se sintió orgulloso de ella al mostrarse tan valiente en una situación tan aterradora.

—Ahora vas a dejar que nos marchemos de aquí, y recuerda que si nos sigues o si intentas algo le cortaré el cuello.

—Si le haces daño juro por Dios que te mataré —le dijo Rohan con una voz tan fría que parecía provenir del inframundo.

El estremecimiento que vio en el cuerpo del secuestrador le dio esperanzas, pues esto le indicó que le tenía miedo y que en cualquier momento le haría cometer una imprudencia.

—Nos vas a dejar...

En ese momento se escuchó un ruido proveniente del bosque, consiguiendo que el hombre callara en seco y girara la cabeza para averiguar de qué se trataba. Una oportunidad que aprovechó Rohan para actuar, y en apenas unos segundos sacó su puñal y lo lanzó al individuo.

Sabía que se estaba arriesgando demasiado al haberse ocultado el sol y no tener una visión clara, pero a pesar del riesgo tenía claro que debía atreverse si quería que terminara cuanto antes. En cuestión de segundos todo cambió, pues el puñal de Rohan acabó clavado en el cuello del atacante a escasos centímetros de la cabeza de Maisie, mientras la sangre manaba a borbotones de la mortal herida.

Debía reconocer que ese momento había sido el más aterrador de su vida, pues cuando lanzó el puñal todo su mundo se detuvo a la espera de no haberse equivocado. Confiaba lo suficiente en su puntería para haberse decidido, pero no estaba seguro de que su pulso se hubiera mantenido firme a causa de los nervios.

Pero cuando creía que todo había pasado su terror volvió a aferrarse a su pecho, al ver como ella caía al suelo al mismo tiempo que el cuerpo del malhechor se desplomaba con su espada demasiado cerca de su cuello. Una contrariedad que podía provocarle un corte funesto a Maisie que le causaría su muerte.

Fue entonces cuando Rohan temió haberse equivocado, y corrió desesperado mientras gritaba el nombre de Maisie. Era tanta su concentración en ella que ni siquiera se dio cuenta de como John salía de entre los árboles, pues había sido él con su torpeza el que había hecho ruido delatando su presencia, consiguiendo así que el secuestrador girara la cabeza para mirarle.

Tanto John, como Alec, como el grupo de guerreros MacLead que acababan de llegar vieron como Rohan mataba al atacante, y como este se lanzaba desconsolado hacia su señora para cogerla entre sus brazos. Una imagen que los paralizó por su fuerza y su emotividad, al dejar al descubierto los profundos sentimientos que albergaba por su señora.

Sintiendo como todo su mundo se detenía para simplemente centrarse en ella, Rohan olvidó todo lo que le rodeaba sin ni siquiera pararse a pensar en guardar las apariencias al no estar solos. En lo único que podía centrarse era en abrazar a la mujer que era su mundo y que ahora no se movía, pues no podía soportar la idea de perderla y pasar el resto de su vida sin ella.

Estaba seguro de que su puñal no la había tocado, pero no podía asegurar que daño le pudo hacer la espada cuando aún en su cuello ambas cayeron al suelo. Notaba la sangre empañando el hombro y el pecho de Maisie, pero no hacía más que repetirse que esa sangre no era suya sino de su captor.

Durante unos eternos segundos simplemente la abrazó sin ser capaz de articular palabra, hasta que tuvo las fuerzas necesarias para quitarle la mordaza y tocar su cuello para comprobar si este estaba rajado. Por suerte solo apreció un ligero corte que no era mortal, y lloró mientras la abrazaba al sentir como la opresión de su pecho cedía ante su miedo.

—Maisie, amor mío, Maisie —la llamó mientras se perdía entre sus brazos

—. Mi vida, abre los ojos —le suplicó.

Para su consuelo escuchó un gemido lastimoso por parte de Maisie, y besó su rostro sonriendo al saber que estaba recobrando la consciencia. Ahora comprendía que su caída se debía a que se había desmayado a causa de la impresión, pues no debió resultarle fácil ser utilizada como escudo sabiendo que su vida corría peligro, al notar como un puñal se clavaba a escasos centímetros de su cara.

Aun así Rohan se sintió orgulloso por el aplomo que mantuvo, pues permaneció quieta y segura permitiendo que él se arriesgara a lanzar su puñal. Debía reconocer que cuanto más la conocía más se enamoraba de ella, pues en su interior veía a una mujer valiente y sincera que le había robado el corazón desde el primer instante en que la vio.

Darse cuenta de ello le alegró, pues hasta entonces su vida había sido una sucesión de días tristes y solitarios, pero desde que ella cautivó su alma todo había cambiado al traerle luz y esperanza. Más aún desde que creyó que la había perdido, al haber sentido un vacío en su pecho que le había dejado destrozado y desvalido.

Por eso ahora, con ella entre sus brazos no le importó si alguien los descubría, al no estar dispuesto a volver a esconder sus sentimientos. No después de reconocer lo mucho que la amaba y de comprender que su amor no tenía marcha atrás.

—Mi pequeña, ya pasó —le dijo dulcemente mientras seguía sosteniéndola entre sus brazos.

Lo siguiente que hizo fue soltar con cuidado sus ataduras, al mismo tiempo que ella se empezaba a mover.

—¿Rohan?

—Sí, mi amor, soy yo —le respondió besándola en la frente.

—Sabía que vendrías a por mí —le aseguró ella, causando un tsunami de sensaciones en el interior de Rohan.

Maisie deseó con todas sus fuerzas abrazar a Rohan y perderse en sus besos, por lo que extendió sus brazos para rodear su cuello al no estar dispuesta a volver a desaprovechar ni un solo segundo a su lado, ni pensar si era apropiado hacerlo delante de sus hombres.

Ahora sabía lo mucho que lo amaba, y por la forma en que la abrazaba estaba convencida de que él también sentía lo mismo por ella. Ya habían desperdiciado demasiados días por su prudencia y sus miedos, pero ahora tocaba dejarse llevar, y por una vez en su vida pensar en su felicidad por encima de su deber.

Abrazándole le besó, para después de saborear su ambrosía mirarle a los ojos y decirle:

—Te amo.

Por su parte Rohan sintió como su corazón se inundaba de felicidad, y sonriendo ante su declaración le respondió convencido de sus sentimientos:

—Yo también te amo. Debí habértelo dicho hace mucho tiempo, pero nunca pensé que pudieras corresponderme y temí tu rechazo.

—¿La poderosa Sombra me tenía miedo? —le preguntó risueña mientras seguían mirándose a los ojos.

—Mucho más de lo que puedas imaginar.

Ambos sonrieron ante lo cobardes que habían sido, y se alegraron de la nueva oportunidad que se les presentaba para abrir sus corazones.

—Entonces no debes volver a tener miedo, porque te aseguro que nunca le daré la espalda a tu amor. No cuando yo también estoy profundamente enamorada de ti.

Sintiendo la fuerza estremecedora de un relámpago sacudiendo sus cuerpos se abrazaron, olvidándose de todo lo que no fueran ellos. Por primera vez en sus vidas ambos se sintieron plenos y con una sensación de euforia que nunca antes habían experimentado.

Sin perder más tiempo Rohan la cogió en brazos con sumo cuidado y la condujo a su caballo, pasando entre los hombres que los miraban de reojo sin querer interferir en ese momento tan especial para ellos, y sin atreverse a decir nada tras haber escuchado lo mucho que se amaban y comprender el profundo amor que se procesaban.

Para su sorpresa a ninguno de ellos le molestó que un sassenach amara a su señora, al darse cuenta de que su amor era sincero y puro, y de que ellos no eran nadie para separarles. No cuando sabían que la felicidad de su señora estaba en juego, y reconocían lo mucho que ella había sacrificado en nombre del clan al

entregarse en cuerpo y alma a este, por lo que creyeron justo que a cambio consiguiera la felicidad al lado de la persona que había elegido.

También eran conscientes de que ese hombre que había llegado a sus tierras dispuesto a ayudarles sin pedir nada a cambio les había sorprendido, pues nunca hubieran imaginado que arriesgaría su vida por unas personas a las que no conocía. Por ello tan poco pudieron reprocharle que siguiera los dictados de su corazón, e intentara encontrar la felicidad junto a la mujer que amaba.

Por todo ello, y al no tener nada que objetar siguieron silenciosos sus pasos hacia los caballos, sin oponerse a las palabras tiernas y a las caricias que la pareja se regalaba a cada momento.

Por primera vez en sus vidas Rohan y Maisie olvidaron quienes eran para ser simplemente dos enamorados, que no podían dejar de mirarse y de agradecer al destino por haberse encontrado.

CAPÍTULO 14



Nunca un trayecto se le hizo tan corto a Maisie ni tan placentero como lo estaba siendo este junto a Rohan. Cobijada entre sus brazos cabalgó sin importarle que la noche les cubriera, ni que los enemigos pudieran estar escondidos observándoles, ya que solo podía notar la fuerza con que Rohan la apretaba contra su cuerpo mientras escuchaba las dulces palabras de amor que le susurraba.

Fue como salir de una pesadilla para caer directa en el mismísimo cielo, pues saber que él correspondía a sus sentimientos la hacía sentirse pletórica de felicidad. No podía dejar de recordar qué había sentido cuando lo había visto salir de las sombras para rescatarla, y cómo la había sostenido entre sus brazos cuando más lo necesitaba.

Después de eso, ya no le importaba lo que los demás pensarán de ella, como no le preocupaba lo que su clan creyera cuando la vieran llegar cabalgando entre sus brazos. En esos momentos lo único que le interesaba era no volver a separarse de Rohan y proclamar abiertamente lo mucho que lo amaba, al no estar dispuesta a renunciar a su amor por los prejuicios de su gente. No cuando por fin había comprendido lo que verdaderamente significaba amar y ser correspondida.

—No tienes de qué preocuparte —declaró él como si le hubiera leído el pensamiento—. Solo necesitan tiempo para entenderlo.

—Lo sé, pero temo que nuestra relación no será bien recibida por todos —le contestó apenada, al saber que algunas personas no sabrían ver lo mucho que Rohan valía y lo que significaba para ella.

Por un momento Rohan permaneció en silencio, sabiendo que Maisie merecía a un hombre al que todos admirasen y del que se enorgullecieran, pero

debía reconocer que ya era demasiado tarde para renunciar a ella al haber experimentado lo que era sentirse amado. Aun así, sabía que le sería duro defender sus sentimientos ante su gente, y por eso reparó en la necesidad de ofrecerle una salida por si quería pensar en las consecuencias.

—Si necesitas que me aleje por algún tiempo...

—¡No! —le cortó Maisie agarrándose con más fuerza a él—. No quiero que te alejes de mí. Si alguien no está conforme con nuestra relación solo tiene que marcharse del clan, pero deben entender que no voy a renunciar a ti solo porque ellos así lo deseen.

Después de mostrarse tan segura y sincera Rohan no dijo nada más, al no querer estropear el dulce momento que estaban viviendo. Se prometió que a partir de ese día no permitiría que nada ni nadie los separara, y que no se dejaría influenciar por lo que los demás pensarán de ellos, ya que acababan de hacer su elección y los demás tendrían que respetarla.

Fue por ello que cuando llegaron al castillo de Gleann no se separaron ni ocultaron sus sentimientos, y permanecieron abrazados sobre la montura a pesar de algunas miradas ceñudas y del cuchicheo malicioso de otras.

Pero Rohan tuvo que reconocer que se sorprendió cuando notó que a la mayoría no les importaba verlos juntos, incluso se extrañó que no los miraran con desaprobación. Lo que sí hubo nada más entrar en el castillo fueron vítores alegres de bienvenida, y un gran número de guerreros que portando antorchas se les acercaron para felicitarles y preguntarles qué había pasado, llenándolo todo con su luz mientras un aro mágico se extendía por el patio.

Al ver todo ello Rohan tuvo la sensación de que se encontraba sumergido en una especie de sueño irreal, no solo por tener a Maisie entre sus brazos, sino porque la gente a su alrededor no mostraba miedo al estar cerca de él. Sintió algo incómodo ante esta nueva sensación bajó del caballo y ayudó a Maisie a desmontar, dándose cuenta de que en la última hora muchas cosas habían cambiado, ya que ahora el clan le miraba sin recelo ni temor, sino como a alguien valeroso que había traído sana y salva a su señora.

Nunca antes había sido recibido de esta manera, y por ello se emocionó al darse cuenta de que por primera vez en su vida era admitido en un lugar, pasando a formar parte de él como si fuera uno más de sus miembros.

El brillo que mostraron los ojos de Maisie al mirarle le hizo darse cuenta

de que ella percibía lo que estaba sintiendo, y el calor que notaba en el pecho se expandió hasta ocupar cada centímetro de su cuerpo. La amaba tan desesperadamente que apenas podía respirar cuando la tenía cerca, como tampoco podía soportar la idea de separarse de ella en esos momentos.

La necesidad que sintió por tenerla hizo que la cogiera en brazos sin importar cómo quedaba ante los ojos de los allí presentes, y sin querer esperar por más tiempo para estar a solas se giró dirigiéndose a la torre del homenaje.

Bajo las estrellas y la luz de las antorchas ambos se olvidaron de todo, al no importarles lo que pensarán de ellos en esos momentos, sin imaginar que los miembros del clan ya sabían que acabarían juntos. Les habían delatado sus miradas casuales y cargadas de deseo que se lanzaban cada día cuando creían que nadie les miraba, y su forma de comportarse cuando estaban cerca, ya que sus cuerpos tendían a aproximarse sin que ellos mismos se percataran, y solían olvidarse de los demás presentes para ser solo ellos.

Por eso a ninguno del clan le extrañó su comportamiento, más aun cuando Rohan había salido disparado a rescatar a su señora sin importarles que estuviera anocheciendo, o que se pusiera en peligro al ir solo para enfrentarse a sus secuestradores. Pero por si aún había alguien del clan que no estuviera seguro, todas sus dudas debieron disiparse al verlo llegar con ella protegida entre sus brazos.

Aun así cada uno de ellos debía admitir que les había costado aceptar como uno más a un sassenach, más aún cuando tenía ese aspecto tan fiero y la marca de su rostro no auguraba nada bueno. Pero con el paso de los días observaron que era una persona honrada, trabajadora y generosa en la que se podía confiar, y poco a poco con su entrega y buena voluntad se fue ganando su respeto, como al parecer también había conseguido el corazón de su señora.

Por todo ello ninguno interfirió cuando Rohan cogió en brazos a Maisie, y menos aún cuando descubrieron el brillo de placer y satisfacción con que ella le recompensó. Sin querer molestarles lo único que hicieron fue dejarles paso, mientras sonreían y cotilleaban sobre lo decidido que él se mostraba con ella en brazos, y lo fuerte que ella se aferraba a su cuello mientras le sonreía encantada.

Quizá en otras circunstancias Rohan y Maisie habrían estado agradecidos del cordial recibimiento que estaban teniendo, y se habrían quedado a celebrar el rescate brindando con todo el clan y cenando un poco. Pero en esos momentos lo único que deseaban con desesperación era poder estar a solas para quitarse de su

alma todo el terror que habían sentido, y confesar uno frente al otro lo mucho que se amaban.

Ambos sabían que ese momento había llegado, y por eso impacientes subieron las escaleras dejando atrás su pasado y las inseguridades que les habían acompañado desde que se conocieron. Con Maisie aún en sus brazos la llevó hasta la recámara de esta, donde la depositó con cuidado de pie frente a él, y por si acaso eran interrumpidos atrancó la puerta de acceso.

—Parece que me salvé de los Matherson para ser capturada por La Sombra —le dijo feliz Maisie, al mismo tiempo que no podía dejar de contemplarle.

Rohan le compensó con una sonrisa triunfal, dejando de lado el estruendo que empezaba a formarse en el gran salón al comenzar una fiesta para celebrar el rescate de su señora.

—No estoy seguro de quién ha secuestrado a quién —le contestó Rohan acercándose a ella despacio, para después acariciar su rostro con extremo cuidado.

Aún no podía creer que una mujer como ella sintiera algo que no fuera repulsión por él, y por ello se aseguró de ir despacio por si se arrepentía de su decisión y decidía poner punto final a este sueño.

Con ese pensamiento controlando su deseo la acarició, observando su reacción cuando tocó su rostro por si revelaba asco. Para su alivio ella suspiró y lo miró fijamente mostrándole sin reservas lo mucho que su tacto la complacía, pues estaba leyendo en su interior cada una de sus inseguridades, y quería dejarle claro que ella lo veía como a un hombre al que amaba y deseaba.

Aun así Rohan necesitó asegurarse, y por ello le ofreció la última salida antes de que fuera demasiado tarde y ya no pudieran retroceder.

—Después de esto ya no habrá marcha atrás —afirmó mirándola a los ojos mientras seguía acariciando su rostro.

—No me arrepiento de nada —le respondió convencida, para después colocar su mano sobre la de él acariciándola con cariño—. Te amo, y no voy a renunciar a ti porque alguien no lo entienda.

Complacido Rohan se acercó más a ella y la besó decidido, queriéndole mostrar su amor y deseando dejar claro cuáles eran sus intenciones.

—No sé qué he hecho en esta vida para merecerte, pero le doy gracias a

Dios por haberte puesto en mi camino —aseguró Rohan dejando claro que estaba decidido a hacerla suya.

Fue entonces cuando ambos abrieron las compuertas de sus corazones, y se dejaron llevar por el torrente de deseo que sintieron al confesar sus sentimientos.

Sin querer perder ni un solo instante más sin hacerla suya, Rohan la volvió a coger en brazos y la llevó a la cama, dejándola con cuidado sobre esta para después tumbarse a su lado. No pudo evitar contemplarla para empaparse de su belleza, su dulzura y su inocencia, pues eran cosas que hasta entonces no había tenido a su alcance.

Una parte de él sentía la necesidad de simplemente observarla para preservar la pureza que emanaba de ella, pero otra parte mucho más oscura y profunda anhelaba fundirse en ella para ser el único dueño de sus encantos y secretos. Quería ser él quien le enseñara cómo una mujer debía ser amada hasta llevarla al éxtasis, y que solo su nombre fuera pronunciado cuando su cuerpo fuera consumido por el placer.

Controlándose para no derramarse antes de tiempo trató de centrarse en no poseerla, y comenzó a acariciarla y a besarla por el rostro. Sintió como poco a poco el lógico nerviosismo de ella se fue aplacando para transformarse en deseo, y así, como una mariposa que acababa de salir de su crisálida, Maisie dejó atrás el recato de una virgen para dejarse llevar por su curiosidad y su ardor.

Sintiendo las manos de Rohan por todo su cuerpo Maisie se encendió, y ávida por descubrir qué escondían esas caricias que tanto la perturbaban, comenzó a recorrer la espalda y los brazos de Rohan buscando algo que no encontraba.

—Rohan —le llamó reclamando su ayuda en un susurro.

—Tranquila pequeña, déjame a mí —le contestó con sus labios sobre los de ella para después fundirse en un apasionado beso.

Notando la excitación de Maisie y cómo se contorneaba pidiéndole aplacar su lujuria con su cuerpo, Rohan se centró en quitarle con mimo la ropa para dejarla desnuda ante él. Decir que fue un momento erótico al dejar visible cada centímetro de su piel fue quedarse corto, pues la agitación que sintió hasta dejarla como Dios la trajo al mundo fue parecida a cabalgar bajo las estrellas con la luna iluminando solo para ti el camino, mientras el viento acaricia tu rostro al mismo tiempo que grita tu nombre.

—Nunca imaginé que pudiera contemplar algo más hermoso que un amanecer, pero eres un millón de veces más maravillosa y perfecta.

Maisie se sonrojó por su alago y sonrió levemente, aunque no pudo evitar derramar unas lágrimas ante la intensidad de las sensaciones nuevas que estaba sintiendo y le sobrepasaban. Nunca antes se había sentido tan increíblemente bien y a la vez tan aterrada, pues no podía dejar de pensar que todo estaba siendo un sueño y que al despertar nada habría cambiado.

—Pequeña no llores —le pidió Rohan apesadumbrado al contemplar sus lágrimas, al no saber que era debido a la plenitud de sus sentimientos—. Lo lamento si he hecho algo mal.

Enternecida al ver el sufrimiento en el rostro de Rohan, Maisie le amó aún más por su preocupación, y por la forma tan extraordinaria que tenía de demostrarle lo mucho que la quería.

—No has hecho nada malo, más bien todo lo contrario.

—Pero estás llorando —le rebatió mientras secaba una lágrima con su mano.

—Es de pura felicidad. Es que... —calló al no saber cómo decirle lo mucho que él significaba—...Tú me has hecho ver el mundo de forma diferente. Ahora mis días ya no se centran en trabajar sin descanso o en preocuparme por mi clan, ya que me he dado cuenta de que es posible una vida donde me sienta plena con una sola de tus miradas, o con que tu mano roce la mía. En definitiva, me has demostrado lo que verdaderamente es estar viva.

Conmovido no supo qué decir ante esta declaración de amor, notando un nudo en la garganta y en su pecho que apenas le permitía respirar. Deseaba gritar de alegría al mundo entero para que todos supieran como se sentía, y abrazarla con fuerza para nunca soltar su agarre y que siempre fuera suya.

Pero si de algo estuvo seguro en ese momento fue que su vida nunca más sería la misma, pues con Maisie a su lado sería capaz de cualquier imposible, como por ejemplo, dejar de tener miedo a lo que ella pudiera pensar de él al tener el rostro marcado, y poder así enfrentarse por fin a todos esos temores que desde niño le acompañaban. Por ella sería un hombre más valiente y más sincero, y dejaría de esconderse tras su enorme capa negra y tras su apodo de La Sombra.

Decidido se animó a hacer algo que nunca había hecho, y cogiendo con

cuidado la mano de Maisie se la llevó despacio a la mejilla que tenía marcada por la gran mancha.

—Nunca he dejado que nadie la tocara —le indicó con algo de miedo, pues aunque sabía que ella le amaba y nunca había demostrado sentir asco por su aspecto, reconocía que no estaba preparado para un desplante suyo.

Percatándose de que debía ser fuerte se atrevió a mirarla a los ojos, y vio en ellos tanta ternura que pudo volver a respirar al saber que no la había asustado. Y ahí, con el corazón palpitando de dicha agradeció a los cielos su fortuna, y se dejó llevar por el tacto de sus dedos sobre su piel marcada.

A Maisie le hubiera gustado decirle que era un honor ser la primera en tocarle el rostro, ya que sabía que ese paso era muy importante para él y significaba que se fiaba de ella, pero las palabras no pudieron ser pronunciadas al estar tan impresionada. Saber que confiaba tanto en ella como para mostrarle su parte más vulnerable la había emocionado, y le había hecho darse cuenta de que sus sentimientos eran mucho más profundos de lo que había imaginado.

Con cuidado pasó sus dedos por esa marca que le había privado de una vida plena y normal al lado de personas que lo amaran, pero que le había llevado hasta ella y a lo que parecía un futuro juntos. Decidida acercó sus labios a su rostro marcado para depositar en él un emotivo beso, y así demostrarle que jamás pensaría en él como en un monstruo, sino como en un hombre amable y sincero que se había ganado su corazón con su entrega.

—Y ahora, mi tierno caballero, hazme el amor —le pidió en un susurro justo antes de que Rohan se adueñara de su boca.

Resuelto a cumplir su orden Rohan comenzó a acariciarla despacio, absolutamente hipnotizado por su forma de ofrecerse a él y de lamerse los labios tras jadear de placer. Notó que entre sus brazos tenía al ser más mágico y admirable que había visto en su vida, no solo por cómo reaccionaba ante su tacto sino por la belleza que mostraba.

Despacio recorrió con su mirada cada parte de su cuerpo, y cuando su excitación se volvió dolorosa, se apresuró a quitarse la ropa y a reunirse con ella en apenas un suspiro.

—Mi Maisie —le dijo para después besarla y colocarse sobre ella.

—Te quiero —le susurró consiguiendo que Rohan perdiera la cabeza.

Lo que vino a continuación solo afirmó lo mucho que se amaban, ya que Rohan no cesó en su empeño de hacerla gozar con su roce, con su boca y con su miembro. No paró de seducirla y provocarla hasta que la escuchó gemir de placer llamándolo por su nombre, y solo entonces, cuando estuvo seguro de que ella había alcanzado el éxtasis, se dejó llevar por el suyo.

Durante todo ese tiempo Maisie se sintió la mujer más feliz y afortunada del mundo, al haber encontrado un hombre que se entregaba a ella tan abiertamente, demostrándole con cada mirada, caricia o beso lo mucho que ella significaba. Quizá por eso no se mostró insegura o asustada cuando se colocó sobre ella, ni se sobresaltó al notar como entraba hasta el fondo percibiendo un ligero pinchazo de dolor, pues confiaba en que él la cuidaría y se entregaría a ella, como ella lo haría con él.

Experimentando un profundo amor Maisie lo abrazó con fuerza y se perdió en su cuerpo, al fundirse los dos en uno solo en el mismo instante en que alcanzaron el clímax. Algo dentro de ella se rompió y volvió a formarse haciéndola cambiar para siempre, al haber descubierto esa noche que un corazón enamorado late con más fuerza que otro solitario, como también se vuelve más vulnerable.

Solo esperaba que después de esa experiencia compartida sus vidas caminaran juntas, encontrando ante ellos un futuro donde su amor no solo fuera aceptado, sino que además perdurara para siempre. Ese era su anhelo más profundo cuando lo miraba y se perdía en sus ojos, pues estaba segura que ya no podría vivir en un mundo donde Rohan no estuviera a su lado.

Durante gran parte de la noche hicieron el amor y pronunciaron palabras tiernas, hasta que el cansancio y la sensación placentera de estar juntos bajo las mismas sábanas les hicieron caer dormidos. Como si fueran un solo ser se habían fundido en un solo abrazo, donde sus corazones marcaron con sus latidos cada segundo que pasaba.

Tal vez el día que estaba por llegar les hiciera enfrentarse a duras decisiones, pero esa noche solo contaban ellos, y la dulce satisfacción de haberse entregado por completo a la persona que amaban.

CAPÍTULO 15



Tras una noche que siempre quedaría en el recuerdo, la luz del sol se hizo presente, despertando de su sueño a Rohan con Maisie cobijada desnuda entre sus brazos. La dicha que sintió le hizo sonreír al tenerla justo como tantas veces había anhelado, pues durante demasiados días había soñado con tenerla arropada a su lado.

Sin poder contenerse la besó con ternura en la frente para después contemplarla embelesado, sin percatarse del paso del tiempo al sentirse el hombre más afortunado del mundo. Solo cuando ella se movió y abrió los ojos volvió a la realidad, y apartando el cabello de su rostro la besó profundamente en los labios.

—Buenos días, mi señora.

Frunciendo el ceño Maisie lo miró fingiendo sentirse ofendida, al tratarla de forma cordial después de todo lo que habían compartido.

—¿No crees que deberías tutearme? Al fin y al cabo estoy desnuda entre tus brazos.

—¿De veras? —le preguntó divertido, para después apartar la sábana con que se cubrían y mirarla desnuda.

Maisie rió encantada por ese nuevo Rohan jugueteón que había descubierto al despertar, y le arrancó las sábanas de las manos para cubrirse con ellas haciéndose la ofendida.

—Pues sí, y recuerdo perfectamente que fuiste tú quien me quitó la ropa.

—Empiezo a recordarlo —le soltó con picardía mientras la besaba—. Y también empiezo a recordar otras cosas, como lo mucho que me gusta acariciarte para hacerte estremecer, o como me vuelve loco oírte gritar mi nombre mientras

te hago el amor.

Avergonzada ante estos recuerdos que los dos rememoraron Maisie se ruborizó y apartó la mirada, como si sintiera vergüenza al recordar a la luz del sol todo lo que había hecho bajo la protección de las estrellas.

Al verla de esa manera Rohan sintió como su amor se expandía por cada fibra de su ser, pues esa mujer era capaz de hacerle sentir el hombre más afortunado del planeta con solo ser ella misma.

Pensó en la cantidad de amaneceres que no habían compartido al no haber afrontado la verdad de sus sentimientos, y se juró que nunca más permitiría que pasara un solo día sin estar con ella y sin declararle abiertamente su amor.

—Fui un estúpido. Debí confesarte antes lo mucho que te quería, pero acabé comportándome como un cobarde al temer tu rechazo —le confesó pues necesitaba decírselo.

—Los dos fuimos cobardes. Teníamos tanto miedo al desprecio o al desinterés del otro, que no nos dimos cuenta de lo que nos estábamos perdiendo —Rohan asintió y se quedó pensativo.

Maisie percibió mediante su don como la mente de Rohan recordaba momentos y conversaciones que habían mantenido, y como se había callado sentimientos que le hubiera gustado compartir con ella. Notó como un halo de tristeza y de reproche le envolvía, y como se formaba un nudo en su estómago a causa del reproche, por lo que decidió poner fin a todo ello.

—Aunque creo que hicimos bien en esperar y no precipitarnos —afirmó de forma distraída, consiguiendo que él la mirara confuso—, de lo contrario hubiera tenido que soportar como me conquistabas con poemas y canciones.

Rohan sonrió al escucharla, e inmediatamente sus tristes pensamientos quedaron en el olvido. Sin lugar a dudas amaba a esa mujer y todo lo que le hacía sentir, pues cuanto más la conocía más se daba cuenta de que gustoso se pasaría el resto de su vida aprendiendo de ella.

Encantado de seguirle la corriente y de ver cómo a su lado surgía un nuevo Rohan que apenas conocía, pero que sin embargo sentía más verdadero y único de lo que jamás había sido, le contestó con la misma ironía para hacerla sonreír y seguirle la broma.

—Lamento decirle señora que no tengo talento para esos asuntos, y me

temo que más que conquistarla la hubiera hecho huir de mi compañía espantada.

Nada más escucharle Maisie comenzó a reír, e inmediatamente contagió a Rohan que feliz comenzó a hacerle cosquillas hasta que le suplicó que parara. Solo entonces quedaron otra vez jadeantes bajo las sábanas mientras permanecían abrazados, anhelando que ese instante quedara suspendido en el tiempo.

—Me haces ser de una manera que nunca antes había sido —le confesó Rohan mirándola a los ojos.

—¿Y eso es malo? —le preguntó deseando saber su respuesta, aunque por la felicidad que radiaba de su rostro sabía cuál iba a ser su réplica.

—No —le aseguró—. En realidad es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sintiéndose afortunado al estar disfrutando de esos momentos íntimos le sonrió, y durante unos segundos solo se contemplaron perdiéndose en la profundidad de sus miradas. Ambos deseaban preguntarse un millón de cosas, pues igual que la noche anterior habían compartido sus cuerpos, ahora necesitaban saber todo lo referente a la persona que amaban.

El problema era que Rohan no quería romper ese hechizo que les envolvía con preguntas que les pudieran incomodar o hacer que esa sensación de paz se evaporara, y ella no se atrevía a interrogarle al saber que él era hermético y guardaba su pasado con recelo.

Pensó que quizá con su ayuda lograría que se abriera, y pudiera cerrar las heridas que arrastraba desde hacía años. Estaba convencida que demostrándole que siempre estaría a su lado, le contara lo que le contara, él terminaría confiando, y juntos podrían sanar ese alma destrozada que lo hacía parecer un hombre duro y fiero, pero que en realidad solo era una persona solitaria que se sentía perdida.

—Háblame de ti —le pidió una vez que se hubo decidido.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Si quieres puedes empezar por cuando eras un niño.

Durante unos segundos Rohan se quedó callado y pensativo, como si estuviera decidiendo si mostrarle su pasado y con ello sus peores pesadillas, o si debía guardarlo para él manteniéndolo en su más oscuro interior como venía haciendo toda su vida.

Solo tuvo que mirarla a los ojos y recordar cómo se habían amado la noche anterior para saber la respuesta, ya que en el fondo sabía que no podría estar a su lado si ella no conocía toda la verdad. Aunque debía reconocer que lo que más le asustaba era que le tuviera lástima, pues estaba seguro que no soportaría mirarla y ver como se lamentaba por él.

Con la decisión tomada comenzó a hablar.

—El primer recuerdo agradable que tengo es de mi madre. Ella fue la única que demostró algún tipo de sentimiento por mí aunque me temiera.

—¿Te temía? —le preguntó extrañada, ya que no se imaginaba a una madre asustándose de su hijo. De hecho, en su caso ella conocía su secreto y siempre pensó en su bienestar, antes que permitir que lo marginaran.

—Creo que se dejó influenciar por el sacerdote de la familia. Ella era una mujer muy devota y ese hombre le aseguró que yo había nacido a causa de algún pecado cometido por ella y su marido, y por eso Dios les había castigado enviándoles a un hijo del demonio.

Maisie se estremeció no solo al escuchar esas palabras y comprender lo que su gente había pensado de él, sino al darse cuenta de la frialdad con que lo recordaba. Era como si estuviera relatando la vida de otra persona y no la suya misma, al contarlo de una manera distante.

Pero además se enfureció al pensar en ese sacerdote que había culpado a un niño de algo que no había cometido, haciéndole pagar por un daño que solo estaba en la mente sucia del clérigo. Maisie sabía lo suficiente sobre religión para saber que Dios nunca culparía a un niño inocente por los pecados de sus padres, haciéndole vivir un infierno por algo que sucedió cuando ni siquiera había nacido o por una culpa imaginaria.

Aunque debía reconocer que la mayoría de las personas verdaderamente creían en esa injusticia, y castigaban a los hijos por esos pecados. Era algo muy normal en su tierra, pues había escuchado un sinnúmero de historias sobre venganzas entre clanes que duraban generaciones, al pasar a los hijos la obligación de reparar el daño causado a sus antecesores.

—¿No creerás que es cierto lo que dijo ese sacerdote? ¿No es así?

Durante demasiado tiempo Maisie esperó su respuesta sin conseguir nada más que silencio. Temió que Rohan hubiera pasado toda la vida creyendo la mentira de que había nacido para cargar con la culpa de sus padres, más aún si

todo había sido dicho por un hombre sin sentido común que había causado un daño irreparable en su autoestima.

—Hace tiempo que no pienso en ello, pero recuerdo que de pequeño sí lo creía.

Maisie quiso decirle que lo sentía mucho y que no debió haberlo creído, pero no quería demostrar lástima cuando en realidad era respeto lo que se merecía, al haber soportado durante años una mentira que le había marcado de por vida.

—Recuerdo rezar de rodillas hasta que estas me sangraban. El sacerdote siempre me recordaba que esa era mi penitencia por llevar la maldad dentro de mí, y que solo con mi sangre me salvaría.

Maisie se contuvo con todas sus fuerzas para no llorar, y continuó callada para seguir escuchando.

—Mientras mi madre vivió se hicieron soportables los rezos, los castigos e incluso los insultos porque podía contar con ella, pero cuando ya no estuvo...

Al pensar en Rohan solo con esa gente, y en especial con ese sacerdote, su vello se le rizó al imaginar por las cosas horribles que tuvo que pasar.

—¿Y tu padre? —le preguntó al no haberlo mencionado.

—Él me apartó de su vida dejándome a cargo de ese sacerdote y no quiso saber nada más de mí —le habló notándose el desprecio que sentía por esa persona que era de su misma sangre—. Por suerte volvió a casarse y su nueva esposa se negó a compartir el mismo techo conmigo, por lo que me mandaron con un anciano que había sido la mano derecha de mi abuelo.

Maisie pensó en cómo debió ser la infancia de Rohan aislado, temido y sin gente que le mostrara algún tipo de amor o de compasión, y comprendió que hubiera llegado hasta ella receloso y serio, cuando en realidad era un hombre sumergido en una amargura que llevaba arrastrando toda la vida.

Se maravilló que a pesar de todo lo sufrido por parte de quien debía protegerlo y cuidarlo él había mantenido su corazón intacto, sin convertirse en un ser despiadado y déspota al que no le importaba nada ni nadie.

—Me siento orgullosa de ti —aseguró mirándolo a los ojos—. Porque a pesar de todo lo que sufriste no guardas maldad en tu interior.

Al principio Rohan se sorprendió al escucharla, hasta que entendió por qué lo decía.

—El mérito no fue solo mío —le indicó mostrando una ligera sonrisa—. Quien me salvó fue la pareja con quien me mandaron. Ellos eran buenas personas que siempre quisieron tener un hijo y me criaron como tal. Para ellos yo era una bendición en vez de un castigo, y me enseñaron lo que era un hogar y ser tratado con amor.

—Me alegro de que ellos te cuidaran.

—Hicieron mucho más que cuidarme. Hugh me instruyó en el manejo de las armas, convirtiéndome en un hombre fuerte y seguro al hacer que confiara en mi destreza y en mis habilidades. Me dio un código de honor por el que regirme y me enseñó lo que era el respeto. En cuanto a Gwyn... ella me dio su corazón al amarme como a su propio hijo.

Maisie no pudo retener las lágrimas al pensar en esas dos personas que aun siendo unos desconocidos lo acogieron como a uno más de la familia, y desde lo más profundo de su ser agradeció a esa pareja de ancianos por haberse convertido en los padres de Rohan salvando así su alma del odio.

Ante el silencio que Rohan guardó, y ante la escasez de palabras con que describió a Gwyn, Maisie supo que esa mujer fue como una segunda madre para él, a la que amaba y aún recordaba con ternura.

—Me gustaría conocerlos.

—Murieron —le contestó sin más.

Maisie se tensó al escucharle, pues había vuelto a mostrar esa frialdad con que se cubría el corazón. Lamentó que ese matrimonio ya no estuviera para consolarlo, y sobre todo se apenó porque hubiera perdido a unas personas que habían sido tan importantes para él.

—Cuánto lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. Ya eran ancianos cuando me acogieron, pero tuve la suerte de pasar con ellos el resto de mi infancia.

Al percibir su dolor no quiso preguntarle nada más, al notar que esos recuerdos, aunque felices, también encerraban cierto dolor por la pérdida, por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Volviste a ver a tu padre?

—Años después, cuando me vendió a la iglesia.

Impactada por lo que acababa de contarle no supo qué decir, pues jamás hubiera imaginado que ese hombre llegara tan lejos para deshacerse de su hijo. Había esperado que lo tuviera marginado en alguna finca de su propiedad sin querer saber nada de él, pero nunca que fuera tan cruel como para negarle la libertad de poder elegir su propia vida.

Rohan solo tuvo que mirarla para comprender que había malinterpretado sus palabras, al creer que lo había vendido para ingresar en un convento como hacían muchos padres con los hijos no deseados, o con los que habían nacido en tercer lugar y no quedaba nada para ellos.

Entendió que lo creyera al ser una práctica muy común entre los nobles de toda Inglaterra, ya que normalmente el tercer hijo, al no poder heredar, y normalmente no poder ser caballero al considerar ese honor digno del segundo vástago, solo le quedaba el camino de la iglesia si quería que su familia alcanzara notoriedad y les quedara dinero para las dotes de las hijas.

Teniendo en cuenta todo ello Rohan dedujo que ella había creído que ese había sido su caso, ya que la mayoría de las veces esos jóvenes eran entregados a la iglesia sin que la fe interviniera. Por eso se aseguró de contarle cómo había sucedido realmente.

—Por aquel entonces el rey Ricardo estaba reclutando hombres que fueran a luchar con él en las cruzadas para liberar Jerusalén^[20], ayudado por la iglesia al vender indulgencias^[21], por lo que muchos se alistaron para conseguir una de ellas.

—Recuerdo haber oído sobre las indulgencias, pero en realidad no sé muy bien de qué se trata.

—Consiste en un acuerdo con la iglesia para que durante tres años sirvas como soldado en las cruzadas, a cambio de la limpieza de tus pecados.

Extrañada al escuchar algo tan poco corriente le preguntó curiosa:

—¿De cualquier pecado?

—Así es.

—¿Pero el sacerdote no te perdona cuando te confiesas? —insistió al no

comprender que alguien creyera que algo así fuera posible.

Rohan le sonrió mientras la abrazaba con fuerza, al ver su desesperación por comprender que le había sucedido. Le encantaba comprobar cómo se preocupaba por él, pues era la primera vez que alguien se interesaba por su vida.

—Al parecer no —solo pudo contestarle al no entenderlo ni él.

—Pues me parece una...

—Antes de que sigas te explicaré mi caso —le cortó colocando un dedo sobre sus labios, encantado de que fuera tan guerrera y quisiera defenderlo.

Al ver la sonrisa socarrona de Rohan y como le brillaban los ojos al mirarla, Maisie decidió callar y dejar que le contara su historia, aunque pensaba decirle lo estúpido que había sido al dejar que su padre le vendiera a la iglesia cuando no le debía nada, y menos cuando ponía su vida en peligro durante tres interminables años de guerra.

—Como te conté antes, mi progenitor creía que estaba maldito, y pensó que si luchaba en las cruzadas en su nombre Dios le perdonaría por haberme engendrado.

Maisie no tardó ni un segundo en mostrar su desacuerdo bufando indignada, aunque no dijo nada y siguió escuchando.

—Trató de convencerme de que era lo único posible para borrar de mi alma todo lo impío, aunque siempre supe que la verdadera razón era limpiar de toda mancha su linaje al haberlo deshonrado con mi nacimiento.

—No sé cómo te dejaste convencer. Jamás hubiera creído que te pusieras en peligro por ese hombre y por su apellido.

—No acepté por él, aunque el muy idiota así lo creyera. Lo hice porque estaba solo y no tenía adónde ir. Ese déspota me dejó muy claro que no era bien recibido en sus tierras y que no me daría nada para sobrevivir, ya fuera dinero o influencias, al no querer que nadie supiera que era su hijo. Sabía que me encontraba solo en un lugar donde nadie me quería, y que tenía que valerme por mí mismo si no quería terminar como un mendigo.

«Pensé que entrar al servicio del rey sería una buena salida, ya que Hugh me había entrenado durante años para la batalla. Él sabía que tarde o temprano llegaría el momento de enfrentarme solo al mundo, y que la única posibilidad de salir adelante era con mi espada. Por eso me entrenó durante años, y por eso

acepté la oferta. Además, sabía que luchando junto al rey no solo tendría una oportunidad para salir adelante, sino que también podría recompensarme si le prestaba un buen servicio».

—¿Y te recompensó? —quiso saber ensimismada con la historia, comprendiendo tras escucharle su decisión de ir a las cruzadas, pues sin lugar a dudas Rohan tenía alma de guerrero y ese camino le había dado una salida para empezar una nueva vida.

—Luchar en las cruzadas fue muy lucrativo —confesó sonriendo, por lo que Maisie supo que esa guerra también le había reportado fuertes beneficios—. Además, me nombró caballero y pasé a formar parte de su séquito real.

—¿Formaste parte del séquito del rey Ricardo? ¿De corazón de León?

—Así es —afirmó con orgullo, siendo evidente el cambio que se terció en él al recordar esos días ya lejanos, donde el honor, la lealtad y el coraje eran su emblema.

Maisie se emocionó al pensar en todo lo que había logrado por sus propios méritos, ya que sabía que solo los caballeros más actos en la batalla tenían el honor de proteger la vida del rey, luchando junto a este y custodiándolo las veinticuatro horas del día.

Fue entonces cuando sintió un inmenso orgullo por cómo se había enfrentado al mundo saliendo victorioso, y se preguntó cómo un hombre como él habría aceptado abandonarlo todo para ir a Escocia a ayudar a su clan, cuando era más que evidente que sería odiado por sus gentes al ser inglés y donde le señalarían como maldito. Una duda que quedó desvelada nada más mirarle a la cara, y saber que estaba ante un hombre íntegro que cumpliría con la palabra dada a Connor.

—¿Cómo conseguiste ser uno de los caballeros del rey?

—En la batalla de la Torre de Ace^[22]. Fue nuestra primera victoria en Tierra Santa, y en donde recibí mi nombramiento de caballero por mi destreza en la lucha. En ese mismo combate me otorgaron la distinción de ser un miembro de la seguridad personal del rey, por arriesgar mi vida al salvar a unos hombres que habían caído en una emboscada. Después de eso continuamos el camino hasta Jerusalén, y una vez ahí tuvimos que enfrentarnos con Saladino^[23].

En ese momento su semblante cambió volviéndose oscuro, por lo que Maisie se cuidó de no comentar nada, aunque por su mente circulaban infinidad

de preguntas al parecerle todo exótico y fascinante.

—No me gusta hablar de ese período de mi vida, al haber perdido en ese lugar a muchos hombres que me siguieron ciegamente y dieron su vida por mí.

Ella asintió, percibiendo el dolor de las pérdidas que había sufrido, y la culpa que asomaba en sus pensamientos al creer que tal vez podría haberlos salvado si hubiera actuado de otra manera. Un pesar que Maisie sabía que era muy común entre los guerreros que luchaban juntos, pues era lógico que si uno de ellos caía en el campo de batalla, el otro pensara que quizá le hubiera podido salvar o que tal vez debería haber sido él quien falleciera.

Sin saber qué decir para consolarle, pues entendía que debía ser muy duro ver caer a sus hombres sin poder remediarlo, optó por mantener silencio hasta que él estuviera preparado para volver a hablar.

—Después de Jerusalén regresamos a Inglaterra. Allí me volví un hombre diferente, lleno de una culpa que cada vez me pesaba más, al haber visto morir a tantos hombres y haber convivido entre tanta maldad. Un día, cansado de las intrigas de la corte me uní a una de las muchas juergas que algunos caballeros organizaban, y acabé medio borracho en un barrio de mala muerte. Ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta allí, pero sí sé que acabé envuelto en la pelea de una taberna al haber brindado por el rey, y ahí fue donde Connor me encontró. Él no solo me salvó de esos rufianes, sino también de mí mismo —afirmó emocionado al recordar a ese hombre por el que guardaba un profundo respeto y simpatía.

—Recuerdo lo que me contaste sobre mi hermano y cómo os hicisteis amigos —le comentó mientras sonreía levemente al evocar ese momento—. ¿Qué pasó después?

—Tu hermano regresó a su hogar y yo seguí al rey hasta Francia para defender los territorios de Aquitania.

—Ahí fue donde el rey murió^[24], ¿verdad?

Cuando Rohan habló se notó su pesar, demostrando lo mucho que para él había significado su rey. Al fin y al cabo ese hombre le había dado una vida de honor, aunque esta transcurriera en el campo de batalla, pero donde se sentía útil y valorado.

—Así es, una flecha le alcanzó y terminó con su vida al infectarse la herida y gangrenarse. Después de eso no tenía sentido regresar a Inglaterra ya que no me unía nada a esa tierra, por lo que viajé hasta Constantinopla^[25] donde

conocí a John.

—Creía que John había estado contigo en las cruzadas —le comentó sorprendida, pues al estar siempre juntos y ser su mano derecha, pensaba que era su hombre de confianza además de ser su amigo.

—No, John no es un guerrero —le dijo sonriendo—. Él es comerciante y tras salvarle de su gente se quedó conmigo. Por aquel entonces no sabía qué hacer con mi vida, y él me convenció para que con el dinero que había ganado en las cruzadas abriera un negocio de venta de especias a occidente.

—No te imagino como comerciante —afirmó risueña al mismo tiempo que contemplaba al temido, corpulento y fiero hombre, que ahora estaba con ella bajo las sábanas acariciándole de forma distraída el muslo.

—En realidad yo solo puse el dinero. Es John quien lleva los negocios.

Rohan la compensó con una sonrisa y un ligero beso en los labios, encantado de tenerla desnuda entre sus brazos y poder hablarle con total sinceridad. Compartir los recuerdos de su vida con alguien era nuevo para él, y se preguntó cuántas cosas más se había perdido y que nuevas maravillas encontraría al lado de esa mujer tan fascinante.

—Entonces espero que sea mejor comerciante que soldado —declaró divertida, y acabaron ambos riendo por la broma.

Mirándola con devoción deseó volver a sumergirse en ella para explorar su cuerpo hasta hacerla explotar de placer, al contemplarla risueña y desenfadada entre sus brazos. Siguiéndole el juego contestó a sus palabras, pues por nada del mundo quería que ese momento surgido entre los dos acabara nunca.

—Es bastante mejor. De hecho, si algún día quiero dejarlo todo y retirarme podría comprarme lo que quisiera.

—¡Estás de broma! —manifestó incrédula, pues no creía que eso fuera posible, aunque al mirarle a la cara Maisie no percibió que exagerara y mucho menos que mintiera.

Pero Rohan se estaba divirtiendo demasiado como para contestarle, aunque una parte de él quería que supiera lo rico y poderoso que era, para que comprendiera que con él no le faltaría de nada pues la cuidaría como a una reina.

—¿De verdad eres tan rico? —le preguntó sin ninguna malicia y sin que su forma de verlo cambiara, pues para ella siempre sería su fiero guerrero que la

había conquistado con su enorme corazón, su tierna sonrisa y ese anhelo de saber lo que significaba el amor.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso buscas un marido rico? —le contestó con evasivas, pero sin ofenderse, al comprender que sintiera curiosidad por ese tema.

Pero Maisie se enrojeció, así como se paralizó a oírle decir marido, pues era la primera vez que escuchaba esa palabra de sus labios y no se lo había esperado. Ni siquiera le molestó que no le hubiera contestado a su pregunta, y para disimular su perplejidad decidió responderle usando la misma ironía.

—Bueno, nunca viene mal, aunque ya tengo en mente a un posible candidato, y cuando cautivó mi corazón no sabía que tenía dinero.

—Entonces es un hombre afortunado.

Los dos se miraron al saber que cada palabra pronunciada escondía un profundo y sincero secreto, que aún no se atrevían a decir abiertamente, quizá por miedo a precipitarse, o tal vez por temor a despertarse de lo que parecía un sueño.

Rohan quiso decirle que la amaba, y que por ella sería capaz de cualquier cosa, pero solo optó por besarla y decirle con su boca y su corazón todo lo que sentía por ella.

Maisie por su parte se dejó llevar por ese sentimiento que la hacía elevarse hasta las estrellas y que crecía con cada mirada, caricia o anhelo que él le provocaba, y gustosa se fundió entre sus brazos mientras le hacía el amor dulce y sensualmente.

Juntos se perdieron en una utopía donde su amor era perfecto y no tenían que enfrentarse a enemigos, celos ni duras pruebas, sin darse cuenta de que se trataba solo de un sueño, y que acabarían descubriendo que no era real en cuanto abrieran los ojos.

CAPÍTULO 16



Arrodillado en la capilla desde el amanecer, el hermano Gregory llevaba un buen rato sin poder orar al estar absorto en un pensamiento.

Una idea le había comenzado a rondar por la cabeza desde hacía un par de días, y tras el secuestro de su señora sus dudas se habían incrementado. Todas las pistas y el sentido común le decía que alguien de Gleann estaba detrás de los robos y del secuestro, pero no lograba descubrir quién podía ser el responsable de todo ello por mucho que se esforzara en buscarlo.

Sabía que algunos miembros del clan creían que él era el culpable al mostrarse tan contrario a ese hombre marcado, pero al ver cómo protegía a los más indefensos y cómo había traído la paz a esa tierra, no podía ir en su contra; aunque hubiera robado el corazón de una mujer que estaba muy por encima de él.

Por ese motivo tenía la obligación de encontrar al culpable, para así limpiar su imagen y para poner un punto final a todo este asunto, ya que estaba seguro que encontrando al traidor los problemas con los Matherson desaparecerían.

Una idea bastante lógica pues los Matherson se estaban quedando sin posibilidades de vencer a los MacLead, al contar estos con un guerrero como el inglés que les había arruinado cada plan que habían perpetrado. También era evidente que si descubrían al traidor los Matherson perderían su ventaja, y lo más seguro es que en poco tiempo estos acabarían desistiendo de atacar a los MacLead. Por eso era tan importante dar con él, y por eso llevaba tantas horas rogando para tener alguna pista.

Pero por mucho que lo hubiera meditado no conseguía encontrar algo que le indicara quién era el culpable, y estaba empezando a impacientarse al sentir

las piernas entumecidas.

De pronto un recuerdo le vino a la memoria, al evocar un tiempo pasado cuando la madre de Ralfe estaba viva y ejercía de curandera. Ella se había instalado en un pequeño cuarto que estaba situado en lo más alto de la torre, hasta que el techo se vino abajo y ella quedó enterrada entre las piedras.

El accidente les había sorprendido tanto que todos en el clan quedaron contrariados, primero porque no le diera tiempo a huir y segundo porque el techo estaba en perfectas condiciones. Fue todo tan extraño que se empezó a hablar de una maldición al trabajar ella con gran variedad de pociones y remedios paganos, y se comenzó a rumorear que la habitación estaba maldita.

Desde entonces nadie se había atrevido a entrar en ella por miedo a encontrarse con algún ser malévolos, y con el paso del tiempo, se fue olvidando quedando solo una historia sobre una mujer que jugó con el demonio y este acabó reclamando su vida.

El hermano Gregory recordaba que él estaba en contra de que se contara esa historia, para no provocar una desgracia y para que Ralfe no sufriera al escucharla. Todavía podía oír sus gritos de angustia cuando encontraron a su madre entre los escombros, y cómo durante días se mantuvo encerrado en su cuarto sin querer hablar con nadie.

Solo con paciencia y cariño Maisie consiguió sacarlo de su dolor, y todo el clan acordó que ese asunto quedaría en el olvido. A nadie le sorprendió que Ralfe se negara a seguir las enseñanzas de su madre, y ni siquiera deseara entrar para coger las pocas pertenencias de esta, así como cientos de tarros y plantas exóticas que como sanadora guardaba.

Debido a esa dejadez el lugar había sido cerrado con llave al considerarse peligroso, y los años lo habían mantenido fuera de la mirada de los curiosos. Pensándolo detenidamente, esa recámara parecía el sitio idóneo donde guardar los víveres robados, y en donde el traidor podía esconderse para no ser descubierto.

Incluso pensándolo bien el culpable podría ser alguien ajeno al castillo, que había permanecido oculto en esa habitación durante el día para salir por la noche a robar. Solo hacía falta alguien que pudiera colarse cuando quisiera por las puertas de acceso, para esa misma noche hacerse con la mercancía y después volver a esconderse en lo alto de la torre. Pasado unos días, cuando creyera que

no había peligro podría salir, y haciéndose pasar por un sirviente se marcharía sin que nadie sospechara nada.

Ese plan demostraría que nadie del castillo estaba implicado, aunque dejara algunos cabos sueltos que no le daban la razón. Pero el monje prefería comprobar esa posibilidad antes de señalar a alguno de los suyos como culpable, y se juró que no descansaría hasta que resolviera ese misterio.

Por ello se puso en pie, con bastante esfuerzo al dolerle las piernas después de tanto tiempo de rodillas y se encaminó a la torre. Solo cuando se hubo puesto en marcha recordó que la puerta podía estar cerrada con llave, hasta que pensó que quizá el ladrón había roto la cerradura para lograr entrar en ella. Al fin y al cabo la única llave estaba en manos de Ralfe, y este por nada del mundo entraría en ese lugar.

Conforme iba caminando decidió que ya descubriría si estaba cerrada o no en cuanto llegara, y comenzó a subir las escaleras sin que a nadie le extrañara y sin que apenas unos cuantos se percataran de su presencia.

Decidido a encontrar la solución al problema por fin llegó a lo alto de la torre, teniendo que detenerse un momento para coger aliento. Sofocado contempló la puerta cerrada, y sin poder esperar ni un minuto más se acercó a ella tirando lentamente del pomo.

No sabía qué se encontraría detrás de esa puerta, si es que conseguía abrirla, pero cuando esta comenzó a crujir demostrando que no estaba cerrada, algo en su interior se encendió e hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo. Un miedo frío y visceral se apoderó de él, y por un instante, al oír el chirrido escalofriante de las bisagras al ceder, temió que el alma en pena de la madre de Ralfe saliera a su encuentro.

Temblando de miedo no pudo hacer otra cosa más que cerrar los ojos, mientras escuchaba como la puerta seguía abriéndose. Un aire helado le envolvió provocando que temblara aún más, y estuvo a punto de retroceder y marcharse escaleras abajo para encerrarse en la capilla a orar durante días.

Si no hubiera sido un hombre tan supersticioso quizá no hubiera tenido esos pensamientos, o si hubiera sido más sabio no hubiera ido solo. Pero ahora se encontraba en el umbral de esa habitación que había permanecido cerrada desde la muerte de la curandera, y sin que nadie del castillo supiera que había subido a comprobar si el traidor estaba ahí escondido.

De pronto una idea lo dejó paralizado, pues si bien cabía la posibilidad de ser atacado por un fantasma, también existía la probabilidad de que el traidor estuviera a pocos pasos de él. Esa perspectiva le dio verdadero pánico, pues estaba convencido que ese hombre sería peligroso y no dudaría en matarlo para que su secreto permaneciera a salvo.

El miedo a ser asesinado en cualquier momento le dio las fuerzas necesarias para abrir los ojos, y lo que encontró le dejó sin habla. Ante él se hallaba una gran cantidad de barriles y sacos amontonados por la recámara, y a un hombre al que conocía y que ahora le miraba con una expresión de sorpresa.

Sin lugar a dudas ambos se asombraron al encontrar al otro en ese lugar, pues ni el traidor se esperaba ser descubierto por el monje, ni este había sospechado quién era el culpable.

—¡Eras tú! —solo pudo decir antes de que el individuo acertara la distancia que les separaba y tirara de él con fuerza, para así introducirlo en la habitación y poder cerrar la puerta.

—Qué sorpresa más agradable, hermano Gregory, y yo que pensaba que eras la persona más supersticiosa que había conocido —le dijo ese hombre tras cerrar la puerta con llave.

Encontrándose en el centro de la habitación comenzó a mirar nervioso en todas direcciones, tratando de encontrar una salida que le permitiera huir de ese sitio cuanto antes.

—Es inútil que siga buscando, la única forma de escapar es por la puerta que acabo de cerrar.

Retorciendo sus sudorosas manos trató de calmarse, aunque su cuerpo no le ayudara al no dejar de temblar con insistencia. Luego, tras tragar el nudo que se le había formado en la garganta, miró a aquel hombre al que conocía desde hacía años y jamás le hubiera creído culpable.

—¿Por qué lo has hecho Ralfe?

—¿A qué te refieres? ¿Al secuestro de Maisie, a robar los víveres, o a cooperar con los Matherson para que acabaran con el clan? ¿O debo retroceder más en el tiempo cuando maté a mi madre o causé la muerte de Connor y del laird?

Nada más escucharle se llevó una de las manos a la boca para intentar

bloquear las náuseas, pues la frialdad con que le hablaba, el odio que emanaba de él, el frío de su mirada y su escalofriante testimonio, le habían hecho comprender que se hallaba ante un hombre sin escrúpulos capaz de matar hasta a las personas más cercanas.

Se volvió a reprochar que por primera vez en su vida hubiera sido tan impulsivo al haber ido a ese lugar solo y sin avisar, y consideró irónico que ese acto de valentía y estupidez pudiera ser el último de su vida. Resultaba curioso que él siempre hubiera temido a los espíritus, duendes y brujas y sin embargo ahora acabaría siendo un alma en pena, que vagaría por las noches pidiendo justicia por su muerte.

Pero se resistía a creer que ese sería su final, y se puso a pensar en la manera de salir cuanto antes y con vida de ese lugar.

—No creo que mataras a tu madre —optó por hacerle recordar que tenía corazón, pues tal vez de esa manera le resultaría difícil matarle—. Eres un buen hombre que teme la ira de Dios.

La carcajada de Ralfe no le dio muchas esperanzas de que le hubiera convencido.

—¿Eso cree, hermano Gregory? ¿Piensa que no pude matarla? —Y acercándose más a él le susurró marcando cada palabra—. Le puedo asegurar que disfruté asesinandola.

El monje retrocedió asustado mientras se santiguaba, al darse cuenta de que temía mucho más a este hombre que a todos los demonios del averno juntos. La maldad que destilaba por cada fibra de su cuerpo le hacía estremecerse, y se preguntó cómo pudo esconder durante tanto tiempo esa forma de ser tan destructiva y negativa sin que nadie lo descubriera.

—¿Se está preguntando cómo es posible que nadie sospechara de mi lado oscuro durante todos estos años? —le preguntó mientras comenzaba a caminar alrededor del monje.

El hermano Gregory pegó un respingo al escucharle, pues no lograba imaginar cómo Ralfe pudo averiguar qué estaba pensado, hasta que asumió que su comentario debió ser fruto de la casualidad, por lo que siguió adelante con su plan de encontrar algo que le diera ventaja para conseguir salir de ese sitio.

Se le ocurrió que tal vez si le hacía hablar de su pasado encontraría alguna cosa que le ayudara a activar su conciencia, y así le haría recapacitar sobre sus

malos actos consiguiendo una oportunidad para salvarse. Pero cuando estaba a punto de preguntarle algo le escuchó decir:

—Debe tener cuidado pues yo no tengo conciencia, y además puede que no sea tan buena idea que sepa cosas de mi pasado, ¿o acaso no sabe que la curiosidad mató al gato?

—Dios nos proteja, ¡eres un brujo! —afirmó atemorizado sin cesar de santiguarse al comprender que podía escuchar lo que pensaba.

Ralfe soltó una profunda carcajada al oírle, pues le agradaba que le tuviera miedo. Estaba tan acostumbrado a esconder su verdadera forma de ser para mostrarse sumiso y estúpido, que le satisfacía este cambio donde él era el temido.

—Veo que sigues con tu manía de clasificarlo todo —soltó con asco—. No soy ningún brujo, ni practico la magia negra. Lo mío es un don de nacimiento que me permite averiguar todo aquello que pasa por tu cabeza.

—No podrás engañarme con tus mentiras, no es un don lo que tú tienes, sino un arma que te ha entregado el maligno para que puedas hacer el mal —le dijo el monje para después caer al suelo de rodillas y ponerse a rezar.

—Los hombres como tú sois patéticos. ¿Te acabo de confesar que asesiné a tres personas y lo que más te asusta es que te lea el pensamiento? —Le preguntó parándose frente a él y mirándolo con soberbia—. Y pensar que individuos como tú sois nuestros guías —acabó diciendo con desprecio.

—No podrás robarme mi fe.

—No me hará falta, me conformo con quitarte la vida.

El hermano Gregory se percató de que estaba ante un asesino sin escrúpulos que podía matarlo sin muchas complicaciones si se quedaba arrodillado en el suelo, y sin hacer otra cosa nada más que rezar pidiendo un milagro que podía llegar demasiado tarde si no hacía nada, al creerlo más fuerte que él al temerlo por estar maldito.

En un par de segundos por su cabeza empezó a rondarle una idea, pues si bien había reconocido que se había equivocado al juzgar a Rohan creyéndolo un demonio, tal vez ahora estaba cometiendo el mismo error al ver en Ralfe a otro engendro de Satanás cuando en realidad solo era un asesino.

Debía admitir que le tenía un miedo aterrador a todo lo que estuviera

relacionado con lo oculto y lo profano, pero ante un delincuente la cosa cambiaba, pues, aunque seguía teniéndole horror al representar un peligro sabía que podía enfrentarse a él. Más aun al tratarse de Ralfe y tener este medio cuerpo deformado.

Decidió que de rodillas no podía defenderse como quería, y que para conseguir alejarlo de él, y así tuviera una posibilidad de salir con vida, primero tendría que entretenerlo con alguna excusa.

—Tu madre murió en esta habitación a causa del desprendimiento del tejado, y por mucho que lo intentes no podrás convencerme de que fuiste tú quien la mató. Yo mismo lo vi con mis propios ojos, además de otros testigos.

—Vosotros solo visteis su cuerpo bajo los escombros, sin que ninguno se percatara de que ya estaba muerta cuando le cayó el tejado encima —le contestó siguiéndole el juego, pues sabía que le había subestimado al creerle débil por su maltrecho cuerpo.

—No mostraba ninguna cuchillada —insistió al ver que Ralfe retrocedía, sin imaginar que era solo una estrategia para hacer que se confiara.

—Porque la envenené. —soltó mirándole fijamente y sin mostrar arrepentimiento—. Después solo tuve que colocar su cadáver en un rincón y romper una viga. Lo demás te lo puedes imaginar.

Siguió diciendo despectivo aunque se notaba arrogancia en su porte, como si estuviera orgulloso de lo que había hecho. Fue entonces cuando el hermano Gregory descubrió que el mal del mundo, el que verdaderamente causa daño, no viene de seres del bosque, de brujas que bailan desnudas frente a la hoguera, ni de hombres que tienen alguna marca o verruga en el cuerpo, sino que como Ralfe llevan al demonio dentro de él al haber nacido malvados, y se prometió que si lograba salir con vida de ese lugar, no volvería a juzgar a las personas por su apariencia o rumores, sino por su forma de ser.

—Pero, ¿por qué harías algo así? —pidió que le explicara, utilizando esa excusa para ponerse en pie.

Quería que le viera como una persona piadosa que no entendía el mal, para que creyera que no podría defenderse al considerarle débil, y trató por todos los medios de apartar cualquier pensamiento de su mente para que no los descubriera.

—Porque la odiaba —le dijo fría y secamente, como si fuera normal que

un hijo aborreciera a su propia madre hasta llegar al punto de matarla.

Ralfe, al ver el desconcierto en su rostro sonrió, al comprender que un hombre tan mojigato como él no entendería lo que era detestar tanto a alguien como para querer matarla; aunque esa persona fuera su madre y le hubiera estado cuidando durante años.

—Crees que soy un monstruo por lo que hice —afirmó, al leer con total claridad sus pensamientos.

El hermano Gregory permaneció en silencio al no saber qué contestarle para no provocarle, y dejó que continuara hablando.

—Fueron ellos los que me convirtieron en lo que soy, y en especial ella. El día del accidente yo solo era un niño y ella ni siquiera se preocupó por mi cuando desaparecí. Pasé solo, dolorido y asustado más de medio día sin que nadie se percatara de que había desaparecido, y ahora dime, ¿qué clase de madre no se da cuenta que su único hijo no ha vuelto a casa en toda la noche?

Era evidente que la rabia de Ralfe iba creciendo conforme hablaba volviéndolo más inestable y por tanto peligroso. Cuando se le acercó quedándose a un palmo de su rostro exigiendo una respuesta, se sintió petrificado a causa del terror que sentía, pues sabía que al final acabaría pagando con él su furia.

—Yo... —tartamudeó—. No estuvo bien.

—¿Que no estuvo bien? —le gritó—. Ella era la curandera del clan y se desvivía por todos, pero cuando esa noche la necesité me dio la espalda, y en vez de ir a buscar a su propio hijo se quedó cuidando a un enfermo.

—Pero ella no sabía que tú estabas en peligro y dolorido, de hecho recuerdo que se sintió muy culpable y que te cuidó durante años sin descanso — nada más decirlo se arrepintió al ver en sus ojos el odio más puro, dándose cuenta que de nada servía hablar con él para hacerle entrar en razón, pues su rencor estaba demasiado arraigado a su alma.

Sin que se lo esperara Ralfe le golpeó la cara con su puño tirándole al suelo, comprobando que el hombre al que creía débil y con el cuerpo maltratado tenía más fuerza de lo que había pensado. Sin querer provocarlo más permaneció quieto mientras con el dorso de la mano se quitaba la sangre que manaba de su labio partido.

—Se sentía culpable porque lo era, además sus cuidados consistían en

auténticas torturas que duraron años. Me obligaba a hacer ejercicios que me partían en dos por el dolor, me daba friegas que me quemaban la piel, y no me permitía descansar más de lo estrictamente necesario. ¡Por Dios! ¡Solo era un niño y me hizo la vida imposible! Ni siquiera me protegió cuando todos comenzaron a burlarse de mí, pero con paciencia logré vengarme.

Ralfe parecía como ausente, como si estuviera sumergido en sus recuerdos y los saboreara.

—Lo primero que hice fue convencer a mi madre para que me enseñara el arte de la sanación. Le dije que sería mi forma de servir al clan al no poder ser útil de otra manera, y la muy estúpida me creyó. Durante años conseguí engañarla para que me contara sus secretos, y en cuanto supe todo lo referente a los venenos lo utilicé en su contra —ensanchando su sonrisa continuó diciendo—: Fue muy gratificante ver como se retorció de dolor ante mis ojos mientras pedía que la ayudara. Solo al final, cuando apenas le quedaba vida en su maltrecho cuerpo, se dio cuenta de que no había sido un accidente.

Durante un instante permaneció en silencio, como si las palabras no fueran precisas para expresar lo que había sucedido o lo que estaba sintiendo, hasta que comenzó a hablar de nuevo.

—Jamás olvidaré su mirada de espanto al descubrir que su único hijo la había envenenado, y como me observaba fijamente mientras escupía sangre y se quemaba por dentro —su voz era apenas un susurro haciéndole creer al hermano Gregory que ese recuerdo le atormentaba, hasta que continuó con el relato—. Esa visión fue la que me dio las fuerzas necesarias para seguir adelante con mi venganza. Después de ese día seguí mi plan, y llegué a un acuerdo con los Matherson para que nos atacaran.

—¿A tu propio clan? —le preguntó incrédulo, pues le costaba creer todo lo que estaba escuchando.

—Esta gente no es mi clan —gritó furioso—. Ellos se han burlado de mí durante años, pero cuando sea el laird sabrán lo que es el sufrimiento y la humillación.

—No puedes...

—¿No? —le cortó—. Aunque me descartéis una y otra vez por mi deformidad, tengo el mismo derecho que esa zorra de Maisie de ser el laird. Al fin y al cabo soy primo lejano y hombre, por lo que me merezco ese puesto más

que una simple mujer.

—Pero Maisie ya es nuestro laird, no puedes descartarla sin más para ocupar su puesto.

Ante estas palabras Ralfe sonrió con malicia, consiguiendo que la sangre del hermano Gregory se helara al saber que la pobre muchacha corría peligro, ya que con solo escucharle hablar con tanta aversión estuvo seguro que el final que tenía pensado para Maisie sería muy parecido al suyo.

Se arrepintió de su impulsividad al no haber pedido ayuda para comprobar su teoría, siendo tan estúpido e engreído de creer que podía resolver el problema sin ayuda pecando así de soberbia, cuando lo único que había conseguido era incrementarlo al acelerarlo todo.

—Tengo planes para ella —dijo Ralfe sacándolo de sus cavilaciones—. Además, ya me ocupé de su hermano y de su padre, por lo que uno más no será ningún problema.

Incrédulo ante su nuevo comentario, el monje no sabía cómo Ralfe podía decir que los había matado, cuando no cabía ninguna duda que ambos habían muerto en el campo de batalla. La única explicación que encontró era que se había vuelto loco y por lo que decía no era difícil de creer.

Aunque también existía la posibilidad de que en vez de tener un serio trastorno lo que le pasaba es que fuera un hombre astuto y traicionero, y todo hubiera sido ejecutado a la perfección siguiendo un plan bien pensado. Esta posibilidad lo volvía más peligroso, y conseguía que el monje se estremeciera al preguntarse de qué sería capaz para conseguir lo que quería.

—¿Por qué aseguras que los mataste cuando todo el mundo sabe que murieron en el campo de batalla?

La carcajada escalofriante de Ralfe no le gustó para nada, pues le hacía temer lo peor.

—Sí, lo hice bien, ¿verdad? —Lo miró con desprecio—. A ambos le di un veneno muy especial que actúa despacio, hasta que te atonta y te mata.

—¿Pero...?

—¿Te preguntas cómo pude envenenarles cuando ni me acerqué a ellos ni los acompañaba cuando empezaron a sentir los síntomas?

Asintió tratando de ganar tiempo, y sintiendo curiosidad por saber cómo pudo realizar semejante crimen a distancia.

—Lo bueno de ser un traidor es que sabes cuándo va a atacar el enemigo, y pude calcular cuándo y cómo debían tomárselo —indicó sin más, como si fuera la cosa más normal cometer semejantes crímenes—. Connor ni se enteró de que ese día partía directo hacia una muerte segura, al haber ingerido el veneno en el desayuno. Todo estaba bien atado para que en el transcurso de la reyerta empezara a sentirse mal, y les fuera sencillo a los Matherson acabar con él. Lo único malo de ese plan era que no pude ver con mis propios ojos cómo moría, aunque me quedó el consuelo de haber visto morir a su padre.

—No comprendo la causa de tu odio hacia ellos. ¿Qué te hicieron para querer matarles? —le preguntó acongojado ante unas muertes tan injustas.

En un par de zancadas Ralfe se acercó a él cogiéndole de la túnica para aproximar su cara a la suya, y con una mirada de desprecio grabada en sus ojos le gritó:

—Me lo quitaron todo. Connor era mi héroe y sabía que desde muy pequeño le seguía a todas partes, pero ese día ni se enteró que me encontraba cerca y me había caído al pozo mientras le espiaba. Estaba demasiado ocupado con sus amigos para percatarse de un molesto niño, pero no tuvo ningún problema para llevarse todos los méritos cuando me encontró medio muerto. ¿Y qué fue lo que yo conseguí? —Le preguntó aunque el monje estaba tan aterrado que ni pudo contestarle—. ¡Lástima y un cuerpo roto! Todo el respeto, el cariño y el honor murieron en mí cuando tuve que enfrentarme durante años a la humillación y las burlas del clan. Pero eso ha terminado.

Y sin que el hermano Gregory supiera cómo había sucedido, notó un fuerte pinchazo en el vientre seguido de un terrible dolor.

—Espero que no te importe que contigo haya cambiado el veneno por una daga, pero no te esperaba y he tenido que improvisar.

Aterrado miró hacia abajo tras encogerse de dolor, quedándose petrificado cuando vio como la sangre comenzaba a manchar sus vestiduras. Aún no podía creer que todo estuviera acabando para él, y sin poder evitarlo, alzó la vista para mirar a su asesino mientras retrocedía y se llevaba las manos a la herida, como queriendo cortar la hemorragia que poco a poco podía robarle la vida.

Por su parte Ralfe se alejó unos pasos fascinado al ver como poco a poco

las fuerzas se le agotaban, sintiendo un escalofrío de excitación parecido al que había notado cuando asesinó a su madre. Ver cómo el cuerpo cedía y caía al suelo le hizo sonreír sintiéndose poderoso, y apretó con más ímpetu el sgian dubh^[26] que aún sostenía en su mano, mientras disfrutaba de su tacto y de la visión de la sangre extendiéndose por el suelo.

Empezando a notarse entumecido el monje se consideró insignificante ante su asesino, al que solo podía mirar sin poder defenderse y sin que pudiera hacer nada para sobrevivir.

Se sintió estúpido al haberlo subestimado, pues había creído que podría distraerlo para poder escapar, cuando en realidad había sido él el engañado. Pero sobre todo se lamentó al no haber sido capaz de ver la maldad en ese hombre, cuando había estado conviviendo con él durante años, y cuando se vanagloriaba de ser una persona de Dios capaz de distinguir el mal.

Mirando sus manos ensangrentadas que intentaban taponar su herida pidió perdón al cielo, por haber sido tan arrogante y no haber sabido proteger al clan de semejante demonio. Sabía que no era nada bueno que el dolor hubiera comenzado a mitigarse apareciendo en su lugar la languidez, así como un deseo acuciante por cerrar los ojos y dejarse llevar.

Había visto más de una vez los efectos de una herida parecida a la suya, y sabía que estaba sintiendo los síntomas de estar entrando en shock. Según recordaba en breves minutos acabaría desmallado, y ya no tendría ninguna oportunidad de escapar de la muerte.

En un último intento procuró moverse, pero no pudo conseguirlo al apenas quedarle fuerzas. Sin poder gritar, huir o plantarle cara a su agresor, el hermano Gregory sabía que no tenía muchas posibilidades de salvarse. Con la vida escapándose a cada segundo comenzó a rezar, pidiendo a Dios por su alma mientras su respiración se ralentizaba.

—Y ahora si me disculpas, tengo que ir a por Maisie —escuchó decir a Ralfe mientras este se alejaba, haciéndole volver al presente por unos segundos—. Puede que me hayas hecho cambiar de planes, pero tu cadáver me ayudará a atraparla.

El ruido de la puerta al cerrarse le dejó petrificado a causa del temor, pues sabía que Ralfe estaba fuera de control y era extremadamente peligroso. Solo esperaba que Maisie fuera más inteligente que él y desconfiara de sus mentiras

para que así no cayera en su trampa.

Después de ese pensamiento y de pedir perdón por sus pecados, la oscuridad se apoderó de él, y supo que a su vida apenas le quedaba un suspiro.

CAPÍTULO 17



Sabiendo que no podía permanecer por más tiempo entre los brazos de Maisie; aunque fuera lo que más deseaba en el mundo, Rohan salió de la cama no sin antes despedirse de ella con un arrebatador beso.

Tenerla ante él con las sábanas revueltas cubriendo algunas partes de su cuerpo mientras otras quedaban expuestas ante sus ojos, era la visión más hermosa que había visto en su vida. Le costaba dejarla para marcharse a cumplir con sus obligaciones y así tratar de apaliar las murmuraciones, aunque estaba seguro que todo el clan ya estaba al corriente de que habían pasado la noche juntos.

Aun así no quería darles más motivos para cotillear y por eso, con una fuerza de voluntad digna del mismísimo Hércules, la miró por última vez y se alejó de ella.

—¿A dónde vas? —Escuchó como Maisie le preguntaba somnolienta.

Rohan se volvió y sonrió al contemplarla sentada sobre la cama adormilada, despeinada y más bonita que nunca. Deseó poder acercarse a ella para abrazarla y cubrir su boca con la suya, pero estaba convencido de que si lo hacía ninguno de los dos saldría de la recámara en todo el día.

—Tengo que hacer muchas cosas —simplemente le contestó, y apartando su mirada para no perder el control comenzó a vestirse de forma apresurada.

—También debería levantarme, aunque no me apetece.

Rohan sonrió, encantado de conocer esa faceta de mujer perezosa y dormilona que desconocía. La noche anterior ya había descubierto su parte más salvaje y sensual, y estaba convencido que aunque viviera mil vidas, cada día le seguiría sorprendiendo al descubrir cosas nuevas sobre ella.

—¿Por qué no te quedas en la cama? Al fin y al cabo eres el laird.

—Por eso mismo, soy el laird y debo dar ejemplo —comentó con tono triste, haciendo que Rohan se volviera para mirarla y la sorprendiera haciendo un simpático puchero.

Encantado y sorprendido no pudo evitar echarse a reír, consiguiendo que ella también acabara riendo. Estaba encantado con la nueva etapa que acababan de comenzar a explorar, siendo la confianza y familiaridad que se había formado entre ellos lo que más le estaba gustando hasta el momento; sin contar con la parte carnal.

—En ese caso señora, si me necesita para algo estaré con John en el patio —le dijo formalmente acompañando sus palabras con una reverencia.

No tuvo que esperar mucho su contestación, ya que justo cuando se erguía fue recibido por una de las almohadas en plena cabeza. La carcajada que soltó debió escucharse hasta fuera del castillo al haberlo sorprendido, y al quedar encantado al ver la cara de enfado fingido de ella.

—Señora, veo que tiene buena puntería.

—No lo sabe usted bien, sir Rohan —le respondió divertida sentada todavía en la cama.

Lamentando tener que marcharse se acercó despacio a esa mujer que le había enamorado por completo, y le dio un profundo beso que les dejó jadeantes. Después, tras acariciarle el rostro con ternura le volvió a besar en la frente y le susurró con dulzura:

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi apasionado caballero.

Y antes de que le fuera imposible marcharse se giró y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Un día de estos recuérdame que le dé las gracias a Dios por haberte conocido —le pidió mientras la miraba estando ya en el umbral, justo antes de marcharse definitivamente.

Maisie sonrió tratando de contener la profunda emoción que sentía al saber que el amor de Rohan era suyo, al mismo tiempo que observaba silenciosa como se marchaba y le contestaba en apenas un susurro:

—Te lo prometo.

Con una sensación de plenitud en el pecho Rohan llegó al gran salón, donde todo parecía ser como siempre. Resultaba curioso como para él el mundo era ahora un lugar completamente diferente, mientras que para los demás nada había cambiado.

Se preguntó si esa misma sensación la tendrían todos los enamorados, o si era algo que solo le había sucedido a él al amar de una forma tan intensa y sincera a Maisie.

—Te noto ausente —escuchó la voz de John a su lado.

—Perdona, no te había visto —le dijo tratando de disimular que se sentía tan feliz que parecía que flotara.

—Ya me he dado cuenta —murmuró como respuesta, sabiendo que no sería inteligente por su parte comentarle que nunca le había visto tan feliz, o que hoy se había levantado más tarde que de costumbre.

Ambos hombres se encaminaron derechos al patio para no perder más tiempo y comenzar cuanto antes con la investigación del secuestro de Maisie, sin detenerse siquiera para comer algo y así reponer fuerzas. Rohan sabía que cada hora era primordial, ya que el día anterior había quedado bien claro que ahora los Matherson habían cambiado de estrategia al querer raptar a la señora de los MacLead.

Un cambio de acción que le indicaba que sus enemigos estaban desesperados al haber sido constantemente derrotados, volviéndose más imprevisibles y peligrosos. A parte de que Rohan no estaba dispuesto a que Maisie corriera otra vez algún riesgo, y por eso era imperativo poner fin a todo este asunto cuanto antes.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó a John, al estar seguro de que habría empezado desde primeras horas de la mañana a hacer averiguaciones.

—Tanto Alec como yo tenemos varias pistas que creemos buenas, aunque la más interesante es la de un guardia de la puerta, que ha visto un comportamiento extraño estos días por parte de un miembro del clan.

—¿A qué se refiere con eso de un comportamiento extraño? —le preguntó al mismo tiempo que cambiaba de dirección, y ahora se dirigía a la puerta de entrada para hablar directamente con el testigo.

—Al parecer suele salir y entrar más que de costumbre, y recuerda haberlo visto hace poco llevando un carro cargado de mercancías en dirección al pueblo.

—¿Y es inusual que este individuo entre y salga cuando quiera con el carro?

—No solo es inusual, sino que hemos estado preguntando por el pueblo y parece ser que nadie recibió la carga que llevaba.

Ambos se mantuvieron en silencio al ser evidente que esa persona había mentido, ya que las pruebas decían que la carga había sido llevada a otro lugar en vez de a su destino. Rohan tuvo ganas de reprochar a ese guardián que no les informara antes de todo ello, cuando se sabía que alguien estaba robando víveres y esa pista era muy importante, hasta que recordó que esos no eran sus hombres y desconocía su forma de pensar o de actuar.

Haciendo un gran esfuerzo por no enfadarse se contuvo en decir nada, al creer que en ese momento lo principal era saber la identidad de esa persona que se paseaba impunemente por Gleann, sin que a nadie le pareciera raro que sacara mercancía o que pudiera entrar y salir a su antojo.

—¿Y quién era el hombre que conducía ese carro?

—Ralfe.

Rohan paró en seco y se quedó mirando fijamente a John, mientras recordaba al primo lejano de Maisie y en cómo siempre se mantenía a cierta distancia de todo el mundo, aunque sin dejar de observar las cosas a su alrededor con recelo. Pensó en su cuerpo maltrecho y en cómo nadie le tenía en cuenta al no considerarlo capaz de realizar muchas de las cosas que para los demás eran cotidianas, y de pronto una desconcertante sensación le estremeció por entero.

—Quiero que el guardia me cuente exactamente qué vio, y quiero que busques a Ralfe para hablar con él.

John asintió y sin perder más tiempo se giró para encaminarse a cumplir su orden, mientras Rohan aceleraba el paso para acercarse al guardia que lo había visto venir y lo estaba esperando, al saber que lo primero que haría La Sombra sería interrogarle.

De pronto una idea le vino a Rohan a la cabeza y se volvió a John para decirle:

—También coloca un par de guardias en la puerta de la señora y que no la

pierdan de vista.

John asintió y continuó su camino presuroso al tener el tiempo en su contra, mientras Rohan, algo más tranquilo al saber que por lo menos Maisie estaría segura, se encaminó hacia la puerta para acabar cuanto antes con este asunto.

Hacía apenas un cuarto de hora que se había marchado Rohan y ya lo echaba de menos. La cama, si bien con él se había convertido en un pedazo de cielo, ahora estando sola se le antojaba fría y solitaria haciéndole insoportable continuar en ella.

Preguntándose qué estaría haciendo él y cómo podría aguantar un día entero hasta que volvieran a estar juntos, decidió salir cuanto antes de la recámara para ocuparse de sus tareas y así su mente dejara de pensar, de extrañarle y sobre todo de recordar la noche pasada entre sus brazos.

Apenas había terminado de trenzarse el cabello cuando llamaron a la puerta, y sin esperar a que le dieran permiso para entrar apareció ante ella Ralfe alterado y sudoroso.

—Tienes que venir cuanto antes —le dijo acercándose unos pasos.

Sobresaltada Maisie se llevó una mano al pecho como si de esta manera pudiera controlar su respiración acelerada, pues la forma repentina en que había aparecido la había asustado. Estaba a punto de reprimirlo por su falta de modales cuando se fijó bien en su semblante, y observó que se encontraba muy nervioso.

Por algún extraño motivo Ralfe era la única persona en todo el clan al que ella no podía leerle la mente, por lo que siempre le había llamado la atención al no saber lo que estaba pensando. Resultaba algo gratificante la mayoría de las veces, pero en otras ocasiones, como lo era ahora, hubiera preferido que fuera como los demás y así saber sin necesidad de preguntar qué le sucedía.

—¿Qué ocurre? ¿Nos atacan los Matherson? —Quiso saber temiéndose lo peor.

—No, no son ellos —Ralfe se acercó hasta quedar frente a ella, mientras miraba hacia atrás como si temiera ser descubierto—. He visto algo que...

Maisie enseguida se percató de que Ralfe estaba asustado y se preguntó qué habría podido ver para encontrarse en semejante estado. Tratando de

calmarlo, y de paso también tranquilizarse ella, le miró con ternura y le dijo:

—No debes preocuparte. Confía en mí y cuéntame lo que has visto.

Temblando Ralfe le cogió de las manos y agachó la cabeza como si no se atreviera a mirarla a la cara.

—Sé que puedo confiar en ti, pero no estoy seguro de que en este sitio no nos escuchen —repuso en tono suave como si temiera ser espiado.

—Pero es mi recámara y no hay nadie —le contestó sorprendida por la desconfianza que mostraba.

—Podría entrar alguna de tus sirvientas para atenderte o podría pasar alguien por el pasillo y oírnos. Además, es mejor que veas por ti misma lo que he descubierto, ya que de otra manera no confío en que me creas.

—Me estás asustando —le aseguró, pues entre lo que le decía, el nerviosismo que mostraba y sus manos sujetándola, la estaba alarmando.

—Te lo imploro Maisie, es imprescindible que vengas a verlo. No confío en nadie más y prefiero tener un testigo de tu categoría cuando lo cuente.

Durante unos instantes se le quedó mirando sin saber qué hacer, pues dudaba si ir sola con él como le pedía al sentir miedo de lo que podría enseñarle. No fue hasta que se percató de su mirada de súplica que supo que para él era importante, y aunque no le agradaba la idea de ver algo que tanto lo había aterrado, supo que no podía negarse.

—Está bien, muéstrame eso que tanto te ha impresionado y por el camino, cuando estemos seguros de que nadie nos escucha, me vas relatando lo que has visto.

—Gracias, eres muy buena conmigo —le dijo mostrándose ahora más tranquilo, para después besarle la mano como muestra de su gratitud. Algo que no agradó a Maisie al sentir sus labios mojados sobre su piel, por lo que se apresuró a retirarla y esconderla en un acto reflejo.

Sin más que decir ambos salieron de la recámara, aunque antes Ralfe se asomó discretamente para asegurarse de que no había nadie por el pasillo. Una vez que todo estaba marchando como lo había planeado se encaminaron a las escaleras a paso acelerado, antes de que alguien los viera y él estuviera en serios problemas.

Según su plan no podían verla con él subiendo las escaleras, ya que cuando ella tardara en aparecer y comenzaran a buscarla, él debería tener una cuartada para que nadie desconfiara de su palabra, y así, cuando encontraran el cadáver de ella y del monje en la habitación de la torre, él estaría completamente fuera de sospechas.

—Tenemos que subir hasta lo alto de la torre —le indicó ascendiendo con toda la rapidez que sus pesadas piernas y su torcida cadera le permitía, al mismo tiempo que comenzó a escuchar pasos de alguien acercándose.

Por un momento temió que los hubieran visto y todo su plan se le viniera abajo, ya que no podía permitir que eso sucediera ahora que estaba tan cerca de alcanzar su venganza.

—¿Vamos a la habitación cerrada? —le preguntó extrañada siguiéndole de cerca, consiguiendo que Ralfe sintiera un fuerte deseo de cogerla del cuello para que se callara y siguiera subiendo.

Aun así trató de calmarse aunque sus nervios le estaban haciendo temblar a causa de la incertidumbre al poder ser descubiertos, y sin detenerse ni un segundo le contestó sin levantar mucho la voz para que no les escucharan.

—Así es, he encontrado ahí guardados los barriles que desaparecieron de la despensa hace unos días.

Los pasos que se acercaban sonaron cada vez más fuertes, resultando evidente que se trataba de un hombre, por lo que Ralfe temió que podía ser un guardián que se dirigía al pasillo de las habitaciones, quizá en busca de Maisie, lo que le perjudicaría seriamente y le obligaría a terminar cuanto antes con su venganza. Esto hizo que no esperara más para explicarle la excusa que tenía preparada para engañarla y así conducirla sin problemas hacia la trampa.

—Me temo que por casualidad he encontrado el lugar donde el ladrón guarda su botín, y quería que lo vieras antes de que se lo cuente a sir Rohan ya que no quiero que piense que soy el culpable.

Maisie entendió de pronto el motivo de sus nervios y sus prisas al creer que podían culparlo de ese robo. Sintió pena por él, ya que cualquiera que supiera de su dolencia sabría que le resultaría imposible subir por esas escaleras estrechas y empinadas con la pesada carga, por lo que él nunca sería considerado culpable.

—No temas, seguro que nadie te cree el causante de ello —le aseguró con

sus mejores intenciones, pues no quería que se preocupara de algo que no iba a suceder.

Al escucharla Ralfe se enfureció al estar cansado de que le creyeran un minusválido, incapaz de hacer algo que no fuera sentarse, dormir o comer, hasta que recordó que le era muy útil para sus planes que lo vieran como a un inútil, aunque en realidad su cadera deforme no le impedía tener unos brazos fuertes y una determinación de acero.

Tratando de tranquilizarse para que todo saliera bien siguió atrayéndola hacia la trampa, donde le demostraría de lo que era capaz al matarla de una forma que no se esperaba.

—Aun así, prefiero que seas la primera en verlo. Al fin y al cabo eres el nuevo laird —le soltó con ironía sin que Maisie se percatara de que no se lo había dicho como un cumplido, sino como una burla al no creerla merecedora de ese título al ser una mujer.

Ya no faltaba mucho para llegar a su destino cuando escuchó como los pasos que le seguían se perdían dentro de una de las habitaciones del piso inferior, y tras no oír como volvían a salir para dar la voz de alarma, supo que la suerte estaba de su lado al tratarse de algún sirviente y no de un guerrero que iba en busca de su señora.

Saber que estaba cada vez más cerca de disfrutar de su victoria le hizo sonreír, y para mantenerla distraída y que así no pensara demasiado se dispuso a seguir con su historia.

—Cuando perdimos a Connor y al laird me sentí muy mal y empecé a recordar la muerte de mi madre. Sé que han pasado muchos años y que debo olvidar lo que sucedió, pero no puedo evitar sentirme culpable por ello.

—Pero Ralfe, no debes atormentarte, su pérdida fue un accidente que pudo pasarle a cualquiera —le aseguró queriendo consolarle y sin detectar el engaño.

—Sé que tengo que superarlo y que no debo sentirme así, por eso, tras el entierro del laird, decidí enfrentarme a ello y subir a la habitación donde ella murió. Desde entonces entro de vez en cuando para recordarme que debo seguir adelante y siempre estará a mi lado —algo que era cierto, pues le gustaba subir siempre que podía para urdir su plan de venganza, y recordar la eufórica sensación de verla dar su último suspiro.

—Comprendo que sintieras esa necesidad. Yo también me sentí muy triste

ese día y me hubiera gustado tener un lugar privado donde poder recordarlos.

—Sabía que lo entenderías y no te reirías de mí.

—Jamás haría algo así Ralfe —le aseguró mostrándole su cariño y consiguiendo que él más la odiara por ello, al creerlo tan débil y desprotegido como para que una simple mujer pudiera consolarlo.

A pesar del resentimiento y de cuánto la aborrecía en ese momento pudo ocultar lo que sentía, y como llevaba haciendo durante años, le mostró la sonrisa falsa que tenía estudiada para que no descubrieran su naturaleza rencorosa y tirana. Una habilidad que le había permitido vivir durante años en el clan sin que nadie sospechara su verdadera forma de ser.

Ya frente a la puerta cerrada de la habitación, Ralfe sintió un escalofrío de excitación al saber lo que iba a suceder en ese instante, pues una vez que ella entrara la tendría a su merced y por fin podría asesinarla como se merecía.

Debido a la excitación que sentía se daba cuenta de que había hecho bien en decidir matarla en vez de entregársela a Gordon, ya que aunque había creído que se conformaría con ver como los Matherson sometían a su clan sin que ella pudiera hacer nada para impedirselo, saber que pronto podría hacer con ella lo que quisiera le daba mil veces más placer.

Pero si además con ello se vengaba de Gordon por haberlo humillado negándole lo que más deseaba, el placer era doblemente excitante, pues ahora ese engreído nunca poseería a Maisie ni tendría al clan.

Deseoso de ver el rostro de ella marcado por el horror abrió la puerta, y entró el primero haciendo de barrera para que su cuerpo le impidiera ver lo que estaba frente a ellos tirado en el suelo. Después, cuando la notó entrar justo detrás suyo y supo que la tenía donde quería, se hizo a un lado para que pudiera contemplar el regalo que le había preparado.

—¡Dios mío, hermano Gregory!

Fue entonces cuando Ralfe supo que ella ya había entrado lo suficiente como para ver el cadáver del monje, y con toda la velocidad que pudo se volvió, la cogió del brazo, tiró de ella hacia adentro y cerró la puerta dejándolos dentro.

—Por cierto, se me olvidó decirte que te tenía una sorpresa.

CAPÍTULO 18



No podía creer lo que estaba pasando. Asustada ante el cuerpo inerte del hermano Gregory, y sintiendo cómo la bilis le subía por la garganta al contemplar la mancha de sangre que poco a poco se iba extendiendo, Maisie se acercó al moribundo para comprobar si respiraba.

—Aún está vivo —soltó de rodillas ante el cuerpo malherido, y sin entender por qué Ralfe se quedaba tras ella sin hacer o decir nada.

No lograba entender qué había pasado en ese cuarto abandonado y lúgubre para que el hermano Gregory acabara en ese estado, o si Ralfe tenía algo que ver con ese intento de asesinato, pero cuando escuchó como él cerraba la puerta con llave supo de forma inmediata que estaba en serio peligro.

No podía asegurar qué le advirtió de que algo estaba mal respecto a Ralfe, pero la sensación de que no se fiara de él, por muy minusválido que fuera, la hizo estar en alerta, más aun cuando los dejó encerrados en ese cuarto aislado mientras permanecía callado tras ella como si estuviera al acecho.

En ese momento su mente se puso en funcionamiento tratando de encontrar una explicación, pero sobre todo tratando de adivinar el propósito por el que Ralfe la había llevado hasta ese lugar. Lo primero que dedujo nada más pensar en ello fue que estaba implicado en el intento de asesinato del hermano Gregory, pues no se sobresaltó al verle como hubiera sido normal, ni hizo ningún intento por salir corriendo en busca de ayuda, sino que por el contrario había cerrado la puerta como si quisiera con ello impedir que ella escapara.

Nada más tener este pensamiento el vello del cuerpo se le erizó, e inmediatamente miró por el rabillo del ojo hacia atrás para comprobar qué estaba haciendo. Notó como su cuerpo se tensaba a la espera de lo que podía descubrir, pero cuando lo vio observándola fijamente con la mirada más perturbada y fría

que jamás había visto, estuvo a punto de gritar de terror y salir corriendo sin importarle otra cosa que no fuera alejarse de ese lugar y de él.

La parte racional de su cerebro se activó de inmediato, y durante los siguientes segundos calculó cuál podía ser la mejor forma de escapar. Pensaba que Ralfe no era muy fuerte, pero viendo el cuerpo ensangrentado del hermano Gregory comprendió que no podía subestimarle si no quería acabar como ese pobre hombre, pues todo indicaba que el monje había cometido el error de no creerlo capaz de vencerlo. Mirando a su alrededor se percató de que estaba rodeada de barriles, la mayoría de ellos de buen tamaño, por lo que Ralfe debía ser más fornido de lo que todos habían pensado si había sido capaz de llevarlos hasta ahí.

Fue entonces cuando se preguntó en cuántas cosas más les había estado engañando durante años, y por qué oscuro propósito se había mostrado ante los demás como un hombre gentil, noble, dulce y débil cuando en realidad no lo era.

Intentar descubrir qué podía haber oculto en la cabeza de ese hombre le resultaba complicado, pues ahora todo lo que sabía de él podía ser falso, y le asustaba la idea de encontrarse ante un frío asesino cuyo único propósito era hacerle daño.

Enfadada consigo misma por haber sido tan ilusa de confiar en él, así como de creerlo demasiado frágil, decidió que no volvería a cometer el mismo error, y por ello se propuso ganar unos minutos que podían ser vitales haciéndose la ingenua.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó sin querer volverse para que no notara el miedo que sentía en ese instante.

—No lo sé —soltó Ralfe con tono neutro y sin molestarse en darle una excusa que tuviera sentido.

Por el silencio tenso que siguió a esa contestación resultó evidente que ambos sabían que había mentido, pero Maisie estaba demasiado asustada como para enfrentarse a él acusándole de embustero, o buscando una explicación que en realidad no importaba. Por ello, y porque quería acabar cuanto antes con todo aquello, decidió seguir fingiendo que le creía para tratar de salir con vida de ese lugar tan aterrador.

—Debemos avisar a Moira enseguida. Ella sabrá qué hacer para salvarlo.

Durante unos segundos esperó la contestación que no llegaba, hasta

alcanzar un punto de tensión tan álgido que a Maisie le costaba incluso respirar, pues sabía que su vida dependía de si la había creído. Pero durante una eternidad no tuvo respuesta, y solo pudo escuchar la respiración acelerada de Ralfe justo detrás suyo, pues se le había acercado unos pasos y ahora podía sentirlo casi pegado a su espalda.

El resuello de Ralfe le hizo tensar aún más el cuerpo, pues le daban miedo los jadeos que escuchaba salir de su boca. Quería pensar que inspiraba de esa manera tan presurosa al estar cansado de subir las escaleras, pero algo en su interior le decía que más bien se trataba de la excitación que sentía al estar preparándose para atacarla.

Cada fibra de su ser, cada pensamiento que se le cruzaba por la cabeza y cada ruido que escuchaba le indicaba que no podía fiarse de él, como también le decía que estaba en serios problemas al tenerlo pegado a su espalda y estar agachada. Era más que evidente que estaba en seria desventaja, y que en cualquier momento que él quisiera podía agredirla con nefastas consecuencias.

Tuvo que cerrar los ojos para poder contenerse y no cometer la estupidez de perder la cordura, al no estar segura de que estuviera desarmado. Sin saber qué sería de ella solo le quedó rezar, implorando una oportunidad para escapar cuanto antes de ese lugar, o ver una señal que le indicara que podía hacer para salvarse.

—¿Sabes?, nunca te he considerado una estúpida.

El tono frío en la voz de Ralfe le indicó que estaba perdida. De rodillas, con un asesino tras ella y la ventaja de tenerla a su merced, Maisie supo que por mucho que suplicara o pidiera un milagro su vida solo dependía de ella.

Fue justo entonces cuando la mano de Ralfe se posó sobre su coronilla dándole un susto de muerte, para después bajarla despacio hasta su nuca. Tanto el susto al sentirlo como su toque le hizo estremecerse, resultándole repulsivo que él la acariciara de esa manera tan íntima, más aun cuando sabía que mientras tanto él estaba decidiendo cuándo la mataría.

Armándose de valor, pues era la única manera de sobrevivir, decidió que tenía que serenarse y tratar de descubrir qué tenía pensado hacer con ella, por lo que se propuso empezar por descubrir qué le había impulsado a cometer el asesinato del hermano Gregory. Quizá si lograba averiguar qué le motivaba o qué esperaba conseguir con ello tendría una oportunidad para escaparse y

ponerse a salvo.

—¿Por qué querías matarlo?

—Fue demasiado curioso —simplemente le contestó con su mano todavía tocando su pelo.

—Pero él...

—Si vas a decirme que es un hombre piadoso que no se merece esta muerte ahórratelo —escuchó como suspiraba—. No sé muy bien cómo me descubrió, pero apareció en el momento menos apropiado y tuve que improvisar. De todas formas solo ha sido una molestia al tener que adelantar un día mis planes.

—Pero, ¿por qué? —aunque sonó como una pregunta en realidad fue dicho como un lamento, al saber tras escucharle que escondía mucho más que una sola muerte y unas mercancías robadas.

—Para coger lo que es mío —le soltó con asco consiguiendo que Maisie frunciera el ceño al no entenderle—. Estoy cansado de vuestros insultos, de vuestra arrogancia y de cómo todos me miráis.

Enfadado le agarró del cabello con fuerza, aprisionando en su mano la trenza que hacía escasos minutos Maisie se había hecho en su recámara.

—Siempre me has tratado como si fuera un niño mientras repartías tu generosidad con aires de grandeza —sintiendo cómo la furia crecía dentro de él la agarró con más fuerza del cabello, consiguiendo que ella gimiera de dolor y se llevara las manos a la cabeza—. No sabes cómo te odio.

Maisie se quedó impresionada con esta confesión, ya que nunca habría sospechado que se considerara tan humillado por el clan, y menos aún por ella.

—Voy a disfrutar matándote más que cuando asesiné a tu hermano y a tu padre, aunque he pensado algo diferente para ti al no disponer de tiempo.

Los ojos de Maisie se abrieron como platos al escucharle, pues jamás se hubiera imaginado que su rencor fuera tan grande.

—¿Tú los mataste? —apenas tuvo voz para preguntarle al sentir cómo su pecho se le partía y algo oscuro y profundo salía de él quemándola.

—Los envenené, y cuando acabe contigo seré el nuevo laird y vosotros solo seréis una sombra.

Tuvo que contenerse al sentir como dentro de ella bullía una rabia tan intensa que le hacía desear matarlo, anulando cualquier otro pensamiento de su mente que no fuera vengarse por un acto tan depravado y cobarde.

Estaba tan resentida y dolida que tuvieron que pasar unos segundos hasta que se percató de que estaba ante un demente, pues solo entonces podía explicarse que creyera que después de todo lo que había hecho acabara como laird de los MacLead.

Para cualquiera que estuviera en su sano juicio le resultaría evidente que nadie del clan le apoyaría como laird tras saber que era un asesino y un traidor, pero para la mente perturbada de Ralfe estos impedimentos simplemente no existían, sin imaginar que su plan solo traería la desgracia a su gente al hacerles más débiles ante los ojos de los Matherson, que sin duda acabarían haciéndose con Gleann.

Solo hacía falta escucharlo para comprender que por mucho que le dijera nunca le haría entrar en razón, ya que debía hacer años que la locura se había adueñado de su alma y de su corazón.

—Tú eres el traidor —aseguró pues ya no había ninguna duda respecto a ello.

—Como ya te dije, eres muy lista.

Nada más escucharle Maisie sintió un intenso dolor en la parte trasera de su cabeza, como si algo dentro de ella se partiera dejándola por unos segundos con la mente en blanco. Durante ese tiempo no pudo sentir, pensar, ni hablar, percibiendo solo confusión y cómo su visión se nublaba. Después, como si de repente todo volviera a su sitio, comprendió que Ralfe la había golpeado con algo en la nuca con tanta fuerza que durante unos instantes la había bloqueado. Y entonces lo supo, en ese preciso momento iba a matarla.

Sin poder remediarlo su cuerpo comenzó a fallarle, notando como las fuerzas se le escapaban. A lo largo de unos segundos que se le antojaron eternos solo fue capaz de colocar las manos en el suelo para impedir que la caída le hiciera daño, quedando semitumbada mientras sentía la sangre manar de la reciente herida de su nuca.

Le hubiera gustado levantarse y plantarle cara, así como reprocharle lo cobarde que había sido al golpearla de espaldas, pero solo fue capaz de jadear y de pensar en Rohan, pues en esos instantes de terror, al comprender que su vida

estaba en peligro, toda la ansiedad se le escapó de su mente para quedar solo el recuerdo del gran amor que sentía por ese hombre.

—Tranquila, este golpe solo te atontará, pero no te preocupes, para tu muerte tengo pensado algo mucho más siniestro.

Como solo una mente perturbada podía hacer, Ralfe se agachó frente a ella alzándole el mentón, para así poder observar detenidamente cada muestra de espanto o de dolor de su rostro, y de esa manera saborear más a fondo su venganza.

—Después de pensarlo, he decidido que voy a quemarte viva —le soltó sin más.

Ansiando ver en los ojos de Maisie el terror ante esa idea esperó a que ella gritara, sollozara o le pidiera clemencia, pero para su sorpresa simplemente le mantuvo la mirada aunque esta fuera turba. Molesto ante su valentía y fortaleza intentó provocarla con sus palabras, por lo que siguió hablando sobre sus planes con tono pausado para darle más miedo.

—Por desgracia no podré verte arder entre las llamas, ya que tendré que marcharme antes de que el fuego se extienda para que no me descubran, pero no te preocupes, me conformaré con escuchar tus gritos de dolor y con oler tu carne quemada.

Maisie se estaba esforzando por mantenerse serena y lúcida, aunque lo que más deseaba era abandonarse a la somnolencia y cerrar los ojos. Hubiera dado cualquier cosa por volver otra vez a la cama junto a los brazos de Rohan, aunque sabía que ese deseo no se volvería a cumplir si se dejaba llevar por el dolor lacerante de su cabeza, y por la sensación de cansancio que cada vez era más acuciante. Por ello trató de centrarse en mantenerse despierta, pues sabía que si se dejaba llevar por la ensoñación nunca más despertaría.

Tratando de hacerse la fuerte para no darle el placer a Ralfe de verla vencida, clavó sus ojos en él, y decidida a plantarle cara hasta el final de sus fuerzas le dijo para provocarle y así hacer que perdiera un tiempo que le podía resultar vital:

—Aunque me mates nunca serás el laird de los MacLead.

—Entonces destrozaré Gleann hasta que no quede ni una sola piedra sobre sus muros —Maisie sonrió irritando a Ralfe, pues este se percató que por mucho que le dijera no lograría asustarla.

—En tal caso yo te maldigo Ralfe MacLead, para que cualquier miembro de este clan, ya sea vivo o muerto, te impida cometer semejante barbarie.

Ralfe se apartó de ella riéndose a carcajadas como si con ello quisiera demostrarle que no temía sus palabras, aunque algo dentro de él le hizo sentirse inseguro ante semejante juramento, haciéndole mirar a su alrededor como esperando ver el alma de alguna de sus víctimas reclamando justicia.

Molesto ante este pensamiento se irguió, dispuesto a cumplir con su plan cuanto antes para así ponerse a salvo y disfrutar entre las sombras de su triunfo.

—Si crees que una simple maldición puede asustarme es que no eres tan lista como pensaba —le dijo mirándola con asco, y disimulando que sus palabras habían calado en alguna parte oculta de su cerebro.

Intentando apartar de su cabeza cualquier muestra de temor o superstición Ralfe se alejó de ella dejándola confusa y dolorida en el suelo, mientras intentaba no pensar en las sombras que le rodeaban en ese pequeño, frío y siniestro cuarto.

Pero la duda ya había calado en su interior, y sin poder evitarlo de pronto le vino la imagen de su madre muriendo ante él con sus ojos clavados en los suyos, temiendo que viniera a su encuentro para reclamar venganza. Temeroso ante este pensamiento se propuso acabar con todo aquello antes que su imaginación le jugara una mala pasada, o antes de que las almas de los asesinados por él vinieran a buscarlo.

Por otro lado Maisie sabía que tenía que esforzarse al máximo para conseguir salir de ahí con vida, y tras darse cuenta de que él se había alejado de ella para llegar a cabo sus planes, se centró en levantarse para acercarse a la puerta y abrirla.

Con cada centímetro que ganaba más cansada se sentía, convirtiéndose en una auténtica odisea llegar hasta la meta que se había fijado. Notaba como la sangre le estaba empapando la ropa y como le caía por la espalda, dándose cuenta de que el tiempo se le agotaba y sin embargo cada vez se encontraba más débil.

Ante el ruido de las llamas al prenderse y el olor a humo alzó la vista asustada, comprobando que Ralfe portaba una antorcha y que con ella estaba quemando los sacos de trigo y cebada que se apilaban junto a las paredes de piedra.

El terror que sintió al ver cómo el fuego iba cogiendo altura le hizo estremecerse, y con un último esfuerzo volvió a arrastrarse para conseguir llegar cuanto antes a la puerta. Su desesperación por salir era tal que ni siquiera recordó que Ralfe la había cerrado con llave, por eso cuando por fin la alcanzó y comprobó que le sería imposible escaparse se derrumbó dejándose llevar por las lágrimas.

Comprendió que se encontraba ante la merced del hombre que quería verla muerta, y que cuando este hubiera acabado de prender fuego a los sacos se marcharía dejándola ante lo que sería su pila funeraria sola y sin apenas fuerzas. Sabía que Ralfe podría apartarla de la salida sin que ella apenas pudiera resistirse, cerrando tras él la única vía de escape para asegurarse no solo que ella no escapara, sino que no pudiera ser rescatada a tiempo.

Con el cuerpo dolorido y viéndose vencida, solo le quedó esperar a que Ralfe pasara por su lado para por lo menos entorpecerle la huida.

Pero Ralfe estaba demasiado ocupado viendo cómo las llamas se alzaban y se extendían, sintiéndose orgulloso y satisfecho al darse cuenta de que sus planes estaban saliendo como había esperado, y pronto tendría la venganza que tanto había ansiado.

Pero fue justo cuando se volvió para marcharse cuando le pareció ver algo moviéndose entre las sombras de color blanquecino, y como esa cosa se unía al humo negro haciéndose cada vez más denso y siniestro, dando la sensación de que a cada segundo que pasaba cogía más forma humana.

Sin poder creer que fuera real aquello que se estaba formando ante él, simplemente se quedó paralizado observándolo, notando un estremecimiento por todo el cuerpo cuando recordó la maldición de Maisie. Fue en ese preciso instante cuando a su memoria le vino la imagen de los ojos de su madre muerta mirándolo fijamente, como acusándolo de su asesinato y del mal que había causado.

Al ver cómo esa cosa cada vez se parecía más a un ser humano tuvo que contenerse para no gritar de espanto y salir huyendo, pues se negaba a creer que ante él se encontraba una presencia que había venido del más allá para llevarse su alma.

Su mente lógica le repetía una y otra vez que en ese cuarto solo estaban el hermano Gregory medio muerto, Maisie malherida y él, pero no podía apartar la

idea de que esa cosa era algo maligno que pretendía dañarlo.

—¿Qué es lo que quieres? Márchate y déjame en paz —le gritó Ralfe cada vez más asustado, pues esa masa cada vez era más grande y se le estaba acercando, mientras se le iban formando una especie de ojos negros, siniestros y profundos que le miraban acusándole de algo atroz y sanguinario.

Al escucharle Maisie alzó la cabeza para mirarle, extrañada al oírle hablar con alguien a quien ella no veía y que además no podía haber entrado sin que se diera cuenta. Con el humo empezando a irritarle los ojos y la garganta, comenzó a buscar con la mirada por el pequeño cuarto, pero por mucho que lo deseara en esa torre no había entrado nadie, pues solo se podían distinguir sombras y humo negro que cada vez era más denso conforme las llamas más se alzaban.

—¡Dejadme en paz! —le volvió a escuchar y para su sorpresa vio como Ralfe retrocedía portando la antorcha como si fuera un arma y ante él se encontrara un enemigo.

Asombrada por su comportamiento le observó en silencio, intentando descubrir qué podía estar asustándole tanto. Tuvo que esforzarse en mantener la vista fija al estar el humo cada vez más denso, ya que las llamas habían comenzado a acercarse al techo de madera cogiendo más intensidad. Pero aun así solo pudo atisbar un remolino de humo que se había formado ante Ralfe y que poco a poco se iba haciendo más grande conforme el fuego se acrecentaba.

—No puedes estar aquí, estás muerta —las palabras de angustia de Ralfe la sobresaltaron, haciéndole comprender que él creía estar viendo el alma de alguna de sus víctimas, una ventaja que ella podía aprovechar.

—Aún no es tarde, sálvanos y... —dijo con esfuerzo hasta que un ataque de tos le impidió seguir hablando.

Pero Ralfe pareció no escucharla y siguió con la mirada fija en ese humo que curiosamente parecía que cada vez más se le acercaba.

—Déjame, deberías estar en el infierno —continuó diciendo enloquecido a esa nube, sin darse cuenta de que al retroceder para no ser alcanzado se estaba aproximando a las llamas que crecían cada vez más a sus espaldas.

Sin poder dejar de toser y con la vista nublada Maisie contemplaba incrédula como él retrocedía hacia la pared en llamas, sintiéndose la espectadora de un hecho que no temía una explicación lógica, pues lo que ella veía como un efecto de la naturaleza y las sombras, él lo consideraba algo sobrenatural y

siniestro.

Como era lógico Ralfe llegó a un punto al retroceder que las llamas le alcanzaron, pero ni aun así consiguió apartar sus ojos aterrados de esa masa de humo que se había formado para atormentarlo. Con el cuerpo cubierto de llamas, la antorcha aún en la mano erguida como un arma y soltando un grito desgarrador propio de un loco consumido por el fuego, Ralfe perdió por completó la cordura al saberse atrapado en el infierno, y soltó el siguiente alarido que heló la sangre a todo aquel que le escuchó:

—¡No, madre! —y tratando de escapar de su destino se giró, para después lanzarse sobre la ventana dispuesto a huir de esa aparición que le había hecho perder la cordura.

Aunque lo que nunca supo es que la supuesta maldición de Maisie no había hecho aparecer esa visión, sino que había sido el detonante para que aparecieran los remordimientos por haber asesinado a la mujer que le había dado la vida y le había cuidado durante años.

Viéndose perdida al saber que pronto las llamas la atraparían y no podría hacer nada para escapar de ese cuarto, Maisie se dejó llevar por la pena y comenzó a llorar. Pudo ver al hermano Gregory a escasos metros de ella todavía inconsciente, y le pidió perdón al no poder salvarlo de la agonía de las llamas.

Cerrando los ojos se dejó llevar sumida por la desesperanza, aunque ansiando escuchar el sonido de unos pasos acercándose tras la puerta.

—Perdonadme —fueron sus últimas palabras, dirigidas a todas aquellas personas a las que defraudaba por haberse rendido.

Sumida en esa pausa mientras esperaba su muerte se dejó llevar por la inconsciencia, hasta que a lo lejos le pareció escuchar la voz de un hombre que desde siempre había estado a su lado ayudándola.

—No te dejes vencer, lucha —escuchó como esa voz le decía a lo lejos.

Las ganas de rendirse se mezclaron con esas palabras de aliento, pero su desconsuelo era más fuerte que su deseo de seguir hacia adelante.

—No te rindas Maisie, no estás sola, nunca lo estarás —volvió a oír, aunque esta vez le pareció que sonaba de más cerca—. Vamos perezosa, lucha.

Y entonces lo supo, Connor estaba con ella. Lo reconoció por su cálida y reconfortante voz que siempre estuvo a su lado cuando la necesitaba, pues nunca

olvidaría cómo la consolaba cuando se caía y se dañaba las rodillas, o cómo la reconfortaba cuando enfermaba y le acercaba sus muñecas. Esa voz inconfundible que siempre la alentó a seguir adelante, a no rendirse, a exigirse más sin importar que fuera una mujer para conseguir sus objetivos, era la voz de un hermano que siempre la había amado y animado y que jamás le olvidaría.

—Connor —le llamó, mientras el dolor de su pérdida volvía a partirle el pecho—. No me dejes.

—Nunca lo haré —escuchó como la voz sonaba cercana y cálida, e incluso hubiera jurado que la mano grande y áspera de su hermano le había acariciado la mejilla—. Lucha.

Su orden poco a poco se fue perdiendo hasta convertirse en un susurro en su cabeza, pero con la capacidad suficiente para hacerla reaccionar. Deseando verlo ante ella se esforzó por abrir los ojos, pero al hacerlo solo pudo contemplar el cuarto que cada vez estaba más consumido por las llamas.

El sonido de unos pasos y de unos puños aporreando la puerta cerrada que estaba a su espalda le hizo despejarse aún más, sobre todo cuando distinguió la angustiada voz de Rohan llamándola al otro lado.

—¡Maisie!

—¿Rohan? —sintió el impulso de preguntarle pues no estaba segura que todo fuera fruto de su imaginación.

—Dios mío Maisie, ¿estás bien?

Durante unos segundos contempló todo a su alrededor, esperando ver en alguna esquina a su hermano observándola. Pero por desgracia ante ella solo estaba la imagen desolada de la destrucción que Ralfe había ocasionado, y entendió que Connor no se le aparecería como un simple espectro, sino que le había hablado desde su corazón pues él siempre estaría ocupando un lugar en él.

Sintiéndose como si le hubieran renovado las fuerzas al saber que tanto Connor como Rohan siempre estarían con ella, se esforzó por incorporarse dispuesta a presentar batalla para salir de ahí con vida.

—Estoy bien, aunque no me queda mucho tiempo y no tengo las llaves —le dijo a Rohan mientras se erguía.

—No te preocupes pequeña, te sacaré de ahí enseguida —le aseguró convencido, pues estaba dispuesto a salvarla costara lo que costase—. Maisie,

voy a echar la puerta abajo, así que será mejor que te apartes un poco.

Maisie obedeció retirándose unos pasos, dándose cuenta al mirar la puerta de que esta estaba hecha de roble y aunque antigua era bastante robusta. Al mirar hacia el techo se dio cuenta de que las llamas lo habían alcanzado, y que en cuestión de segundos este cedería aplastándola o el fuego que estaba demasiado cerca la alcanzaría.

Se percató de que el tiempo corría en su contra, y que la diferencia de salir con vida de ese lugar era tan solo de segundos. Además, el hermano Gregory estaba cada vez más cerca de las llamas y si no hacía nada en cuestión de segundos empezaría a quemarse.

Decidida a salvarlo miró a su alrededor en busca de una solución, quedándose mirando fijamente los numerosos barriles de vino y whisky que se apilaban por toda la habitación. Y entonces lo supo, si conseguía romper alguno de ellos el vino cubriría el suelo y mantendría a las llamas alejadas de ellos, aunque para el techo no podía hacer nada para impedir que el fuego siguiera con su avance.

Dispuesta a no quedarse con los brazos cruzados se acercó con esfuerzo a los barriles, notando que la cabeza le estaba a punto de estallar y la tos no le daba descanso. Sin perder ni un instante lo primero que hizo fue arrancarse un trozo de tela de los bajos de su vestido, para así cubrirse con ello la boca y poder respirar mejor, o por lo menos disminuir la molesta tos.

Solo con ese esfuerzo ya se quedó exhausta, pero no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente y agarrando un taburete que tenía al lado se dispuso a romperlo contra el barril de vino más cercano.

Fue entonces cuando se percató de que tenía ante ella un serio problema, pues los barriles de vino y los de whisky eran muy parecidos y resultaría complicado reconocerlos. Si a esto se le añadía que estaba rodeada por un espeso humo y que las lágrimas no cesaban de mojarle el rostro impidiéndole ver con claridad, el resultado podía ser catastrófico.

—Maldita sea —soltó exasperada mientras Rohan se esforzaba por romper la puerta y las llamas se encontraban a escasos centímetros del cuerpo inerte del monje.

Sin dejarse vencer por el miedo empezó a palpar con la mano la barriga de los barriles que tenía ante ella, pero le resultó imposible encontrar algo que los

distinguiera. Sin poder perder más tiempo pues la intensidad del incendio ya estaba comenzando a oprimirla con un calor cada vez más sofocante, se decidió por uno de los barriles dispuesta a asumir el riesgo de morir abrasada en cuanto el whisky lo empapara todo, y alzó el taburete reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban.

—Ayúdame Connor —le pidió justo antes de coger impulso y estrellar el taburete contra la barriga del barril.

Un segundo después de escuchar el golpe sintió como un chorro líquido caía sobre ella empapando su cuerpo, pero para su regocijo no notó como las llamas le cubrían el cuerpo, sino que experimentó un ligero frescor y vio como el fuego más cercano a ella se apagaba.

Como un pequeño torrente el líquido rojo pronto se extendió por el suelo apagando el fuego que tocaba, salvando al monje justo cuando su túnica se estaba empezando a quemar.

El grito de júbilo de Maisie asustó a Rohan que al otro lado de la puerta no sabía lo que estaba pasando, y sobresaltado al escucharla se creyó lo peor al no imaginarse a esa mujercita capaz de hacer cualquier cosa mientras esperaba a que la rescataran.

—Dios mío Maisie, ¿qué ha pasado?

—Nada —consiguió gritarle aunque el pañuelo en su boca le impedía que se le escuchara con claridad—. Solo he abierto un barril de vino mientras te espero.

Rohan creyó haber escuchado mal, pues a menos que hubiera perdido la cordura Maisie no podía estar preparándose un vaso de vino mientras esperaba a que la salvara. Aun así no desaprovechó ni un segundo en pararse a pensar que podía estar haciendo, y siguió forcejeando con la puerta junto con John, mientras escuchaban como por las escaleras ya se acercaba el soldado al que había mandado en busca de un hacha, y al resto de los guerreros MacLead acarreando cubos de agua esperando a que la puerta se abriera.

—Ya falta poco pequeña —le dijo Rohan para animarla, justo antes de que escuchara algo romperse en el interior de ese cuarto y ella soltara otro grito de júbilo.

CAPÍTULO 19



Rohan no podía dejar de mirarla.

Había pasado tanto miedo al creer que la perdería consumida por las llamas, que ahora no podía dejarla sola por temor a que todo hubiera sido un sueño. En su desesperación por llegar hasta ella no había pensado en lo cerca que había estado de perderla, no solo a causa del fuego que estuvo a punto de alcanzarla, sino por haberse encontrado a solas con un hombre que había resultado ser un loco.

Solo de imaginar el dolor, la rabia, la ansiedad y el espanto que tuvo que soportar en ese cuarto abandonado le hacía estremecerse, pero sobre todo le hacía sentirse orgulloso de lo valiente que había sido al haber sabido cómo enfrentarse a él, y lo que era más importante, cómo sobrevivir.

Cada vez que recordaba el terror que había sentido al no lograr encontrarla tras dar la voz de alarma, le hacía pensar lo frágil que era la vida, y lo importante que era no perder ni un segundo de esta existencia que podía resultar demasiado efímera. Pero sobre todo no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo cubierto en llamas que había caído de lo alto de la torre, pues ese había sido uno de los momentos más espantosos de su vida, al no saber si Maisie era esa persona consumida por el fuego.

Por eso ahora, tumbado a su lado observando cómo dormía tan profundamente, no podía dejar de dar las gracias al Todopoderoso por mantenerla junto a él, mientras se juraba que por nada del mundo renunciaría a la oportunidad de pasar el resto de su vida con ella, aunque tuviera que enfrentarse a todas las Highlands para lograrlo.

Desde que se había quedado dormida en sus brazos no se había despertado, y aunque al principio se asustó al verla tan exhausta, Moira le aseguró que era

normal después de lo vivido, además de ser beneficioso que permaneciera en reposo. Aun así no pudo evitar negarse a dejarla sola, y durante el tiempo que estuvo descansando permaneció a su lado velando su sueño, mientras no podía dejar de observarla y no permitía que nadie excepto él la cuidara.

Durante esas horas interminables mil veces su mente le jugó más de una mala pasada, al empezar a dudar de lo apropiado o justo que sería para Maisie aceptarle, al sentirse insuficiente para ella ya que si permanecía a su lado tendrían que enfrentarse a habladurías, quejas e insultos por parte de algún que otro MacLead.

Pero cuando esto sucedía, y se sentía desolado al ver las dificultades que tendrían que soportar para estar juntos, solo tenía que recordar lo angustiante que había sido estar tras esa puerta sin poder ayudarla mientras ella se enfrentaba sola ante las llamas, para darse cuenta de que no volvería a arriesgarse a perderla ni por otro hombre, ni por el clan, ni por el destino, ni mucho menos por sus miedos al no creerse digno.

Desde que la conoció supo que era una mujer especial que le robaría el corazón, pero nunca imaginó que poseyera una fortaleza y determinación tan grande que incluso le había arrebatado su alma, su consciencia y todo su pensamiento, pues ahora en su interior solo estaba ella.

Al estar consumido por estas reflexiones de pérdida y dudas necesitó sentirla más cerca de él, y sin poder resistirse a la visión de sus carnosos labios se acercó a estos para besarlos y así llenarse de su calor, su suavidad, su plácido sabor y de esa vitalidad que emanaba de su interior llenándolo todo, entregándose con toda la pasión y el deseo que en ese momento sentía por ella y que por mucho que quisiera ya no podría esconder.

Aún sumida en el sueño Maisie le reconoció y respondió a su beso saboreándole despacio, como si quisiera memorizar ese dulce aleteo que sentía en el estómago cada vez que unían sus bocas. Poco a poco el beso la fue devolviendo a la realidad, pues tras ese profundo y placentero contacto ya no pudo seguir dormida, y le dedicó una sonrisa sincera mientras clavaba sus ojos en los de él, demostrándole así que el verde de su mirada aún seguía recordándole al color del brezo en primavera.

—¡Hola! —le saludó Maisie con la voz algo ronca a causa de todo el humo que había tragado.

—¡Hola pequeña! —Le respondió recompensándola además con su sonrisa — ¿Cómo estás?

Quedándose pensativa por unos segundos se dio cuenta de que parte del malestar y del cansancio habían desaparecido, y ahora solo le quedaba el dolor de cabeza y de garganta.

—Me encuentro mucho mejor —y tras bostezar le siguió diciendo—, necesitaba descansar. Por cierto, ¿cuánto he dormido?

—Dos días —le contestó llevándose una de las manos de Maisie a los labios para después seguir sujetándola con fuerza, como si temiera que se le escapara en cualquier momento.

—¡Dos días! ¿Me has dejado dormir durante dos días? —le respondió incrédula y algo molesta.

Divertido Rohan simplemente asintió, encantado al comprobar que a pesar de la tragedia vivida seguía siendo la misma mujer enérgica y decidida.

—Necesitabas descansar.

—Pero...

—Por si no te acuerdas tienes un enorme chichón en la cabeza, y tu voz se asemeja a la de Rugal cuando se pasa la noche cantando y bebiendo.

Ofendida por la comparación con ese hombrecillo de voz ronca que debía de rondar los ochenta años, apartó la mano de la de Rohan y le respondió demostrando que su genio seguía intacto.

—No se parece en nada a la de Rugal.

Justo entonces un ataque de tos ronca contradijo esa afirmación, mientras preocupado Rohan se levantaba de un salto de la cama para acercarle un vaso de agua.

—Voy a llamar a Moira para que te prepare una infusión y te traiga algo de comer —le dijo mientras le acercaba el vaso de agua para que tomara unos tragos y calmara su irritación de garganta.

Se notaba que Maisie aún seguía lastimada por el golpe en la cabeza, aunque no quisiera demostrarlo, pero las muecas de dolor la delataban a pesar de que el sueño le había sentado de maravilla y la punzada ya no era lacerante. De todas formas Rohan se figuró que debía estar hambrienta, y aunque no le gustaba

la idea de dejarla sola, no tardó en girarse para dirigirse hacia la puerta para llamar a la curandera.

—Espera —le detuvo ella—, antes de que venga quiero preguntarte algo.

Creando saber de qué se trataba y de que necesitaría privacidad para explicárselo, Rohan se detuvo y se volvió a acercarse a ella.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo está el hermano Gregory? —le preguntó mientras se sentaba en la cama y él la ayudaba acomodándole los cojines tras su espalda para que estuviera más cómoda.

—Moira dice que sobrevivirá, aunque va a necesitar muchos cuidados y reposo —le respondió sentándose en la cama justo a su lado.

—Me alegro —contestó ella, y al decirlo se notó claramente como se quitaba un peso de encima—. Estaba muy preocupada por él pero no sabía cómo ayudarlo cuando estuvimos ahí encerrados.

Nada más recordar el tiempo que estuvo cautiva en lo alto de la torre el semblante de Maisie cambió, entristeciéndose al saber que había caído en la trampa de Ralfe como una ilusa, e incluso había estado muy cerca de la muerte.

—Lo hiciste muy bien. Usaste la cabeza y conseguiste que el hermano Gregory y tú sobrevivierais.

—Bueno, la cabeza sí que la usé —le dijo llevándose una mano a la venda que tapaba la herida que Ralfe le había ocasionado, mientras bromeaba con lo ocurrido para intentar no sentirse tan mal.

En ese momento Rohan no estuvo seguro de qué fue lo que sintió, pues no estaba preparado para escuchar cómo se burlaba de algo que la hubiera podido matar, por lo que se dejó llevar por un impulso y se inclinó para besarla.

Necesitaba de alguna manera sacarse de su mente la imagen de ella rodeada de llamas, armada con los restos de un taburete, con la sangre cubriendo su espalda y con su cuerpo consumido por el agotamiento. La verdad es que no podía explicarse cómo pudo aguantar tanta tensión y esfuerzo, pues simplemente con el golpe en la cabeza y el asfixiante calor cualquier individuo se hubiera dejado llevar por la inconsciencia.

Sin embargo, al abrir la puerta la encontró de pie frente a él luchando para

sobrevivir, mientras le miraba sonriendo como si su vida no hubiera estado en serio peligro mortal. Si antes de aquello la había considerado valiente y decidida desde ese mismo instante la veneró, pues solo una mujer con una gran fortaleza y determinación hubiera seguido luchando hasta el final.

Que luego, una vez en sus brazos, se hubiera quedado rendida en cuestión de minutos y hubiera caído en un profundo sueño no sorprendió a nadie, pues era lógico que tras lo sufrido se dejara llevar por el malestar que le producía el golpe en la cabeza, más aun al saber que ya no estaba en peligro y podía dejarse llevar. Aunque a Rohan le hubiera gustado que hubiera visto la cara de orgullo con que el clan la contempló, y cómo daban las gracias al cielo por no haberla perdido.

—¿Rohan? —Le llamó sacándolo de sus recuerdos—. Ralfe está muerto, ¿verdad? —le preguntó, a lo que él simplemente asintió.

Un velo de tristeza cubrió el rostro de Maisie, y sin querer esperar ni un segundo más Rohan se dispuso a consolarla acariciando su rostro.

—No debes pensar más en ello.

—Lo sé, pero no puedo dejar de preguntarme por qué no me percaté de todo el odio que guardaba en su interior. Quizá si lo hubiera sabido hubiera podido ayudarle o hubiera...

—No te atormentes más con ello. El pasado no se puede cambiar y Ralfe simplemente estaba loco.

—Sé que estás en lo cierto, pero aun así... ¿Cómo pudo engañarnos todos estos años y cómo pudo traicionar a su propio clan?

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio, pues si bien había muchas excusas y explicaciones que le justificaran o le culparan, en ese momento ninguno supo qué decir para que el dolor y la furia que sentían disminuyera.

—Lo que sí tengo es una nueva oportunidad para seguir adelante y enmendar todo el daño que él ha causado —aseguró ella suspirando.

—Así es, y espero que cuentes con mi ayuda para conseguirlo —le dijo Rohan mientras la miraba fijamente, como si la retara a que le negara el derecho que se había ganado de estar a su lado.

Sabiendo que habían llegado a una parte crucial de la conversación, y también de sus vidas, Maisie bajó su mirada hasta sus manos, pues estaba segura

de que no podría aguantar ver la negativa en los ojos de la persona que lo significaba todo para ella, ya que desde que habían encontrado al traidor y sabía que su clan ya no estaba en peligro, la duda de cuándo se iría o de si le permitiría acompañarle la estaba consumiendo, y eso era algo a lo que tenía que poner fin de inmediato.

—Sé que tienes una vida esperándote en Constantinopla —comenzó a decir mientras Rohan permanecía en silencio—, y que mi clan no se ha portado muy bien contigo al considerarte un sassénach y un hombre maldito, pero estoy segura de que si les dieras la oportunidad de conocerte con el tiempo te aceptarían y...

Sintiendo la mano de Rohan situarse bajo su barbilla y como esta la instaba a levantar la cabeza para que lo mirara, solo le quedó callar y obedecerle alzando su mirada hasta encontrarse con la suya.

—No me importa lo que ellos piensen de mí o si me aceptan o no —le aseguró, aunque debía admitir que no era del todo cierto, pues una parte de él anhelaba ser admitido por los MacLead—. Lo que de verdad quiero saber es si tú me quieres a tu lado.

Manteniéndose las miradas Maisie sintió nacer la esperanza de que él renunciara a todo por ella, aunque no pudo evitar sentirse mal al estar obligándole a abandonar su anterior vida en el nombre de su amor.

—Solo podría ser feliz estando contigo, pero no quiero que te veas forzado a dejarlo todo por mí, aunque si así lo deseas, te seguiré allá donde tú vayas.

—¿Estarías dispuesta a dejar lo que más quieres por mí? —le preguntó incrédulo, pues sabía que amaba a su clan y a su tierra más que a sí misma.

—Tú eres lo que más quiero en este mundo —le aseguró, mientras el amor que había en sus ojos le demostraba que sus palabras eran ciertas.

Rohan se quedó en silencio impresionado por lo que acababa de escuchar, pues si bien sabía que ella lo amaba, jamás hubiera imaginado que sus sentimientos fueran tan profundos como para renunciar a todo por él. Aunque si lo meditaba bien, Maisie le había demostrado en más de una ocasión que era de esa clase de personas que cuando se entregaban a alguien, lo hacían de todo corazón y con sus cinco sentidos.

—Yo... —empezó a decir, pero no sabía cómo explicarle que le había emocionado tan profundamente que apenas podía pensar con claridad.

Observando la turbación que Rohan sentía colocó sus brazos alrededor de su cuello, y acercando su boca a la de él le susurró para terminar de convencerle:

—Te amo y no permitiré que nada ni nadie nos separe.

Sin poder esperar ni un segundo más Rohan la abrazó y se perdió en un beso tan apasionado que los dejó sin aliento casi en el acto. Desesperado por sentirla, por demostrarle cuánto la amaba y lo impresionado que se sentía por su entrega, se dejó llevar por la pasión y la tumbó en la cama con él colocado sobre ella mientras la seguía besando, y mirándola fijamente le dijo:

—No sabes lo mucho que significa para mí que estés dispuesta a dejarlo todo para seguirme, pero te amo demasiado como para pedirte que renuncies a lo que es tuyo por derecho.

Creyendo que le estaba diciendo que su amor era imposible porque él nunca le permitiría que dejara su tierra para seguirle, ella se entristeció y negó categóricamente mientras luchaba por no llorar.

—No me pidas que me quede cuando tengo claro que quiero irme contigo. Por favor, no insistas porque me moriría sin ti.

Al contemplar el dolor en su mirada y como las lágrimas luchaban por salir de sus ojos para desbordarse por su rostro, Rohan comprendió que no le había entendido y por ello estaba sufriendo al pensar que se marcharía sin ella. Una idea absurda que sin duda se había colado en su cabeza al estar cansada y alterada por todo lo que había sucedido, pues un millar de veces con sus actos y sus palabras le había demostrado que la amaba más que a su propia vida y aun así ella dudaba.

Viéndola tan desvalida entre sus brazos mientras le rogaba que le dejara acompañarle a pesar de tener que renunciar a su hogar, se sintió un hombre afortunado por haber encontrado a una mujer dispuesta a dejarlo todo por su amor. Una mujer que ahora estaba cansada, golpeada y confusa, y por ello no pensaba con claridad, pues de lo contrario jamás hubiera creído que él la dejaría para volver a una vida que le resultaría insulsa sin ella.

Pensó que quizá la culpa de que creyera que la dejaría para volver a su rutina era un desliz de él, pues si bien le había dicho muchas veces que la amaba, nunca habían hablado de que sería de ellos cuando todo acabara. En ningún momento ella le había comentado que si así lo deseara tendría un lugar en su clan, o él le había declarado su deseo por permanecer en esa tierra junto a ella.

Un error que ahora se aseguraría de aclarar, para que nunca más volviera a dudar de lo mucho que la amaba.

—Escúchame con atención porque solo voy a repetírtelo una vez más — empezó a decirle mientras la observaba callada, abatida y llorando sintiendo su cuerpo bajo el suyo—. Te amo más que a mi propia vida, y jamás, por mucho que insistas, consentiré que abandones algo que forma parte de ti.

Desolada lo consideró una despedida, ya que como le acababa de decir por mucho que hiciera o dijera no le haría cambiar de opinión. Saber que le perdería le estaba causando una gran pena, que apenas podía mitigar al sentirse confundida por todo lo que le estaba pasando y no podía controlar.

Al estar observándola Rohan intuyó sus pensamientos y aquello que podía estar sintiendo, y sin querer que su agonía se prolongara por más tiempo, pues el pesar de sus ojos cada vez era más intenso, continuó con su declaración para hacerle ver su error ya que no estaba dispuesto a renunciar a ella.

—Por ello te prohíbo que me dejes, y te pido que me aceptes a tu lado en esta tierra que espero convertir también en la mía.

Durante unos segundos Maisie se quedó en silencio tratando de comprender lo que acababa de escuchar, hasta que por fin entendió que él le estaba pidiendo permanecer con ella para siempre.

—¿Me estás diciendo que te quedas? —le preguntó, pues quería asegurarse de haberle entendido bien, antes de que la felicidad que la estaba inundando se desbordara.

—Solo si tú me aceptas —le respondió acompañando su petición con una sonrisa.

Eufórica Maisie no pudo contener por más tiempo un grito de júbilo, para acto seguido abrazarlo con todas sus fuerzas mientras complacido la recompensaba apretándola contra él, y sin poder dejar de reír al ver su reacción impulsiva.

—Sí, sí, sí —empezó a repetir ella llorando ahora de pura felicidad.

Tras unos minutos donde se dejaron llevar por la dicha que sentían y donde sus besos se intensificaron, regresaron de nuevo a la realidad comprendiendo que desde ese día nada volvería a ser lo mismo para ninguno de ellos, pues ahora a su lado siempre estaría la persona que amaban por encima de todo.

Maisie fue entonces consciente de lo confundida que había estado respecto a los deseos de Rohan, pues había creído que él se marcharía tras asegurarse que todo estuviera en orden y de que la paz fuera sellada con los Matherson. Sin duda el terror que había sentido en las últimas horas había hecho renacer las dudas sobre qué sería de ellos, unido al hecho de que su don había dejado de funcionar quizá debido a las acumulaciones de sensaciones que había sentido así como por el cansancio. Pero ahora, tras haberlo escuchado, todo rastro de miedo, ansiedad o vacilación había desaparecido quedando solo la esperanza.

Sabiendo que no podía dejar pasar ese momento Rohan la miró decidido, y siguiendo el impulso que le dictaba su corazón le continuó diciendo:

—Sé que soy un hombre sin apellidos que está maldito además de ser un sassench, pero te juro que haré todo lo posible por hacerme merecedor de tu amor. Solo te pido que me dejes amarte durante el resto de mi vida, pues solo con tu amor mis días tendrán sentido

—Rohan Glaymore, no necesito tu apellido, no creo que estés maldito y no me importa que seas un sassench —y acariciando su rostro siguió diciéndole—: Solo deseo que me ames como yo te amo y mientras estemos juntos, no me importa donde pasemos el resto de nuestras vidas, aunque me haces muy feliz al querer permanecer en Gleann.

Pletórico de felicidad la besó, al sentir la urgente necesidad de notarla pegada a él y de demostrarle cuánto le habían emocionado sus palabras.

—Dios mío Maisie, cuánto te amo —pudo decirle al separar sus labios.

—Yo también te amo, mi dulce caballero.

Al escucharla Rohan sonrió y la cobijó entre sus brazos mientras volvía a besarla.

—Entonces, ¿aceptas casarte conmigo? —le preguntó, aunque esta vez en su rostro había una sonrisa.

Observando el brillo de sus ojos Maisie supo que él la amaría profundamente durante el resto de su vida, como también sabía que solo lograría ser feliz si él estaba junto a ella. En ese instante, con él entre sus brazos, su amor rodeándoles y con sus corazones abiertos de par en par dispuestos a entregarse por entero, comprendió que no importaba si su clan lo aceptara o no, pues lo que de verdad contaba era que ellos se amaban.

Solo entonces, con la certeza de que él estaría a su lado, tomó la decisión de que desde ese preciso instante lo amaría con toda su alma, su fe y su determinación, pues un hombre como él solo se merecía ser amado de esa manera.

—No solo te acepto como mi esposo, sino que te entrego mi corazón para que lo guardes y lo protejas por siempre.

Emocionado ante su declaración la miró, viendo en ella un amor tan intenso que le dejó sin aliento haciéndole sentirse el ser más afortunado del universo.

—Lo guardaré junto al mío para que siempre permanezcan unidos —le aseguró, para después unir sus almas en un beso donde quedaría para siempre sellada la promesa de un amor tan inmenso que ni el tiempo podría extinguirlo.

Y así, con este amor que les sobrepasaba, los consumía y los enloquecía con la misma intensidad con que los calmaba, los consolaba y los fortalecía, se dejaron cubrir por ese manto de pasión que siempre les cobijaría.

Durante la hora siguiente se entregaron sin importarles el mañana y los problemas a los que tendrían que enfrentarse, pues estaban convencidos que juntos serían capaces de vencer cualquier adversidad.

Decididos a hacer de ese día algo especial que nunca olvidarían saciaron el hambre de sus cuerpos, no solo con besos y caricias sino también con alimentos, y permanecieron relajados en la recámara sin importarles el tiempo transcurrido, ni nadie que no fueran ellos.

Pero cuando saciado por la pasión Rohan estaba a punto de dormirse, Maisie salió de la cama mostrándose desnuda ante él hasta que se colocó un ligero salto de cama que cubrió sus encantos.

—He estado pensando en una solución para que seas aceptado por el clan.

—¿Has estado pensando? ¿Y se puede saber exactamente cuándo lo has hecho, mi señora? —Le preguntó divertido contemplándola y siguió hablando para provocarla—. ¿Lo has pensado cuando estaba dentro de ti, o cuando gritabas de placer?

Ruborizada pero visiblemente insultante de felicidad, Maisie trató de no sonreír ni de dejarse llevar por la provocación de Rohan. Decidida a no demostrarle cuánto la perturbaba se acercó a la cama con paso lánguido, para

después sentarse de forma coqueta a su lado mientras él la miraba mitad divertido y mitad excitado.

—Estoy hablando en serio. Se me ha ocurrido una idea mientras me besabas —le aseguró manteniéndose seria, hasta que Rohan se inclinó hacia ella y agarrándola por la cintura la acercó a él, para después caer con ella sobre la cama causando que ambos rieran.

—Entonces tendré que mejorar mis métodos de seducción —comenzó a decir al mismo tiempo que dejaba un ligero reguero de besos por su cuello—, debo encontrar la manera de conseguir que pierdas la cabeza con mis besos —continuó susurrándole mientras le mordisqueaba la oreja.

Maisie sonrió al escucharle, pues era evidente por el tono de voz que estaba bromeando, y esa actitud suya le encantaba. Teniendo que separarle para que su cerebro volviera a funcionar con normalidad, pues si bien era cierto que una idea se le había metido en la cabeza hacía unos momentos, la mayoría de las veces se quedaba en blanco cuando sentía sus labios sobre los suyos.

—Por el momento me conformo con que me escuches —le comentó haciéndose la fuerte, aunque en realidad todo el cuerpo le temblaba a causa de la excitación que le había provocado.

Suspirando resignado Rohan se enderezó quedando frente a ella, y haciéndose el lastimero permaneció quieto y en silencio para que le contara su idea.

Dándose cuenta de que disponía de toda su atención por unos minutos hasta que Rohan volviera a reclamar su cuerpo semidesnudo, se dispuso a obtener toda su atención durante el tiempo que fuera necesario, por lo que empezó diciéndole seria:

—Seré tu esposa si aceptas un par de condiciones.

Nada más escucharla el semblante juguetón de Rohan desapareció, quedando en su rostro una expresión ceñuda indicando que no comprendía nada. Sentándose frente a ella, para así poder mirarla directamente a los ojos, le contestó:

—Pues dime cuáles son para poder hacerte mi esposa cuanto antes.

Observar su cambio al escucharla hablar hizo que a Maisie le costara permanecer severa, por lo que decidió ser directa y acabar cuanto antes.

—En primer lugar, como bien has dicho careces de apellido, por lo que te ofrezco que a partir de ahora seas un MacLead. De esa manera dejarás de ser un sassenach y nadie se atreverá a decirte que estás maldito.

Al escucharla Rohan se quedó perplejo, ya que durante toda su vida había deseado tener un hogar al que acudir y una familia a la que amar y respetar, y ahora, gracias a ella, quedaba a su alcance un sueño que jamás creyó que se haría realidad.

—¿Me estás pidiendo que por fin tenga un hogar como MacLead en vez de ser un exiliado como Claymore?

—Aye^[27] —le aseguró, sintiendo unas ganas enormes de lanzarse a sus brazos y besarle al ver la ilusión reflejada en su cara.

Sonriendo Rohan se colocó encima de ella al sentir cómo su necesidad por hacerla suya crecía a cada instante, más aun cuando le estaba ofreciendo tanto.

—No sé qué he hecho en esta vida para merecerte, pero te juro por Dios que no voy a desaprovechar esta oportunidad que se me ofrece de ser feliz.

—¿Eso significa que aceptas?

—Eso significa, mi señora, que a partir de ahora dejaré de ser un maldito sassenach para convertirme en un highlander.

Maisie rió encantada perdida entre sus brazos, sintiendo que jamás había sido tan dichosa como lo estaba siendo en esos instantes. Había pasado tanto miedo al creer que le perdía que ahora le costaba asimilar que todo había sido fruto de sus miedos, pues ante ella tenía un futuro por delante junto al hombre que amaba y que por suerte había aceptado formar parte de su vida.

La idea de adoptarlo como parte del clan le había surgido de improviso al estar soñolienta entre sus brazos, pues una vez que él le había asegurado que quería permanecer con ella en el clan, la idea de que fuera uno de ellos era la más lógica. Pero no todo quedaba ahí, pues ser un MacLead y además ser su esposo implicaba mucho más, y Maisie estaba convencida que él no lo había pensado.

—No solo serás un highlander, Rohan MacLead, ya que la segunda condición es que deberás ser su laird — la cara pálida que puso Rohan hizo soltar una carcajada a Maisie, al darse cuenta de que ella había tenido razón, ya que Rohan no se había percatado que al casarse con la señora del clan él también

ostentaría una posición de honor entre los suyos.

—¡Dios me proteja! —soltó con expresión asustada logrando que Maisie riera con más fuerza.

—No te preocupes, yo siempre estaré a tu lado para protegerte —le aseguró divertida, y Rohan olvidó todo lo que se le avecinaba para centrarse en esa sonrisa que le hipnotizaba.

Amaba a esa mujer por cientos de motivos que ya había descubierto y por otros miles que estaba seguro que descubriría con el paso del tiempo. La amaba por su espíritu aventurero, soñador y sincero, por su corazón puro y solidario, por su manera de escuchar, de aconsejar y de no juzgar, pero sobre todo, por ser una mujer fuerte y luchadora que no se empequeñecía ante las dificultades sino que se enfrentaba a ellas con valentía.

Por eso supo con total seguridad que no importaría los desplantes o adversidades a los que tuvieran que enfrentarse, pues juntos serían capaces de resolver cualquier problema que se les presentara. Solo hacía falta mirarla a los ojos o sostenerla entre sus brazos para estar convencido de ello, y así, con la certeza de quien confía en sus sentimientos, aceptó su destino al lado de la mujer que lo era todo para él.

Con el amor latiendo de forma desenfrenada en ambos pechos, los amantes permanecieron durante unos segundos perdidos en la profundidad de sus miradas, hasta que por fin Rohan pudo volver a la realidad y expresar todo aquello que en esos instantes estaba sintiendo.

—Si tú estás conmigo seré capaz de enfrentarme a cualquier cosa que me depare el destino —y acariciando su mejilla le siguió diciendo—: Porque te amo, mi pequeña, como jamás ningún hombre ha amado a una mujer, y por eso te prometo que mientras viva en mí tendrás un compañero, un esposo y un amante.

—Rohan —susurró justo antes de que se besaran sellando así su amor.

No hubo más palabras entre ellos, al ser innecesarias, ni más motivos o peticiones para estar juntos al ser superfluos, como tampoco hubo miedos, dudas o celos, al estar completamente seguros de sus sentimientos.

Desde ese momento y hasta el fin de sus días; muchos años atrás y después de haber tenido una vida plena cargada de felicidad e hijos, ninguno de los dos volvió a cuestionar el amor del otro, ni sintió que su pasión mermara.

Durante los siguientes años el amor que sintieron se reflejó en el bienestar que reinó en el clan, al ser un matrimonio amado y respetado que con su entrega, determinación y bondad se habían ganado el corazón de los MacLead al convertirse ambos en su laird, al ser una exigencia de Rohan que Maisie mandara junto a él.

Y aunque al principio hubo algunas voces de protestas al no querer a un inglés entre ellos, acabaron cediendo al comprender que ese hombre había llegado para ser uno de los suyos llevándoles la prosperidad.

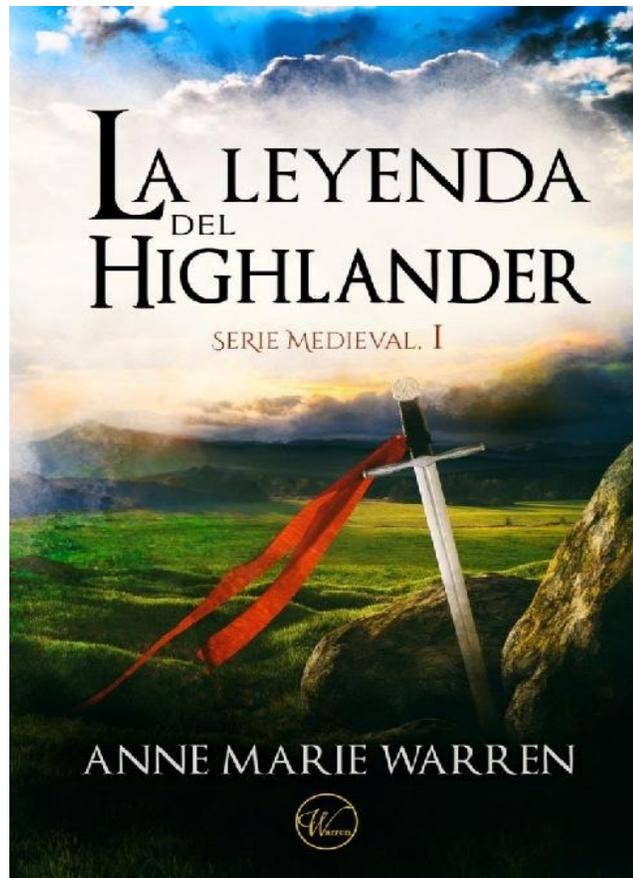
No hace falta decir que durante décadas se contó la historia del guerrero de las sombras que llegó a Escocia maldito para cumplir una promesa, y acabó librando al clan de sus enemigos gracias a su corazón puro y al amor que encontró en una hermosa highlander.

Pues, como todo buen escocés sabe, solo un auténtico hombre de las tierras altas es capaz de amar con tanta pasión y entrega, que incluso consigue cambiar el destino del más fiero enemigo.

O en este caso el amor de una mujer frente a un sassenach maldito.

Fin

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA NO TE PIERDAS



LA LEYENDA DEL HIGHLANDER, I

En una Escocia medieval donde todo es posible y el amor es eterno, dos amantes tendrán que enfrentarse al poder de una profecía que pretende separarles.

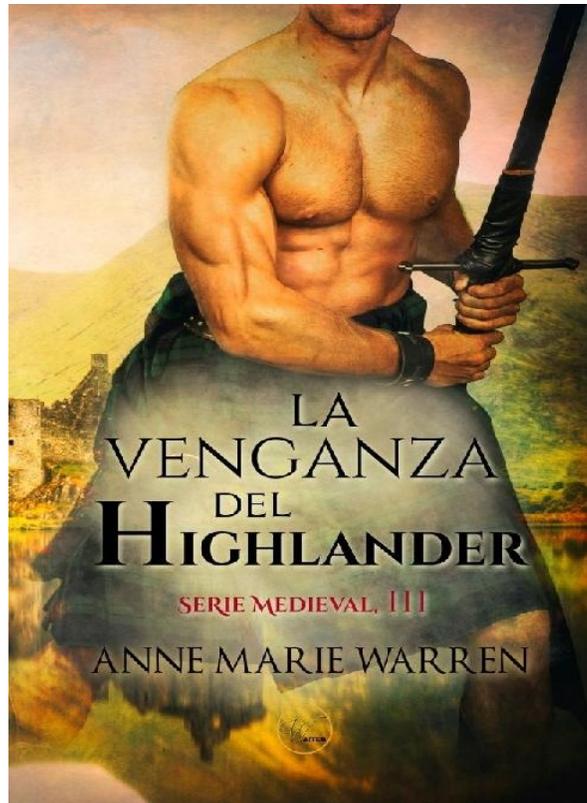
Kennan MacKenzie jamás hubiera imaginado que una extraña mujer cautivara su solitario corazón, pero su amor le fuera prohibido al ser la prometida de un hombre misterioso.

Una novela de fantasía, romance y aventura, donde dos amantes son obligados a permanecer unidos pero sin poder amarse, y donde lo irracional es su única esperanza.

Aunque este libro pertenece a una serie se puede leer de forma independiente, ya que cada tomo contará una historia diferente ambientada en la

escocia medieval.

PRÓXIMAMENTE



LA VENGANZA DEL HIGHLANDER, 3

Una pasión más poderosa que el odio entre dos clanes.

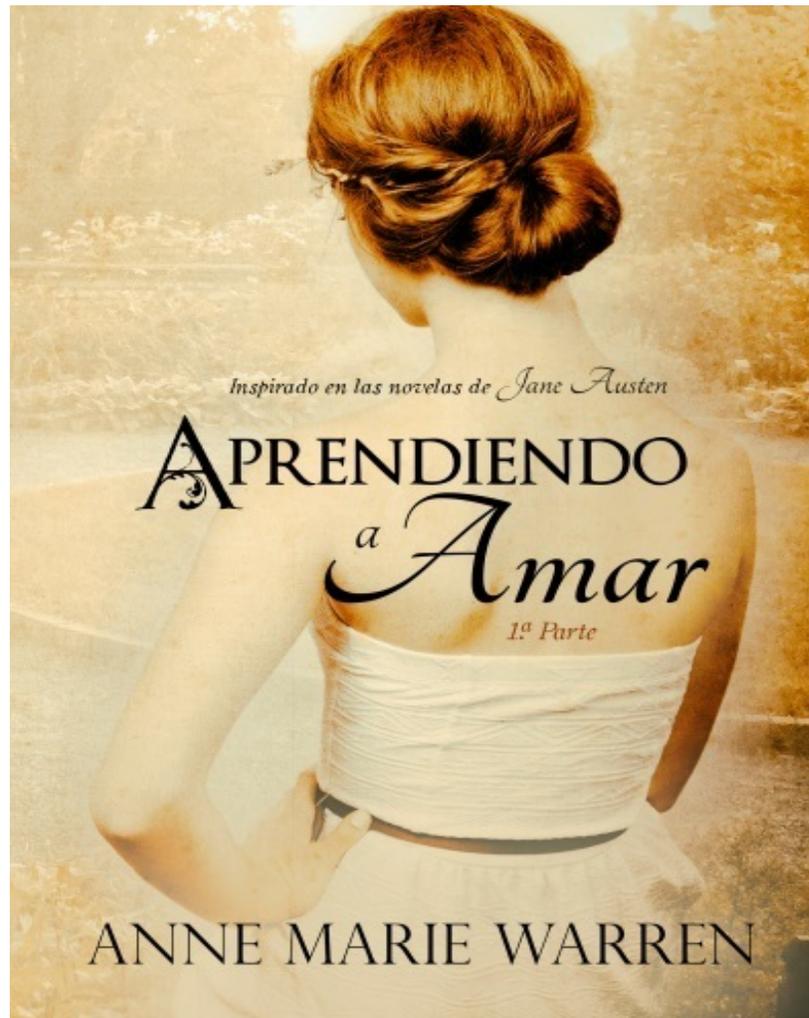
Atormentado por la muerte violenta de su familia a manos de su enemigo Gordon MacDougall, el nuevo laird Malcom Campbell, se propone vengarse no solo con la muerte del asesino, sino con hacer prisionera a su joven viuda.

Pero en el momento en que Malcom pone los ojos en la altiva belleza pelirroja no puede dejar de pensar en ella, y decide cambiar sus planes forzándola a contraer matrimonio.

Lady Sheena MacDougall lleva soportando los malos tratos de su esposo desde su precipitado casamiento, y ahora que por fin es libre, el laird de los Campbell aparece ante las puertas de su castillo para hacerla su prisionera, obligándola a casarse con un extraño que quiere usarla como venganza.

Un asesino, dos almas heridas y un solo destino, ¿podrá su amor salvarles?

OTRAS NOVELAS DE LA ESCRITORA



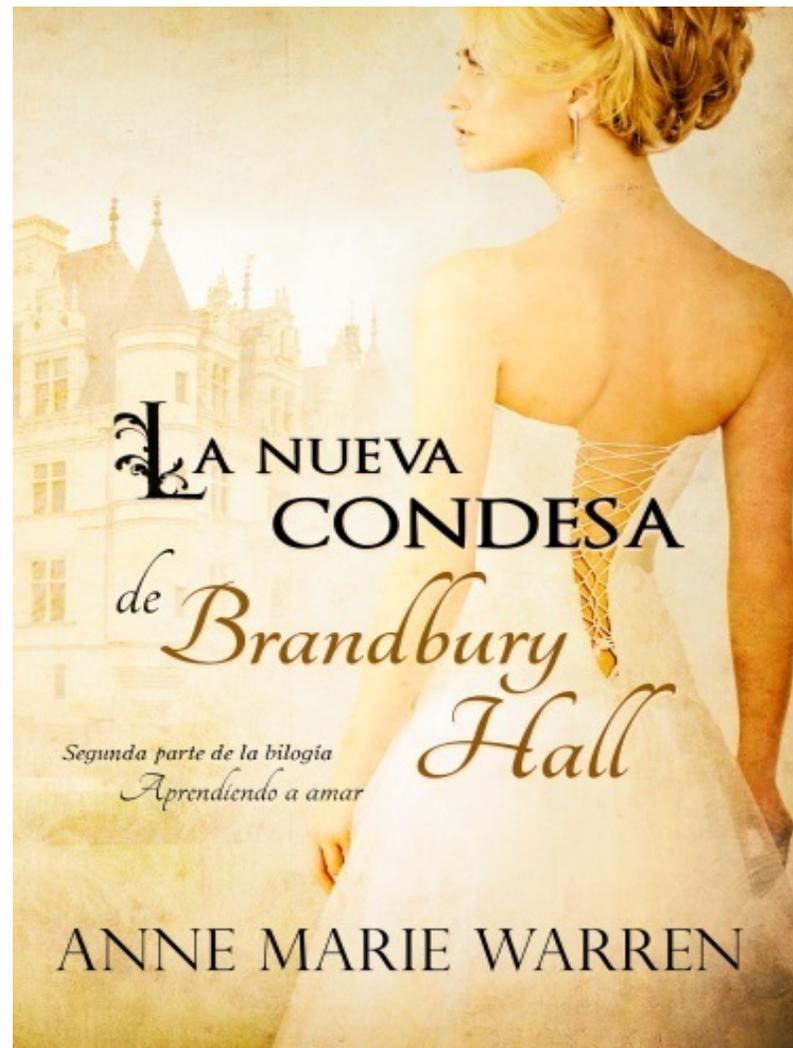
APRENDIENDO A AMAR, 1º Parte

¿Podrá el joven corazón de Jane enamorarse profundamente de lord Brandbury y conseguir de este olvide a su verdadero amor?

Lord Brandbury es un conde obligado por las circunstancias a elegir entre su amor por Charlotte o el cariño que le despierta Jane. Una rica y jovial heredera que con su matrimonio pondría sacarlo de la bancarrota, aunque para ello se viera obligado a renunciar a la mujer que durante años fue su amor secreto.

Un triángulo amoroso donde los engaños, el orgullo, y los sentimientos enfrentados se entremezclan en una relación en la que nada es lo que parece. Una novela inspirada en la obra de Jane Austen, en donde la bondad de un

corazón sincero luchará por aprender lo que significa amar.



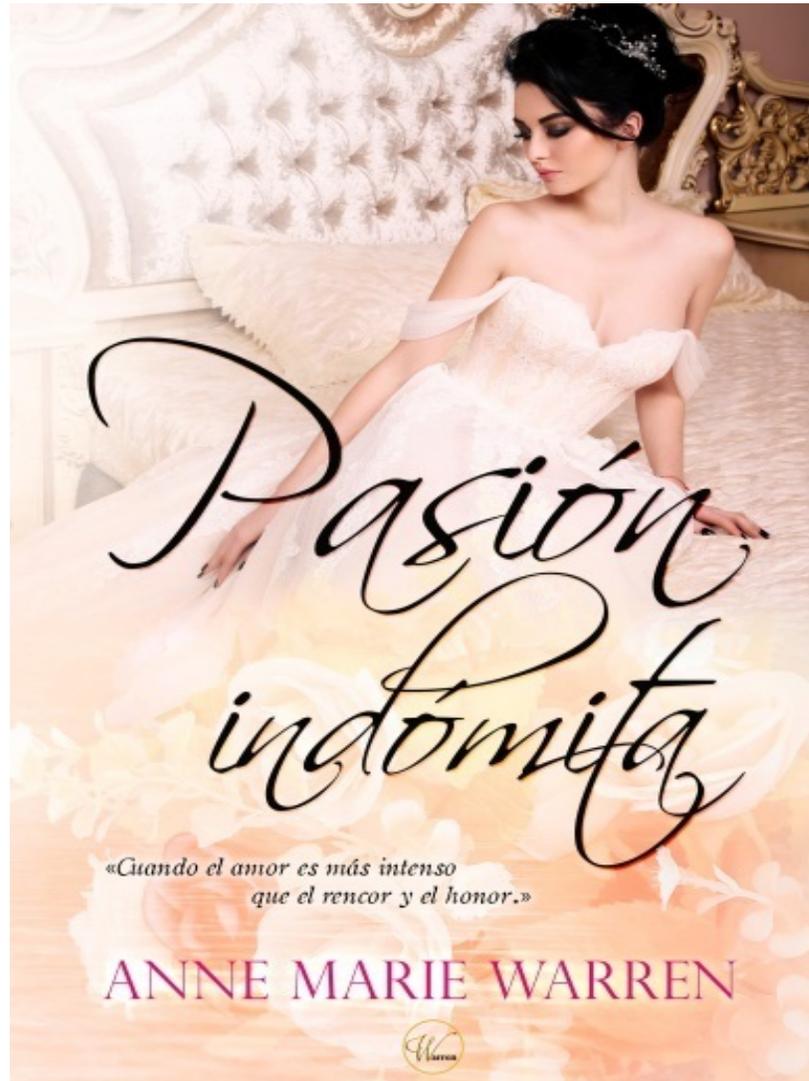
LA NUEVA CONDESA DE BRANDBURY HALL, 2º Parte

¿Qué serías capaz de hacer para enamorar a tu esposo? ¿Y para perdonar su infidelidad?

Jane por fin ha cumplido su sueño de casarse con el hombre que ama aun sabiendo que está enamorado de otra mujer. Pero su inocencia y juventud no la preparan para el engaño de su marido, y verá como su mundo se desmorona ante sus ojos.

Braxton creía que solo una mujer era la dueña de su corazón, hasta que se casa con Jane y descubre que la felicidad es posible a su lado. Es entonces cuando los celos le hacen cometer un error imperdonable que pondrá en peligro su matrimonio, comprendiendo entonces que sus sentimientos por Jane son

profundos. Pero, ¿conseguirá su perdón y su confianza? ¿Logrará enamorarla de nuevo?



PASIÓN INDÓMITA

Imaginaos la iglesia de Saint James de Londres, y dentro de ella, a toda la nobleza ataviada con sus mejores galas mientras espera a una novia que se retrasa. Dicha novia, angustiada ante un matrimonio dispuesto por su madre con un viejo licencioso, se encuentra escapando por una de las ventanas de dicha iglesia. Gracias a la ayuda de su tía Henrietta y de su buena amiga Jane, lady Madison puede huir con la esperanza de conseguir una nueva oportunidad para ser feliz, y de hallar el amor que durante años ha anhelado.

Pero como eso solo sería un buen comienzo, imaginaos además que al fugarse se confunde de barco, y acaba embarcando en uno que va rumbo a

América y no a su destino en Irlanda.

Esta historia en sí ya sería interesante si no se enredara cada vez más, y resultara que tanto el barco como el camarote donde se esconde pertenecen a Aron Sheldon, un rico comerciante que detesta a la nobleza de la que no ha recibido más que desplantes. A pesar de su reserva Aron se verá atraído por esa condesita, que ha conseguido cautivar a todo el mundo con su espíritu desafiante.

Una huida, un encuentro, un viaje de negocios convertido en una aventura, y una mujer decidida a encontrar su propio destino, son algunos de los elementos que podréis descubrir en esta novela. Pero sobre todo, es una historia que nos cuenta como dos personas opuestas pueden llegar a sentir una pasión tan intensa, que les hará olvidar todas sus diferencias.



NOTAS



-
- [1] Significa Castillo del valle.
- [2] Es el edificio principal de un castillo. Está formado por varios pisos de altura donde se encuentran emplazados el gran salón, el almacén, los dormitorios y en ocasiones la cocina.
- [3] Hombre de confianza del laird y segundo al mando.
- [4] Ricardo I, también conocido como Corazón de león, que fue coronado en 1172 y lideró la tercera cruzada.
- [5] Se denominan así a quien ostentaban el cargo (temporal o no) de gestionar un castillo. En la edad media también se denominaba así al vasallo encargado de la guarda, la defensa y el gobierno de un territorio.
- [6] Se trata de un monasterio fundado por monjes escoceses en la edad media.
- [7] Criatura que procede de la mitología escocesa con forma de centauro, al que se le considera responsable de cosechas arruinadas, sequías y plagas entre otros males.
- [8] Fue el tiempo que duró la tercera cruzada (1189-1192)
- [9] Se trata de un pasillo estrecho situado sobre una muralla, protegido al exterior por un parapeto almenado, que permitía tanto hacer la ronda a los centinelas como la distribución de defensores.
- [10] Proviene del gaélico. Al principio era un término que se usaba para describir a los habitantes del sur de Escocia que no formaban parte del pueblo gaélico, pero con el tiempo ha pasado a significar ‘inglés’.
- [11] Fueron prendas de vestir que cubrían la parte inferior del cuerpo humano. Documentadas desde el siglo VII, fueron evolucionando a través de la historia.
- [12] Recibe ese nombre por las plumas que se colocaban en el extremo trasero del asta y actuaban como estabilizadores a modo de timón.
- [13] Tartán o Kilt es un tipo de tejido con forma de falda, cuyo color diferencia tradicionalmente a los diferentes clanes provenientes de la región de las Highlands.
- [14] En la Escocia medieval se llamaban así a las mujeres consideradas chismosas.
- [15] Antigua moneda escocesa de plata.
- [16] Ricardo I de Inglaterra, también conocido como “Corazón de León”, coronado en 1189.
- [17] Es un concepto que indica una actitud de sometimiento y obediencia hacia alguien, normalmente hacia una persona con algún rango elevado y con cierto poder. Así, el vasallo tenía que rendir pleitesía al señor y lo mismo sucedía al señor con respecto al noble y al noble en relación con el soberano.

[18] Para los celtas y posteriormente para otras culturas como la escocesa, el serbal era considerado un árbol protector cuyas ramas protegían de las malas influencias y de los encantamientos. De ahí que se creyera que haciendo una cruz con ella y colocándola cerca de la bruja o del ser maligno, este se marcharía.

[19] Es una prenda típica de Escocia, con la peculiaridad de ser una falda que visten los hombres, y cuyos colores diferencia a los clanes de las tierras altas.

[20] La tercera cruzada (1187-1191), también conocida como la Cruzada de los Reyes.

[21] A los cruzados se les concedían indulgencias y privilegios temporales, tales como la exención de la jurisdicción civil o la inviolabilidad de personas y propiedades, además del perdón de sus pecados.

[22] Se llevó a cabo en el contexto de la Tercera Cruzada y fue capturada por las fuerzas cristianas el 12 de julio (1191)

[23] Salah ad-Din Yusuf ibn Ayyub, conocido en español como Saladino, se convirtió en sultán de Egipto y Siria fundando la dinastía ayyubí. Se enfrentó a Ricardo en diferentes batallas pero nunca logró vencerlo.

[24] Ricardo I murió en Châlus, Limousin, Francia, 6 de abril de 1199.

[25] En el siglo XII fue la ciudad más grande y rica de Europa.

[26] Es el nombre gaélico escocés de un pequeño puñal que siempre llevaban escondido entre las vestiduras, y que en la actualidad forma parte del traje tradicional de las Tierras Altas.

[27] Sí en gaélico.